

# **JUICIOS MÁS BALANCEADOS**

CÁTEDRA LIBRE

DEMOCRACIA Y ESTADO DE

DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN

# ÍNDICE

## JUICIOS MÁS BALANCEADOS

5	Introducción
7	Creación de la Cátedra Libre “Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín” en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires y con sede en la Facultad de Derecho. Res (CS) N° 3851
9	Presentación del Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Atilio Alterini
11	Designación del Dr. Carlos Mas Velez como Coordinador de la Cátedra Libre “Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín”. Res. (CD) N° 5809/09
13	Presentación del Instituto Nacional Yrigoyenano (Ley 26.040)
15	<b>PRENSA NACIONAL</b>
17	<b>MEDIOS GRÁFICOS DE BUENOS AIRES</b>
19	El día que Alfonsín contó
21	Ser Alfonsín
23	Sobre Alfonsín
24	El mejor Alfonso
25	Alfonsín
27	Alfonsín, el constitucionalista
28	El país también llora en Alfonsín lo que no pudo ser
29	Ha muerto un hombre cabal
30	El día en que se abrieron las puertas de la historia
32	Cómo será la Argentina después de Alfonsín
33	Las lágrimas de estos días
34	Se me estrujó el corazón
35	El estadista de América
35	El hombre que siempre apostó por el diálogo
37	Obró con convicción republicana
38	Reflejo de la Argentina que más queremos
39	La expresión de un deseo
40	Sus legados
42	Yo estuve en la Plaza del 83
43	Un adiós a la honestidad y el diálogo
44	El significado político de Alfonsín
44	Nadie con tan poco alcanzó tanto; nadie con tanto terminó con tan poco
49	Raúl querido...
50	Murió Raúl Alfonsín
52	Alfonsín es un ciudadano ilustre
53	El Viejo (Raúl Alfonsín)
55	Reflexiones sin demagogia
56	Un grito en medio del silencio
57	“Me alegra que por fin se le rinda justicia”, dijo el ex embajador Blanca
59	El bastón de las manos limpias
61	Expresaba valores que la sociedad está extrañando
63	Líderes mundiales recuerdan a Alfonsín por su perfil democrático y su lucha por los DDHH
65	La OEA homenajeó la memoria de Alfonsín
66	La huella Alfonsín
66	El fallecimiento del Ex Presidente Raúl Alfonsín. Un reconocimiento tardío que, en parte, revela un problema del país
68	1927-2009. Raúl Alfonsín: El símbolo de la democracia (I)
73	1927-2009. Raúl Alfonsín: El símbolo de la democracia (II)
79	1927-2009. Los sueños de Alfonsín
80	“Raúl Alfonsín, estadista de las Américas”

81	“Alfonsín fue un gran demócrata”
81	“Fue un símbolo del espíritu de reconquista de la libertad”
82	“Abrió un ciclo de libertad”
83	Un espacio en la memoria popular en el que Alfonsín ya es imbatible
84	Obama destacó el compromiso del ex Presidente con la democracia
85	Homenaje a Alfonsín en las escuelas bonaerenses
86	Manifestaciones por la democracia y la convivencia
87	El adiós a Raúl Alfonsín
88	¿Mañana se acordarán?
91	Alfon-cinismo
92	Raúl: una memoria
94	Milagro en Argentina: el muerto habló
95	Inolvidablemente
98	Afuera estadista, en casa “papá grande”
99	“Don Raúl era un fuera de serie; me trataba como a un amigo”
100	Una expresión de los valores que faltan
101	Muerte de un pariente
102	La reacción popular es un claro mensaje político
103	Flor de espónsor, la muerte
104	Aquel Alfonsín
105	La consagración a la política
109	La trayectoria y el legado
109	Memoria imborrable
110	Respeto y amistad
110	Un hecho único
110	Tiempo democrático
111	La ética de las convicciones
112	La tradición republicana
112	Una casa de luto
114	RA
114	Alfonsín, Empleado del Mes
115	Entre los matices de la historia. Democracia, paternidad y muerte
117	A la izquierda de la sociedad
118	Alfonsín y el chiquitaje nacional
119	La lucha por Alfonsín
120	Oratoria y sepelio
122	Sobre las posteridades. Memorias subjetivas y fragmentadas
124	Comienzo y final del Liberalismo Populista

## 127 MEDIOS GRÁFICOS DEL INTERIOR

129	“Fue el restaurador de la democracia”
130	El último escrito
130	Constructor de la democracia y argentino de bien
132	El mito democrático
134	La gran materia pendiente
135	Del dolor compartido a la historia
136	En nombre de la vida
137	Un estadista, un humanista
138	El recuerdo de Hesayne, a 23 años de aquel abrazo
139	Lo vamos a extrañar
141	Un político con mayúsculas
142	Un hombre valiente

## 144 EL DOCTOR RAÚL ALFONSÍN EN LA FACULTAD DE DERECHO

### 149 PRENSA INTERNACIONAL

151	Alfonsín y una historia de anteojos
152	Raúl Alfonsín y la democracia en Argentina
155	El héroe que hizo lo que pudo
156	Alfonsín

*Cátedra Libre*  
*Democracia y Estado de Derecho*  
*Dr. Raúl Alfonsín*



## INTRODUCCIÓN

---

El 8 de abril de 2009, poco más de una semana después del fallecimiento del Dr. Raúl Alfonsín, el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires aprobó la propuesta elevada por el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho vinculada a la creación de la **Cátedra Libre “Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín”**. Entre los considerandos que el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho elevó al Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires se destacan que el Dr. Alfonsín fue el primer Presidente de la Nación luego de recuperada la Democracia y el Estado de Derecho en el año 1983; que se graduó y ejerció la docencia en nuestra Casa de Estudios, y fue distinguido como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Buenos Aires, entre muchas otras Casas de Altos Estudios del mundo; y que su figura permite orientar un conjunto de reflexiones y actividades en la incumbencia temática propuesta para esta Cátedra<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>Libro institucional de la Facultad de Derecho (UBA), pág. 113, Segunda edición, Año 2009.



# CREACIÓN DE LA CÁTEDRA LIBRE “DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN” EN EL ÁMBITO DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES Y CON SEDE EN LA FACULTAD DE DERECHO RES. (CS) N° 3851

---

Buenos Aires, 8 de abril de 2009

**VISTO**, la Resolución N° 5536/09, del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho, mediante la cual se solicita a este Consejo Superior la creación de la Cátedra Libre “Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín” en el ámbito de esta Universidad de Buenos Aires y con sede en dicha casa de estudios, y;

## **CONSIDERANDO:**

Que, como se ha destacado en anteriores oportunidades el Dr. Alfonsín egresó con el título de abogado de la Facultad de Derecho de esta Universidad.

Que, realizó una intensa actividad política que lo llevó a través de numerosos actos eleccionarios a desempeñar cargos legislativos como Diputado Provincial, Diputado y Senador Nacional y el cargo de Presidente de la Nación.

Que fue co-fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y patrocinó numerosos “Habeas Corpus” por personas desaparecidas durante la dictadura militar.

Que durante su gestión como Presidente de la Nación creó la Comisión Nacional de Desaparición de Personas que elaboró el Informe denominado “Nunca Más”, traducido a más de quince idiomas y publicado en castellano por EUDEBA, e inició un proceso que culminó con el histórico juicio y condena a la Junta Militar.

Que desde el inicio de su gestión presidencial adoptó las medidas necesarias para defender la educación pública y devolver a las universidades su autonomía, que había sido avasallada por las intervenciones militares.

Que, la trayectoria del Dr. Raúl Ricardo Alfonsín ha merecido diferentes condecoraciones y honores entre las que cabe destacar la Orden de la Ciudad de Caracas (Venezuela), las Mazas de Armas del Cabildo (Venezuela), la Medalla del Congreso Nacional (Venezuela), el Gran Collar de la Orden de Boyacá (Colombia), la Medalla de Honor de la Unión Iberoamericana de Abogados y la designación de Miembro de Honor de la UIA (España), la Gran Cruz de Isabel La Católica (España), la distinción como Hombre de las Américas (España), la Medalla de la Tablada (Bolivia), la Medalla del Consejo de Europa, el Premio Internacional de la Democracia “Hombre del Año” (OEA), la “Columbia Presidential Citation” de la Universidad de Columbia (EEUU), la Medalla Libertad Religiosa (EEUU), la Medalla de la American Association for the Advance of Service (EEUU), la Medalla del Congreso Nacional (Perú), la Orden de la Gran Estrella (Yugoslavia), la Gran Cruz de la Orden al Mérito, clase especial (Alemania Federal), la Medalla de la Cancillería de las Universidades de París (Francia), el Premio “Libertad” de la Internacional Liberal (España), el Premio “Príncipe de Asturias” del Cooperación Iberoamericana (España), Rajah Orden de Silcatuna (Filipinas), la Orden Suprema del Crisantemo en el Grado de Gran Cordón (Japón), el Collar Rey Abdul Aziz, Orden al Mérito (Arabia Saudita), el Premio Europeo de Derechos Humanos (Estrasburgo), el Gran Collar de la Orden Nacional Cruzeiro do Sul (Brasil), el “Liberty Bowl de la Ciudad de Filadelfia (EEUU), el Gran Cordón de la Orden al

Mérito de la República (Italia), el Premio Internacional "Por la Lucha por la Democracia en el Mundo" (Italia), la Medalla de Oro de la Universidad de Florencia (Italia), la Gran Cruz Extraordinaria de la Orden Nacional al Mérito (Colombia), el Gran el Gran Collar de la Provincia de Pontevedra (España), la Gran Cruz de la Orden al Mérito (Chile) y el Gran Collar del Congreso Nacional (Brasil).

Que le fueron conferidos los títulos de Doctor Honoris Causa de la New York University (Estados Unidos), Universidad de Nuevo México (Estados Unidos), Universidad Complutense de Madrid (España), Universidad de Santiago de Compostela (España), Universidad de Bologna (Italia), Universidad de Nápoles (Italia), Universidad Nacional del Litoral (Argentina), Universidad de Río Cuarto (Argentina) y Universidad de San Luis (Argentina).

Que, tanto en su acción como ciudadano y como político cuanto a través de su acción pública en la actividad legislativa y en el ejercicio del Poder Ejecutivo de la Nación, ha mantenido una consecuente y valiente militancia por la defensa y el fortalecimiento de la democracia en nuestro país y ha procurado instalar en la sociedad los principios de la tolerancia y el pluralismo que nuestra Universidad sostiene como núcleos fundamentales de su ideario. Esas han sido las razones que constituyeron el fundamento esencial del título de Doctor Honoris Causa que le ha concedido esta Universidad de Buenos Aires.

Que ha sido miembro del Inter Action Council que nuclea a ex presidentes de distintos países; de la Comisión Sudamericana de Paz; del Interamerica Dialogue; del Comité Asesor del Instituto PAX y del Centro Latinoamericano de la Globalización y, desde 1999 Vicepresidente de la Internacional Socialista.

Que ha escrito numerosos trabajos y libros tales como "La cuestión argentina", "Ahora, mi propuesta política", "Qué es el Radicalismo", "Democracia y consenso", "Alfonsín responde", "La transformación cultural: un objetivo de la cooperación iberoamericana", "Fundamentos de la República Democrática – Curso de Teoría del Estado" y "Memoria Política".

Que en el XII Congreso Bienal de la Organización Universitaria Interamericana le fue conferido el Premio Interamérica.

Que el art. 76 del Estatuto Universitario establece que "La Universidad estimula todas aquellas actividades que contribuyan sustancialmente al mejoramiento social del país, al afianzamiento de las instituciones democráticas y, a través de ello, a la afirmación del derecho y la justicia".

Que la figura del ex Presidente permite orientar un conjunto de reflexiones y actividades en la incumbencia temática que se propone para esta Cátedra, que se expresen en acciones de docencia, investigación y extensión, funciones propias e inherentes a la universidad pública.

Lo acordado en la sesión del día de la fecha.

## **EL CONSEJO SUPERIOR DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES RESUELVE:**

**ARTÍCULO 1º.-** Crear la Cátedra Libre "Democracia y Estado de Derecho DR. RAÚL ALFONSÍN", en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires y con sede en la Facultad de Derecho.

**ARTÍCULO 2º.-** Regístrese, comuníquese, notifíquese a la Facultad de Derecho y dése amplia difusión.

# DR. ATILIO ALTERINI

---

DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

---

1. Tengo el privilegio de presentar, en el 26° aniversario de la recuperación democrática, esta publicación que fue requerida por el doctor Carlos Mas Velez en su carácter de Coordinador de la Cátedra Libre *Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín*, y cuenta con material recopilado por el Instituto Nacional Yrigoyenano. La Cátedra fue creada el 8 de abril de 2009 por el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, a instancias de la Facultad de Derecho y con sede en ella, entendiéndose que la figura del ex Presidente permite orientar un conjunto de reflexiones y actividades en la correspondiente incumbencia temática, mediante acciones de docencia, investigación y extensión, como funciones propias e inherentes a la universidad pública. Es el sentido de la Base V del Estatuto de la Universidad de Buenos Aires, que no limita su acción a la enseñanza y a la investigación sino que también “procura difundir los beneficios de su acción cultural y social directa, mediante la extensión universitaria”.

Como lo señaló la Facultad de Derecho al participar el luctuoso suceso de su fallecimiento, el doctor Raúl Alfonsín fue egresado y profesor de posgrado de la Facultad, doctor *honoris causa* de la Universidad, paladín de los valores democráticos y republicanos, firme militante de los derechos humanos y dignísimo Presidente de la Nación.

2. El Primer Congreso Nacional de Estudiantes que organizó en 1918 la Federación Universitaria Argentina (FUA) en Córdoba y al que asistieron delegaciones de las Universidades de esa provincia, de Buenos Aires, La Plata, el Litoral y Tucumán elaboró las *Diez Bases para el Futuro Gobierno Universitario*, que junto con el *Manifiesto Liminar* del 18 de junio fueron el germen del movimiento reformista. En el discurso inaugural del Congreso, Osvaldo Loudet que sería luego destacado médico psiquiatra, pedagogo y académico descartó por anticuada “La universidad cerrada, burocrática, inmóvil” aspirando a que fuera reemplazada por una “Universidad abierta, libre, científica, humana, que eleve e ilumine la vida nacional”, en el marco del dogma reformista que sostuvo la unidad de los procesos de transformación educativa y cultural y de transformación social y política de la sociedad.

La docencia libre integró esas Bases, como un aspecto de la “libertad de aprender” en cuanto confiere la posibilidad de que quien acredite los conocimientos necesarios para ejercer la docencia pueda hacerlo, aunque no forme parte del cuerpo de profesores regulares, a modo de garantía de pluralismo y de plena libertad científica, ideológica y política en la actividad académica.

Precisamente la Cátedra Libre *Democracia y Estado de Derecho* tiende a esos fines y ha sido denominada *Dr. Raúl Alfonsín* pues con palabras del Presidente de los Estados Unidos de América, Barack Obama “El ex Presidente Alfonsín fue una figura fecunda en la consolidación de la democracia en América Latina” y corresponde “la expresión de nuestro respeto y la estima por su integridad personal y su compromiso con los principios democráticos y los derechos humanos”.

3. En la segunda fase de la Revolución francesa el artículo 22 de la nueva Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano del 24 de junio de 1793 previó que "La instrucción es necesaria a todos. La sociedad debe favorecer con todo su poder el progreso de la razón pública, y poner la instrucción al alcance de todos los ciudadanos". En el mismo sentido, tanto la Declaración Universal de Derechos Humanos (ONU, Nueva York, 1948) como la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre (Bogotá, 1948) establecen que "toda persona tiene derecho a la educación", y el Pacto de Derechos Económicos Sociales y Culturales de la Organización de las Naciones Unidas (Nueva York, 1966) reconoce el derecho de acceder a la educación superior. En ese marco, además de la Cátedra *Democracia y Estado de Derecho* Dr. Raúl Alfonsín, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires también funcionan las Cátedras libres de *Deuda Pública Externa* (desde el año 2005), sobre *Holocausto, Genocidio y Lucha contra la Discriminación* (desde el año 2007) y de *Ética Profesional* (desde el año 2009).

4. En su paradigmático discurso del 1 de diciembre de 1985 Raúl Alfonsín exaltó "la función del sistema educacional y de los medios de educación, que deberán asumir la creciente cuota de responsabilidad que les corresponde en una sociedad moderna" y afirmó: "Una sociedad democrática se distingue por el papel definitorio que le otorga al pluralismo, entendido no sólo como un procedimiento para la toma de decisiones, sino también como su valor fundante. En estos términos, el pluralismo es la base sobre la que se erige la democracia y significa reconocimiento del otro, capacidad para aceptar las diversidades y discrepancias como condición para la existencia de una sociedad libre. La democracia rechaza un mundo de semejanzas y uniformidades que, en cambio, forma la trama íntima de los totalitarismos. Pero este rechazo de la uniformidad, de la unanimidad, de ninguna manera supone la exaltación del individualismo egoísta, de la incapacidad para la construcción de empresas colectivas. La democracia que concebimos sólo puede constituirse a partir de una ética de la solidaridad, capaz de vertebrar procesos de cooperación que concurren al bien común. Esta ética se basa en una idea de la justicia como equidad, como distribución de las ventajas y de los sacrificios, con arreglo al criterio de dar prioridad a los desfavorecidos aumentando relativamente su cuota de ventajas y procurando disminuir su cuota de sacrificios". "Despojados de toda arrogancia y de todo prejuicio concluyó, trabajemos, estudiemos y preparemos junto a nuestros compatriotas el país nuevo, el país del futuro".

5. Así, pues, la Cátedra Libre *Democracia y Estado de Derecho* sigue el modelo de acción de Raúl Alfonsín, que condice con la declaración del Foro Mundial de Educación (Dakar, Senegal, 2000) que reafirmó la idea de la Declaración Mundial sobre Educación para Todos (Jomtien, Tailandia, 1990), en el sentido de que todos los "seres humanos tienen derecho a beneficiarse de una educación que satisfaga sus necesidades básicas de aprendizaje en la acepción más noble y más plena del término, una educación que comprenda aprender a asimilar conocimientos, a hacer, a vivir con los demás y a ser", con el "objeto de que mejore su vida y transforme la sociedad".

Con ese mismo modelo de acción, es propio de la Cátedra *Libre Democracia y Estado de Derecho* predicar la esencialidad de la verdad en las cuestiones de principio y su relatividad sólo en las cuestiones de circunstancia, y rechazar enérgicamente la intolerancia.

Por lo tanto esta Cátedra habría sido el ámbito natural para la confesión de Norberto Bobbio: "detesto a los fanáticos con toda el alma", y seguramente los sectarios le habrían dado su respuesta habitual, que consiste en la incompreensión, el desencuentro, la diatriba o la agresión. Porque su obcecación les impide hacer juicios balanceados.

# DESIGNACIÓN DEL DR. CARLOS MAS VELEZ COMO COORDINADOR DE LA CÁTEDRA LIBRE "DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN" RES. (CD) N° 5809/09

---

Buenos Aires, 12 agosto de 2009

**VISTO:** La Res. (CS) N° 5831/2009, por la cual se creó, en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires y con sede en esta Facultad de Derecho la Cátedra Libre "Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín", y

## **CONSIDERANDO:**

Que es necesario proveer lo conducente para poner en funcionamiento la Cátedra Libre mencionada. Que, a tal fin, corresponde designar al Coordinador, y encargarle el cometido de proponer su estructura. Lo aconsejado por la Comisión de Interpretación y Reglamento y lo dispuesto en su sesión del día 11 de agosto de 2009.

Por ello,

## **EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE DERECHO RESUELVE:**

**ARTÍCULO 1º.-** Designar al abogado Carlos Mas Velez, Coordinador de la Cátedra Libre "Democracia y Estado de Derecho Dr. Raúl Alfonsín".

**ARTÍCULO 2º.-** Encargarle que, en el plazo de treinta (30) días, proponga la estructura que tendrá esa Cátedra Libre y los nombres de los candidatos para desempeñar las distintas funciones.

**ARTÍCULO 3º.-** Con la propuesta, el Decano efectuará las designaciones que correspondan.

**ARTICULO 4º.-** Regístrese. Tome conocimiento la Secretaría Académica, Subsecretaría Académica, Dirección de Consejo Directivo e Información al Docente, Dirección de Alumnos, Dirección de Asuntos Estudiantiles, Dirección de Carrera Docente y Formación Profesional, y cumplido, archívese.



# INSTITUTO NACIONAL YRIGOYENEANO

---

## LEY 26.040

---

En la vida de los pueblos suele ocurrir que aparecen hombres providenciales destinados a ocupar un lugar de relevancia fundamental en la historia de las naciones. Son hombres (o mujeres) cuya vida, prédica, ejemplo y accionar resulta decisiva en determinada circunstancia histórica para guiar a sus compatriotas en momentos cruciales, capaces de inspirarlos y canalizar el espíritu de cambio que anida en los corazones y mentes.

Sin lugar a dudas la figura de Raúl Ricardo Alfonsín corresponde a esta categoría de seres humanos, la de los hombres providenciales.

Porque: ¿Cuál hubiera sido la historia de la República Argentina sin el triunfo de Alfonsín y la Unión Cívica Radical en las elecciones del 30 de octubre de 1983?

Sin ánimo de iniciar un ejercicio de ucronía, sugerimos que la historia argentina de estos últimos veinticinco años pudo haber sido otra.

Por lo pronto y a mero título de ejemplo, pudo no haber habido juicio a las Juntas Militares y por ende se habría consagrado la impunidad de la represión ilegal.

Pudo no haber sido creada la CONADEP ni haber habido investigación acerca de las gravísimas violaciones a los derechos humanos en tiempos de la dictadura militar. Vale señalar que la CONADEP fue un organismo independiente integrado por los más prestigiosos representantes de diversos ámbitos del quehacer nacional y que no contó, desgraciadamente, con representación de la fuerza política de oposición.

Pudo no haberse alcanzado el Tratado de paz y amistad con la hermana República de Chile en el conflicto por el canal de Beagle siguiendo el laudo dictado por Su Santidad Juan Pablo II y ratificado por una abrumadora mayoría de la ciudadanía en una consulta popular ejemplar.

Es probable asimismo que no se hubiera normalizado democráticamente la vida de las universidades argentinas haciendo realidad los principios históricos de autonomía y cogobierno establecidos por la Reforma Universitaria de 1918.

No vale la pena extenderse más para concluir que la historia del último cuarto de siglo pudo haber sido muy diferente si Alfonsín no hubiera sido el primer presidente de la transición democrática argentina iniciada en 1983.

También por ello, Raúl Alfonsín fue destinatario del reconocimiento de cientos de miles de argentinos que participaron de sus funerales bajo una persistente lluvia, quizá como el postrer tributo ciudadano a la obra realizada por el hombre de Chascomús.

Le correspondió ser el primer presidente de la democracia renacida en 1983 en gran medida por su prédica positiva, convocante y exenta de revanchismo, pero de profundo sentido libertario. Vale tan sólo mencionar la emoción que provocaba entonces cuando cerraba sus alocuciones públicas (en todos los mítines que organizó desde las más importantes concentraciones urbanas hasta los más recónditos rincones de la vasta geografía nacional) pronunciando el Preámbulo de la Constitución Nacional, por él convertido en rezo laico, santo y seña de la cruzada democratizadora. Y también fue sin duda el artífice indispensable de la consolidación del sistema democrático, no solamente como forma de gobierno sino como modo de vida ya definitiva e inexorablemente incorporado a la cultura argentina.

Todos sabemos y recordamos que se vivieron momentos complicados, harto difíciles durante su mandato, en los cuales debimos aprender a convivir en democracia más allá de las lógicas y esperables diferencias, y defenderla de las acechanzas que, en aquellos años fundacionales con mayor ahínco, se hicieron notar.

Vivir en democracia aparece ahora como una situación normal para las generaciones más jóvenes que tienen como algo lógico el normal desenvolvimiento de las instituciones democráticas o el proceso electoral que cada dos años vivimos en nuestro país. Es que han tenido el privilegio de nacer con la democracia felizmente consolidada en la Argentina en gran medida por obra de Alfonsín, quien para ellas es como un personaje de los libros de historia. ¡Y vaya si lo es!

Es que Alfonsín, entre sus muchos méritos, supo interpretar mejor que nadie ese anhelo popular, esa pulsión colectiva que clamaba por la democratización de nuestra vida como sociedad.

Hoy, habiendo pasado el tiempo de aquellas jornadas históricas, y tras el más largo período de vigencia de las instituciones republicanas, el pueblo - aún aquellos que han disentido con su filosofía y sus principios políticos - lo reconocen con respeto y hasta con gratitud.

Porque Alfonsín conservó hasta el final de su vida terrena esa virtud comunicativa y carismática con la sociedad desde sus días de campaña de 1983 cuando recorrió dos veces el territorio de la república llevando su mensaje democratizador.

El Instituto Nacional Yrigoyeneano creado por Ley Nº 26.040 sobre la base del Instituto Yrigoyeneano, fundado el 1º de junio de 1948, accedió a tal condición en gran medida por su apoyo y compromiso, por lo que fue distinguido como Miembro de Honor en reconocimiento a su identificación con los ideales y principios que inspiraron a Hipólito Yrigoyen, el gran fundador de la República democrática argentina.

Por ello, y contando con el apoyo del Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires doctor Atilio Aníbal Alterini, desde el Instituto Nacional Yrigoyeneano en conjunto con la cátedra libre "Democracia y Estado de Derecho, Dr. Raul Alfonsín", hemos realizado esta compilación que reúne notas y artículos publicados en la prensa argentina y extranjera que recogen esta suerte de **"Juicios más balanceados"** -usando los mismos términos del propio Alfonsín- sobre su figura, su obra y su legado.

Permítanos finalmente el lector ser intelectualmente honestos y reconocer nuestra profunda y sincera identificación con los ideales alfonsinistas y recurrir a una definición de Octavio R. Amadeo que, en "Vidas Argentinas", al referirse a la vejez de una figura consular de nuestra Patria dice: *"Le fue otorgada la vejez, que es casi un virtud. Y cuando se llega a ella con salud moral y física, con utilidad social, es como una santidad [...]. Fue un gran viejo; la vejez es una dignidad y una virtud. Producir un viejo es un éxito de la naturaleza y una victoria de la raza"*. El sayo le cabe con creces al insigne Raúl Ricardo Alfonsín, que fue grande sin haber pretendido querer serlo.

---

Diego A. Barovero (Vicepresidente) y Fernando Blanco Muiño (Secretario General)

---

# **PRENSA NACIONAL**

---

**MEDIOS GRÁFICOS DE BUENOS AIRES  
MEDIOS GRÁFICOS DEL INTERIOR**

---

**JUICIOS MÁS BALANCEADOS**  
CÁTEDRA LIBRE  
DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN



# **MEDIOS GRÁFICOS DE BUENOS AIRES**

**JUICIOS MÁS BALANCEADOS**

CÁTEDRA LIBRE

DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN



# El día que Alfonsín contó<sup>2</sup>

Por Martín Granovsky<sup>3</sup>

La mesa del Boeing 707 era todo el lujo disponible en el avión presidencial, un tubo fino y alargado con una modesta clase ejecutiva para ministros y secretarios y unas ochenta plazas para fotógrafos, comisarios de a bordo, periodistas, funcionarios de rango menor y comitiva de apoyo, todos mezclados en una ensalada que muchas veces, por los vuelos largos, terminaba en una estudiantina. Algunas noches de truco, canto y chistes el avión parecía un micro. Solo le faltaban el color naranja y la palabra "Escolares".

Los pasajeros estaban - estábamos- no muy lejos de la escuela secundaria. ¿Veintipico de promedio? En todo caso el señor mayor del avión, quien esa mañana de 1985 había convocado en torno de su mesa a un cuarteto de periodistas, tenía entonces solo 57.

Se llamaba Raúl Alfonsín, llevaba poco más de un año como Presidente de la Nación y ese día estaba dispuesto a contar información interesante a cambio de que ninguno de los presentes lo mencionáramos. No recuerdo si dijo sus dos palabras típicas, "estoy persuadido", pero en cambio recuerdo los temas y sus argumentos.

Primero habló de Chile. Dijo que lo preocupaban las acciones guerrilleras del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. "Si la violencia aumenta, la dictadura de Augusto Pinochet se afirmará, lo cual será malo para los amigos chilenos y también malo para nosotros", dijo.

"En la Argentina lo que menos necesitamos es darles excusas a las Fuerzas Armadas para reclamar más armamento y mantener vigentes unas hipótesis de conflicto que, en realidad, solo sirven para subrayar una militarización que no queremos", explicó. Y contó que estaba hablando con los cubanos para pedirles que fuesen ellos quienes intercedieran ante el Frente Manuel Rodríguez y los calmaran.

El de Chile y Cuba ya era un gran tema para hablar en persona con un presidente. Pero Alfonsín levantó la apuesta. Contó que, luego de más de un año de espera tras el decreto que, en 1983, ordenó el juzgamiento de los comandantes de la dictadura, estaba claro que las Fuerzas Armadas no se iban a juzgar a sí mismas. Dijo Alfonsín que ante esa realidad había resuelto impulsar la segunda etapa del juzgamiento: empezaría el proceso civil contra las juntas.

Ambas cosas se cumplieron. La negociación con Cuba sobre la guerrilla chilena avanzó. En cuanto a la segunda confidencia, el 22 de abril de 1985 se realizó la primera audiencia pública de la Cámara Federal porteña. El juicio terminaría el 9 de diciembre de ese año con la condena de Jorge Videla, Emilio Massera, Orlando Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini. A Videla y Massera les correspondió pena perpetua.

Por primera vez en condiciones de transición democrática -y no de ruptura o revolución- un régimen democrático juzgaba y condenaba a una parte de las cúpulas que habían planificado un programa sistemático de asesinato, secuestro, tortura, ocultamiento de pruebas y robo de bebés a sus padres en cautiverio.

## Juicio a los dictadores

Aquel señor mayor del 707 es el mismo viejo que murió ayer, dolorido por el cáncer, 24 años después del juicio a las juntas.

---

<sup>2</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires); 02/04/09.

<sup>3</sup>Presidente de la agencia argentina de noticias Télam.

La muerte no escribe la Historia. La muerte, por sí sola, ni siquiera escribe la biografía de un ex presidente. ¿Quién podría tener la arrogancia de hacer un balance completo hoy, ya mismo, en caliente? Pero además, ¿existe acaso ese tipo de balances, a modo de una religión de Estado, de una historia oficial, de una filosofía obligatoria? ¿Quién sería tan mesiánico de cerrar unas reflexiones que irán decantando con la vida, con las investigaciones, con los libros, con los temas que cada presente irá preguntando a su pasado?

El impacto de una muerte solo puede dictar algunos apuntes en borrador, sabiendo que de hoy en más cada uno de los argentinos tendrá su propio Alfonsín y que cada uno de ellos podrá cambiar una y otra vez.

Este apunte que comenzó 24 años atrás en el anotador de un periodista tiene un recorte arbitrario y personal. Apenas registra cuatro hechos notables y una forma de hacer política.

El primer hecho notable es el juicio a las juntas.

El segundo es anterior: la decisión de cerrar el conflicto de límites con Chile y la convocatoria a una consulta popular en la que ganó por 81,5 por ciento el respaldo a la propuesta papal de paz en el conflicto del canal de Beagle.

El tercer registro es el acuerdo de Foz de Iguazú con Brasil, firmado en noviembre de 1985 entre Alfonsín y José Sarney. Desde entonces, también desde hace 24 años, los dos vecinos abandonaron la doctrina según la cual el otro era un enemigo a batir. Mientras edificaban sus democracias, Brasil y la Argentina construyeron una relación que avanzó paso a paso.

Primero tomaron la decisión de inspeccionar mutuamente las instalaciones nucleares del otro, un hecho relevante para el futuro de América latina: fue la garantía definitiva de que ambos países abandonaban la carrera hacia la bomba atómica propia. Resultó un seguro contra la existencia de una India y un Pakistán a escala regional. Luego llegaron otros pasos como la integración económica por sectores y la coordinación de políticas para lograr la paz en América central con la creación del Grupo de Apoyo a Contadora.

### **Con Sarney**

El acercamiento fue el valioso envión para una política que Fernando Henrique Cardoso y Carlos Menem abandonaron y retomarían después, en la etapa del posneoliberalismo, Luiz Inacio Lula da Silva junto con Néstor Kirchner desde el 2003 y con Cristina Kirchner desde el 2007.

El cuarto registro es la Ley de Divorcio, iniciada por estrategia política del propio Alfonsín en el Congreso y promulgada en 1987 por el Ejecutivo. Fue el aporte a un sinceramiento moderno y laico que, por desdicha, no se repitió en el Congreso Pedagógico por el fracaso de los sectores seculares de la sociedad.

El juicio a las juntas, el acuerdo con Brasil, la paz con Chile y el divorcio marcan una forma de hacer política: la que se basa en el voto popular como fundamento de las transformaciones. No es casual que las tres primeras iniciativas fueran impulsadas abiertamente por el Poder Ejecutivo y la cuarta fuese un proyecto del Ejecutivo que solo por motivos tácticos comenzó en el Congreso.

En los millones de Alfonsines de estos días y en los miles que vendrán hay y habrá infinitos registros, miradas y recortes. Ya está apareciendo la imagen de un Alfonsín estático, pegado a un supuesto consenso. Supuesto, y no verdadero, porque la idea de consenso, cuando aparece en combinación con la inmovilidad, es el concepto que los conservadores argentinos utilizan para enseñarles a los presidentes elegidos por el pueblo que su función -ya que lamentablemente ganaron- es resignarse y pagar el costo que sobreviene cuando un gobernante quita a los esperanzados toda forma de confianza en sus propias fuerzas.

En ese vocabulario conservador, "república" no es la división de poderes que marca la Constitución sino la ausencia de respeto al voto popular.

Una muerte puede despertar conjeturas. Al menos en la Argentina, un país que debe superar la desigualdad extrema, una conjetura es que solo parece haber una república posible: la que descansa sobre la democracia profunda y la voluntad de cambio.

El mismo Alfonsín pareció pensarlo de este modo cuando en el 2003 la Argentina comenzó a discutir la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que en política habían sido el punto más doloroso de su mandato.

"Hay ahora un presidente nuevo, que transmite su convicción sobre la consolidación del sistema democrático", aseguró Alfonsín hablando de Kirchner.

"Según ha dicho, estas leyes no deberían existir, y entonces tal vez impulse la declaración de nulidad de las mismas para borrar los efectos derivados de dichas leyes. Si el Presidente tiene voluntad y decisión, y está convencido de que las leyes son nulas, debería actuar de acuerdo con sus convicciones. Hoy es su responsabilidad y lo respaldaré si hace una cosa u otra. La democracia argentina está consolidada", dijo al anunciar que no se sentiría agraviado.

Y terminó así su declaración de principios sobre el valor de la decisión presidencial como clave de la vida republicana: "Quizá sea el último anclaje con un pasado que debemos romper".

## Ser Alfonsín<sup>4</sup>

Por Martín Caparrós<sup>5</sup>

*Debe ser duro ser Alfonsín. Debe ser raro saber que uno llegó adonde nadie y que, una vez allí, no pudo dar los pasos decisivos.*

Debe haber sido duro ser Alfonsín. Debe ser duro haber sido Alfonsín. Debe ser duro, sobre todo, morir. Y debe serlo haber agonizado. Raúl Ricardo Alfonsín, presidente que fue de la Argentina y de los argentinos, ya pasó por esa situación que nadie puede siquiera imaginar hasta que no precisa imaginarla: un hombre que sabe que se muere y que pelea, si acaso, por seguir siendo un hombre un rato más, unas horas, un día sabiendo que no hay triunfo que no lo lleve a la derrota. Solemos creer que en esas situaciones un hombre revisa su vida; es probable que no pueda hacerlo, ocupado como está en respirar y esquivar el dolor y ver últimas luces, pero cómo saberlo: quizás Alfonsín haya podido hacer memoria. Si fue así, habrá atravesado esa perplejidad que todos, alguna vez, recorreremos –la de un hombre que sabe que, aunque no lo haya hecho tan mal, no le sirve de nada porque está por dejarlo–, y esa otra reservada para pocos: la de un hombre que sabe que hizo mucho más que lo que suele hacer un hombre pero podría haber hecho tanto más. Debe ser raro saber que uno llegó adonde nadie y que, una vez allí, no pudo dar los pasos decisivos; debe ser raro, tan cerca de la muerte, recordarlo. Raúl Ricardo Alfonsín se murió y lo enterraron y lo cubrieron de loas y de incienso y él, supongo, sabía: por suerte, para salvarnos de nosotros mismos, siempre está la memoria de los otros. Que ha sido, en estos días –como suele–, débil, fantasiosa; quizá cuando las nubes se vayan deshaciendo podamos hablar un poco más en serio. Por ahora todo son ditirambos, alabanzas. Me aburrí, en estos días, de es-

---

<sup>4</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>5</sup>Periodista.

cuchar “el padre de la democracia” –y no podía dejar de preguntarme quién sería su madre, o si tendría una abuela. ¿Por qué tanta cháchara sobre paternidades? ¿Tanto necesitamos creer que hay grandes hombres –jefes, caudillos, sacerdotes, padres– que conducen la realidad y nos conducen? ¿Tanto necesitamos reproducir este sistema de próceres heroicos, que aún en este caso inverosímil debemos convertir al muerto en otra figurita de manual? Así se arman las historias para convencernos de que nuestras vidas no dependen de lo que podamos conseguir sino de la intervención de un Gran Padre bueno o malo, que las encarrile o descarrile, que las ordene o desbarate. Es un modo de ver el mundo, el que más les conviene a los que quieren ser padres o tíos, tutores o encargados: a los que tienen algún tipo de poder y quieren mantenerlo, propagarlo.

Es una forma de escribir la historia. El culto del nuevo Padre parece ocultar, por ejemplo, la obviada de que la vuelta de la democracia en el 83 fue el producto de muchos factores: que los militares ya habían cumplido su trabajo, que se arruinaron con la estupidez de las Malvinas, que había cada vez más que los peleaban, cada vez menos miedo. Y que por eso tuvieron que convocar a elecciones y que, recién entonces, un personaje como Alfonsín –un respetable político de la “izquierda radical”, abogado de derechos humanos– entró en el escenario: cuando ya estaba decidida y decretada la vuelta de la democracia, por aquellas razones y otras más –lo cual lo vuelve, si es necesario el parentesco, más un hijo que un padre.

Pero no hay caso: nos resulta más fácil, más tranquilizador pensar la historia y la política y nuestras vidas en términos de líderes que nos llevan y nos traen, grandes papás. Por eso, en estos días, se está construyendo un Alfonsín de mármol y opereta, un secundario con diálogo en Aurora, un dibujo de simulcop a media página.

Gracias al honestismo imperante, el rasgo principal del personaje es su decencia: no robó, dicen, siguió en la misma casa, dicen, intentando de nuevo la Gran Illia: hacer de un rasgo menor pero infrecuente una categoría ontológica suficiente para levantar bustos y monumentos. Se entiende que lo hagan los políticos: alegar que existe al menos uno que era honesto supone que la corporación no está perdida, que podría haber más. Se entiende que los hagan muchos otros, honestistas convencidos: decirles a los políticos que hubo uno y lo quieren por eso es decirles por qué no los quieren –y dan risa tantos que lo usan como argumento contra K olvidando que fueron, en su momento, feroces contra Alfonso. Algunos le agregan un matiz de tragedia criolla: era un buen hombre al que no le fue tan bien porque los buenos, en la Argentina, pierden. El típico pobre mi padre querido, qué buen tipo era el viejo: para los que siempre piden padres no hay mejor padre que el padre muerto, el que ya no va a ordenarte nada, el que se puede manejar como una marioneta grácil. La operación, estos días, parece funcionar, y así nos conseguimos alguien a quien respetar en un momento en que no tenemos a quien respetar, un símbolo común en una época en que no tenemos símbolos comunes; un prócer, que es lo contrario de un político.

Lo contrario: un prócer no tiene banderas, trabaja para el supuesto “bien común”, para lo indiscutible. Alfonsín prócer padre de la democracia parece un bien de todos; recuerdo las peleas de Alfonsín con variados sectores –desde los militares hasta el peronismo, desde los sindicatos hasta los grandes empresarios, desde Reagan y el FMI hasta la Iglesia Católica y la Sociedad Rural– que muestran que sí tomaba partidos, que era beligerante y parcial, que hacía política. Y que había hecho ciertas elecciones –aunque no siempre pudiera sostenerlas.

Alfonsín –sabemos– fue presidente cuando nadie lo esperaba. Y lo fue de un modo extraordinario: no tanto por reemplazar a militares que –cumplido con creces su trabajo– pedían la escupidera, sino por vencer al peronismo en elecciones libres por primera vez. Con los militares y los peronistas en derrota, con millones entusiasmados por la nueva democracia, con una economía razonable, Alfonsín tuvo la

mayor oportunidad de las últimas décadas para cambiar algo serio en la Argentina: para intentar otra cultura política, para acabar con las corporaciones, para dar vuelta la tendencia socioeconómica que los militares habían implantado –y no lo hizo. Lo intentó, al principio, chocó contra poderes, y en algún momento decidió –o debió– resignarse. Es cierto que consiguió cosas: recuperó cierto tejido social, juzgó a las Juntas, legitimó el divorcio, y nos dejó para siempre una frase que resume todas nuestras frustraciones y que, algún día, va a convertirse en epitafio irónico: “Con la democracia se come, se cura, se educa”. Es cierto que parecía buena persona; es otro asunto. Fue el último político en quien millones de argentinos creyeron de verdad; después hubo algunos que produjeron satisfacción, alivio, sorpresa, simpatía, pero ya no esperanza. Fue la última vez que esperamos algo serio de un proyecto político, y su fracaso tuvo mucho que ver con la antipolítica y el pragmatismo noventistas. Su fracaso abrió el camino del menemismo y la culminación de la onda neoliberal que la dictadura había lanzado; su fracaso es más culpable porque podía haber sido un gran triunfo.

Debe haber sido duro ser, después de todo eso, Raúl Ricardo Alfonsín. Leía aquí mismo su discurso de cierre de campaña –y me preguntaba cómo habría hecho, en los años siguientes, en el gobierno y después del gobierno, para digerir el hecho de que tantas de sus ilusiones, tantas de sus promesas no se habían concretado. Debe haber sido duro ser Alfonsín, el nombre de la esperanza 1983, y pasarse estos veinte últimos años viendo cómo la Argentina caía, recaía. Debe haber sido duro, sobre todo, saber que pudo más que tantos y que, sin embargo, no supo poder lo que importaba.

## **Sobre Raúl Alfonsín<sup>6</sup>**

**Por Osvaldo Barone<sup>7</sup>**

¿Cómo será verse en una escultura de mármol o de bronce en la Casa Rosada? Una escultura suele celebrar mayormente muertos. Pero hoy a la tarde Raúl Alfonsín, al natural, feliz y en vivo, y en su resistente senectud, estará allí ante la representación de su imagen inmóvil. Es una ceremonia infrecuente que la copia y el modelo se contemplen. Aunque en Racing, en la desmesura del fútbol, Mostaza Merlo vio su estatua de cuerpo entero. A Maradona lo vienen esculpiendo desde hace mucho. Es un reiterado modelo de icono vivo entre montones de iconos muertos. A Borges en 1987, a un año de irse, le erigieron una estatua polémica en la Feria del Libro. A la de Gardel en la Chacarita en cada aniversario le ponen un cigarrillo encendido en la mano de bronce. Dicen que al anochecer, consumido, el pucho se apaga. A Perón y Evita les sobran descamisados, obras y votos. También estatuas donde ambos podían contemplarse. Muchas de ellas fueron derrumbadas por los “gorilas” que se anticiparon al rito que las tropas dominantes ejercieron medio siglo después sobre la estatua de Saddam en Bagdad. Con Raúl Alfonsín es distinto. Nadie duda que se merece el lugar que va a ocupar junto a otros que fueron presidentes. Algunos de esos bustos evocativos son más para el perdón, la piedad o el olvido. Pero el de él es indiscutible.

Porque más allá de la convención institucional o del cronograma histórico que lo incluye en la lista, aporta gravitación al papel de Presidente. Lo enriquece. Alfonsín en la democracia es el político que la recrea, que la reivindica y que la sufre.

---

<sup>6</sup><http://www.clubdelprogreso.com>, columna política (Buenos Aires, Argentina).

<sup>7</sup>Periodista.

Es el que asume desde el umbral de la desesperanza colmada de muertos, y la convierte en la esperanza de un pueblo que resucita. Pocas veces un presidente instala en su mandato una felicidad popular de tal pluralismo y de tal magnitud cívica. Parte de nuestra sociedad-fueron muchos- injusta, voluble, ingrata y plañidera, como seguimos siendo ahora, eligió la banalidad de desconsiderarlo en cambio de desconsiderarse a si misma. Me quedo con Alfonsín: con el del memorable Juicio a la dictadura, con el del memorable preámbulo de sus discursos y también con el que no pudo resistir el empuje de los conspiradores económicos. Me quedo con Alfonsín y no con sus negadores. Me quedo hasta con el Pacto de Olivos, porque la política no es un diseño de estereotipo o de molde, sino un devenir de decisiones que se toman sin guantes y con el mango de la sartén al rojo vivo. Siempre me quedo con los políticos ante que con los antipolíticos que dan sermones desde la cama o desde el jacuzzi. El busto que ahora lo duplica es apenas un reconocimiento de forma en un recinto respetable. Ojalá esa forma adquiera sincero y racional contenido en quienes hoy allí lo celebren. Alfonsín es un presidente- y digo presidente porque no es ex ni lo fue nunca- que le da rango a la democracia y a la política. Un tipo sin odio; sin impostaciones patrióticas. Y un ciudadano sin fatuidad de palco, ni de retórica de patronal ni de elite. No necesita usar la escarapela para que uno se de cuenta que es argentino. Y está vivo. Porque está vivo.

## El mejor Alfonso<sup>8</sup>

Por Eduardo Blaustein

*Descendiente de un gallego republicano, orador brillante de entonaciones anacrónicas y reminiscencias gauchescas, supo recoger parte de lo mejor de las tradiciones políticas argentinas y unas cuantas no tan buenas.*

Descendiente de un gallego republicano, orador brillante de entonaciones bonitamente anacrónicas por sus reminiscencias gauchescas, fue un caudillo político que supo recoger parte de lo mejor de las tradiciones políticas argentinas y unas cuantas no tan buenas. Intentó implementar un proyecto con rasgos socialdemócratas y krausistas en un país que salía del espanto y el Medioevo. Se atrevió a llevar adelante el juicio a las Juntas Militares en condiciones durísimas, enfrentando no sólo a las Fuerzas Armadas sino a la Iglesia, a las corporaciones mediáticas y a todos los que habían apoyado la dictadura más cruel que padeció la Argentina. Terminó cediendo al poder de fuego de las derechas imponiendo las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Renovó y oxigenó la cultura política y terminó impulsando el Pacto de Olivos, una suerte de reparto de poderes entre –en palabras de Ricardo Balbín– “viejos adversarios”.

Que quede claro: no apuesto a la idea de algún opaco empate histórico. Mucho menos a la de un Alfonsín anulado por sus contradicciones. No, me quedo con el mejor Alfonsín posible. Por el mejor Alfonsín posible nos movilizamos unos cuantos sin ser ni de lejos radicales, acaso “todo lo contrario”. Lo hicimos yendo a curiosear en las manifestaciones radicales del 83, participando de la asunción de gobierno, festejando los Cien Días de la Democracia. Fuimos a apoyarlo en las difíciles cuando el Felices Pascuas y cuando la economía de guerra.

¿Nos dejó pagando? Sí. Aun así, me quedo con el mejor Alfonsín posible.

Jódanse foristas sacados de este diario. Me quedo –en tiempos de arrasar al otro hasta eliminarlo– con

---

<sup>8</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

un Alfonsín con el que tuve broncas pero también afecto y respeto. Me quedo con el potente puñado de paralelismos entre el gobierno de Alfonso y el de los Kirchner. Porque algunas de las buenas intenciones de Alfonsín cuentan, aunque fracasara. Porque los mejores gobiernos democráticos que tuvimos fueron los de Alfonsín y el de Néstor Carlos, con todas sus burradas. Porque ambos intentaron restablecer una mínima idea de un Estado ordenador y reparador de injusticias históricas y sociales. Porque ambos, con sus enormes y diversas macanas, se ganaron la contraofensiva de comunes enemigos despiadados: el statu quo representado por la corporación mediática, la Iglesia, las derechas caníbales, la Sociedad Rural, los poderosos, los miserables, los pelotudos que hoy se travisten de civilizados hasta que se les escapa o bien la metáfora de "la patota cultural" o bien el reclamo de pena de muerte. Porque alguna racionalidad le queda a la historia: no pueden ser sólo malentendidos o subjetividades de época los que ayuden a unificar la ofensiva de esos sectores.

Cuando en el viejo Congreso de los 80 el Chacho Jaroslavsky era el gran disciplinador de la tropa radical nadie hablaba de "la escribanía". Cuando los legisladores radicales votaban "con náuseas", según dijo alguna vez Freddy Storani, no existía un Cobos a la vez opositor y gobierno. Nadie hablaba de hegemonías, de locuras, de Hitler y Ceacescu, cuando Alfonsín confrontaba, y eso sucedía seguido. La derecha no había aprendido a decir "República" cuando a Alfonsín se le reprochaba "no contribuir a la pacificación nacional. Y cuando un peronismo realista, "enterrando el pasado en sus propias desintegraciones y derrotas ideológicas", según escribió Nicolás Casullo, diagnosticaba que el problema de Alfonsín fue "pelearse con todos al mismo tiempo", ése, precisamente ése, fue el comienzo de la destrucción de las utopías democráticas, el mejor triunfo de los cínicos.

## Alfonsín<sup>9</sup>

Por Pepe Eliashev<sup>10</sup>

Las necrológicas dan por cierto que alguien murió. Yo no sé hoy si éste es el caso. En rigor de verdad, todo lo que digo lo podría decir ahora como lo podría haber dicho antes, como lo podría decir mañana. Él me hizo volver. Cuando ganó, me di cuenta de que mi exilio había terminado. Me di cuenta de que si hubieran ganado los otros, los peronistas, hubiera habido auto amnistía de los militares. No hubiera habido juntas militares juzgadas. Por eso, cuando ganó, asumió el poder y lo primero que hizo fue juzgar a las juntas, me di cuenta de que la larga década del exilio llegaba a su fin.

Y cuando ya estuvimos acá, me sacó a la calle. Raúl Alfonsín convocó a la gente a la Plaza de Mayo cuando a la República la acechaba un golpe militar de ultra derecha, un golpe militar que cosechaba solidaridades imprevisibles. Afortunadamente, el país democrático, incluyendo muchos notables justicialistas, se agrupó en el balcón de la Casa Rosada para detener la asonada golpista.

Es el hombre que me costó entender, como a tantos coetáneos. Lo hablé entonces, y lo hablé luego muchísimas veces, cara a cara y a solas con él, mirándolo a los ojos, así como él siempre me ha sostenido la mirada. "¿Por qué lo hizo?", le preguntaba. Jamás me hubiera sido posible tutearlo. Siempre le he dicho "Doctor". Porque es un doctor. Siempre le he dicho "Doctor Alfonsín".

---

<sup>9</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 31/03/09.

<sup>10</sup>Periodista.

Estaba convencido, y siguió convencido hasta último momento, que era indispensable evitar el derramamiento de sangre. Él sabía, y él lo supo en Campo de Mayo, que si algún tipo de gesto la democracia no producía, lo que se había conquistado, lo que se había recuperado, se desintegraría.

Me costó también entenderlo cuando pactó. ¿Por qué lo hizo? Muchos se lo preguntamos. Con una paciencia infinita, Alfonsín lo explicó una y otra vez, y encima lo dejó por escrito en un libro formidable e imprescindible para los jóvenes, que se llama "Memoria política". Estaba convencido de que era la única manera de encuadrar a un hombre cuyo apetito de poder era voraz, Carlos Menem.

Pero Alfonsín también es el hombre que transgredió. Transgredió mucho más de lo que muchos imaginan, en un momento en donde nadie transgredía nada. Por eso fue combatido por izquierda y por derecha. Por eso desde la izquierda lo corrían con el Fondo Monetario Internacional, y hubo un grupo de alucinados demenciales, finalmente homicidas, que fue a por un cuartel, dejando un saldo de 40 muertos.

Pero la derecha lo odiaba. La Sociedad Rural le dio vuelta la cara en Palermo. La Iglesia Católica Apostólica Romana, aún cuando había gente de probada convicción católica en el gobierno de Alfonsín, le hizo la vida imposible con la ley de divorcio, que hoy es prácticamente una antigüalla.

Le cantó las cuarenta en la cara a Ronald Reagan en los jardines de la Casa Blanca, por eso fue recelado. Porque la política exterior de Alfonsín propugnaba la paz en Centroamérica. Estaba en contra del intento subversivo contra la Nicaragua sandinista. Argentina fue un país clave en el Grupo Contadora. Es el hombre que se ha jugado por el sistema, siempre. Tuvo muy en claro que lo único que no era negociable era la democracia y la separación de poderes. Por eso, cuando en el '89 el peronismo vociferaba "Cuando usted disponga, ahí llegamos", prefirió irse antes, y evitar que estallara el país. Pidió diálogo en todo momento, y a menudo no lo consiguió, sobre todo en los últimos años.

Hace mucho tiempo que Raúl Alfonsín es un indispensable. Un hombre que por méritos propios, por tenacidad, por patriotismo y por nobleza personal, tenía y tiene la talla de un estadista. Él pensó, y sabía, que la Argentina tenía que salir de la Capital Federal en algún momento. Por eso habló de Viedma. Lo calificaron de loco, de alucinado, de psicópata: "¿Trasladar la Capital?". No se equivocaba: hoy, como ayer, como mañana, seguirá siendo estratégico. Por eso hizo un Congreso Pedagógico, porque consideraba que era indispensable debatir a fondo, qué educación queremos para los chicos.

Y sobre todo, es el hombre que, a 72 horas de haber asumido la presidencia de la Nación, con las Fuerzas Armadas intactas, con los servicios de inteligencia de las juntas intactos, con la entera estructura del genocidio en su lugar, firmó el decreto de enjuiciamiento a las juntas militares y también a las cúpulas de las organizaciones guerrilleras. Todos ellos tuvieron la posibilidad de defenderse. La Justicia, con enorme rapidez, pese a que apenas hacía horas habíamos salido de la dictadura, terminó con el paradigmático Nunca Más, un ejemplo para el mundo, un caso sin precedentes.

No descolgó cuadros del Colegio Militar, no vociferó contra gente impotente, no cazó leones en el zoológico. Por eso, así lo trataron los carapintadas.

Éste es el Alfonsín que yo recuerdo.

El que siempre recordaré.

Un hombre de una infinita bondad.

Un hombre que me hizo volver, a mí, y a mis seres queridos.

El hombre que fundó la democracia argentina.

El hombre al que no quisieron escuchar los actuales gobernantes, cada vez que les pidió que se bajaran de la soberbia y que aprendieran a dialogar.

Con Alfonsín o sin Alfonsín, aunque estará siempre con nosotros, ojalá que los que ahora tienen poder aprendan la lección y se bajen del caballo.

Y aprendan que un estadista es un hombre que hizo, que dijo y que dejó, lo que hizo, dijo y dejó Raúl Alfonsín.

# Alfonsín, el constitucionalista<sup>11</sup>

Por Humberto Quiroga Lavié<sup>12</sup>

*A quince años de la reforma constitucional de 1994, vale la pena recordar el avance que significó para la construcción de un estado democrático de derecho, pese a que muchas de sus innovaciones no fueron aún asumidas por la dirigencia.*

En pocas semanas se empezarán a recordar los quince años de la Convención de Santa Fe que reformó nuestra Constitución Nacional. Aquel proceso culminó el 23 de agosto de 1994 cuando se juró en el Palacio San José, histórica casa de Justo José de Urquiza, el nuevo texto constitucional reformado, tras el proceloso trámite que generó el impactante Pacto de Olivos. Carlos Menem bregaba por la reforma para poder ser reelecto: el texto histórico de 1853 se lo prohibía. Para lograr la "declaración de la necesidad de la reforma" el art. 30 constitucional exige los dos tercios de los miembros del Congreso y el justicialismo de Menem no los tenía. Necesitaba los votos de la Unión Cívica Radical.

El radicalismo también era reformista, porque Raúl Alfonsín había impulsado la reforma para consolidar la democracia y para instalar un estado social y democrático, con limitaciones al "presidencialismo fuerte y centralista", también para fortalecer el federalismo argentino y la independencia del Poder Judicial. El juego político llevó al presidente Menem a impulsar una reforma sin cumplir con los dos tercios de votos en el Congreso, sancionando una reforma solamente vinculada a la reelección presidencial, anunciando que, a tal fin, se iba a convocar un plebiscito no vinculante.

Esas fueron las circunstancias que forzaron el nacimiento del Pacto de Olivos, tremendamente vilipendiado por la opinión pública. Menem logró su reelección y, de ese modo, se convirtió en el presidente constitucional que más tiempo haya ejercido en forma continuada el Poder Ejecutivo en el país: diez años. La reforma posibilita solamente acumular ocho años, tras una reelección de un período presidencial que ahora dura cuatro años: es decir el sistema de la Constitución Federal de los Estados Unidos.

Pero lo que corresponde es destacar la importancia institucional que tuvo esa reforma para nuestro país y cuál es el rol que ha tenido Raúl Alfonsín para conseguirlo. Alfonsín ha muerto y se lo recuerda como el restaurador de la democracia en la Argentina, para que "nunca más" los gobiernos de facto, la tiranía militar ni la instalación del terrorismo de Estado. Fantástico legado para la historia de nuestra patria. Pero hay un legado no menos fundamental para el futuro, para los tiempos, como a él le gustaba enfatizar. Ese legado es la reforma constitucional de 1994 que tuvo en él al impulsor e inspirador indiscutido.

Por eso es que se constituye en un padre de la patria ilustre, como lo fueron Echeverría, en su carácter de ideólogo de la organización nacional, Juan Bautista Alberdi, en su carácter de autor de la principal fuente de los constituyentes que la redactaron, como lo fueran sus Bases, Gorostiaga y Juan María Gutiérrez, todos ellos en relación con el texto histórico de 1853. A ellos deben agregarse Mitre y Sarmiento por su participación en la reforma de 1860. Raúl Alfonsín se incorpora a esa nómina, no como redactor, sino como impulsor e inspirador de una modernización constitucional que ha venido a consolidar el "Estado social y democrático de derecho" en la Argentina, al menos en el mundo del deber ser, a la espera que el ser de su cumplimiento y concrete el programa normativo sancionado en 1994.

Esa consolidación a la que nos referimos se encuentra en la protección de los derechos humanos, a partir de la jerarquía constitucional de diez Tratados Internacionales que se ocupan de ello. También, en la ac-

---

<sup>11</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 11/05/09.

<sup>12</sup>Jurista. Ex convencional constituyente en la Reforma de 1994.

ción de amparo, con su trascendente variante del amparo colectivo; con un Defensor del Pueblo legitimado para estar en juicio, y con asociaciones no gubernamentales, también legitimadas para ello.

El haber potenciado la participación política de la mujer, así como la tutela de la familia, de los niños, de los ancianos y de los discapacitados, importa una cobertura de amplio alcance, con el mismo objetivo. Pero no menor ni menos significativa es la protección de los consumidores y usuarios, la del medio ambiente, así como el reconocimiento de la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas argentinos.

La democracia política se fortaleció con la reforma, al haberse regulado la consulta popular y la iniciativa legislativa. El acceso a la información, al haber creado el hábeas data, en relación con información personal almacenada en registros. La libertad de prensa, con la protección del secreto de las fuentes de información periodística. La reforma también tomó en cuenta el fortalecimiento del federalismo, con la autonomía municipal, y con reconocimientos patrimoniales a favor de las provincias que están a la espera de implementación. La búsqueda de alternativas semi parlamentarias, así como la limitación de los poderes presidenciales, fueron también datos concretos de una mejora institucional, cuyos frutos siguen marcando un camino de futuro de no fácil concreción en un país con una tradición tan autoritaria como el nuestro.

## **El país también llora en Alfonsín lo que no pudo ser<sup>13</sup>**

**Por Ignacio Fidanza<sup>14</sup>**

*El ex presidente encarnó como pocos la idea de una Argentina moderna, integrada en lo social, democrática y sofisticada en las ideas. Sus fracasos acaso generen –hoy que ya no está, más empatía que los aciertos. Nostalgia por lo que se vislumbró y no pudo ser. Alfonsín crece en comparación y por mérito propio, como un hombre de ideas y acción, que logró hacer política competitiva sin perder la docencia.*

Entre todas las fotos que los archivos resucitaron en las últimas horas se filtró una imagen de Raúl Alfonsín con su poncho al hombro, caminando junto a Felipe González, jóvenes, con el pelo todavía negro, ágiles, carismáticos. La foto habla de una Argentina que pudo ser y se quedó mirando en el andén, como sólo España alcanzaba a subirse al tren.

En esos años de recuperación democrática todos los sueños parecían posibles y Alfonsín encarnaba esa épica de clase media inteligente, progresista en serio, de educación pública, cine, libros, ciencia y política apasionada, que había enorgullecido a la Argentina.

Era un líder como debe ser. Carismático, atractivo, denso en las ideas, pero que sabía meter la frase campechana. El más peronista de los radicales. De hecho, el primer radical que le ganó una presidencial al peronismo por derecha, voto a voto, sin proscripciones ni candidatos vetados. Y no era este peronismo atomizado y domesticado el que enfrentaba. Sólo eso le aseguró un lugar entre los grandes.

### **La honestidad como diferencia**

Un dato simple de esos que dicen todo: Siguió viviendo después de la presidencia en su departamento de la avenida Santa Fe. No construyó mansiones en Anillaco, Lomas de Zamora o El Cala-

---

<sup>13</sup>lapoliticaonline (<http://www.lapoliticaonline.com>), Buenos Aires, Argentina; 02/04/09.

<sup>14</sup>Periodista.

fate. La misma casa, la misma mujer, los mismos hábitos, antes y después del poder. Es demasiado lo que revela.

No era un hombre fácil, como no puede serlo nadie que ejerza el poder en serio. Y esta es la gran, la enorme diferencia de Alfonsín. No se quedó en el debate, en las ideas, se arremangó todas las veces que hizo falta. Peleaba un concejal, así como discutía de filosofía política con Portantiero. Los que vinieron después sólo discutieron concejales. Y la "gente" tan subestimada, en algún punto percibió la diferencia. Entendió que ese hombre no era sólo apetencia de poder, que detrás incluso de sus errores, había ideas, proyectos, y que además, se tomaba el trabajo de estudiar las cosas. Hoy ya ni eso hacen y exhiben su ignorancia con impunidad.

Porque claro, la honestidad no es sólo del bolsillo, mucho más importante es la de las convicciones. Esas que lo empujaban a sostener posiciones políticamente incorrectas, como su rechazo a la Guerra de Malvinas en plena efervescencia patrioter. Es tan grande la diferencia, tan evidente la distancia con los políticos de laboratorio. Tal vez no era mejor, pero seguro más interesante.

### **La economía, su gran deuda**

Fracaso en la economía de manera brutal. Hay que decirlo. Tenía un contexto internacional más complicado, con inflación fuerte, crisis de la deuda y sin soja. Pero fracasó. Y esa es tal vez la más grande frustración. No logró plasmar en la realidad esa Argentina que le salía en los discursos, que la mayoría deseaba y sigue esperando. No es poco como fracaso. Y no fue a medias tintas, sino a toda orquesta. Se pueden encontrar miles de excusas y explicaciones, pero los países no avanzan con justificaciones. Una pena.

No era un santo, tampoco un ingenuo. Bravo como todo caudillo, sometía a su fuerza política y al país a virajes imprevisibles. El Pacto de Olivos es apenas el ejemplo mas evidente. Pero casi todo lo que hacía trascendía la pura táctica y al menos se justificaba en una visión de país. Una Argentina de partidos fuertes, con un Estado que pusiera límites al poder económico y con un régimen que se aproximara al parlamentarismo. O sea, una democracia moderna al estilo europeo, de negociación y consenso. No le salió.

Pero siguió. Como el militante que era. Como lo son a su manera Eduardo Duhalde, Carlos Menem y hasta Néstor Kirchner. Pero cuesta imaginar que reciban una despedida similar cuando ya no estén ¿Por qué? Imposible saberlo. Pero había algo de hombre bueno y sabio en Alfonsín, que a la hora de la cuenta final le dio inmensamente positiva. Más no se puede pedir.

## **Ha muerto un hombre cabal<sup>15</sup>**

**Por José Claudio Escribano<sup>16</sup>**

Ningún político es dueño de su propio destino. Tampoco los adversarios se pueden apropiarse del destino ajeno y moldear a su antojo la imagen final de aquellos a quienes han combatido.

En julio, se cumplirán veinte años desde que el doctor Raúl Alfonsín entregó al doctor Carlos Menem

---

<sup>15</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 31/03/09.

<sup>16</sup>Periodista.

la presidencia de la Nación. Lo hizo con cinco meses de anticipación al vencimiento del mandato que había recibido en las elecciones de octubre de 1983.

Dejó con apuro la Casa Rosada, destruido por la inflación. En ese momento nadie pudo imaginar el desconsuelo colectivo que suscitaría su muerte, dos décadas más tarde.

¿A qué se debe el misterio de ese sentimiento? ¿En qué se funda la aflicción que nos ha abrumado a tantos, desde que conocimos, hace alrededor de un año, la gravedad de la enfermedad que lo aquejaba, y que hoy se multiplica en la emoción de millones de argentinos?

Pasemos por alto lo más obvio, el resorte que moviliza conciencias en una u otra dirección por vía comparativa. Alfonsín ha muerto en un país con mayor pobreza, más inseguridad y corrupción y menos cohesión interna y respeto del mundo que el que le tocó administrar.

Los errores de gobierno de Alfonsín han sido suficientemente señalados como para volver a insistir sobre ellos en la hora del duelo. Si se los tiene presente en conjunto debe ser para encontrar la explicación de este fenómeno ciudadano que ha cubierto de inmediato al país con un inmenso manto de tristeza.

¿Por qué ese fenómeno, que desde ya nos permite decir que Alfonsín seguramente será el presidente mejor recordado del primer cuarto siglo de la restauración democrática?

No sé si se debe a que ha sido el mejor político de ese ciclo, pero sí el mejor hombre. Fue el más cálido y romántico, sin duda. Y habiendo sido el más valeroso, como que arriesgó de modo abierto opiniones aun a riesgo de la vida y en circunstancias de manifiesta soledad, fue severo y, al mismo tiempo, magnánimo con el enemigo cuando este cayó en la derrota que inexorablemente llega.

No diré que Alfonsín fue el último señor de la política argentina, pero sí el primero que siempre estuvo abierto a los afectos que engrandecen la vida y cerrado para las hostilidades subalternas; nunca abierto para la descortesía, el rencor sombrío o la humillación que destrata al oponente y se exagera con el caído. Sí, hoy la Argentina está triste y tiene motivos para estarlo. Ese halo de inspiración profunda que genera las grandes emociones ciudadanas ha captado que, al morir Alfonsín, ha desaparecido un político decente, en el sentido más amplio de la palabra.

Decente, porque las pasiones cívicas que lo animaron desde la más temprana juventud estuvieron disociadas de la idea de la política como atajo para el lucro material. Decente, porque se atuvo en todo instante a las propias convicciones, aun cuando esto significara navegar por mucho tiempo contra corrientes de la moda intelectual o los fetichismos sucesivos de las mayorías.

Ha muerto Raúl Alfonsín. Ha muerto un hombre cabal.

## **El día en que se abrieron las puertas de la historia<sup>17</sup>**

**Por Mariano Grondona<sup>18</sup>**

En los últimos setenta y seis años los argentinos hemos asistido a cuatro grandes funerales. El 3 de julio de 1933 murió Hipólito Yrigoyen. El 26 julio de 1952 falleció Eva Perón. El primero de julio de 1974 murió Juan Domingo Perón. El martes último, 31 de marzo, nos dejó Raúl Alfonsín.

Los cuatro entierros dieron lugar a masivas manifestaciones populares. Este es su rasgo común. Pero también tuvieron rasgos distintivos. Eva Perón fue la única mujer entre esos cuatro líderes a los que el

---

<sup>17</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>18</sup>Abogado, escritor, ensayista y profesor.

pueblo despidió con un afecto sin par. También fue la única que nunca llegó a la Presidencia. Tanto a Evita como al general Perón se los despidió desde el poder. Yrigoyen y Alfonsín murieron cuando ya habían vuelto al llano. Si Perón y Evita continúan siendo los símbolos supremos del peronismo, Alfonsín se acaba de sumar a Yrigoyen y a Balbín como uno de los símbolos supremos del radicalismo.

Entre 1933 y 2009, las circunstancias fueron cambiando. Cada entierro tuvo, de este modo, su propio contexto. Al morir, Yrigoyen se había convertido en el máximo representante de la oposición radical a la década de los conservadores que recién comenzaba. Evita murió, por su parte, en medio del feroz antagonismo entre el peronismo y el antiperonismo, y por eso no debe extrañarnos que, además de la inmensa movilización popular que suscitó, su entierro también fuera acompañado por la presión estatal para que asistieran los empleados públicos aunque fueran opositores y los colegiales aunque aún no hubieran llegado a la edad de la razón.

Habiéndose producido después de la reconciliación entre los argentinos que protagonizó con Ricardo Balbín, la muerte de Perón provocó, en cambio, una inmensa manifestación espontánea de la que participaron tanto los peronistas como los antiperonistas. Frente a la tumba de Perón, Balbín, su "viejo adversario", despidió al "amigo", creando la esperanza de la unión nacional que se ocuparía de frustrar, casi al mismo tiempo, la sangrienta discordia de los años setenta entre los Montoneros y los militares. En la accidentada historia de los encuentros y los desencuentros entre los argentinos, ¿qué lugar ocupa, a la hora de su muerte, el ex presidente Alfonsín?

### **Una jornada particular**

El tiempo cronológico es uniforme. El tiempo de cada persona y de cada pueblo, por lo contrario, es irregular. Esto lo advirtió el filósofo Henri Bergson cuando opuso al tiempo mecánico de los relojes ese otro trémulo tiempo al que llamó la *durée*, la "duración" o, con otras palabras, la experiencia vital. Pero hay dos clases de "duraciones". Una de ellas, la más común, se impone en el transcurso de casi toda nuestra vida. Es la duración "cotidiana". La otra, volcánica, nos sorprende sólo de cuando en cuando, poniéndonos en contacto, excepcionalmente, con los repliegues profundos de la historia.

En medio de esta duración histórica, nos marcan a fuego los grandes acontecimientos, las grandes definiciones que conmueven a una persona o a un pueblo para siempre o, mejor dicho, hasta que los sorprenda otra hora excepcional. Mientras las aguas de lo cotidiano discurren sin aparente novedad, son esos grandes estallidos los que determinan el entrecortado argumento de la historia. Así como dividimos entonces los ciclos históricos entre un "antes de" y un "después de" aquellos grandes acontecimientos como, para tomar un encumbrado ejemplo, la venida de Cristo o, para tomar nuestros ejemplos nacionales, la Revolución de Mayo o el Acuerdo de San Nicolás y la sanción casi inmediata de la Constitución Nacional, también vivimos "antes de" o "después de" las grandes vidas y las grandes muertes y, entre éstas, los grandes entierros.

Para los argentinos de mi generación, los cuatros entierros que acabamos de mencionar son los mojones de nuestro propio itinerario. Cuando recién habíamos nacido, murió Yrigoyen. Cuando éramos jóvenes, murió Evita. Cuando éramos adultos, murió Perón. Y ahora que peinamos canas, acaba de morir Alfonsín. Creo que en estos últimos días somos muchos los que hemos tenido la sensación de que nos visitaba la historia. Otro histórico, Antonio Cafiero, expresó este sentimiento general al decir que Alfonsín ya no les pertenece sólo a los radicales. ¿Pero qué quiso decirnos Alfonsín con su silencio final, qué quiso comunicarnos este orador incansable cuando, al fin, le tocó callar? ¿Cuál fue, en definitiva, su postrer mensaje? Durante sus largas y emotivas exequias, muchos tuvimos esa sensación de que, en una jornada particular, nos convocaba la historia. Pero ahora la tarea ya no es de él sino nuestra. ¿Seremos capaces de traducir entonces al lenguaje de nuestra tensa vida en común ese último mensaje que Alfonsín encarnó sin pronunciar?

## **Ahora, la república**

En 1983, justamente de la mano de Alfonsín, renació la democracia. Reimplantarla ha sido hasta ahora, sin embargo, una tarea inconclusa. En los 25 años que ella lleva de vigencia, la hemos comprometido y la hemos salvado varias veces. Pese a crisis como la que agobió al propio Alfonsín cuando renunció antes de tiempo a mediados de 1989 y como la aún más grave que acompañó a la renuncia de Fernando de la Rúa a fines de 2001, la democracia sigue con nosotros.

Pero la restauración de 1983 sigue inconclusa porque a lo que llamamos simplemente "democracia" aún le falta su segundo elemento esencial, ese que llamamos "república". Lo que nos ha faltado hasta ahora es reimplantar "totalmente" el régimen político de nuestra Constitución, que no es otro que la democracia republicana. Mientras la democracia consiste en que el pueblo tenga la última palabra, la república consiste en que el poder que surge de las elecciones admita por su parte características que aún brillan por su ausencia: la división de los poderes, para que coexistan plenamente al lado del Poder Ejecutivo el Poder Legislativo del Congreso y el Poder Judicial de tribunales celosamente independientes, sumándoseles los poderes locales verdaderamente autónomos que requiere por su parte el principio federal. Porque el poder, en las repúblicas, no se dice en singular sino en plural. Si en una Constitución como la nuestra los poderes que limitan y controlan al Poder Ejecutivo languidecen, podrá haber democracia pero no república, esto es, una "democracia no republicana".

La inmensa manifestación que acompañó a Alfonsín a su última morada lo hizo en respetuoso silencio. No se escucharon en ella gritos ni improperios. Su recatada actitud portaba, sin embargo, un mensaje elocuente: los argentinos no queremos solamente la democracia sino también la república. Este es el mensaje que el Poder Ejecutivo, si puso sus oídos contra el suelo, hubo de escuchar.

Si el Gobierno sigue pretendiendo como hasta ahora la suma del poder en singular, si sigue sin dialogar con quienes no piensan como él, habrá desoído el elocuente silencio de la ciudadanía en esta semana particular. Parfraseando al propio Alfonsín, el último mensaje de moderación, pluralismo y honestidad que nos legó podría reflejarse entonces en una de sus frases preferidas: "Ahora, la república". El Gobierno está invitado, pues, a rectificar su interpretación autoritaria de la democracia. Ojalá lo intente él mismo porque, en caso contrario, la tarea urgente y esencial de completar la democracia republicana que aún nos debemos quedará a cargo, ya sea en 2009 o en 2011, del poskirchnerismo. Será sólo entonces, en tal caso, que la democracia reclamará la compañía de la república como una hermana que al fin encuentra a la querida hermana que se le había extraviado.

## **Cómo será la Argentina después de Alfonsín<sup>19</sup>**

**Por Fernando Laborda<sup>20</sup>**

El fenómeno social suscitado por la desaparición de Raúl Alfonsín puso nostálgicos hasta a algunos funcionarios del gobierno nacional. El propio jefe de Gabinete, Sergio Massa, confiesa que, en 1983, imitaba al líder radical subiéndose a un balde y gesticulando como el presidente de la reapertura democrática. Por entonces, Massa tenía 11 años de edad.

---

<sup>19</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>20</sup>Columnista del Diario La Nación.

Pocas veces hubo tanto consenso en la dirigencia política toda. Sus voces se unieron para exaltar la figura de quien fue rebautizado el padre de nuestra democracia.

¿Cambiará algo en la Argentina tras el fallecimiento de Raúl Alfonsín? ¿Recogerá el gobierno kirchnerista alguno de los tantos mensajes reflejados por la calurosa despedida que la ciudadanía le tributó al ex presidente? Sólo una notable sensación de orfandad institucional y la percepción de ausencia de no pocos valores que supo encarnar Alfonsín pudieron haber generado el dolor, la nostalgia y la emotividad evidenciados en estos días de duelo. El gobierno de Cristina Kirchner debería reflexionar profundamente sobre esos valores que, súbitamente, la opinión pública pareció descubrir que ahora y que sí le atribuye a la figura de quien lideró el proceso democrático iniciado en 1983.

Dirigentes kirchneristas confían en que la movilización ciudadana por Alfonsín le dará aire al radicalismo. Es claro: les conviene que en el distrito bonaerense la lucha electoral sea entre tres listas y que no haya una polarización entre la nómina oficialista y la encabezada por Francisco de Narváez y Felipe Solá.

Sorprendió que, entre los discursos con que se tributó el homenaje a Alfonsín en el Salón Azul del Senado de la Nación, fuera un dirigente kirchnerista, el presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Fellner, quien subrayara el diálogo como el valor central del líder radical. Paradójicamente, es una de las características por las cuales no se han destacado los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Ambos han hecho de la falta de diálogo -incluso hasta dentro de sus propios gabinetes- un estilo de hacer política.

Es probable que el mensaje de Fellner no quede mucho más que en palabras. Sin embargo, puede especularse con que, cuando faltan menos de tres meses para las elecciones, el oficialismo acusará algún recibo de cierto clamor ciudadano en favor de la concordia, la convivencia democrática y el diálogo del que tanto se habló en los tributos a Alfonsín.

Por lo pronto, el Gobierno trabaja para apurar la convocatoria al Consejo Económico y Social, donde abordará con sectores empresariales y sindicales la presente crisis global y sus efectos en la Argentina.

No sería extraño que el Gobierno presentara ese acontecimiento como una suerte de homenaje a Alfonsín. Sin embargo, el ex presidente hubiera preferido un diálogo político. Tampoco hubiese admitido que el adelantamiento de los comicios nacionales anulara cualquier tentativa de proceso electoral interno. Era un férreo defensor de los partidos políticos, hoy relegados al papel de meros sellos que cobijan candidatos y donde impera el poder del dedo.

Habrá que ver si la multitudinaria despedida del padre de nuestra democracia es una manifestación de fe en la política que se contagia al resto de la población. Por ahora, la explosión de compromiso y participación política de 1983, que generó que un tercio de la ciudadanía estuviera afiliado a algún partido, es tan sólo un hermoso recuerdo.

## Las lágrimas de estos días<sup>21</sup>

Por Carlos Gorostiza<sup>22</sup>

Durante estos días fueron derramadas muchas lágrimas. Las primeras aparecieron sorpresivamente la noche del martes último, ante las primeras noticias de la muerte de Raúl Alfonsín. Luego, a lo largo

---

<sup>21</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>22</sup>Dramaturgo. Fue secretario de Cultura de Alfonsín.

de la noche, continuaron brotando de ojos de hombres y mujeres de variadas pertenencias sociales y de distintas militancias políticas, todos encolumnados frente al Palacio del Congreso ansiosos de una última visita al presidente. Durante el amanecer y al día siguiente, formando una columna multitudinaria que necesitaba acompañar al ciudadano querido que se iba, las lágrimas siguieron. Y todas fueron lágrimas de sorpresa. Porque la muerte del presidente Alfonsín fue sorpresiva, repentina. Muertes de hombres como él siempre son repentinas: nunca pueden ser esperadas.

Tal vez aquellos que siguieron de cerca durante todos estos años los esfuerzos constantes de Raúl Alfonsín por librar una lucha política limpia y honesta encontraron en sus propias lágrimas la razón de ser y la justificación de su fe en la acción política del presidente a través del tiempo. Y quizás aquellos que no creyeron en aquella lucha hayan encontrado ahora, en sus propias lágrimas, el anuncio de un nuevo concepto mayor y el descubrimiento de un presidente que ante todo quiso ser un Presidente de la Democracia. Y un Presidente de la Democracia debe esforzarse por ser ante todo, guste o no, un presidente posible.

Fueron muchas las lágrimas derramadas durante estas jornadas. Felizmente, estas fueron lágrimas más limpias, más claras que las vertidas por los argentinos en olvidables jornadas cuyos rastros tiñen aún los días actuales. Esperemos que las lágrimas derramadas durante estos días sirvan para limpiar las impurezas que se esconden en los rincones de la realidad política que hoy vivimos. Que así sea.

## **Se me estrujó el corazón<sup>23</sup>**

**Por Enrique Pinti<sup>24</sup>**

Me conmovió muchísimo el movimiento espontáneo de la gente de todo tipo y clase social honrando a Alfonsín y haciendo hincapié en sus valores democráticos.

En las últimas semanas me sentía muy deprimido por el brote autoritario y fascista de una parte del pueblo argentino, acicateado por declaraciones irresponsables, pidiendo pena de muerte, estado de sitio y otras cosas peores. Sentí que volvíamos para atrás. Me enervaba que se asociara la palabra estupidez con derechos humanos.

Muchos comparan lo que se atrevió hacer Alfonsín con el juicio de Nuremberg, pero aquello fue hecho por un ejército vencedor a un vencido. Destaco también la valentía de Alfonsín de ponerle el pecho a las balas en Semana Santa cuando se dio cuenta de que la democracia estaba un poco débil y que podía haber una sangría. Muchos no lo comprendieron.

Habiendo sido cadete del Liceo Militar se atrevió al juicio a las juntas, teniendo un primo cura, se animó a poner el divorcio vincular en un país tan católico. Fue un tipo de clase media que debió soportar un golpe económico que desembocó en la hiperinflación. Tan distinto a lo que hizo el "menemato", la errática Alianza y el kirchnerismo.

Quería ayer ir al Congreso, pero como tenía que grabar para la radio y después ir a la función, temí no llegar y no fui. Pero, al menos, quise hoy estar presente desde el balcón de mi departamento, que da sobre la avenida Callao, cuando pasaba el cortejo. Grande fue mi sorpresa cuando la gente que pasaba, al divisarme, empezó a aplaudirme y a gritarme "maestro". Se me estrujó el corazón.

---

<sup>23</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>24</sup>Actor, escritor, dramaturgo y humorista argentino.

## **El estadista de América<sup>25</sup>**

**Por Víctor Martínez**

La figura del doctor Raúl Alfonsín marca una recta trayectoria de conducta cívica puesta al servicio de las mejores causas de la República. Mucho antes de la campaña que lo llevó al poder en 1983 militó en el partido político aprisionado por los gobiernos autoritarios, y desde allí hubo de comprometer sus mayores afanes buscando la democracia perdida, en medio de grandes vicisitudes.

Su prédica, basada en el imperio del Estado de Derecho y en la estrategia de divulgar por todo el país los principios y valores incluidos en el Preámbulo de la Constitución, con vigor y perseverancia tuvo respuesta en la sociedad argentina.

Alfonsín prometió un gobierno representativo, republicano y federal; empeñó su palabra sobre la libertad, el respeto a los derechos humanos y la paz, después de un período sangriento que enlutó a la comunidad toda, y cumplió sin que su gobierno registrara un solo muerto o desaparecido por razones políticas.

Angustiado por los cruentos hechos vividos en regímenes autoritarios, formó la comisión cuyas conclusiones investigativas fueron elevadas a la Justicia. Su carrera fue signada por la vocación política a la que adhirió casi de manera excluyente para servir con austeridad y moralidad, transformándose en uno de los más prestigiosos dirigentes dentro y fuera de su partido político, y así llegó hasta sus últimos días reclamando el consenso, la solidaridad, la pluralidad de ideas y defendiendo los caminos de la democracia para lograr los objetivos de una real justicia social.

Se ha ganado el título de estadista de América, lo que nadie pone en duda, y nos deja el ejemplo de una vida digna acreedora de la gratitud y el reconocimiento en permanencia.

El autor fue vicepresidente de la Nación durante la presidencia de Alfonsín.

## **El hombre que siempre apostó por el diálogo<sup>26</sup>**

**Por Eduardo Duhalde<sup>27</sup>**

El año 1983 es emblemático en la historia de nuestro país y tiene, sin dudas, un rostro: el del doctor Raúl Alfonsín. Toda la fuerza simbólica del fin de la larga noche de la dictadura y el retorno a la democracia se condensó, para siempre, en el rostro de ese hombre de elocuencia campechana y modales sencillos.

Desde su Chascomús natal comprendió los cambios profundos que la Argentina y el mundo estaban atravesando e instaló una nueva forma de hacer política. Así, con un discurso fuertemente democrático, encendió los corazones de millones de hombres y mujeres que vieron en él al líder adecuado para conducir al país en la transición que, inevitablemente, debíamos atravesar.

El mismo año en el que el doctor Alfonsín asumió la presidencia de la Nación, yo fui elegido intendente de Lomas de Zamora. La escasa diferencia de votos a favor con la que resulté ganador habla

---

<sup>25</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>26</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>27</sup>El autor fue presidente de la Nación.

a las claras de la potencia arrasadora del fenómeno electoral alfonsinista, capaz de equilibrar las fuerzas en la región más tradicionalmente peronista del país: el conurbano bonaerense.

Por supuesto, la justicia de la victoria del alfonsinismo no fue leída por todos los peronistas en su sentido más cabal: la necesidad de una renovación profunda del movimiento, sus propuestas y sus metodologías. Por el contrario, algunos sectores del movimiento -minoritarios, hay que decirlo- se unieron a la resaca del proceso militar, dispuesta a todo con tal de resistir la revisión del pasado que impulsó el gobierno radical con el juicio a las Juntas.

Así, comenzó a consolidarse una corriente golpista en contra del presidente que, en su delirio anacrónico, intentó sumarnos -a mí y a otros intendentes- en sus delirios conspirativos. En mi caso, ese intento se concretó a través de un coronel que me solicitó una entrevista y, sin demasiados preámbulos, me enumeró las sinrazones de siempre de los golpistas.

Mientras él hablaba, desfilaban frente a mí los rostros desesperados de los familiares de los ciento ochenta desaparecidos registrados en Lomas de Zamora, a quienes, junto con el Movimiento Social de Abogados, del que yo formaba parte, asistíamos en su incesante búsqueda de respuestas que diera cuenta del destino de sus seres queridos. De modo que, cuando llegó el previsible momento en que el personaje me invitó a sumarme a sus actividades, mi respuesta fue inmediata: le tomé los datos, le dije que iba a informar de su actitud al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas -el presidente de la República- y di por terminada la entrevista.

En cuanto quedé a solas, pedí una audiencia en la Secretaría Privada de la Presidencia, diciendo que los motivos sólo podía conocerlos el propio presidente. Al otro día entré, por primera vez en mi vida, en el despacho presidencial. El doctor Alfonsín me escuchó en silencio, recorriendo con pasos lentos la enorme oficina. Cuando finalicé, se sentó en la cabecera de la mesa y me dijo: "-Le agradezco su actitud, doctor. Es inconcebible lo que me cuenta.

-No me agradezca, señor presidente -le respondí-. Vengo a formular una denuncia y quiero hacerlo formalmente, por escrito, ante el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Y, además, quiero que sea público porque los sediciosos tienen que escarmentar."

Inmediatamente pidió comunicarse con su ministro de Defensa, al que no encontró. Al día siguiente, me llamó para decirme que había iniciado una investigación y asegurarme que los sediciosos serían castigados.

Mirando ese encuentro desde hoy, creo que esa misma actitud de respeto y atención al interlocutor han sido las constantes de mi relación con ese hombre sencillo y amable, al que siempre consideré la reserva moral de la política nacional.

Los avatares de la política argentina de los años posteriores nos reunieron en las más diversas circunstancias. La más importante, por dramática, fue cuando intentamos convencer al presidente De la Rúa, junto con amplios sectores del espectro político, de que su inacción frente al fracaso del modelo económico nos encaminaba directamente al desastre y que era necesario un programa de concertación que sirviera de respaldo al gobierno. Allí estuvo, en el naciente Diálogo Argentino, el doctor Alfonsín, aportando sus argumentos de sensatez y experiencia en favor de la construcción de un consenso que sacara al país del tobogán de decadencia por el que inevitablemente nos deslizábamos. Con actitud generosa y humilde, no retaceó esfuerzos en la búsqueda de una salida menos traumática para los argentinos.

Hoy, creo que el mejor homenaje a este grande de la Patria es destacar su inconmovible convicción democrática, su certeza de que gobernar es consensuar, su apasionada defensa de las instituciones y su capacidad de dialogar sabiendo que, en política como en todos los órdenes de la vida, dialogar quiere decir, esencialmente, escuchar.

## Obró con convicción republicana<sup>28</sup>

Por Fernando De la Rúa<sup>29</sup>

Frente a los grandes muertos, es importante asumir el mensaje de su vida. Porque siempre queda un mensaje basado en el compromiso y el ejemplo. Esto es más importante que reiterar el merecido panegírico sin que signifique retacear el elogio.

Alfonsín obró y vivió con una profunda convicción republicana. Este fue el sentido de su lucha. Fue el artífice de la recuperación de la democracia al triunfar en 1983 y asumir la presidencia de la Nación poniendo fin a largos años de facto y dictadura. Surgía en plenitud la fuerza de la libertad, de la Constitución y de los derechos del pueblo.

La República se basa en la ética y se expresa en la vigencia de la Constitución. Él se empeñó en fortalecer las instituciones en vez de usarlas para su conveniencia e insistió en el diálogo y la unión nacional. El predicado del Preámbulo constitucional que repetía como un rezo laico se plasmó en su conducta.

El haber sido leal y consecuente con su prédica le valió el respeto de sus conciudadanos y de la opinión internacional. Reivindicó los derechos humanos e impulsó los juicios por su violación. Trató de modernizar y democratizar las organizaciones sindicales, combatir la inflación, reformar el Estado, recuperar el crecimiento. Eran tiempos difíciles y él puso lo mejor de sus fuerzas.

El balance nítido es de un presidente comprometido con sus ideales que obró con patriotismo y defendió la democracia de las amenazas que la acecharon. Llevó a cabo lo principal de su programa de transformación, aunque después no fuera siempre comprendido. ¿Inconsecuencias de los tiempos?

Lo importante fue la autenticidad de su conducta. Su fuerza provenía del espíritu republicano que lo animaba. Es indudable que quedará como quien restauró la democracia, pero su mensaje trascendente fue la recuperación de la ética de las conductas públicas y el vigor de las instituciones que resguardan la libertad y los derechos.

Cuando esto se mira con la perspectiva de haber compartido por décadas jornadas de esa lucha democrática, puede afirmarse ese perfil como un testimonio. Defendía con fuerza y con vigor sus ideas y era a la vez amable y cálido en el trato privado. Como gran orador, gozaba del carisma de los líderes y estaba siempre pronto a escribir y explicar para convencer. Este era el perfil de su notable personalidad.

Quien tan alto expresó esos valores y desempeñó con altura el protagonismo decisivo que le tocó asumir en esta etapa de la vida nacional tiene su lugar en la historia.

Lo importante es que las nuevas generaciones sepan recoger su mensaje de unidad nacional, de fortalecimiento de las instituciones y de defensa de la libertad. Su muerte encierra además un sentido épico. Es como una batalla final por recobrar para la política la consideración de la ciudadanía fácilmente dispuesta a denostarla. El mismo supo del hostigamiento al dejar la presidencia cuyos méritos hoy están reconocidos.

Se proyecta su nombre para mostrar que la entrega al servicio del país no es algo negativo, sino, a su modo, una forma del patriotismo que, por cierto, no es algo vano, sino una dimensión esencial para la vida.

Como ex presidente saludo con respeto a quien fue un gran presidente de la Nación y como amigo expreso mi dolor ante su pérdida. El profundo sentimiento solidario de todo un pueblo que se reencuentra con él en sus grandes valores es el mayor reconocimiento para quien tanto sirvió a la democracia.

Su mensaje para los tiempos es el ejemplo de su conducta y la trascendencia de los principios que siempre defendió.

---

<sup>28</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>29</sup>El autor fue presidente de la Nación.

## Reflejo de la Argentina que más queremos<sup>30</sup>

Por Julio María Sanguinetti<sup>31</sup>

Para un uruguayo, la Argentina es algo extrañísimo que se lleva adentro. Es la familia, aunque su parte siempre conflictiva; es la admiración a Buenos Aires trenzada con el recelo a su poderío, a su influencia, hasta al contagio de sus gustos; es un encaje sutil de sentimientos muchas veces contradictorios pero siempre poderosos.

Esas corrientes cruzadas se desvanecen, sin embargo, en la dimensión humana, en la que la Argentina supera sus desencuentros colectivos y le ofrece a nuestra civilización el ejemplo admirable de gente rutilante.

En esa longitud de onda hemos vivido por años nuestro sentimiento hacia Raúl Alfonsín, para nosotros un amigo entrañable, expresión pura de la Argentina que más queremos, la de los hijos de inmigrantes que hicieron su grandeza, la de esa clase media atenta al mundo que siempre mira hacia arriba buscando calidad, la fundadora de familias sólidas arraigadas en el cariño, la que hace culto de que la mano amiga nunca falle en la hora de la adversidad.

Es la Argentina de las escuelas de Sarmiento y la democracia de Alberdi, la mejor síntesis de esa larga polémica nunca acabada.

De esa estirpe era Raúl. Sensible, bueno, corajudo, luchador, honrado por donde se le buscara. Su voluntad lo lanzaba a la pelea, su razón le exigía el largo discurso razonado o aun el libro que siempre tenía en proyecto.

Más allá de su peripecia política, sin fisuras en su convicción democrática, sin repliegues en su conducta, en este momento de tránsito se agranda más que nunca el ejemplar humano, al que -como todo agonista político- la mirada distante le suele nublar en su real naturaleza, escondida detrás del ruido de los episodios.

Cuando Raúl pronunciaba el célebre prefacio de la Constitución argentina y con su inconfundible voz comenzaba su rezo: "Nos, los representantes del pueblo de la Nación Argentina?", vibraba de emoción. No era gesto, era vivencia profunda, la razón de ser de su vida política.

Nunca fue un técnico del Estado, pese a que le gustó teorizar sobre él y su último esfuerzo intelectual a él se volcó. Así lo conocimos, aún diputado, en tiempos de lucha por los derechos humanos, bajo la dictadura militar, en que también nos alentaba a nosotros con la esperanza de la restauración democrática.

Así lo vimos, cuando en la inolvidable mañana del 10 de diciembre de 1983 le oímos decir su memorable discurso de posesión de la Presidencia. Nosotros estábamos junto a Juan Pivel Devoto, el gran historiador uruguayo, que iba acotando sus frases y me repetía, "es un discurso alberdiano, vea esta frase, mire esta palabra, pero el tono sobre todo"? Vivimos juntos, más tarde, horas de lucha y de esperanza. Lo sentí orgulloso cuando mandó juzgar a los montoneros y a las juntas militares, a los que condenaba por igual. Lo vi sufrir amargamente cuando las circunstancias le impusieron la ley de punto final y de obediencia debida. En largas jornadas de avión, en las que él amablemente nos llevaba a mí y a nuestro canciller Enrique Iglesias, discurríamos sobre esos temas. No siempre coincidíamos, pero debatíamos apasionadamente sobre la consolidación de las instituciones.

Lo entusiasmaba la vida internacional, en la clave de América latina. Cuando firmamos el Acta de

---

<sup>30</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>31</sup>El autor fue presidente de Uruguay en dos períodos constitucionales.

Alvorada, en 1988, Sarney, él y yo, desbordaba de alegría, pensando que estábamos fundando lo que poco después sería el Mercosur. Estaba convencido de que si no se superaban las desconfianzas con Brasil nada era posible y encontró en Sarney el interlocutor exacto para despejar antiguas nubes de recelo.

Con el Grupo de Apoyo a Contadora, juntos vivimos la crisis de América Central, mancomunados en la gran causa de la paz. Con el de Cartagena, que enfrentó el tema de la deuda externa, se insuflaba de rebeldía frente a un mundo financiero cuyas constricciones siempre le molestaron.

Su formación era convencidamente antirrosista y antiperonista, pero con el tiempo había moderado esas pasiones de la juventud. Así fue que un día pactó en Olivos con Menem, para aceptar la reelección -en la que creía- con el balanceo de reformas que sentía fundamentales para democratizar la vida del país. Muchos no lo entendieron, pero puedo testimoniar la apasionada honestidad de su búsqueda, su convicción de que la Argentina precisaba entendimientos y un régimen más parlamentario.

En el gobierno, el tema militar y la inflación fueron su tormento. No siempre asumió los límites que le imponían y más de una vez podrán sus críticos decir que erró el camino. Pero nadie podrá dudar de que todos sus actos, aun los más discutibles, estaban inspirados en una profunda fe democrática y en la más honrada convicción de que era lo mejor para una Argentina a la que amaba profundamente y sin reservas, pese a que tantas veces se rebelaba contra las veleidades de su opinión pública.

No se podrá escribir la historia de la democracia argentina sin su figura y su lucha, sin su oratoria im placable contra los violentos y los prepotentes.

Esa perspectiva vendrá, inevitablemente. Hoy, sin embargo, lo sentimos en esa otra dimensión con la que comienzan estas líneas. La del hermano entrañable. La del amigo fiel, que queda vivo para el recuerdo. Cuando discutíamos, el me "acusaba" de italiano, por mi actitud de buscar atajos políticos para alcanzar un resultado, yo le replicaba con su condición de "gallego", empecinado y peleador. Empecinado y peleador, sí. Pero con una autenticidad poco común en estos tiempos de tanta gente "light" y tanta "imagen" sin sustancia.

## **La expresión de un deseo<sup>32</sup>**

**Por Carlos Pagni<sup>33</sup>**

Desde las 8 de la mañana de ayer hasta hoy, bajo la lluvia, a lo largo de cinco cuadras, una muchedumbre compacta y compungida, cubrió la avenida Callao de una vereda a otra, para saludar los restos de Raúl Alfonsín. Miles de personas que, según el cálculo oficial, tardaban más de cuatro horas en llegar a la capilla ardiente, eran la manifestación visible del estado de ánimo que cubre al país desde que se conoció la noticia de la partida del ex presidente. Con su muerte, Alfonsín consiguió extraer del seno de la sociedad que en su momento presidió una fuerza emocional enigmática.

¿Qué impulsa ese movimiento? Seguro no se trata de la dulce evocación de una gestión política exitosa. Punto Final y Obediencia Debida, hiperinflación, salida anticipada del poder, pacto de Olivos, colapso de la Alianza y establecimiento del duhaldismo en el gobierno: la experiencia alfonsinista fue tan

---

<sup>32</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>33</sup>Columnista del Diario La Nación.

tormentosa que casi todas sus iniciativas indignaron a muchos de los que hoy lo homenajean. ¿No pudo? ¿No supo? ¿No quiso? Que lo resuelvan los historiadores. En la hora del luto, la imperfección de la peripecia de Alfonsín sirve para que la masiva exaltación de su figura se vuelva todavía más misteriosa. Podía preverse que la despedida de Alfonsín iba a producir una regresión melancólica a las promesas que cobijaba la política en aquella aurora de 1983. El tránsito de la dictadura a la democracia fue la liberación de una pesadilla y el recuerdo de Alfonsín estará siempre asociado a ese pasaje, hasta sobreponerse a las polémicas que desata su personalidad de gobernante o de líder partidario. Pero aún cuando la recreación de esos sentimientos fuera muy intensa, era difícil imaginar la movilización espontánea de los miles de ciudadanos que salieron a la calle, sin divisas ni consignas. Esa intensidad habla de que este duelo no se agota en su referencia al pasado. La adhesión de estas horas a la figura de Alfonsín es más que una evocación. Es la expresión de un deseo. La figura del muerto, más por la índole de sus sueños que por sus realizaciones, representa valores inconfundibles. Por su larga oposición a la dictadura desde la militancia por los derechos humanos hasta la oposición a la aventura de Malvinas y por su temperamento pluralista, Alfonsín fue la negación del autoritarismo. También fue el protagonista de la primera experiencia de alternancia plena que la Argentina disfrutaba acaso en toda su historia contemporánea, que es la historia del desequilibrio de poder. Además, su conducta fue el ejemplo, cada vez más lejano, de esa muralla que debe existir entre lo público y lo privado para que la política tenga un grado aceptable de decencia. Alfonsín escuchó. Alfonsín dialogó. Alfonsín no robó. Para el defectuoso estado actual de la democracia argentina, el sólo recuerdo de esas virtudes es capaz de producir una movilización popular. Los miles de miles que conmemoran a Alfonsín están exponiendo, de ese modo, sus pretensiones. Los políticos, sin duda, deben estar recibiendo ese inquietante mensaje. Para ellos resulta muy interpellante que los ciudadanos salgan a la calle a pedir lo mismo ante cualquier excusa: se trate de un conflicto agropecuario o de la muerte de un ex presidente. Más difícil es saber si en la actual dirigencia se esconde alguien con la capacidad de ofrecer una respuesta a esas multitudes inquietas. Alguien dispuesto a convertir sus deseos en un programa y en una estrategia. Alguien en condiciones de ser su Alfonsín.

## Sus legados<sup>34</sup>

Por Sergio Berensztein<sup>35</sup>

En el entierro de Julio César, Shakespeare le hace decir a Marco Antonio que "el mal que hacen los hombres les sobrevive a su muerte; el bien queda a menudo sepultado con sus huesos". Luego, realiza una encendida defensa de la ambición como motor de su vida política. Bruto, el hijo dilecto, quien le clavara la última daga al gran César, había convencido a los presentes que ese había sido su pecado, en definitiva su perdición. Por eso había cometido grandes errores, por eso había incluso violado la ley de Roma al entrar con sus tropas cruzando el Rubicón. En cierto sentido, eso justificaba su muerte. Por la sana y cívica actitud que se contempla en estas horas, la sociedad argentina parece decidida a

---

<sup>34</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>35</sup>Licenciado en Historia.

rescatar lo mejor del rico legado del Dr. Raúl Alfonsín: el padre fundador de la aún endeble democracia argentina; el promotor de la paz y la integración regional; el impulsor del juicio a las juntas militares y del respeto a los derechos humanos; el líder austero y aferrado a sus convicciones; el hombre de partido hasta el último segundo de su existencia.

¿Implica esto ignorar sus errores? ¿Acaso desconocer las decisiones conflictivas que signaron su trayectoria? Tal vez en el día de su sepelio y por un buen tiempo predominen visiones un tanto románticas y sesgadas de su figura. Y es entendible que así sea. Esto puede significar que experimentamos un sentimiento de culpa colectiva por todo lo que no supimos, quisimos o pudimos expresarle a Alfonsín mientras vivía. Tuvo, es cierto, un merecido aunque tardío reconocimiento oficial. Pero es probable que todos nos hemos quedado con más deseos de decirle muchas gracias.

Seguramente la cabal dimensión de su estatura pública podrá finalmente advertirse cuando estemos dispuestos a aceptar que todos tenemos aciertos y errores, virtudes y defectos, buenos y malos momentos, posturas generosas y egoístas que suelen entremezclarse de forma inexplicable, incluso abigarrada. En nuestros líderes se nota más, nos duele más, probablemente porque en ellos vemos reflejados nuestras propias dudas y contradicciones.

Fue la oratoria y la convicción de Marco Antonio lo que les permitió a los ciudadanos romanos, en la ficción trágica de Julio César, reconciliarse con su líder. Aunque sólo en presencia de su cadáver. En vida se nos hace más difícil perdonar, ponernos en el lugar del otro, tratar de entender, antes que juzgar, las pretensiones y los intereses de todas las partes involucradas en un determinado conflicto. A pesar de que en la tradición judeo-cristiana el perdón y la reconciliación tienen una enorme fuerza sanadora y liberadora.

Los argentinos vivimos algo parecido con la muerte de Juan Domingo Perón. Nuestro Marco Antonio fue en esa oportunidad un correligionario y a menudo adversario de Alfonsín, el Dr. Ricardo Balbín: nos permitió comprender que en un sistema democrático la confrontación política requiere de la amistad cívica. Aquel sistema político, a mediados de los años 70, era aún mucho más frágil y caótico que el actual. Ya se había desatado una escalada de violencia e irracionalidad nunca antes vivida y cuyas dolorosas consecuencias aún estamos, lamentablemente, sobrellevando.

Fue sobre las cenizas aún calientes de ese enfrentamiento irracional e inútil que el Dr. Alfonsín comenzó la noble y ciclópea tarea de instaurar el Estado de Derecho, la democracia, el imperio la libertad. Nos mentiríamos a nosotros mismos si creyésemos que ese desafío ha sido exitosamente culminado. Queda un enorme camino por recorrer.

Pero no debemos dejar que nos domine la angustia y la ansiedad. La construcción de una sociedad verdaderamente democrática requiere de un esfuerzo cotidiano, férreo, constante. Aún en los momentos más aciagos, y sobre todo en ellos, es fundamental sostener los valores.

Ese es otro de los legados fundamentales de Alfonsín: nunca perder de vista los objetivos esenciales. Aunque los contemporáneos no lo comprendan, aunque sea difícil de comunicar. La coherencia entre fines y medios no siempre es evidente incluso para quienes suponen conocer de un tema. Pero a la corta o a la larga, es precisamente el sostenimiento inquebrantable de los valores lo que otorga sentido a decisiones o hechos controversiales.

El problema reside cuando esos valores se evaporan, quedan desplazados por la obsesión por acumular poder por el poder mismo. Allí la democracia pierde sentido, se diluye la lógica del diálogo y la negociación. Suele imponerse la fuerza, el capricho, la manipulación de las normas institucionales para el beneficio personal.

El país debería a esta altura ser conciente de los riesgos que implica esta dinámica de fomento del conflicto como instrumento deliberado de acción política. Podemos volver a meternos en otra encerrona trágica sino reaccionamos a tiempo y nos esforzamos por consensuar un conjunto de objetivos e ins-

trumentos políticos que nos permitan revertir esta larga decadencia que experimentamos como nación desde hace demasiadas décadas.

Hoy la Argentina despide al líder más importante de esta transición a la democracia. Ojalá reverbera para siempre en nuestra memoria colectiva su voz emocionada cuando en plena campaña presidencial finalizaba sus discursos con el rezo cívico del Preámbulo de la Constitución Nacional, por cuya vigencia plena tanto luchó.

## **Yo estuve en la Plaza del 83<sup>36</sup>**

**Por Claudio Jacquin<sup>37</sup>**

Fue la noche en que más orgulloso y más feliz me sentí de ser uno del montón. De ser uno de ese montón de 800.000 personas a los que el 27 de octubre de 1983 en plena avenida 9 de julio se le cayó más de una lágrima con el rezo laico del preámbulo de la Constitución. Fue la noche en que como nunca sentí que la esperanza de la recuperación de la democracia, la libertad, la paz y la vigencia de los derechos humanos no era una utopía.

Era el cierre de la campaña presidencial de Raúl Alfonsín y estaba a sólo 72 horas de votar con la ilusión y la ansiedad que sólo se puede sentir la primera vez, con 20 años, después de una dictadura, y con la convicción de que cada voto, el mío, podía cambiar la historia. La misma convicción con la que había llegado a la avenida con mi hermana mayor y con algunos amigos, con la certeza de que cada presencia en ese acto era necesaria para poder empezar a cambiar esa historia que había intoxicado nuestra adolescencia. No era afiliado ni militante del radicalismo. Como no lo era la gran mayoría de los que nos hermanábamos ahí cobijados por la seguridad, la claridad y la calidez de ese hombre que desde un palco monumental nos hacía creer que un país sin sombras era posible.

Fui uno de los que esa noche se fue de la 9 de Julio con una alegría y una ilusión de esas que sólo en los sueños adquieren semejante dimensión. Fui uno de los que a la noche siguiente sintió ese miedo que sólo en las pesadillas puede ser tan grande, cuando en el mismo lugar en el que había estado 24 horas antes comprendí que era posible que la noche del autoritarismo, la autoamnistía de los militares, la revancha y la intolerancia no se fuera nunca de la Argentina. Ni siquiera hubiera hecho falta, para que se me hiciera palpable esa pesadilla, el grotesco de Herminio Iglesias quemando el ataúd con las siglas del radicalismo.

Sólo debieron pasar dos noches hasta que volví al mismo lugar para festejar como nunca celebré ni me emocionó un hecho político en mi vida, para liberar todos los miedos en ese grito que me salió del alma cuando se difundió que Alfonsín había ganado en el bastión de Herminio Iglesias. Era la señal de que el sueño podía ser realidad y la pesadilla sólo eso.

Con el tiempo descubrí que la democracia tiene más matices que los sueños y las pesadillas. Me desilusioné muchas veces y nunca volví a ilusionarme y emocionarme como entonces con la política. Nunca... hasta hoy. Hasta hoy cuando recordé esa noche fundacional y volví a sentir el orgullo de haber sido uno de ese montón que estuvo ahí donde empezó a palpase el sueño de que podía llegar a la

---

<sup>36</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>37</sup>El autor es secretario de redacción del diario LA NACIÓN, pertenece a la generación que votó por primera vez en la elección de 1983 que convirtió a Alfonsín en presidente y marcó el retorno del país a la democracia.

presidencia ese hombre, que, ahora lo compruebo, estuvo muy por encima de las circunstancias del país de sombras en que vivíamos.

## **Un adiós a la honestidad y el diálogo<sup>38</sup>**

**Por Ángel R. Vega<sup>39</sup>**

No fue una muerte más. Ni siquiera la muerte de otro ex presidente. Murió el artífice de una democracia que cumplió un cuarto de siglo en un país que se había caracterizado por las constantes interrupciones del orden institucional. Murió Alfonsín, el demócrata, el republicano, el político que cautivó a millones de ciudadanos sin distinción de edad recitando el Preámbulo de la Constitución durante la campaña que lo llevó a la Presidencia.

Y ayer tuvo el reconocimiento de toda la sociedad, que, sin importar el signo político, fue a despedir al hombre que gobernó privilegiando el diálogo, el respeto por las libertades individuales, que buscó el consenso aun cuando tuvo en su momento la mayoría en la Cámara de Diputados. Toda esa multitud que ayer hizo horas de cola en el Congreso para despedirlo quería, sin dudas, agradecerle un legado que, a la luz de la actualidad, se hace aún más notorio. Porque ese "gallego calentón", como le gustaba autodefinirse, era un político de raza y, como tal, le daba un papel preponderante al diálogo, como lo demostró en su gestión. El contraste de la tolerancia que cultivó y demostró en su vida política con lo que vino después explica la reacción popular ante su muerte.

Y, además, toda esa multitud le reconoció una honestidad que debería ser moneda corriente entre los funcionarios, pero que desde hace tiempo es objeto de dudas y de sospechas de parte de la sociedad. A Alfonsín, a diferencia de otros ex presidentes que van incrementando notoriamente sus patrimonios, no se le conocen otros bienes personales que el departamento de la avenida Santa Fe donde murió. Tampoco tuvo una causa judicial que condicionara su vida.

Los jóvenes, aquellos que nacieron desde el 83 en adelante, lo conocieron por lo que pudieron leer y por lo que les contaron. Pero fueron a agradecerle que les haya permitido vivir en una democracia que, con todas las imperfecciones que pueda tener, no es comparable a ningún otro régimen de gobierno. Y los más grandes, los que vivieron toda esa etapa turbulenta de la historia, fueron a agradecerle que les haya devuelto un bien que parecía perdido para los argentinos.

Alfonsín, como "gallego calentón y tozudo", tuvo un divorcio con la sociedad, allá por 1989, cuando entregó el poder por adelantado, acuciado por la hiperinflación. Su entorno le había sugerido que aceptara las invitaciones de distintos gobiernos europeos para explicar el fenómeno que había logrado: transmitir el mando a otro presidente constitucional. Pero prefirió quedarse para defender su gestión, sin haber querido advertir el enojo que la mayoría de la ciudadanía tenía con él.

Sabía, como todos, que sería un divorcio pasajero. La situación económica dolió en aquel momento, pero no podría tapar, en el juicio histórico, la calidad institucional que acompañó su gobierno. Y ayer millares de ciudadanos entristecidos y emocionados le brindaron el reconocimiento y el agradecimiento al "padre de la democracia argentina contemporánea".

---

<sup>38</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>39</sup>Periodista.

## **El significado político de Alfonsín<sup>40</sup>**

**Por Rosendo Fraga<sup>41</sup>**

Raúl Alfonsín tiene diversos y variados significados en la historia política argentina.

Fue el primero que logró derrotar al peronismo en las urnas. Hasta 1983, cuando ganó la elección presidencial, la fuerza política fundada por Juan Domingo Perón había resultado imbatible.

También fue el Presidente que enjuició a las ex juntas militares, instalando la temática de los Derechos Humanos en la Argentina.

Pero además fue quien cedió ante el motín de Semana Santa, asumiendo una posición ambigua que comenzó a minar su credibilidad.

Su gestión presidencial terminó en una hiperinflación que lo obligó a entregar anticipadamente el gobierno. Menem fue su socio en el Pacto de Olivos, por el cual su partido pagó un costo político muy alto en los sectores medios, que inició su declinación.

Fue uno de los gestores de la Alianza, que derrotó al peronismo en las urnas en 1997 y 1999.

Fue candidato a senador nacional en 2001, siendo electo pero sin llegar al 20% de los votos.

En la crisis subsiguiente, jugó un rol político junto con Eduardo Duhalde, tendiendo puentes para evitar el agravamiento de la situación.

Fue un hombre que hizo de la política, su vocación y su vida, como lo hizo también Ricardo Balbín, quien lo precediera en el liderazgo del partido radical.

Hasta los últimos momentos, estuvo activo en la política, tratando de gestar ahora una alternativa frente al kirchnerismo.

Cuando en la campaña electoral de 1983 decía que con la democracia se educaba, se curaba y se comía, lo decía con un convencimiento genuino, aunque desafiara a las leyes del gobierno y la economía.

¿Cuál será el Alfonsín que la historia recordará?

Con sus aciertos y errores, pienso que será recordado como un político activo, que tuvo a su cargo la apertura de la etapa más prolongada de democracia con voto popular de la Argentina y que dedicó su vida a pensar e intentar hacer la República.

## **Nadie con tan poco alcanzó tanto; nadie con tanto terminó con tan poco<sup>42</sup>**

**Por Ignacio Zuleta**

Nadie con tan poco alcanzó tanto. Nadie teniendo tanto terminó con tan poco. En esa síntesis la vida de Raúl Alfonsín expresa el sueño de la sociedad argentina de un país mejor y más igualitario que encarnó como pocos dirigentes del último siglo. Por eso el dolor que atraviesa a todo un país agradecido por el puñado de ambiciones que representó Alfonsín, más allá del juicio de sus contemporáneos sobre el resultado de sus obras. En política, como en la vida individual, a las personas se las termina juzgando por lo que ambicionaron, por lo que aspiraron a hacer, por las intenciones, más que por las

---

<sup>40</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>41</sup>El autor es director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.

<sup>42</sup>Diario Ámbito Financiero (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

realizaciones. Esa identificación con las clases medias le permitió en veinte años la proeza de poner dos gobiernos nacionales y escribir la Constitución que rige hoy en el país. Ese impulso no bastó para que ninguno de los dos gobiernos que inspiró llegasen al final de sus mandatos; fue, como en otras administraciones, la prueba de que los recursos que aplicaba a la toma del poder no le servían para ejercerlo. El dolor que cayó ayer sobre la Argentina nace no de los errores de Alfonsín –algunos mayúsculos- sino de sus proyectos, que son los de una mayoría que va más allá de los militantes, simpatizantes y votantes de su partido. Pasaron a ser compartidos por sus adversarios. Su biografía es un proyecto no realizado pero posible; por eso lo lloran todos.

Las claves de esa trayectoria con tantas luces y tantas sombras están sin duda en la singular personalidad de este abogado de Chascomús y de su capacidad de leer las necesidades y aspiraciones de los demás. El lo llamaba «la metodología»; desde el poder, apelar a la persuasión de una oratoria eficaz, conmovedora hasta para los auditorios más resistentes. La usó para ganar la Presidencia con el recitado del preámbulo, para pelearse en público con Ronald Reagan en la misma Casa Blanca, con obispos en un púlpito, con sindicalistas y con hombres del campo en actos de la Sociedad Rural.

Cuando estaba en el llano, la metodología era crear en cada persona que lo escuchaba o se le acercaba una relación personal. Millones de argentinos han creído tener con él una experiencia personal. Cuando dejó el Gobierno en 1989, su oficina del piso 5º de la avenida Santa Fe se convirtió en un santuario en el que recibía a las estrellas de la política pero también hasta el correligionario llano que venía a tocarle el timbre para expresar sus ideas y reclamos. Sonreía Alfonsín cuando salían: «Ahora se vuelven a su pueblo y van a contar: 'Yo le dije a Raúl...' Esa es la metodología, eso es lo que no tienen los demás», solía comentar.

La dimensión de la crisis que enfrentó su partido las dos veces que alcanzó puso lo demás: asumió en 1983 como expresión de una mayoría que rechazaba al gobierno militar y que buscaba una reparación del período oscuro de la represión clandestina de las guerrillas, un desastre económico y una guerra perdida en Malvinas. Llamando a esa reparación, juntó más gente que nadie en la historia en el Obelisco para cerrar una campaña y ganar la elección en distritos del conurbano que nadie creía podían respaldar a un candidato radical.

El arranque de su administración fue tumultuoso, porque como otros mandatarios asumía de apuro, sin experiencia en cargos ejecutivos, cabalgando sobre divisiones partidarias que convivieron bajo su liderazgo hasta el día de hoy. Forcejó con los propios por la forma en que debían hacerse los juicios a las juntas militares; también por cómo debían cumplirse algunas ideas que había escondido en la campaña de 1983, como admitir el laudo con Chile por la zona del Canal de Beagle, quizás el primer barquinazo (le gustaba a él esa palabra para mencionar sus dificultades) de su gestión. Mandó el asunto a un plebiscito de improbable escrutinio que, en lo formal, respaldó su proyecto de cerrar una herida que tocaba a todos porque tocaba derechos de soberanía territorial.

No lo ayudaba el contexto en ese espinoso terreno que comenzó a caminar desde 1983: los militares no sólo legaban una crisis de difícilísima solución, la de la deuda en todos los países de lo que se llamaba entonces el Tercer Mundo. Debió desarmar en silencio y con maniobras que nunca se han contado, por la naturaleza de cada asunto, proyectos militares como la planta de enriquecimiento de uranio construida en secreto en Arroyito (Neuquén) o el misil Cóndor. De esos dos temas se enteró cuando preparaba el gabinete en la quinta de Alfredo Odorisio en Boulogne. Se lo informó –para su sorpresa- el almirante Carlos Castro Madero, entonces presidente de la Comisión Nacional de Energía Atómica –quien creyó que había que decírselo al presidente electo antes de que asumiera-. Lo recibió junto a Dante Caputo, y Alfonsín –que nunca fue hombre de libros- preguntó angustiado: «¿Qué es el agua pesada?».

Contar este tumulto que parece menor en una biografía sirve para la construcción del personaje que

fue Alfonsín. Gobernar para él fue descubrir una realidad de Estado que había que cabalgar con los pocos recursos y la escasa preparación que le habían dado una poco notable experiencia legislativa y años de frecuentación de los locales partidarios, aprendiendo los vericuetos de «la metodología». Una mención aparte, que sí reflejó visión, fue haber dado el puntapié inicial al Mercosur.

El coraje que mostró para lanzar el juicio a los militares o para imaginar el plan Austral no bastó para doblar la realidad. El mismo público que había apoyado el juicio a los comandantes nunca le perdonó haber promovido después de la crisis de Semana Santa de 1987 las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida. «Fueron las leyes del miedo, había que salvar el sistema», se disculpó siempre. La historia va a ser justa con ese giro de Alfonsín porque nadie puede asegurar que no habría habido una ruptura del sistema si hubieran escalado los alzamientos que rechazaban la revisión del período militar.

Eran tiempos en que existía aún en el país hipótesis de golpe militar; Alfonsín, criado en el país de los fragotes –muchos de ellos urdidos por su partido y con él de testigo- logró disipar esa amenaza bajo su mandato con un gesto que no ha terminado de ser entendido pero que el futuro rescatará como uno de sacrificio. «Me he pasado los años deshaciendo como ex presidente lo que hice como presidente», comentó no hace mucho con melancolía de balance.

Más esperable era el fracaso del plan Austral, un ingenioso proyecto de reforma profunda de una economía en crisis que adelantó este diario en una primicia periodística histórica.

Fracasaron en enfrentar la crisis de la deuda la India y Brasil; ¿no iba a hacerlo la Argentina corporativa, de sindicatos salvajes, que había acentuado el estatismo bajo el régimen militar? La misma suerte tuvo el intento más enérgico de atacar el corporativismo, la fracasada ley de asociaciones sindicales que buscaba eliminar los sindicatos únicos y desarmar ese símbolo del atraso criollo que es el poder gremial. Un voto cuyo costo nunca se sabrá terminó con ese sueño en el Congreso, pese a que el Gobierno de entonces tenía mucho más poder político que el de Fernando de la Rúa cuando intentó en 2000 la misma reforma. El deterioro de la economía y la agresividad de un peronismo que se aseguraba la sucesión terminaron de incendiar su Gobierno. La derrota en las legislativas de 1987, el fracaso del nuevo gabinete y el naufragio del Plan Primavera –un parche a lo que quedaba del Austral- provocaron el adelantamiento de la entrega del Gobierno en 1989 con señales de una hiperinflación que se produjo más por el Menem que venía –anunciando moratoria y dólar recontraalto- que por el Alfonsín que se iba.

Duró poco el duelo; en el peor de los momentos nunca dejó de gozar de una fuerte identificación con sus militantes. Despidió a un grupo de ellos en Olivos antes de dejar el Gobierno; los acompañó hasta el portón de salida y después de los abrazos y moqueos por tan sórdido final, levantó la mano y sonrió: «Espero que después de esto no me vayan a pegar mucho en la interna, ¿no?». De nuevo «la metodología», cuyos frutos vio cuando una caravana de autos lo acompañó desde Buenos Aires hasta su casa en Chascomús. Insólita adhesión para un presidente que salía, fracasado, del Gobierno.

A los pocos meses de dejar el poder comenzó a recorrer el país; el argumento era innovador y buscaba descalificar los primeros proyectos del Gobierno de Carlos Menem. Fue el primero en señalar al llamado Consenso de Washington como núcleo de doctrina de las medidas menemistas –de paso, Menem nunca se enteró de que existiera idea alguna detrás de sus proyectos, tan teñidos por la emergencia como los de todos los presidentes argentinos en este tiempo-.

También inauguró en el país el uso del lema «modelo neoliberal» como adversario principal. Con los años, batir ese parche llevó al radicalismo al Gobierno y, de manera creciente, lo adoptó el Frepaso –aliado por eso de la UCR entre 1997 y 2001- y también el peronismo de Eduardo Duhalde y de Néstor Kirchner. Estos dos presidentes, y buena parte del peronismo, se apropiaron de esas ideas de Alfonsín. La falta de fuerza para sostenerlas por parte de la UCR le entregó esas ideas al peronismo

que buscaba la gracia del mismo público que había apoyado al partido de Alfonsín en 1999. Lo logró después de 2001, cuando promovió la caída de De la Rúa para gobernar con el mismo manual que él, pero con otros beneficiarios.

La segunda pieza de artillería fue la acusación de corrupción al gobierno Menem, que le hizo protagonizar a Alfonsín uno de los episodios más singulares de su biografía reciente.

Lo usó como puntapié de una nueva campaña. La revista *Somos* publicó en agosto de 1992 una nota con presunciones de corrupción bajo su mandato. Alfonsín llamó a algunos amigos, llamó a su custodia y con el bastón de presidente se presentó en las puertas de la editorial Atlántida. Golpeó con el bastón llamando al editor Vigil a los gritos de «¡Que salga ese contrabandista de autos!» (Constancio Vigil había sido denunciado por usar un auto importado con franquicias para discapacitados). Se abrió la puerta y le dijo el portero: «Acá no hay nadie; los sábados no se trabaja».

Ese gesto inauguró una serie de denuncias de corrupción que fueron también el comienzo del desprestigio de la gestión menemista; el Frepaso de Solanas/Álvarez recogió esa bandera y castigó al Gobierno hasta lograr que el peronismo perdiese las elecciones de 1999.

Al año siguiente, Alfonsín protagonizó el segundo acto más trascendente de su vida política: la reforma constitucional. Había alentado un proyecto en 1987 que fracasó con su presidencia y también por la derrota en la interna de 1988 del principal socio que tenía para esa iniciativa en el peronismo, Antonio Cafiero. En 1992, Menem lanzó su proyecto de reelección, y Alfonsín percibió que era la oportunidad para recuperar la reforma pensada unos años antes. Esperó a que la presión reeleccionista del menemismo subiera y buscó interceptar a Menem en su principal necesidad. Lo hizo al estilo más clásico de un político: rechazando en público lo que anhelaba en privado. Eso dividió incluso a su partido. Discutió en una cumbre secreta en una quinta de Ranelagh con los reformistas de su partido –el ala storanista– y los denunció por pretender acordar con el Gobierno. Argumentó contra el proyecto de reforma de Menem que estaba ya en el Congreso y que amenazaba con ser aprobado mediante ingeniosas artimañas del oficialismo. Cuando terminaba esa noche inolvidable en Ranelagh, remató con un discurso que alcanzaría sentido algunas semanas más tarde: «Estoy en contra de la reforma de Menem. Sólo si ellos aceptasen una reforma que incluyese cuatro años con reelección, con los pactos internacionales incorporados, con un Consejo de la Magistratura, con todo lo que queríamos hacer nosotros en 1987, yo podría acordar».

Es lo que ocurrió la mañana del jueves 4 de noviembre cuando se reunió en secreto con Carlos Menem en la casa de Dante Caputo en Olivos. Ese encuentro cerraba conversaciones viejas entre entornistas de los caciques, de Carlos Corach con Simón Lázara y Raúl Rabanaque Caballero, de Luis Barrionuevo con Enrique Nosiglia, que fueron los gerentes finales de esa cita.

El Pacto de Olivos consagró una nueva Constitución en la que Menem entregó todas las reformas a cambio de que le aprobasen la reelección.

La estética del acuerdo de Olivos –cuyos detalles reveló este diario como primicia en la edición del 8 de noviembre de 1993– castigó con dureza a Alfonsín y a Menem. Los contradictores que tenía el ex presidente dentro de la UCR tomaron distancia de él, no quisieron participar de la Convención Constituyente y atacaron como nunca a su figura como símbolo de la capitulación. Hasta echaron a andar la versión de un inconfesable y nunca probado acuerdo económico a cambio del acuerdo. Esos mismos radicales antirreformistas tomaban el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 1996 con Fernando de la Rúa a la cabeza, beneficiándose de la reforma que había declarado la autonomía del distrito para elegir a sus gobernantes. El mismo De la Rúa se benefició de esas reformas en 1999 al ganar las elecciones presidenciales en un contexto de alto rechazo de las personalidades del Pacto de Olivos.

Alfonsín siempre se lamentó de haber hecho el acuerdo en secreto, clave del desprestigio que le acarreo,

que, según él, obedeció a la necesidad de asumir al mes siguiente la presidencia del Comité Nacional, trámite que se le habría complicado si anunciaba el acuerdo antes de la elección partidaria. Sujeto al interismo partidario, había sacrificado otro momento de su vida, pagaba con el cuerpo y su prestigio la movida, y además beneficiaba a sus adversarios, que lograban poder mientras él lo perdía. Vivió en los años que siguieron con mortificación cómo el peronismo se dedicó a disolver las instituciones de la nueva Carta Magna, en la medida en que los defensores de las reformas fueron perdiendo poder.

El tercer gran momento de su trayectoria fue la construcción de la Alianza con el Frepaso (un club nutrido de peronismo disidente y de restos de la izquierda moderada). Ya en 1996 animaba reuniones partidarias llamando a ese encuentro, advertido de la identificación que lograba el Frepaso después de la recordada reunión en la confitería El Molino. Admitía ya en aquel momento que su proyecto era volver a ser presidente en 1999, y si no alcanzaba a serlo, convertirse en el gran elector del partido. Avaló el cierre del acuerdo de la Alianza que produjo el triunfo electoral en 1997 en la provincia de Buenos Aires y poco tiempo después consagró a De la Rúa como candidato presidencial.

Para ese tiempo, había mudado de criterio en el armado partidario; no creía ya más en las elecciones internas, admitía como plausible la toma de decisión basada en encuestas y reclamaba «unidad» dentro del partido. Se subió de nuevo a un auto, se hizo llevar a la sede del Gobierno porteño, pidió verlo a De la Rúa. Al salir, después de una breve reunión, anunció que éste era el candidato a presidente. Difícil imaginar que un hombre pudiera en 20 años llevar a su partido al poder, más contra un peronismo que presumía de ser no sólo la mayoría, sino además de tener la tecnología más eficaz para gobernar. Alfonsín probó que la mayoría de la ciudadanía, cuando se junta detrás de un candidato no peronista, lo respalda. Ése fue el motivo de su insistencia en incluir en la nueva Constitución el ballottage o segunda vuelta electoral. Menem lo aceptó con la picardía de ponerle la restricción de que si el ganador superaba el 45% de los votos o tenía más de 10 puntos de diferencia con el segundo, no había segunda vuelta. «Si aceptaba eso –comentaba Alfonsín–, el peronismo no ganaba más en la Argentina».

Pero este enorme esfuerzo de voluntad no le permitió escapar a ese destino de acumular para disipar que signó su biografía. Instauró a De la Rúa, lo acompañó en el primer tramo de su Gobierno, pero se convirtió en su principal adversario interno en cuanto comenzaron las dificultades. La llegada de Domingo Cavallo al gabinete en abril de 2001 –ya baleado el Gobierno por la renuncia de Chacho Álvarez y por una crisis económica terminal para la convertibilidad– le hizo creer que debía apartarse definitivamente del Gobierno. Lo hizo en un acto en La Plata en mayo, en el cual fustigó la asunción de Cavallo, y entre ese mes y diciembre participó de innumerables reuniones en las cuales se habló abiertamente de un adelantamiento de la entrega del Gobierno.

Sus críticos atribuían esa conducta a la envidia que le provocaba que De la Rúa pudiera hacer lo que él no pudo: completar el mandato. Él retomó las banderas contra la economía global y el neoliberalismo de los años 90 y comenzó un romance con Eduardo Duhalde en el llamado Movimiento Productivo, un sello que el delarruismo siempre ha creído fue coautor de un golpe institucional para desplazar a su jefe. Elegido senador en 2001, duró poco en la banca, acosado por una salud que complicó un proceso depresivo que lo acompañó durante un tiempo. El acuerdo con Duhalde duró bajo la presidencia interina de éste, puso funcionarios en el gabinete, entre ellos a Roberto Lavagna, y logró la continuidad en el Gobierno de hombres suyos que habían acompañado a De la Rúa.

Desde que dejó la banca, volvió a intentar reconstruir el poder partidario, que se disolvía por el mismo impulso que le había dado a un extraño entendimiento con el sector duhaldista del peronismo, que borraba mucho de su trayectoria. Enseñó a varias generaciones de radicales a despreciar a Duhalde como un líder conservador tradicional de Buenos Aires, por lo que así dividía más a su militancia. De-

clinante su salud, tuvo mortificaciones injustas, como que el Gobierno de Néstor Kirchner afirmase públicamente que nadie había hecho nada por los derechos humanos desde 1983. Forzó disculpas, incluso un obligado homenaje en Casa de Gobierno al cumplirse los 25 años de su asunción presidencial, que lavaron otros gestos, como las críticas de Kirchner anoche en un acto partidario en Lomas de Zamora, pocos minutos antes de que se supiera de su muerte. Injusta e inoportuna intervención kirchnerista, pero queahonda el dolor, llama a la mejor comprensión de qué es la política y para qué le reclaman los políticos tantos recursos y esfuerzos a una ciudadanía siempre postergada. Instantes más tarde, el país se paralizaba y en silencio recordó las imágenes de la Argentina reciente, cuya utopía siempre aplazada encarnó este hombre que se va rodeado del cariño popular porque ha sido la representación de sus mejores y también de sus peores momentos. Más allá de los balances, millones de argentinos creen que ha sido un privilegio vivir este tiempo contando con Alfonsín.

## **Raúl querido...<sup>43</sup>**

**Por Pedro J. Azcoiti<sup>44</sup>**

Hoy más que nunca "el pueblo está contigo", como lo gritaran hasta el cansancio miles y miles de gargantas al influjo de su mensaje vibrante en tribunas levantadas a lo largo y ancho del país.

Hoy ha muerto Raúl Alfonsín y es su pueblo el que lo despide con congoja y dolor.

Pero como lo dijera Ricardo Rojas frente a la tumba de Yrigoyen "no hemos venido aquí para llorar la inhumación de un anciano, sino para cantar la apoteosis de un patriarca".

Alguna vez, frente a la tumba de Honorio Pueyrredón, Ricardo Balbín supo decir "Venimos a este lugar a encontrarnos con nuestros muertos, con nuestros magníficos muertos, no porque ellos lo necesiten, no porque ellos precisen de nuestros homenajes. Venimos aquí porque nosotros los necesitamos. Somos nosotros los que sentimos la imperiosa necesidad de acercarnos a ellos para que nos muestren el derrotero a seguir".

Por eso hoy, la despedida a Raúl Alfonsín significa también asumir el compromiso de recoger su prédica, de ser dignos de mantener en alto sus banderas, de proseguir su causa, de continuar su derrotero.

Frente a otro muerto ilustre, Balbín sostuvo que "los grandes muertos siempre dejan su mensaje".

Y Alfonsín también lo ha dejado como un mandato a asumir por todos los argentinos sin distinciones: preservar la democracia para siempre y por sobre todo. Construir una sociedad plural donde rijan las instituciones, donde sepamos conjugar la libertad con la equidad, donde impere el pluralismo y la tolerancia.

A quienes tuvimos el privilegio de compartir su marcha en la construcción de un radicalismo renovado, nos quedará para siempre, el recuerdo de tantos actos, reuniones, discursos y sobremesas; su andar sin pausas, muchas veces pregonado casi en el desierto; su lucidez intelectual para abordar con erudición las mas modernas concepciones de la teoría política, sin por ello desentenderse del cuadro de situación partidaria en el poblado mas pequeño. Su calidez humana.

---

<sup>43</sup>Diario Ecos diarios (Necochea, Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>44</sup>Vicepresidente del Bloque de Diputados Nacionales de la UCR.

Nos queda el ejemplo de su valentía cívica para defender los derechos humanos cuando hacerlo implicaba poner en juego la propia vida.

Quienes nos iniciamos a la vida política en los inicios de la década del setenta y abrazamos la causa del radicalismo, muchos al amparo de su figura convocante, podemos decir que tal vez le debemos la vida, por habernos inculcado la firme convicción que la lucha solo es posible en el marco de la democracia y las ideas.

Serán muchas las páginas de los diarios, las horas de radio y televisión que se ocuparán de reseñar su vida fecunda, su trayectoria política, su entrega total a la causa de la democracia. No faltarán también las voces críticas, como es lógico que suceda frente a un hombre que ocupó la escena pública por más de medio siglo.

Dejemos a unos y otros esa tarea, y a la historia juzgar su obra de gobierno, que nos anticipamos a sostener, será reivindicada y valorada con la objetividad que el paso del tiempo otorga.

En este momento del adiós, nos quedamos para siempre con el recuerdo y el ejemplo del Alfonsín que recuperó la democracia, que tuvo los atributos necesarios para juzgar a las Juntas Militares, que supo plantarse en los jardines mismos de la Casa Blanca; el Alfonsín de la paz con Chile, el del Congreso Pedagógico, el que buscó siempre la unidad nacional, el mejoramiento de las instituciones, el que hasta en sus tiempos ya finales siguió exhortando al diálogo y la convivencia de los argentinos.

Nos quedará también el recuerdo y el honor de haber compartido con él muchas tribunas radicales, y el agradecimiento por su protagonismo junto a Conrado Storani, Osvaldo Bisciotti y otros en la búsqueda, cuando engrosé las filas de los detenidos-desaparecidos en 1976.

Vuelvo a Ricardo Rojas para concluir, cuando decía "Cese aquí el llanto, puesto que aún andamos como antes andaba él, en la noble batalla".

Esa batalla por la democracia, de cuya recuperación, Raúl Alfonsín fue el protagonista principal y por lo cual ocupará con justicia un lugar de honor en la historia argentina.

## **Murió Raúl Alfonsín<sup>45</sup>**

**Por Verónica Smink y Valeria Perrazo**

El escueto parte médico comunicó la noticia: "A las 8.30 de la noche, nos despedimos de Raúl Alfonsín". Alfonsín falleció en su casa a los 82 años de edad.

El ex presidente argentino y líder de la Unión Cívica Radical falleció el martes en su casa, donde estaba en observación tras sufrir una descompensación la noche anterior. El ex mandatario, de 82 años, padecía un cáncer de pulmón.

Sus restos están siendo velados en el Congreso y el vicepresidente Julio Cobos, a cargo del Poder Ejecutivo debido al viaje de Cristina Fernández a Qatar, decretó tres días de duelo.

Opine: ¿Qué recuerda de Alfonsín? Al conocerse el informe de su muerte, un grupo de vecinos se congregó en la puerta de su hogar para entonar espontáneamente el himno nacional argentino, entre bocinazos de salutación, velas encendidas y gritos fervorosos: "Raúl, querido, el pueblo está contigo".

---

<sup>45</sup>BBC Mundo, Buenos Aires, Argentina.

Lea: El testimonio de un opositor

Es que la figura de Alfonsín está asociada a la historia institucional de la Argentina reciente. Su llegada al gobierno, en 1983, marcó el regreso a la democracia en Argentina tras siete años de régimen militar. Pero, más allá del papel que jugó en la transición hacia la democracia, Alfonsín fue además un respetado referente de la política nacional, y la figura más influyente del histórico partido Unión Cívica Radical (UCR), que lideró en varios períodos.

(Alfonsín fue) un hombre de principios republicanos que luchó toda su vida por defender la democracia, y defendió esos valores hasta lo último Fernando de la Rúa, ex Presidente de Argentina.

El ex presidente Fernando De la Rúa, con quien Alfonsín compartió la militancia en el radicalismo, lo definió como "un hombre de principios republicanos que luchó toda su vida por defender la democracia, y defendió esos valores hasta lo último".

Por su parte, como un signo del respeto que genera su figura en todo el espectro político, el líder peronista Antonio Cafiero, rival del ex presidente, comparó su importancia con la del fundador de su propio partido.

Lea: El testimonio de un aliado "El siglo XX ha tenido en Argentina dos grandes figuras políticas. Uno fue (Juan Domingo) Perón y el otro fue Raúl Alfonsín", dijo a BBC Mundo.

Regreso de la democracia Alfonsín llegó al poder en diciembre de 1983, poniendo fin al llamado Proceso de Reorganización Nacional liderado por los militares, que comenzó con el golpe de Estado de 1976 y perdió fuerza tras la derrota en la Guerra de las Malvinas/Falklands de 1982.

El siglo XX ha tenido en Argentina dos grandes figuras políticas. Uno fue (Juan Domingo) Perón y el otro fue Raúl Alfonsín

### **Antonio Cafiero, rival político de Alfonsín**

A días de asumir, el mandatario radical sancionó dos decretos ordenando el juicio de las juntas militares y los grupos guerrilleros responsables de la violencia durante la llamada "Guerra Sucia" entre 1976 y 1983. También creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) para investigar y registrar los abusos de derechos humanos durante ese periodo. El documento "Nunca Más", entregado a presidente por la Conadep con el apoyo de una multitud, sirvió luego de base para la acusación fiscal en el juicio a los militares. Así, en 1985, la Cámara Federal condenó al ex presidente Jorge Rafael Videla y a otros líderes militares por su responsabilidad en estas violaciones, condenas que luego serían anuladas por un indulto del presidente Carlos Menem.

### **Presiones y concesiones**

El mandato de Alfonsín estuvo signado por las presiones militares y económicas, arrastradas de los años del régimen de facto, lo que obligó a su gobierno a hacer concesiones en materia de derechos humanos. Alfonsín promovió el juicio a los líderes del gobierno militar. Así, el descontento generado por los juicios a las juntas en el seno de las Fuerzas Armadas, así como las presiones de grupos militares, llevaron a Alfonsín a impulsar la Ley de Punto Final, aprobada por el Congreso en 1986, que ponía un límite de 60 días para definir los procesamientos contra militares acusados.

Esta iniciativa no logró impedir una rebelión militar en su contra, liderada por el teniente coronel Aldo Rico, la semana de Pascua de 1987.

Sin poder sobre las Fuerzas Armadas, el presidente negoció con los llamados "carapintadas", anunciando luego al pueblo argentino que "la casa está en orden".

Este acuerdo con los militares incluía una segunda legislación para favorecer a los acusados de violaciones a los derechos humanos: la Ley de Obediencia Debida, que exoneraba a quienes habían ejercido cargos de menor rango durante el régimen militar.

## **Integración regional**

Si bien los logros internos de Alfonsín fueron limitados, su política exterior permitió la reinserción del país en el plano internacional.

Los analistas destacan por sobre todo el proceso de integración que llevó a cabo su gobierno con Brasil, Uruguay y Paraguay, que establecería las bases de lo que luego sería el Mercado Común del Sur (Mercosur), constituido en 1991.

Alfonsín también cimentó la paz con Chile, país con el cual Argentina casi entra en guerra en 1978, debido a un diferendo sobre el trazado del Canal de Beagle.

Tras la exitosa mediación del Vaticano, se firmó el Tratado de Paz y Amistad que estableció definitivamente los límites entre ambas naciones en 1984.

## **La salida del gobierno**

Más allá de las presiones militares, serían los problemas económicos los que pondrían fin al mandato de Alfonsín.

Alfonsín le entregó el poder de forma adelantada a Carlos Menem. La creación de una nueva moneda, el "austral", y los planes económicos propuestos por el gobierno no lograron controlar la creciente inflación, que se vio agravada por la caída en los precios de los principales productos de exportación argentinos.

En 1988 Argentina entró en moratoria del pago de su deuda externa y el Banco Mundial decidió suspender su ayuda al país.

En pocos meses, la inflación aumentó de cerca del 10% a casi el 80%, generando inestabilidad social.

En medio de una ola de saqueos, Alfonsín anunció el adelanto de las elecciones en mayo de 1989.

Luego, cuando faltaban aún siete meses para el fin de su gestión, el mandatario presentó su renuncia y entregó el poder a su sucesor electo, el peronista Carlos Menem, en lo que constituyó el primer traspaso de poder democrático y constitucional entre dos presidentes de distintos partidos desde 1916.

Tras su paso por el poder, Alfonsín continuó liderando la UCR. Años más tarde, en 2001, se convirtió en senador, cargo que abandonó tras el colapso económico y la caída del gobierno de De la Rúa.

A pesar de retirarse de la vida profesional, el ex mandatario continuó siendo un referente indiscutido de la política local. Su presidencia, además, quedará en los registros por haber dado inicio al período democrático más extenso en la historia de Argentina.

## **Alfonsín es un ciudadano ilustre<sup>46</sup>**

**Por Alfredo Leuco<sup>47</sup>**

Ahí está don Raúl, convertido en ciudadano ilustre. Reconocido por la historia. Tal vez ningún otro ex Presidente lo pueda hacer, pero ahí está don Raúl caminando por las calles con dignidad y la frente alta. Ahí está don Raúl el padre de la democracia recuperada, caminando lento, como perdonando el viento, según la poesía emblemática del día del padre. Ahí está don Raúl firme en sus convicciones a los 82 años y peleando con coraje contra una maldita enfermedad que lo tiene contra las cuerdas. Ahí

---

<sup>46</sup><http://alfredoleuco.com.ar>; 02/07/08.

<sup>47</sup>Periodista. Columnista en Radio Continental. Premio Konex 2007 al mejor analista político audiovisual de la década.

está don Raúl que – mirado en perspectiva- fue uno de los mejores presidentes que nos supimos conseguir. Con todos sus errores, con todas sus equivocaciones, a 25 años de la epopeya de la vuelta a la libertad creo que Alfonsín es mejor que la media de los presidentes que tuvimos y –si me apurao- creo que es mejor que la media de la sociedad que tenemos. Ahí anda don Raúl con las manos limpias, viviendo en el mismo departamento de siempre, austero como don Arturo, honesto como Alem manda. No quiero decir que el doctor Raúl Alfonsín haya sido un presidente perfecto. De ninguna manera. Es tan imperfecto y tan lleno de contradicciones como todos nosotros. La democracia es imperfecta. Apenas, es el sistema menos malo. Pero nadie puede desmentir que Alfonsín es un demócrata cabal. Nunca ocupó ningún cargo durante ninguna dictadura. Y eso que muchos de sus correligionarios si lo hicieron. Estuvo detenido por defender sus ideas. Es un auténtico defensor de los derechos humanos de la primera hora y en el momento en que la balas picaban cerca. No de ahora. Fue defensor de presos políticos durante la dictadura, reclamó por los desaparecidos y es co-fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. El abogado de Chascomús, el gordito reformista y burgués, según los revolucionarios de entonces hizo todo eso. El abogado de Santa Cruz, el flaquito de la Jotepé, hizo todo lo contrario. Digo, como para poner las cosas en su lugar. Como para respetar la verdad histórica. Por eso, con toda autoridad, después fogoneó el Nunca mas y la Conadep y el histórico Juicio a las Juntas Militares que ningún otro país del mundo se atrevió a hacer con la dictadura en retirada pero todavía acechante y poderosa. Por eso tuvo sublevaciones militares carapintadas, paros salvajes de la CGT y golpes de mercado que intentaron derrocarlo. Es verdad que también existieron los errores y los horrores propios. La economía de guerra y el desmadre inflacionario. La gran desilusión frente al felices pascuas y la casa está en orden. O el Punto Final y la Obediencia Debida. Y el derrumbe de la confianza en la capacidad para gobernar el descontrol que terminó con la entrega anticipada del poder. O el pacto de Olivos. Si tratamos de ser lo mas ecuanimes y rigurosos posibles aparecen las luces y las sombras. Pero el paso del tiempo y la comparación con lo que vino lo deja a Raúl Ricardo Alfonsín del lado bueno de la historia. En la vereda del sol. Caminando con dignidad con la frente alta y las manos limpias. Ahí está don Raúl Alfonsín. Un ciudadano ilustre.

## **El Viejo (Raúl Alfonsín)<sup>48</sup>**

**Por Christian Austin<sup>49</sup>**

Raúl, Don Raúl, Doctor. Así nos referíamos a él en su propia presencia. Entre nosotros, era “el viejo”. Lo sentíamos nuestro abuelo político. La relación con nuestros padres políticos era pésima. Inestable. Los veíamos llenos de errores, de agachadas, de traiciones. Astutos y hábiles pero muy mañosos. Los admirábamos mucho pero manteníamos la íntima convicción de que a la hora de elegir, ellos no nos dejarían pasar. El viejo era diferente. Tan hábil y astuto, mañoso como el que más. Pícaro con su sonrisa campechana, que

---

<sup>48</sup><http://www.sajuria.cl>

<sup>49</sup>Presidente de la Fundación Síntesis, argentino, ha enviado a su lista de correos un sentido homenaje a Raúl Alfonsín, ícono de la transición democrática argentina y actor protagonista de la historia reciente del vecino país. Podemos estar de acuerdo o no con su legado, pero no hay duda de su relevancia histórica. Los dejo aquí con la visión de Austin sobre Alfonsín.

no se le fue nunca, pero mucho más entero. Menos doblado que el resto de su partido. Que todo el resto. A Don Raúl le gustaba jugar todas las partidas. Se entretenía igual con una interna local, en una circunscripción perdida de La Pampa como con una gran confrontación a escala nacional. Y se las sabía todas, era asombroso -asombroso- verlo al teléfono o reunido con un grupo de dirigentes de tercera o cuarta categoría, poroteando y armando un entramado político -bah, una rosca, una trenza-, conoció a infinidad de dirigentes, amigos y no tanto y sabía cual era la talla de los zapatos de cada uno. Argentina es grande, tiene muchos pueblos y ciudades. El Doctor tenía amigos, conocidos, una pregunta sobre algún familiar enfermo y una historia para contar en cada uno de esos pueblos.

Sus furias y rabietas también eran dignas de mención. Haber sido testigo de alguna de ellas, cuenta a estas alturas como un secreto privilegio. Pero a sus nietos, estas rabietas no nos ponían tan incómodos. Nos daban un poco de risa (que supimos contener) y nos permitían tomarle el peso a los asuntos sobre los que divagábamos. A fin de cuentas, el cascarrabias era nuestro abuelo. El viejo.

La trama secreta, con características de rito iniciático, que significaba para todos nosotros conocer algunos datos, era motivo de fanfarroneo y arrogancia. El nombre de pila del custodio, Danielito. O el número de teléfono que atiende Margarita, su eterna secretaria. O ser invitado a calle Santa Fe (al 5°? o al 8°?).

Salir por el estacionamiento de la vuelta "para no ser visto"... que honor.

Estos días de tranquila tristeza me traen muchos recuerdos. Cuantas cosas, cuantas cosas hice en mi vida por Raúl Alfonsín!

En el '91, armamos un acto en un pueblo cerca de Rosario. Si no me equivoco, fue su primera aparición pública después de un par de años de auto impuesto ostracismo. Su discurso, por aquellos tiempos, tenía por motivo repensar los últimos tiempos de su gobierno y reivindicar la entrega anticipada del poder. Era humilde y contabilizó varias de las causas del deterioro en la cuenta de sus propios errores personales. Se cargó de enormes responsabilidades sobre el fracaso en el control de la inflación, el plan Austral y las dificultades del país.

Hoy, cualquier comentarista afirma lo que por aquellos tiempos era un sacrilegio decir: había sido víctima de un "golpe de estado económico". Hasta sus detractores se conocen de memoria la fecha, 6 de febrero. Los nietos lo sabíamos.

Por esa época, aprendimos el concepto de ética de la responsabilidad. Releyó a Weber buscando fuentes en la teoría política. Nosotros nos ejercitamos matizando las acusaciones que recibía por parecer tibio frente a los carapintadas; reafirmando su tozuda convicción de no involucrar carne de cañón civil para defender la democracia, que ahora, parece una buena idea.

Ese proceso de reaparición pública terminó, un tiempo después, con un acto masivo en Autopista Center (un lugar muy raro, debajo de la autopista, en Flores). El viejo estaba rejuvenecido, con su cabello y bigotes cuidados, un notorio mejoramiento de su condición física y delgado! Y dale Flaco, dale, dale flaco! Cantábamos eufóricos. El menemismo ya mostraba su peor cara. Su carácter corrupto y regiminoso. Alfonsín era quien con más vigor y fuerza señalaba el tétrico camino por el que transitaba la Argentina y de a poco iba reencontrándose con sus bases, con la gente que lo quería pero aun estaba enojada por su periodo de gobierno.

El viejo llenó un espacio enorme de la política argentina del menemismo que lo condujo a la reforma constitucional y posteriormente a la génesis de la Alianza y la victoria de De la Rúa. Era la época en que había varios sectores alfonsinistas, nosotros, con ingenuidad y orgullo, nos autodenominábamos alfonsinistas sin intermediarios. Y algo de eso había. Compartimos el peculiar espacio político con los Irrompibles, los pibes del comité de la calle Formosa 114.

Personalmente, me siento protagonista de esa época. Un actor secundario. Casi un extra. Pero estuve en esa película.

El viejo nos acompaña al ascensor. Vestido con una camisa con rayitas, corbata bien ceñida en el cuello arrugado, blando, y un gastado cardigan azul. Estaba en su casa, de buen humor. Después de la siesta, había conversado por teléfono con su amigo Sanguinetti. Nos abraza con cariño y afecto, nos da su mano, firme pero ya temblorosa y nos despide con palabras de aliento y buenos deseos. Chau Raúl, cuídese. Chau viejo. Chau.

## Reflexiones sin demagogia<sup>50</sup>

Por Osvaldo Bayer

Tengo 82 años y nací justo tres semanas antes que Alfonsín. Es decir que viví todos los mismos tiempos históricos. La Década Infame durante la niñez, el golpe del '43 a los 15 años y el primer peronismo a los 18. Y todo lo demás. Las tristes realidades argentinas pero siempre las esperanzas al comenzar de nuevo. ¿Qué pienso de Alfonsín? Empecemos por el lado bueno. Es uno de los pocos presidentes a los que no se le puede reprochar ningún negociado ni enriquecimiento en provecho propio. Eso ya es algo, en la Argentina.

En lo demás tal vez sea muy duro, pero es que viví parte de mi vida en Alemania, principalmente en la posguerra, y tal vez esperé de Alfonsín –después de la dictadura de la desaparición– una política parecida a la del posnazismo en Alemania, donde el pueblo alemán demostró haber aprendido, por fin, la lección para siempre. Nunca más ni el militarismo ni las guerras ni el racismo ni el totalitarismo. Cuando regresé de mi exilio pensé que la Argentina iba a iniciar el mismo camino de autocrítica, luego de la larga cadena de dictaduras militares y del haber sido escenario de la “Muerte argentina”, como se conoce en el exterior al sistema de la desaparición de personas, la tortura bestial de los prisioneros, su muerte final –como el ser arrojado con vida desde aviones al río– y el robo de sus niños.

No, no fue así. Empezó el tire y afloje. Mi primera decepción fue cuando Alfonsín y su partido no propugnaron la comisión bicameral investigadora de los crímenes militares –como tendría que haber sido– sino que cargó esa responsabilidad en una “comisión de notables” elegidos a dedo. Algunos de los cuales habían sido colaboracionistas de los dictadores o, por lo menos, sonrientes concurrentes a audiencias de los verdugos. Bien, sí, algo hizo la llamada Conadep porque por lo menos se recogieron acusaciones. Pero no se cumplió con la investigación a fondo que podría haber tenido –por su responsabilidad– una comisión bicameral. Para luego pasar al juzgamiento de los responsables mayores.

Se hizo entonces el juicio a los comandantes, pero limitado a eso, a los responsables pero no a los centenares de ejecutores. Y esos responsables fueron a parar a “countries” cercanos a un penal militar, entre jardines y con la visita diaria de sus familias. Luego, el levantamiento de carapintadas y el presidente que va en helicóptero al cuartel a “parlamentar” con los que volvían a levantarse con sus armas contra el poder elegido por el pueblo. En vez de resistir con el pueblo, no, fue a parlamentar. De ahí salieron las humillantes palabras para todos los que estábamos en Plaza de Mayo dispuestos a defender la democracia hasta sus últimas instancias, que quedarán para la historia de las renunciadas argentinas: “La casa está en orden”, “Felices Pascuas”. Y de inmediato las leyes que avergonzarán para siempre al Congreso Nacional, de obediencia debida y punto final. Votadas por los representantes de la Unión Cívica Radical.

---

<sup>50</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

En otras palabras: libertad incondicional para todos los uniformados de la picana eléctrica y la desaparición. La democracia se había puesto de rodillas ante los criminales desaparecedores. Eso fue imperdonable. Como lo fue también un hecho de ese gobierno: el mantenimiento en la cárcel hasta cumplir con sus condenas de los presos políticos que habían sido condenados por los jueces de la dictadura. Yo los visité hasta bien entrado el año '88. Fui, me acuerdo, con la actriz noruega Liv Ullmann a Devoto. Allí estaban, eran cuatro. Y nos juraron su inocencia y nos relataron las torturas bestiales a que habían sido sometidos por esos "jueces" de la dictadura a los que el gobierno de Alfonsín no dejó cesantes como tendría que haber hecho. Y el otro acto que nos llenó de tristeza y pesimismo fue la brutal represión ordenada por el gobierno radical contra los invasores de La Tablada. En vez de seguir el consejo del jefe de policía de aquel entonces, de sitiar el cuartel y rendirlos por hambre, envió nada menos que al peor represor que había actuado en Mar del Plata, autor de la trágica Noche de las Corbatas, que llevó a la desaparición de todos los abogados de derechos humanos de esa ciudad. Ese señor general invadió el cuartel de La Tablada con bombas de napalm, gases y fuego cruzado de ametralladoras. La masacre fue evidente: murieron soldados que se hallaban en el cuartel, guerrilleros y hasta se dieron el lujo los militares de haber hecho "desaparecer" a unos cuantos de los jóvenes invasores. La comisión de derechos humanos de la OEA criticaría después abiertamente al gobierno de Alfonsín por ese ataque y por haber sido los acusados mal juzgados, sin los resguardos pertinentes. Y, para no extenderme, el final. El haber abandonado el gobierno cinco meses antes de terminar su mandato, para dejarle el "muerto" económico a Menem. Ningún estadista elegido por el pueblo debe hacer una cosa así. Tiene el deber de demostrar su sentido de la responsabilidad hasta último momento. Por algo el pueblo, después de Alfonsín, cambió de rumbo y volvió a votar al peronismo. Y tuvimos que aguantar diez años a Menem y su saqueo por el Pacto de Olivos, un arreglo de comité que acentuó el personalismo en nuestro país.

No logramos, después de la dictadura de la desaparición, la democracia que deberíamos haber implantado tras las trágicas enseñanzas de nuestro país tan humillado. Escribo esto para llamar a la realidad y no mentirnos en un falso "respeto por los muertos". Debemos pensar también en los otros muertos, en aquellos que dieron su vida por más justicia en una democracia. Pensar que, desde aquel diciembre de 1983, no hemos cumplido con el principal mandato de una auténtica democracia: un país sin niños con hambre, un país sin villas miseria, un país sin desocupados.

## **Un grito en medio del silencio<sup>51</sup>**

**Por Héctor D' Amico**

Es difícil saber cuánto tiene en común una multitud convocada por el afecto y el respeto a un muerto ilustre. Sí se puede hablar, digamos, de espíritu de cuerpo, de alguna forma de instinto o sabiduría colectiva. La que marchó ayer a todo lo ancho de la avenida Callao, desde el edificio del Congreso hasta el cementerio de la Recoleta, parecía abrigar un sentimiento ajeno y hasta contradictorio con la atmósfera de aflicción y desconcierto que rodea a todo cortejo fúnebre. Ese sentimiento generalizado era el de reivindicación. No sólo la reivindicación de un líder y de una impecable trayectoria que lo llevó a la Presidencia de la Nación, sino, sobre todo, de la concepción honesta con la que ejerció la política. Tra-

---

<sup>51</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

tándose de la Argentina, esta coincidencia se parece bastante a un hecho excepcional. En medio de la agitación de banderas, aplausos, gritos, lluvia de flores y del fervor con el que decenas de miles de personas acompañaron el último viaje de Raúl Alfonsín, hubo tiempo suficiente como para que muchos se hicieran interrogantes para los cuales nadie tiene hoy una respuesta. ¿Seremos capaces de proteger mañana la forma tolerante, constructiva y civilizada con la que hacía política en una sociedad tan empeñada en ignorar esa forma de vivir la política? ¿Qué es lo que quedará de su legado de no violencia y respeto por las instituciones después de esta hora de lágrimas, cuando cesen los elogios, los homenajes?

En un país siempre dispuesto a borrar con el bronce la obra de tantos de sus grandes hombres, en tropezar con la misma piedra, esas dudas asomaron ayer, una y otra vez, en las infinitas charlas de familias, amigos y militantes que marchaban hacia la Recoleta.

Los comentarios, por momentos, hacían pensar más en un acto de recuperación de identidad que en un cortejo. Hubo críticas por aquí y por allá al matrimonio Kirchner, naturalmente, pero muchas más al amplio catálogo de vicios pasados y presentes de la política argentina.

Se lo despidió a Alfonsín, para tomar sus palabras, con el fervor de un rezo laico. Con una demostración colectiva de tal magnitud que sorprendió a todos: a quienes lo votaron y a quienes nunca coincidieron con sus ideas, pero que dijeron presente como un reconocimiento hacia un hombre con el que se podía disentir y a la vez dialogar. Otro hecho de no poca excepcionalidad en el país.

Se lo despidió con respeto y con pasión, como si entre sus facultades estuviera todavía el poder enderezar el rumbo de algunas de las tantas cosas que no marchan bien en la República.

En estos días de duelo fue llamativa la insistencia con la que, en forma unánime, los oradores, los medios y la gente asociaron su apellido con la palabra "honradez", a tal punto que con el correr de las horas se parecían mucho a un apellido compuesto.

Cuando de un hombre de muchas cualidades se destaca una sola no se está hablando de él: se están describiendo el tiempo y la sociedad en los que le tocó vivir. La honradez de Alfonsín desnuda a no pocos políticos argentinos y a sus tácticas de alcanzar el poder, administrarlo y conservarlo como sea, con la ley o contra la ley.

De todo esto hablaba esa multitud que no estaba en los cálculos de nadie, ni siquiera en los del Gobierno. Festejaba a un político cabal como si fuera una extravagancia.

La conmoción de este 2 de abril fue, quizá, la última lección de Alfonsín.

## **"Me alegra que por fin se le rinda justicia", dijo el ex embajador Blanca<sup>52</sup>** **Por Luisa Corradi<sup>53</sup>**

*El diplomático francés fue testigo de los principales acontecimientos del gobierno de Alfonsín*

PARÍS.- "¿Se me partió el corazón?" Antoine Blanca dejó de hablar en francés para expresar, en perfecto español, la tristeza que le provoca la "pérdida de ese hombre entrañable que era Raúl Alfonsín".

---

<sup>52</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>53</sup>Corresponsal en Francia.

"En los últimos días estuve en contacto permanente con el Hospital Italiano", confesó.

"Estoy muy triste, pero también emocionado al ver que todo el mundo le rinde homenaje en su país. Un respeto que no siempre tuvo. Me alegra que, por fin, se le rinda justicia", dijo el diplomático, en diálogo con LA NACIÓN en París.

Primer embajador francés en la Argentina después del retorno de la democracia, Blanca acompañó la presidencia de Alfonsín desde 1984 hasta 1988.

Desde ese puesto estratégico, ese fino diplomático, gran intelectual y empeinado progresista, hizo todo lo posible para ayudar al nuevo gobierno a sortear los miles de obstáculos que había heredado del período militar. Para Antoine Blanca, evocar la acción de Alfonsín es hablar de "una tarea ciclópea para tratar de resolver una situación catastrófica y, sobre todo, heredada".

"Una deuda externa fabulosa, una moneda que prácticamente había desaparecido, una situación conflictiva con el vecino chileno, relaciones diplomáticas prácticamente rotas con el Reino Unido? Alfonsín heredó todo eso", enumera hoy, a la distancia.

"Sin contar con la herencia de la represión, que administró en una forma que inspira el respeto", agregó el embajador Blanca, que nació en Argelia, en 1936, tres años antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial.

### **-¿Usted comprendió la ley de punto final?**

-Desde luego que sí. No sólo lo digo ahora, sino que la defendí en todas partes. En esa época, contrariamente a lo que decían sus detractores que continuaron criticándolo como si no hubiera juzgado a los generales, esa suerte de Nuremberg argentino fue un modelo para el mundo. Prácticamente todos lo ignoraron y aseguraron que, finalmente, no había hecho condenar a 3000 o 4000 oficiales subalternos. Pero, en aquella época, Alfonsín no tenía los medios para hacerlo.

### **Secretos en la historia**

Desde su situación privilegiada, el embajador Blanca fue testigo directo de muchos de los episodios más secretos del gobierno de Raúl Alfonsín.

"Muchas cosas sucedieron en la embajada de Francia o en mi propia residencia en San Isidro", confesó.

"Por ejemplo, durante tres días tuve alojado al director general del Fondo Monetario Internacional (FMI), el francés Michel Camdessus, que había venido secretamente a Buenos Aires a negociar porque nos habían prometido que el Fondo tenía una solución para ayudar a la Argentina, una cierta forma de borrar la deuda", reveló el intelectual y diplomático.

Pero los términos de aquella propuesta no respondieron a las expectativas del gobierno argentino.

"Camdessus no querrá reconocerlo, pero me había dado a entender otra cosa. Y Alfonsín siguió confrontado a una deuda que no podía pagar", dijo.

"Sin embargo, gracias a esa obstinación por el diálogo, fue el hombre capaz de consolidar la democracia de su país. Nunca dejó de negociar: con los peronistas, con la CGT, con las otras fuerzas políticas", precisó el diplomático, que fue embajador itinerante de su país por países de América latina.

"Además, abrió la Argentina al mundo, al resto de América latina, hizo respetar su país en el exterior por primera vez después de muchos años", señaló el embajador, que vivió en África hasta los 27 años.

Y al recordar la dimensión que alcanzó el presidente radical exclamó: "¡Hacia tanto tiempo que no había un dirigente de esa estatura en Argentina!".

Otro de los méritos que Blanca reconoce al recordado presidente fue su esfuerzo para "restablecer la moneda".

"Alfonsín creó el austral, aunque todos lo olvidaron", señala.

### **-Pero el austral fue un fracaso.**

-Porque los empresarios y la CGT se pusieron de acuerdo para hacer fracasar el proyecto. Por esa razón fue víctima de un golpe de Estado económico.

### **Seguidor de la Argentina**

A los 73 años, después de haber dedicado gran parte de su vida a una carrera diplomática que lo llevó como embajador a numerosos países de América latina y culminó como secretario general adjunto de Naciones Unidas durante la gestión del peruano Javier Pérez de Cuellar, Antoine Blanca sigue la actualidad argentina en forma cotidiana.

"Hace diez días, Alfonsín publicó un comunicado llamando a las fuerzas políticas y económicas a dialogar porque la situación del país era grave. ¿Se da cuenta? Enfermo como estaba, seguía pensando en su país como un verdadero patriota ¡y Dios sabe si la Argentina necesita patriotas!", concluyó el intelectual progresista, que todavía sigue atentamente los pasos que da la Argentina

## **El bastón de las manos limpias<sup>54</sup>**

**Por José Ignacio López<sup>55</sup>**

El bastón del que hasta hace unos meses se valía para incorporarse ya no estaba en sus manos. Había quedado en el vestíbulo austero y despojado como los ocupantes del antiguo departamento de la avenida Santa Fe.

Otro bastón, el de mando con el escudo nacional en la empuñadura, también estaba allí. Lo tenía, lo tuvo, en sus manos firmes y tan limpias como hasta ahora, por casi seis años después de aquél histórico 10 de diciembre del inolvidable 1983.

Distinto bastón la misma prédica: el dirigente debe "orientar y abrir caminos, generar consensos, convocar al emprendimiento colectivo, sumar inteligencias y voluntades, asumir con responsabilidad la carga de las decisiones".

El bastón de ahora debió usarlo para sostenerse, cuando la enfermedad comenzó a debilitarlo. El otro, el presidencial, el de las grandes ceremonias, ¡cuántas veces, cuántas noches de tensión y vigilia, lo vi en sus manos mientras cavilaba, mientras me confiaba su silencio, su ir y venir por la casona de Olivos o por el despacho de los presidentes!

---

<sup>54</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>55</sup>El autor fue el vocero presidencial durante el gobierno de Alfonsín.

Tomaba el bastón, lo blandía a veces; jugueteaba otras. Preludio de una decisión, en ocasiones.

Distinto bastón, la misma prédica. Con un tono de voz aflautado por la enfermedad lo dictó hace unos días consciente de los "momentos complejos y de gran incertidumbre" que vivimos los argentinos: "No se puede demorar más un acuerdo entre las distintas fuerzas políticas y sociales en defensa de la República y de la gobernabilidad, condiciones básicas para defender la producción y el empleo". ¿No es ese acaso su legado?

Estaba lúcido, espiritualmente sereno y en paz con su conciencia, pero como tantas otras veces angustiado por el desvarío de una dirigencia no sólo política atrapada por "la intolerancia, la violencia, el maniqueísmo, la compartimentación de la sociedad, la indisponibilidad para el diálogo y el acuerdo", rémoras con las que carga nuestra democracia.

Lo había dejado dicho aquella tarde junto a su busto recién emplazado la última vez que volvió a la Casa Rosada y pasó entre los granaderos como tantas mañanas y tantas noches de aquel período de transición, augural de la democracia recuperada.

Ese día, con la Presidenta a su lado, desde su firme convicción tendió su mano y lanzó su deseo esperanzado: "Propongo que todos lo intentemos con la cabeza y el corazón en el presente y la mirada hacia el futuro. Porque los argentinos hemos vivido demasiado tiempo discutiendo para atrás".

La política no es sólo conflicto, también es construcción, predicó esa tarde, y aludió a la crisis global que asomaba y hoy nos sacude convencido de que no sería posible resistir la cantidad de presiones que ya se sufrían "si no hay una generalizada voluntad nacional al servicio de lo que debieran ser las más importantes políticas de Estado expresada en la existencia de partidos políticos claros y distintos, renovados y fuertes, representativos de las corrientes de opinión que se expresan en nuestra sociedad". Palabras que resonaban auspiciosas en las vísperas de una conmemoración significativa: 25 años de democracia ininterrumpida.

Y como la recuperación de la democracia conmovió a todos por igual y la compartimos sin diferencias en nuestras memorias, aquella invitación de Raúl Alfonsín -ahora su legado- devenía en oportunidad.

### **Alegría compartida**

Hacer memoria de esos días liminares es evocar un momento de alegría compartida, de disposición colectiva a la acción conjunta, a la reconstrucción de la confianza. Remontarnos al espíritu dominante en aquella primavera del 83, era (¿es?) una invitación para celebrarla más unidos, más dispuestos a tender la mano, a revisar actitudes y conductas propias, a asumir la dirigencia, toda la dirigencia, su cuota parte de responsabilidad en esta transición demasiado larga: extendida en el tiempo por mezquindades y grandezas ausentes.

Remorar ahora aquel comienzo cuando las causas profundas de la fenomenal crisis de principios de siglo siguen casi intactas y con el telón de fondo del derrumbe económico mundial y sus efectos sociales, era una nueva oportunidad para empezar el cambio.

Alfonsín lo siguió creyendo hasta su último suspiro. Sin declararse vencido, aunque hasta su lecho llegaba el eco del festival de mezquindades ofrecido por dirigencias de todo orden de un lado y otro del poder, que abrumba a una sociedad desconcertada por un discurso que describe los efectos corrosivos de la crisis mundial pero que no asume conductas consecuentes.

Por eso, al modificarse sin consenso el calendario electoral volvió a clamar y escribió que era necesario el diálogo para resolver los preocupantes temas institucionales, sociales y económicos que nos agobian. Y hasta creyó necesario decir que no lo animaba ningún interés personal. ¡Tanta es la desconfianza que nos disgrega!

Raúl Alfonsín, quedó dicho, aun con su salud quebrantada aprovechó una y otra ocasión en los últi-

mos meses para expresarlo con todas las letras: "La política implica diferencias, existencia de adversarios. Pero la política no es solamente conflicto, también es construcción".

Ese es el legado del Presidente que se inmoló en la génesis de esta demasiado larga transición. Su vida, su magno gesto postrero está pendiente de respuestas. Ojalá que no se agoten en la retórica de los panegíricos.

## **Expresaba valores que la sociedad está extrañando<sup>56</sup>**

**Por Joaquín Morales Solá<sup>57</sup>**

Era, ahora lo sabemos, un político querido o respetado, que no despertaba rechazos entre los dirigentes ni en la gente común. Cuesta comparar la conmoción social y el dolor popular que provocó en las últimas horas la muerte de Raúl Alfonsín con aquel presidente de 1989 que debió entregar el gobierno cinco meses antes de la conclusión de su mandato, en medio de una grave crisis económica. ¿Es consecuencia sólo de su carisma? Lo tenía, y en un grado importante, pero también es cierto que él expresaba valores que la sociedad está extrañando: la transparencia en la administración de las cuestiones públicas, la serenidad para ganar o perder, el respeto a las instituciones de la República y una determinada concepción ética y estética de la política.

Quizá su muerte encierra también un último mensaje del ex presidente sobre la necesidad perentoria de volver a la normalidad democrática, que a veces parece perdida. La explicación del fenómeno social de ayer, además del natural cariño de muchos argentinos a la persona de Alfonsín, debemos buscarlo, quizás, en la comparación de él y sus principios con todo lo que le siguió en la conducción del país.

Corrían los meses finales de 1976. La dictadura militar era todavía, y lo sería por mucho tiempo más, una realidad dura, aparentemente larga, implacable. Alfonsín atendía entonces en el estudio jurídico que un amigo le prestaba cerca del Congreso. Sólo uno de sus hermanos, Guillermo, y su fiel colaboradora de toda la vida, Margarita Ronco, lo asistían en sus evidentes precariedades materiales. Su característica consistía en un mensaje final que siempre les deslizaba a sus amigos, correligionarios o periodistas que lo visitaban: "No dejen de hablar de la democracia. Es necesario que la gente no se olvide de que existe la democracia", repetía en tiempos en que la democracia parecía un proyecto muy lejano.

Quizá sin quererlo, Alfonsín fue construyendo desde ese frugal rincón el rol que muchos años después tuvo como arquitecto y emblema de un sistema democrático. Sin embargo, esa obsesión por la democracia, por el perfeccionamiento de sus reglas y, sobre todo, por su preservación, fue lo que marcó luego su vida en la política y en el poder.

Nada de lo que hizo Alfonsín, cuando luego se convirtió en un referente indispensable de la política argentina, podría explicarse sin esa obstinación en la defensa de un determinado sistema de vida. Sacrificó ideas, dejó de lado conveniencias personales y abandonó cualquier noción de vanidad política para no poner en riesgo la democracia y la libertad, valores que conformaron la base fundamental de su doctrina y de su propuesta.

---

<sup>56</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>57</sup>Periodista.

Ha muerto también uno de los grandes líderes del partido más antiguo de la Argentina. La presencia y la trayectoria de Alfonsín en el radicalismo son comparables con las de Hipólito Yrigoyen, Marcelo Torcuato de Alvear y Ricardo Balbín. Alfonsín solía incluir también a Arturo Frondizi, a pesar de que el ex presidente desarrollista murió lejos del radicalismo. De todos modos, Alfonsín fue la última expresión de esa saga de grandes dirigentes políticos que marcaron a fuego la vida del radicalismo durante más de un siglo de vida. Casi 30 años en el liderazgo de ese partido lo colocan, sin duda, en la galería de los grandes próceres radicales. Entre ellos, Balbín y Alfonsín, sobre todo, debieron convivir con el fenómeno del peronismo. Alfonsín pudo derrotarlo tres veces en su vida (en 1983, en 1985 y, de alguna manera también, en 1999), pero fue, a la vez, el que más intentos hizo por una convivencia racional y civilizada con los herederos de Perón.

El Alfonsín previo a su liderazgo nacional y partidario, el que se movía entre las tinieblas del régimen militar, fue un político que se ocupaba, sobre todo, de sembrar sus ideas sobre la democracia entre los estudiantes universitarios. En rigor, el alfonsinismo surgió primero como una fuerza de la juventud universitaria, limitada primero en su proyección partidaria, pero solvente en su construcción de un futuro para el radicalismo. La corriente universitaria Franja Morada sería también el último bastión que perdería el alfonsinismo, cuando ya el gobierno de Alfonsín había terminado hacía mucho tiempo.

Alfonsín tuvo siempre el convencimiento de que el régimen presidencialista, que emana de la Constitución de 1853, terminaba desgastando al presidente y lo encerraba en un laberinto de debilidades, cuya salida concluía siempre en golpes militares. Cuando fue presidente y ganaba elecciones, promovió un cambio constitucional para instituir un sistema más parlamentario. El presidente tendría gobierno en tanto tuviera mayoría parlamentaria. Si no, el partido con mayoría parlamentaria se haría cargo del gobierno y el presidente pasaría a ser una figura esencialmente protocolar. Ese era el trazo grueso de su proyecto reformista.

No pudo hacerlo durante su gobierno, pero lo intentó de nuevo con Carlos Menem durante el proceso de reforma constitucional de 1993 y 1994. Logró lo que pudo, que no fue mucho. El peronismo le trabó la idea de un presidencialismo más atenuado con la figura de un jefe de Gabinete demasiado dependiente del jefe del Estado. En aquella reforma durante el apogeo del menemismo, era ya otra cosa lo que inquietaba a Alfonsín: que el peronismo forzara una interpretación constitucional para cambiar la Carta. "No se debe tocar el capítulo de derechos y garantías de la Constitución", decía entonces. En una cuestionada decisión, optó por acompañar una reforma que consideraba definitivamente imparale; lo hizo sobre todo para no dejarla sólo en manos del partido gobernante.

Un capítulo particular de su lucha por la democracia fue la relación con los militares. Cumplió con su promesa electoral: envió ante los jueces a los principales jefes de la dictadura y ordenó, al mismo tiempo, la persecución judicial de los jefes guerrilleros que se alzaron en armas en los 70. No obstante, muchos lo criticaron por haber negociado con los carapintadas que se sublevaron en la Semana Santa de 1987. Lo cierto es que Alfonsín no tenía Ejército en ese momento. Las adhesiones que le hacían llegar jefes militares en actividad eran sólo expresiones verbales. ¿Qué hacer ante un sublevación que no se está en condiciones de enfrentar?

El entonces presidente sopesó dos posibilidades. Llevar hasta Campo de Mayo, donde estaba el foco rebelde, a la multitud reunida en la Plaza de Mayo o ir él mismo a hablar con los sublevados. Eligió esta última alternativa ante el riesgo de que corriera sangre de argentinos en una embrionaria guerra civil. No fue la reacción que se esperaba del luchador por los derechos humanos, pero predominó en él la decisión de preservar el sistema democrático y la paz social, aunque debiera dejar de lado cualquier petulancia o interés personal.

La paz fue otra obsesión clara en el universo de sus ideas. Ayudó a fundar una corriente que instaló

la paz en América del Sur como una de las grandes conquistas de la democracia latinoamericana. El mismo tomó decisiones cruciales para pacificar las relaciones de la Argentina con sus vecinos. Firmó el acuerdo con Chile por el diferendo del Beagle y fue uno de los fundadores del Mercosur, con José Sarney y Julio María Sanguinetti, entonces presidentes de Brasil y de Uruguay. Se cerró así una larga e inexplicable historia de rivalidades, competencias y aprestos militares entre argentinos y brasileños.

Tuvo ascensos y caídas. Días de gloria y de derrotas. Pero nunca, ni en la cima ni en la oquedad, dejó de ser una extraña especie de la política de cualquier lado: fue una buena persona. Siempre cordial y respetuoso, tenía los hábitos propios de una época que ya no está. Nunca dejaba de preocuparse por un amigo enfermo o por un simple conocido que pasaba por un mal trance. Cualquiera, amigo o conocido, recibía su inmediata llamada telefónica cuando él intuía que el otro era víctima de una injusticia.

Lo querían hasta sus adversarios, y con muchos de ellos llegó a trabar una relación personal. Eso era producto de una política que jamás se negó a dialogar. Propuso el remedio del diálogo hasta su último halo de vida, para curar la enfermedad de una excesiva e innecesaria crispación. Su oficina era una extensión de su casa particular, otro departamento en el mismo edificio. Ambos son muy austeros. Alfonsín fue, quizás, uno de los últimos políticos que murieron pobres después de años de controlar una porción importante del poder.

"La gente me quiere, pero no me vota", solía ironizar con la obsesión propia de los políticos por contar los votos. Sin embargo, en la Argentina, a veces frustrada, otras veces enfurecida, es un hecho único que un político de tanta trayectoria haya muerto arropado por el cariño de su pueblo.

## **Líderes mundiales recuerdan a Alfonsín por su perfil democrático y su lucha por los DDHH<sup>58</sup>**

*Entre los que hicieron llegar sus mensajes a la Argentina están los reyes y el presidente de España, el canciller francés y figuras políticas de México y casi toda Sudamérica. En Perú y Paraguay decretaron duelo nacional.*

Las repercusiones por la muerte del ex presidente Raúl Alfonsín excedieron por mucho las fronteras de la Argentina. Desde Brasil hasta España y Francia y desde Chile y Uruguay hasta México, líderes mundiales expresaron sus condolencias por el fallecimiento del líder radical y destacaron el perfil democrata y el compromiso por los derechos humanos del hombre que encabezó el retorno del país a la democracia.

El jefe del Ejecutivo español, José Luis Rodríguez Zapatero, envió hoy un mensaje de pésame a la presidenta Cristina Fernández de Kirchner en el que alaba la figura del "insigne político y gran Presidente, defensor de los derechos humanos, que contribuyó, de manera decisiva, a la consolidación de la democracia y constituyó un ejemplo de empeño y dedicación a los intereses generales de la Argentina". En su mensaje, destacó también que Alfonsín era un "gran amigo de España" y que "no dejó de trabajar a favor de las relaciones" bilaterales, "contribuyendo al estrechamiento de los fuertes lazos que hoy existen".

El rey de España, Juan Carlos, también le envió un telegrama de condolencias –en nombre suyo y el de la reina Sofía– a la Presidenta. Según informó la Embajada de España en Madrid, los monarcas ex-

---

<sup>58</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

presaron "su más profundo sentimiento de pesar" y le pidieron a la mandataria "que traslade sus condolencias a la familia" del ex presidente. En respeto y homenaje a Alfonsín, la bandera española ondeará a media asta en todos los edificios de la Embajada española en la Argentina.

También desde Madrid, el secretario general iberoamericano, Enrique Iglesias, lamentó la muerte de Alfonsín, a quien calificó como un "referente ético y político extraordinario para toda Iberoamérica" y "un ejemplo de compromiso y de lucha por los derechos humanos", además de "un viejo y muy querido amigo".

En Uruguay, además de Tabaré Vázquez, que anunció que viajará mañana a Argentina, tres ex presidentes mostraron su congoja por la muerte. "Representó la honradez cívica", dijo el actual senador Julio María Sanguinetti, que gobernó Uruguay en dos períodos entre 1985-1990 y 1995-2000. Su correligionario Jorge Batlle, presidente entre 2000 y 2005, expresó que Alfonsín "fue un bálsamo para Argentina". Y Luis Alberto Lacalle, mandatario de 1990 a 1995, lo consideró "un demócrata que hizo todo". El vicepresidente de Paraguay, Federico Franco, a cargo del Ejecutivo, expresó las condolencias del pueblo y gobierno de ese país: "El fallecimiento del Dr. Alfonsín constituye una gran pérdida para toda Latinoamérica". Además, el Gobierno decretó tres días de duelo. El titular del Congreso, Enrique González Quintana, del opositor partido Unace, encabezará una delegación oficial que viajará a Buenos Aires para asistir a las honras fúnebres.

El ex presidente brasileño José Sarney, actual titular del Senado, lamentó en una nota oficial el fallecimiento del ex mandatario. "Tengo un doble sentimiento de pérdida: la del amigo y la del hombre de Estado. Alfonsín fue, sin dudas, una de las mayores figuras humanas que conocí y fue también el hombre que abrió, con su coraje, la integración latinoamericana", expresó Sarney en su nota conocida hoy. Por su parte, en una nota publicada en Clarín, el ex presidente chileno Ricardo Lagos habló de "un gran demócrata" y aseguró "interpretó a todos en momentos difíciles en América Latina". "El retorno de la democracia en la Argentina, con Alfonsín a la cabeza, fue el inicio de un conjunto de transiciones en América Latina. Y él planteó la necesidad que las democracias actuaran unidas para profundizar la democracia en nuestra región", manifestó.

En tanto, el gobierno de México expresó sus "más sinceras condolencias" al Gobierno y al pueblo de Argentina "por el sensible fallecimiento" del ex presidente, indicó anoche un comunicado de la Secretaría de Relaciones Exteriores. El texto del gobierno de Felipe Calderón, citado por la agencia de noticias DPA, agrega que Alfonsín fue "uno de los líderes políticos más representativos de la historia moderna argentina" y que su trabajo fue "esencial para la consolidación democrática e institucional de esa nación".

En Perú, el presidente Alan García y su gabinete guardaron un minuto de silencio. En la reunión con sus ministros, García habló de Alfonsín como "un gran amigo del Perú y de los peruanos" y lo caracterizó como un promotor de la integración y la amistad latinoamericana. También allí dictaron para mañana duelo nacional.

A través de un comunicado, el presidente de Colombia, Alvaro Uribe, lamentó la muerte del líder radical y expresó sus condolencias a sus familiares y amigos. El ex mandatario Belisario Betancur, por su parte, dijo de Alfonsín que fue "un gran hombre de América que recorrió el mundo entero sentando cátedra de democracia y de libertad".

El ministro del Exterior de Francia, Bernard Kouchner, señaló por su parte que recibió la noticia "con profunda emoción y tristeza". Sostuvo que el ex presidente argentino fue "un hombre que dedicó toda su energía, generosidad y voluntad para emprender la transformación de Argentina y construir un Estado democrático moderno respetando los derechos humanos". "Su desaparición -agregó- es una gran pérdida para todos. Francia y los franceses, que siempre manifestaron su amistad y solidaridad para con el pueblo argentino durante los años sombríos, se unen plenamente al duelo que lo embarga".

## La OEA homenajeó la memoria de Alfonsín<sup>59</sup>

*En el Consejo Permanente se guardó un minuto de silencio. El Secretario General destacó que el ex presidente ayudó a recuperar la democracia en varios países.*

Un emotivo homenaje. Es lo que se vivió hoy en la OEA durante el homenaje que se le rindió a Raúl Alfonsín. En el transcurso de una sesión de su Consejo Permanente, los embajadores de los 34 Estados miembros y su Secretario General, José Miguel Insulza, guardaron un minuto de silencio.

Fue un momento lleno de emoción y de muchos recuerdos. Hubo ojos vidriosos y lágrimas silenciosas. Luego, cada uno de los embajadores tomó la palabra para elogiar al que todos consideran uno de los hombres que más contribuyó a la democracia en el continente en momentos en que todavía prevalecían las dictaduras militares.

"Raúl Alfonsín no sólo restableció la tranquilidad, la calma y eliminó el temor de la vida cotidiana de los ciudadanos argentinos, sino que además volvió a situar a su país en el centro del mundo democrático en un momento en que aún no había muchas democracias en nuestra región", señaló el titular de la OEA.

Según Insulza, el ex presidente argentino "no actuó como una persona que debe tener cuidado cuando se sabe rodeado de países que pueden crear problemas, sino que actuó con energía en defensa de la democracia y de los derechos humanos".

"Alfonsín era un hombre de gran prudencia y un gran conciliador. Para los que creemos que la política es eso, que la política es consenso, búsqueda de acuerdos, de diálogo; que la política es prudencia, racionalidad y sentido común, Raúl Alfonsín es un ejemplo y lo vamos a echar mucho de menos. Sobre todo en momentos en que en algunas partes afloran las tendencias a pelearse. Una palabra prudente, una palabra de amistad, una palabra de fraternidad firme, decidida y clara, dicha con franqueza y con respeto, es siempre algo que vamos a echar mucho de menos", manifestó Insulza.

Por su parte, el embajador argentino ante la OEA, Rodolfo Gil, enfatizó las dotes de estadista de Alfonsín. "Don Raúl fue un ser humano formidable, inteligente, sagaz, decente, honesto, austero y cálido. Raúl Ricardo Alfonsín nació, vivió y murió por y para la política. La presidencia de Alfonsín, o la elección que ganó en octubre de 1983, nos deja tres grandes legados: se enterraba formalmente una época dramática en nuestro país; nos dio una enseñanza a los peronistas, porque en esa elección no sólo repuso el Estado de Derecho en la Argentina, sino que rompió con el mito de la invencibilidad de nuestro partido. Pero creo que Alfonsín nos dejó otra enseñanza central: un estilo de hacer política, un estilo de buscar acercar a las partes", sostuvo el diplomático.

"Argentina es un país que desde su inicio ha tenido marcas de la intolerancia política, y Alfonsín es un ejemplo de tolerancia; es mucho más que un ex presidente. Alfonsín es un gran hombre y un gran argentino, por eso hoy mi país, llorando, le dice a Don Raúl Alfonsín: adiós querido amigo, adiós querido hijo", finalizó.

La Embajada argentina ante la OEA habilitó un libro de condolencias por el deceso del ex presidente. El mismo estará disponible en la sede diplomática hasta el lunes 6 de abril.

---

<sup>59</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

## La huella Alfonsín<sup>60</sup>

Por María Seoane<sup>61</sup>

*La periodista de Clarín María Seoane recuerda al ex mandatario. Cómo lo conoció y el vínculo especial que construyó con él. También, las decepciones.*

Lo conocí una tarde de marzo de 1984 en su despacho de la Casa Rosada. Yo buscaba trabajo como periodista porque había llegado apenas unos meses antes del exilio, como mi amigo y colega Edgardo Silberkasten, con quien esa tarde tomábamos un café. El me dijo que tenía que ver al Presidente. Le rogué entonces que me llevara colada. "Me muero por conocer a ese hombre", le dije. Edgardo comprendió mi entusiasmo. El, como yo, veíamos en Raúl Alfonsín al padre de una democracia aún turbulenta pero de ventanas abiertas a la libertad.

Fue así como entré por primera vez en mi vida a la Casa de Gobierno. Cuando llegué a la antesala del despacho presidencial la emoción me silenció. Alfonsín avanzó como quien iba a recibir a viejos amigos- su calidez me seduciría desde entonces y siempre-, saludó a Silberkasten con un abrazo.

Yo extendí la mano pero él no la apretó: la besó. Casi no hablé en esa cita que fue breve pero tan intensa como para comprender que había vuelto a mi patria en momentos en que se ensanchaba la justicia.

Pasaron algunos años antes de que lo volviera a ver atribulado en la semana santa de 1987, cerca del balcón de la Casa Rosada minutos antes de que pronunciara la famosa frase "La casa está en orden. Felices Pascuas". Lloré y me sentí defraudada. Como me sentiría defraudada con las leyes del perdón posteriores. Pero por alguna razón no me pude enojar con ese gallego seductor y cascarrabias como quien no se puede enojar nunca con un padre.

Ya en el llano, lo vi muchas veces en la década menemista. Algunas como periodista, en reportajes que concedía a los medios en los que yo trabajaba. Pero también, en una intimidad amistosa y no poco conspirativa en los prolegómenos de la formación de la Alianza, compartiendo una buena mesa con amigos, buen vino Rutini que solía traer porque era el único que le gustaba tomar y una apasionada defensa de la libertad y la democracia a la que jugaba sus fichas como el apostador más estratégico que tuvo, sin duda en esos años, la Argentina.

La última vez que lo ví fue en uno de mis cumpleaños, en una noche de verano tórrida, con 30 grados a medianoche, y él sentado, charlando y esperando que llegara la hora de que yo soplara las velas. Hacia las dos de la mañana, cantó con todos el feliz cumpleaños. Después, cuando se disipó la nube de besos y abrazos que me dieron, él se acercó, me abrazó y me miró a los ojos mientras, otra vez, como la primera vez, me besaba la mano.

## El fallecimiento del Ex Presidente Raúl Alfonsín

**Un reconocimiento tardío que, en parte, revela un problema del país<sup>62</sup>**

Por Eduardo Van der Kooy<sup>63</sup>

La historia le está ganando de nuevo al periodismo. El juicio casi definitivo pareciera imponerse sobre la valoración necesariamente rápida y circunstancial. Raúl Alfonsín se despidió anoche sin haber ima-

---

<sup>60</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 31/03/09.

<sup>61</sup>Periodista y escritora.

<sup>62</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09

<sup>63</sup>Periodista.

ginado, tal vez, que esa despedida iba a estar rodeada por un reconocimiento y una ponderación que nunca había logrado recoger en vida.

Su fallecimiento causó conmoción, produjo nostalgia. Se escuchó hablar de él otra vez en el mundo, como había ocurrido desde 1983 cuando le tocó liderar el regreso de la democracia. Se escucharon en la Argentina palabras laudatorias como no había sucedido antes. Se repite como una advertencia o una fatalidad una característica que podría servir para explicar, en parte, el derrotero político que ha seguido la Argentina desde principios del siglo pasado.

Un camino signado por rupturas, por desencuentros, sembrado de intolerancias y con reflejos de recapacitación, por lo general, tardíos. Alfonsín no fue, en ese aspecto, una excepción. Debieron pasar décadas, violencia y sangre para que la clase dirigente y la sociedad aceptaran las notables transformaciones en la estructura social del país causadas por Hipólito Yrigoyen y Juan Perón. Fue necesario llegar a la trumática década de los 70 para que se rescatara el valor republicano de Humberto Illia o el impulso modernizador y desarrollista de Arturo Frondizi.

No hubo en todos esos casos sólo un problema de falta de reconocimiento. Hubo una lucha de intereses y, en especial, una forma de dirimirlos que condenó a la Argentina, progresivamente, a un estado de postración. La política se convirtió en una práctica antropofágica y la sociedad fue invadida por un espíritu mezcla de escepticismo y destrucción. No hay así historia que aguante. No hay identidad que pueda construirse de esa forma.

Con Alfonsín ocurrió algo similar. Su salida apresurada del poder, acicateada también por sus adversarios y por la impaciencia popular, tiñó por años su rica trayectoria. Cuando se hablaba del caudillo radical se remitía en forma espontánea sólo al desordenado epílogo económico marcado por la hiperinflación y los saqueos.

Se omitía casi todo lo demás y se omitía, sobre todo, el contexto histórico. Alfonsín fue el primer presidente de una democracia débil, que quisieron disimular los millones de votos que cosechó el día de la victoria. Una democracia que alumbró sólo después del desbande que causó en la dictadura la humillante derrota en la guerra de Malvinas. Pero una democracia no puede descansar sólo sobre el humor social: son imprescindibles las instituciones y los partidos; es imprescindible también la interacción entre ellos.

La democracia era débil por la ausencia de esas instituciones y por el envejecimiento de los partidos. Pero lo era además por la existencia de poderes consolidados que no estaban persuadidos sobre la conveniencia de vivir en un sistema diferente.

De hecho Alfonsín sufrió su primer revés político cuando le fue rechazada en el Congreso la célebre ley sindical. De hecho se enfrentó a una sucesión de levantamientos militares (Semana Santa y Monte Caseros) por pretender revisar la historia sobre violaciones a los derechos humanos de la dictadura. También pulseó con la Iglesia cuando incorporó al debate social la ley del divorcio, una discusión que vista ahora asomaría anacrónica.

En todos los casos fue y vino, nunca se tentó con tirar de la cuerda más de lo que la realidad le permitía. En todos los casos buscó consensos, buscó armonizar. Un ejercicio que se fue diluyendo a medida que la democracia avanzó.

Ese espíritu lo indujo, por ejemplo, a pactar con los militares. Nunca se arrepintió, pese al descrédito que le produjo, porque estaba convencido que aquella gesta de Semana Santa hubiera desembocado en una tragedia. Ese mismo espíritu lo empujó, de modo sorprendente, a transar con Carlos Menem la reforma constitucional de 1994 que permitió la reelección del ex presidente. Suponía que, de otro modo, el riojano hubiera intentado eternizarse en el poder.

Pudo caberle la razón tanto como el tiempo se encargó de demostrar otra cosa: aquella reforma fue en desmedro de la calidad institucional. Aquel acuerdo resultó, sin lugar a dudas, la claudicación más

severa de Alfonsín como líder opositor que entonces ya era.

Ese decaimiento no le impidió, sin embargo, desempeñar un papel crucial en la crisis terrible del 2001. Un papel que sirvió para atenuar violencias y ponerle dique al riesgo latente de la desintegración social.

Quizás haya cierta desmesura en la ponderación que saluda a Alfonsín en estas horas de dolor irremediable. Puede ser. Como la hubo también en muchas de las críticas que asolaron el tiempo bien difícil que le tocó gobernar.

## 1927-2009

### Raúl Alfonsín: El símbolo de la democracia (I)<sup>64</sup>

Por María Seoane<sup>65</sup>

*Luchador tenaz de la política y radical de toda la vida, pasa a la historia como el presidente que le puso fin al horror de la dictadura. Deja un fuerte legado de ética y decencia republicanas, con unánime reconocimiento.*

El mundo al que llegó aquel sábado 12 de marzo de 1927 marchaba hacia la Gran Depresión. París era una fiesta aún, pero el colonialismo se resistía a morir y el capitalismo pujaba con violencia para repartirse lonjas del mundo que avanzaba en zigzag hacia el precipicio de la Segunda Guerra Mundial. En los días en que Raúl Ricardo Alfonsín nació, la Liga de las Naciones ratificaba la Convención contra la Esclavitud; en estos pagos, el gran Luigi Pirandello tomaba café en el Tortoni; la Antártida y el continente recién establecían su primera comunicación telegráfica y el gobierno del radicalismo "galerita" de Torcuato de Alvear llegaba a su fin arrollado por el imparable retorno del "Peludo" Hipólito Yrigoyen que había lanzado la consigna de nacionalización del petróleo, tanto su explotación como comercialización canalizando un sentimiento nacionalista potente en un país que aún tenía la tercera parte de la población extranjera. Aquel mundo, entonces, retumbaba en las paredes de una casa levantada con ladrillos unidos por barro, en Chascomús, corazón húmedo de la provincia de Buenos Aires, donde la descendiente de irlandeses Ana María Foulkes escuchará una y otra vez a su marido Serafín Raúl Alfonsín Ochoa, un gallego rotundo y radical apasionado, despotricar contra las infamias de los años 30, cuando golpe militar, fraude, desocupación derrocaron al presidente Yrigoyen y acordonaron la vida de los argentinos.

Aunque entonces no podían imaginarlo, esos años también marcarán a fuego la vida de su hijo con una paradoja magistral: nacido en las vísperas del primer golpe de Estado del siglo XX, será el encargado de dar partida de nacimiento, hacia fines de ese siglo de instituciones violadas, al período más prolongado de democracia. Aún debería pasar una vida para ese momento. Una vida que comenzó en un medio rural con atisbos de pueblo pujante a la orilla de una gran laguna reino de pejerreyes, nutrias, cisnes y gaviotas desbandadas en tardes bucólicas.

No hubo proezas ni destellos en la infancia de aquel niño que fue primer hijo, primer nieto y primer sobrino de una familia numerosa de clase media, que heredó de sus padres la tozudez irlandesa y la

---

<sup>64</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); Suplemento Especial; 01/04/09.

<sup>65</sup>Periodista y escritora.

vehemencia gallega; que viajaba de su casa a la Escuela Normal Regional para hacer el primario; que era un buen alumno y que una enfermedad pulmonar lo sumía cada tanto en faltazos escolares pero en lecturas voraces. ¿Cómo era entonces Raúl Alfonsín? Ni retraído ni caudillesco: algo tímido. Tal vez fue cierto: una noche de Carnaval, cuando apenas tenía diez años, le quitó la máscara de su disfraz a la nena María Lorenza Barrenechea, con quien terminó casándose en 1949 y tuvo seis hijos: Raúl, Ana María, Ricardo, María Marcela, María Inés y Javier. Antes, debió emigrar porque no había colegios secundarios en Chascomús. Recaló por voluntad paterna como pupilo en el Liceo Militar General San Martín donde se dotó de cierta comprensión patriótica como cadete obligado a cuadrarse cuando en verdad deseaba ser escritor y amaba la poesía más que la pólvora.

Por esos años leía mucho, en especial los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós, "El hombre mediocre" de José Ingenieros, a otros autores como Domingo Faustino Sarmiento y Esteban Echeverría, el teatro de Bernard Shaw, clásicos como Garcilaso de la Vega, y, en especial, a Miguel de Unamuno, ese gran intelectual que supo enfrentar el ascenso del fascismo español. Con una cabeza formateada en las tradiciones del radicalismo y el socialismo positivista, en 1945 Alfonsín egresó del Liceo Militar con el grado de subteniente de reserva. Pero no estaba destinado a los cuarteles, como sí lo estuvieron sus compañeros liceístas, los generales dictadores Leopoldo Galtieri y Albano Harguindeguy. Comenzó a estudiar para ser abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires en 1945, año de la irrupción del peronismo en la historia nacional. Nunca asistió a clase: rendía como estudiante libre. No tenía militancia política en la facultad sino en Chascomús porque ese año también ingresó al Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR), una facción de la Unión Cívica Radical (UCR) que lideraban Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, a quienes admiraba a uno por su pasión y al otro por su razón.

El MIR buscaba aferrarse al ideario yrigoyenista; no mezclarse con la emergente Unión Democrática, esa alianza antiperonista fogoneada por el embajador norteamericano Spruille Braden y formada por radicales, socialistas y liberales. Fue en medio de los debates tumultuosos de entonces cuando Alfonsín pronunció su primer discurso en un acto partidario. Había visto las movilizaciones del 17 de octubre de ese año exigiendo la liberación de Juan Perón. Sus primeras impresiones del peronismo habían estado marcadas, como confesará después, por "el esquema dicotómico y maniqueo impuesto por la Segunda Guerra Mundial según el cual el peronismo podía ser visto como un fenómeno puramente fascista". Por la influencia del intelectual e histórico dirigente radical Crisólogo Larralde, Alfonsín reconoció la potencia e importancia del peronismo como fuerza movilizadora de los trabajadores pero criticó su matriz política que juzgaba "antidemocrática y corporativa".

En Eva Perón, que el radicalismo denostaba, reconoció a una mujer que luchaba con pasión y nunca negó que entre las motivaciones de su conducta hubiera una preocupación real por la suerte de los humildes. El 30 de septiembre de 1950 se recibió como abogado e instaló una oficina en Chascomús. A su vez, participó en la fundación y fue colaborador del diario El Imparcial, iniciando un largo camino de colaboraciones periodísticas. Si bien todavía no podían imponer la línea del MIR en la interna partidaria nacional, en 1951 fue electo concejero municipal y presidente del comité radical de su pueblo. Duró cuatro años en el cargo, hasta el golpe militar del 16 de septiembre de 1955 que derrocó a Perón y signó la proscripción prolongada de su movimiento y su exilio por diecisiete años.

Durante el peronismo, Alfonsín estuvo preso varias veces, cortas y leves. La última fue poco después de los bombardeos de junio de 1955, pero fue liberado antes del golpe militar. La ruptura de la UCR en 1957 lo atormentó: sus padres políticos se separaban. Admiraba tanto a Balbín, referente de la UCR del Pueblo (UCRP), como a Frondizi, líder de la fracción UCR Intransigente (UCRI): a ambos los dividía la política frente al peronismo la idea sobre el desarrollo nacional. Pero confiaba más en Balbín y ter-

minó alinéandose detrás de él aunque Frondizi ganó las elecciones en 1958 con el apoyo de Perón que, desde el exilio, llamó a votar por la UCR, cumpliendo su parte del pacto que había realizado el hombre clave del desarrollismo, Rogelio Frigerio. Ese año, Alfonsín fue electo diputado provincial y asumió la vicepresidencia del bloque radical dirigido por Carlos Bravo.

Ya era un referente joven y en ascenso del radicalismo. En marzo de 1962, renovó todos sus cargos partidarios. En 1963, con el peronismo proscrito, fue elegido diputado nacional en la elección que catapultó a Arturo Illia a la presidencia de la Nación. En el vértigo político nacional, Alfonsín estaba descollando con un liderazgo en el radicalismo que parecía fundir la tradición balbinista y frondicista.

En 1965 ya era el número uno del radicalismo bonaerense y su candidato a gobernador para unas elecciones que nunca ocurrieron: el 28 de junio de 1966, el general Juan Carlos Onganía derrocó a Illia, iniciando una noche dictatorial que reforzaba destierros y proscripciones. Alfonsín se replegó a su estudio de abogado en Chascomús. Estudió inglés y fue no de los fundadores del periódico quincenal *Inédito*. Escribía con el seudónimo de Alfonso Carrido Lura o como Serafín Feijó. A fines de 1966, la policía lo detuvo por reabrir un comité radical. Fue breve, pero lo convenció de la necesidad de conspirar más silenciosamente para rearmar el radicalismo. Tal vez por la radicalización progresiva de miles de jóvenes, entre los que se contaban muchos hijos de radicales, que en estas tierras se expresó en 1969 con el estallido del Cordobazo; tal vez porque había llegado el límite para la pertinaz proscripción al peronismo; o por el nombramiento del delfín balbinista Arturo Mor Roig como ministro del Interior el general Alejandro A. Lanusse y cierta mansedumbre con la dictadura lo persuadieron de la necesidad de realizar su propio camino.

Creó el Movimiento de Renovación y Cambio (MRC) dentro de la UCR. Perdió la interna partidaria de cara a las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973 convocadas por Lanusse. A Balbín le ganó Héctor Cámpora, delegado de Perón que el 20 de junio de 1973 volvió al país definitivamente. Alfonsín fue electo diputado nacional.

El terror político que invadió el país luego de la muerte de Perón en julio de 1974, durante el gobierno de su viuda, María Estela Martínez, encontró a Alfonsín en la cofundación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH). A su vez, defendía a presos políticos desde su estudio, actividad que mantuvo tras el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. La dictadura comandada por el general Jorge Videla que asoló el país con una ola de crímenes clandestinos, cuyo plan económico estaba en manos de Alfredo Martínez de Hoz, convenció a Alfonsín de intensificar su trabajo político para batallar por el regreso democrático. Se opuso a la posible guerra con Chile por el Beagle; escuchó las propuestas de planes políticos que venían de los sectores proclives a una apertura por parte del régimen militar pero se opuso a que estuviera condicionada por la imposición de jefaturas militares.

Llegó a plantear la posibilidad de realizar una reforma constitucional para forzar un clima de apertura política que abriera una brecha en el muro dictatorial. Participó en las denuncias por la violación a los derechos humanos cada vez que fue invitado a un foro internacional. El mundo ya conocía y se estremecía por esos crímenes que había logrado hacer trascender la lucha de las Madres de Plaza de Mayo. Alfonsín viajó por Latinoamérica, Estados Unidos, Asia, la URSS y Europa, donde frecuentó a los dirigentes de la Internacional Socialista (IS), mientras en el país hacía una labor de divulgación de su proyecto político a través de seminarios y artículos publicados en *Inédito* y otra revista dirigida por él mismo, *Propuesta y Control*. Alfonsín parecía destacarse entre una clase política temerosa de las represalias y descorazonada ante lo que parecía la usurpación militar del poder por tiempo indefinido. En septiembre de 1981 falleció Balbín, y Alfonsín se convirtió en el principal líder de la UCR. Ese año publicó "La cuestión argentina". Y, luego, "Ahora, mi propuesta política" y "Qué es el radicalismo". Durante la guerra de Malvinas, en 1982, fue uno de los pocos líderes que no se sumó a la ola triunfalista:

denunció la manipulación de la dictadura. Pensaba que con esa aventura militar de Galtieri, la dictadura comenzaba su ruinoso repliegue. No se equivocó. El rechazo a la ley de autoamnistía impulsada por el general Reynaldo Bignone en 1983 anticipó lo inexorable en la transición democrática: los crímenes de estado debían ser juzgados. El fin de la impunidad se transformó en una intencionalidad electoral decisiva. El 30 de octubre de 1983, la fórmula Alfonsín- Víctor Martínez se impuso con el 51,7% a la fórmula presentada por el PJ, integrada por Ítalo Luder y Deolindo Bittel. Era la primera vez en el siglo XX que el radicalismo le ganaba elecciones sin proscripciones al peronismo. En las elecciones legislativas, la UCR obtuvo mayoría absoluta en Diputados.

El radicalismo sólo obtuvo las gobernaciones de seis provincias, y las otras 17 quedaron para el PJ o caudillos regionales. Esto tuvo su correlación en el Senado: la UCR obtuvo 18 bancas y quedó en minoría. El 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos, Alfonsín asumió el gobierno en medio de multitudinarios festejos de los argentinos por el fin de la dictadura. Ante la Asamblea Legislativa anunció los ejes de su futura gestión: la derogación de la Ley de Amnistía el fin de la Doctrina de Seguridad Nacional (DNS), la ejecución del Plan Alimentario Nacional (PAN), una reforma administrativa del Estado y de varias instituciones como la Universidad, reinstaurando el gobierno tripartito; la reforma laboral; obras públicas y protecciones arancelarias para la industria; y el Plan Nacional de Alfabetización (PNA), entre otras medidas. Había encomendado la jefatura de la Economía a Bernardo Grinspun, que entendía que la política dirigiera la economía y, sobre todo, que impulsaba un reformismo industrialista que había sido arrasado durante la dictadura.

A la entrega del gobierno por parte de Bignone en la Casa Rosada asistieron, entre otros, los presidentes de España, Felipe González; el primer ministro de Francia, Pierre Mauroy; de Nicaragua, Daniel Ortega; de Perú, Fernando Belaúnde, así como Mario Soares, de Portugal, e incluso Isabel Perón. Alfonsín tenía 56 años cuando asumió la Presidencia; poseía la convicción y la potencia política para encarar las seguras turbulencias de la transición de la dictadura a la democracia. Así se lo veía cuando habló por primera vez desde los balcones del Cabildo de Buenos Aires como Presidente, ante una multitud cuya alegría revelaba el deseo intenso de que la larga noche vivida comenzara a entrar definitivamente en el pasado.

### **Transición y herencia mortal**

Pero el pasado se rehusaba a morir. El país que recibió Alfonsín luego de la devastación de vidas y bienes ocurrida desde 1976, anunciaba algo más que turbulencias. Los organismos de derechos humanos denunciaban: cientos de centros clandestinos de detención donde habían desaparecido, según sus cálculos, unos 30 mil argentinos; el robo de bebés; miles de presos políticos sin proceso; más de medio millón los exiliados. Alfonsín debía encarar la reparación de heridas profundas. Había prometido impulsar los juicios "sin fueros especiales" por violación a los derechos humanos y anular la ley de autoamnistía. El 12 de diciembre de 1983, anuló esa ley. El 13 firmó los decretos 157 y 158, que ordenaban, en ese orden, el procesamiento de las cúpulas guerrilleras del ERP y Montoneros y de los comandantes de las primeras tres juntas militares. Creó la Comisión Nacional Sobre Desaparición de Personas (Conadep), cuyo objetivo era documentar las violaciones a los derechos humanos, que estuvo integrada por un grupo de personalidades y presidida por el escritor Ernesto Sabato.

Durante nueve meses, la Conadep realizó, como diría Sabato, "un descenso a los infiernos". El 20 de septiembre de 1984, acompañados por una multitud, en la Casa Rosada Alfonsín recibió de Sabato el informe final de la Conadep, llamado "Nunca más". El 21 de septiembre se creó la Secretaría de Derechos Humanos. Se habían registrado, hasta ese momento, 8.960 casos de desapariciones y más de 300 centros clandestinos de detención. La historia ampliará esas cifras. Alfonsín sabía que la decisión

de juzgar la represión ilegal se movía en suelo pantanoso. La política económica de la dictadura había dejado esta herencia catastrófica: 29 millones de habitantes con más de 45.000 millones de dólares de deuda externa, que equivalían al 70% de PBI. Las reservas internacionales eran inexistentes.

La inflación era agobiante y no se detendría: en 1983 fue del 433,7%, en 1984 iba rumbo al 688%. El crecimiento del PBI en 1983 y 1984 fue del 2,6% y 2,2%. A pesar de esto, Alfonsín intentó en un inicio lograr un crecimiento cercano al 5% que permitiera un aumento de los salarios reales, un freno a la inflación y la posibilidad de avanzar sobre acuerdos de renegociación de la deuda externa.

Se lanzó el PAN; se incrementó el presupuesto educativo mientras se recortaba el gasto militar. Se puso en marcha el plan de alfabetización (según el censo 1980 el analfabetismo era de 6,1% y se logró bajar a 3,1% según el censo de 1991). Sin embargo, Grinspun se topó con serias dificultades: si bien en 1984 pudo aumentar los salarios reales en un 35%, la inflación los corroía. El principal problema legado por la dictadura era la deuda externa: al momento de asunción de Alfonsín había 20.000 millones de dólares de atrasos en los pagos. Decidió proponer un "club de deudores". Creía que la gravedad del endeudamiento externo no se resolvía con los "caminos ortodoxos" propuestos por los bancos y países acreedores: canjes de deuda por más deuda, ajuste de gastos y salarios, y monitoreo permanente por parte del FMI y el Banco Mundial, entre otros organismos internacionales. En junio de 1984, a través de las gestiones del canciller Dante Caputo, Alfonsín propuso a Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela peticionar ante el Grupo de los Siete países más industrializados de Occidente reunido en Londres. No se tuvo éxito. El mismo fracaso ocurrió con las peticiones del Consenso de Cartagena, un pool o cártel de los países deudores que juntos pudieran presionar al primer Mundo para obtener soluciones que no complicaran la gobernabilidad de las democracias. Pero aquellos fracasos sirvieron en gran medida para lo que Alfonsín buscó: sentar las bases de lo que sería años más tarde el Mercosur, afianzando las relaciones con el Brasil de José Sarney y el Uruguay de Julio María Sanguinetti. Alfonsín soñaba esa integración del Cono Sur como un escudo de protección y de desarrollo entre "el globalismo arrasador y el tribalismo disgregador".

En función de esa estrategia, Alfonsín convocó a una consulta popular sobre el Canal de Beagle para noviembre del 84, que finalizó con un amplio respaldo para lograr el acuerdo con Chile. El 81,13% votó por el Sí. El 29 de noviembre del 84, se firmó el Tratado de Paz y Amistad en el Vaticano. Argentina y Chile aceptaron el veredicto de Juan Pablo II y reanudaron la relación bilateral. En marzo de 1985 Alfonsín realizó la primera visita a los EE.UU.

Después de más de 25 años de que un presidente argentino llegara a Washington. El último había sido Arturo Frondizi. Alfonsín se animó a "reprender" en los jardines de la Casa Blanca a Ronald Reagan con la carga de haber perdido la batalla para cartelizar la deuda externa. Fue un acto típico de rebeldía política frente a la fría razón del mercado. Nada más. Porque estaba allanado el camino para el desembarco del neoliberalismo: una de las etapas de mayor crisis social –desocupación y mayor brecha entre pobres y ricos– de Latinoamérica. Por entonces, el secretario del tesoro de los EE.UU. James Baker propondría el primer tramo del canje de deuda por más deuda en bonos. Luego, en los noventa, sobrevendrá el plan de Nicholas Brady de canje de deuda por activos estatales: la era de las privatizaciones o, como Alfonsín la llamó, "de la venta de las joyas de la abuela". En esos años, Alfonsín también recibió a los reyes de España, Juan Carlos y Sofía, mantuvo un diálogo fluido con el jefe del gobierno español, el socialista Felipe González, viajó a la URSS a fines de 1986 donde estrechó amistad con Mijail Gorbachov.

Siempre dejó en claro la pertenencia de la Argentina al ámbito de los países No Alineados -ni con la URSS ni con E.E.UU.- en cada foro que participó. Con una inflación galopando cerca del 400%, en

marzo de 1985 Grinspun renunció. Lo reemplazó Juan Vital Sourrouille. Había que contener la inflación y ahorrar para pagar la deuda externa en una ecuación fatal. En abril, Alfonsín declaró una 'economía de guerra': la reducción del 12% del gasto público, el congelamiento de vacantes en el sector público, un fuerte aumento de las tarifas, los combustibles y transportes, la paralización de inversiones públicas y la privatización de ciertas empresas estatales. Con este escenario, Alfonsín avaló el Plan Austral que implicó un ajuste fuerte, aun mayor que lo solicitado por el FMI, que lo apoyó y consistió en: nueva moneda, cambio de pesos por australes, cuya unidad equivalía a 1.000 pesos; congelamiento de precios al 12 de junio, de las tarifas públicas y los salarios; reducción de las tasas de interés reguladas; devaluación del 15% y congelamiento del tipo de cambio. Mientras se ajustaba la economía, Alfonsín hacía realidad una reivindicación social importantísima: aprobar la ley 23.234 de patria potestad compartida.

Estos avances, como el restablecimiento pleno de las libertades políticas, se daban sobre un complejo panorama: los sindicatos y los cuarteles, alterados. Intentó modificar la legislación laboral y limitar el poder sindical y, con esto, el poder del peronismo, lo cual desató una feroz oposición. La CGT, hasta ese momento dividida en la CGT-Brasil, con la conducción de Saúl Ubaldini, y la CGT-Azopardo, liderada por Jorge Triaca, se unificó. El fracaso de la nueva ley laboral le costó el puesto al ministro de Trabajo, Antonio Mucci, que renunció el 24 de abril, y en su lugar asumió Juan Manuel Casella. Así se iniciaba un largo conflicto entre el gobierno y los sindicatos. El 3 de septiembre de 1984, la CGT lanzó el primero de los 13 paros generales que realizó entre 1983 y 1989. Tras haber fracasado la ley Mucci, Alfonsín dictó un decreto estableciendo elecciones internas en los gremios.

La CGT era integrante del Grupo de los Once junto a las centrales empresarias, industriales y del agro, que se opuso a la implementación de medidas por parte del gobierno. Alfonsín sabía que el "peronismo en el llano" era un hueso duro de roer.

## **1927-2009**

### **Raúl Alfonsín: El símbolo de la democracia (II)**

**Por María Seoane**

#### **El freno carapintada al "Nunca más"**

Por la resistencia militar, no hubo "juicios sin fueros especiales". No habría olvido ni ley de amnistía; pero Alfonsín tampoco creía, porque en ninguna parte del mundo había ocurrido, en el procesamiento de absolutamente todos los que habían participado en la represión ilegal. Quedaba, entonces, el juzgamiento de los responsables: los demás habían actuado, según esta visión más política que legal, bajo órdenes. Los militares podrían primero juzgarse a sí mismos. Alfonsín no esperaba que lo hicieran: su gran amigo el ministro de Defensa, Raúl Borrás, realizó una modificación al Código de Justicia Militar, permitiendo a instancia del juzgamiento por apelación en la Cámara Federal. Los militares rechazaron el autojuzgamiento. El pasaje del fuero militar al civil ocurrió el 2 de octubre de 1984. El juicio oral comenzó el 22 de abril de 1985. El tribunal integrado por León Arslanián, Ricardo Gil Lavedra, Andrés D'Alessio, Guillermo Ledesma y Jorge Torlasco con los fiscales Julio Strassera y Luis Moreno Ocampo tomaron testimonio a cientos de argentinos. La historia sobre las marchas y contramarchas, plagadas de presiones y planteos tanto internos como externos al gobierno democrático, se conoce.

El 2 de julio, Strassera pronunció el alegato que definió el corazón y la razón de ese juicio tanto para la Argentina como para el mundo, resumido en la frase: "Nunca más". El juicio fue memorable más allá de las condenas, algunas mínimas, que se dictaron contra los ex comandantes de las juntas militares.

Pero la Cámara Federal no cerró allí la posibilidad de juicios: dejó abierta la puerta para continuar hacia abajo en la cadena de mandos, oficiales y suboficiales, lo que ocasionó un aluvión de citaciones. Alfonsín buscó continuar con su política de Derechos Humanos centrada en el juzgamiento de los principales actores del terrorismo de Estado.

Según relató en su "Memoria Política", el problema eran los límites de la obediencia debida. "(...) Necesitábamos apurar los procesos culminar de una vez con una situación que precarizaba la estabilidad democrática", argumentó. Así, se sancionó en diciembre de 1986 la ley de Caducidad de la Acción Penal conocida como Ley de Punto Final, que daba sesenta días para el inicio de nuevos juicios, pero una vez transcurrido ese plazo, sólo podrían ser juzgados aquellos militares que se hubiera fugado o que estuvieran relacionados con el robo de bebés de los desaparecidos. Se presentaron entonces muchas denuncias y se multiplicaron los procesos para lograr adelantarse al lazo que vencía a mediados de 1987. Eran contra oficiales y suboficiales de menor jerarquía, lo cual generó un descontento dentro de las Fuerzas Armadas. Ni la presencia del papa Juan Pablo II en el país impidió que el conflicto estallara en la Semana Santa de 1987.

Lo cierto es que el 15 de abril el mayor Ernesto Barreiro, acusado de torturas en el centro clandestino de detención "La Perla", en Córdoba, se negó a declarar y se atrincheró en el Regimiento 14 de Infantería Aerotransportada. El coronel Aldo Rico se sumó a la rebelión y ocupó la Escuela de Infantería de Campo de Mayo. Había comenzado la rebelión "carapintada", a las que se sumaron otras unidades militares. Rico manifestó que no tenía intenciones golpistas, pero desafió a sus superiores a que intentaran desalojarlo y pidió que sólo fueran juzgados los generales.

Miles de argentinos ganaron la calle y rodearon los cuarteles y se dieron cita en todas las plazas del país para defender la democracia. Hubo solidaridad del cuerpo diplomático, de todos los partidos, de la CGT, de empresarios, profesionales y de las iglesias y comunidades extranjeras. La prensa mundial cerró filas en defensa de la democracia argentina. El domingo de Pascua, 19 de abril, se desembocó en un acto en Plaza de Mayo. Se firmó un Acta de Compromiso Democrático -que dará lugar luego a la Ley de Defensa de la Democracia- y toda la oposición política estaba junto a Alfonsín -desde la derecha liberal a la izquierda-, sobre todo el jefe de la renovación peronista, Antonio Cafiero, e incluso Ubaldo, de la CGT. Ese día, Alfonsín se reunió con el coronel Rico.

Tras cuatro días de tensión, Alfonsín aceptó algunos de los reclamos de los subversivos como la renuncia del jefe de Estado Mayor del Ejército, general Héctor Ríos Ereñú, y la sanción de la Ley de Obediencia Debida, que desligaba de responsabilidad por los crímenes dictatoriales a los oficiales con grado inferior al de coronel. Ese domingo de Pascua, ante una Plaza de Mayo atestada, Alfonsín pronunció una frase que pasará a la historia como el reflejo de uno de los momentos clave de la tradicional batalla entre la ética de la convicción y las razones de Estado: "Compatriotas, felices Pascuas. La casa está en orden y no hay sangre en la Argentina. Los hombres amotinados han depuesto su actitud. Serán detenidos". Pero la casa no estaba en orden: no sería la última rebelión ni planteo militar que sufriría Alfonsín. Finalmente, se sancionó la ley de Obediencia Debida el 4 de junio de 1987. Con las rebeliones carapintadas como telón de fondo amenazante, Alfonsín impulsó sin embargo su vieja aspiración e crear el Tercer Movimiento Histórico, que refundara la base política de la nueva democracia. Uno de sus ejes era el traslado de la Capital Federal a Viedma, como una muestra del nuevo federalismo. También promulgó, siguiendo a tradición laica del radicalismo, la ley de divorcio

vincular que había sido resistida por la Iglesia desde el fin del segundo gobierno peronista: habían pasado la friolera de treinta años. También estrechó vínculos con la democracia europea, en especial con el socialista Francois Mitterrand y con Felipe González. No descuidó a Brasil ni México y tampoco su histórico vínculo con el socialista chileno Ricardo Lagos. Pero el desarrollo intemperante de la economía permitía avanzar sólo en zigzag y a los tumbos. Alfonsín sabía que las presiones corporativas irían en aumento.

Entre 1986 y 1987 el Plan Austral se mantuvo y se complementó con varias medidas, aunque la inflación en 1986 había sido cercana al 81,9%. Pero en 1987 se reveía el doble y llegó al 174,8%. La CGT de Ubal dini descargó ese año cinco paros generales. Los empresarios locales crearon el denominado Grupo de los Ocho, nucleados para representar sus intereses ante el Estado: la Unión Industrial Argentina (UIA), la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Cámara Argentina de Comercio (CAC), la Asociación de Bancos de la República Argentina (ABRA, vinculada a los bancos extranjeros), la Asociación de Bancos de la Argentina (ADEBA, vinculada a los bancos nacionales), la Unión Argentina de la Construcción (UAC) y la Cámara Argentina de la Construcción (CACon). En las elecciones legislativas y para gobernador a fines de 1987, Alfonsín perdió en distritos clave a manos del peronismo: 41,5% del PJ a 37,3% de la UCR. Alfonsín sólo conservó las gobernaciones de la Capital, Córdoba y Río Negro. El resto del país, excepto Neuquén y Corrientes donde triunfaron partidos locales, quedó en manos del peronismo, liderado por Cafiero, jefe de la llamada "renovación", que conquistó la gobernación de la estratégica provincia de Buenos Aires. A fines del 87, el gobernador de La Rioja, Carlos Menem, anunció su decisión de pelear el liderazgo del peronismo y presentarse como su candidato presidencial en 1989.

Alfonsín supo, a partir de entonces, que no sólo las leyes de Punto Final y Obediencia Debida le habían restado el apoyo de sectores de la clase media urbana, sino que la crisis inflacionaria corroía el apoyo de sectores populares.

### **En las fauces de la hiperinflación**

Luego de la derrota electoral, reapareció el hostigamiento militar. En enero de 1988 hubo una nueva sublevación carapintada, liderada por Rico. Contó con el apoyo de unidades militares en varias provincias pero dos semanas después se rindieron. Fueron detenidos Rico y 282 oficiales, pero por poco tiempo. La resistencia militar se recalentaba con las variables económicas. Ya a mediados de 1988, la economía se encontraba en una situación crítica, en la que se combinaban la recesión, la inflación (440% acumulados del semestre), la caída salarial (33% desde 1984) y la desocupación (6,5% de la PEA, además de un 8,9% de subocupación), mientras que la deuda interna alcanzaba los 46.000 millones de dólares y el crecimiento registraba un índice de (- 4%) del PBI. Ese año se dio una situación paradójica. Por un lado, la economía nacional estaba en constante deterioro. Por el otro, una gran sequía en el Hemisferio Norte aumentó los precios internacionales de productos agropecuarios.

Alfonsín buscó implementar el Plan Primavera: alentado por las centrales industriales y empresarias como la UIA, la CAC y la CGI -vinculadas a lo que se llamó "la patria contratista"- pero rechazado por la SRA, la CRA, la Coninagro y la FAA que denunciaron el plan como un despojo al campo. La mayor parte de las medidas respondían a la reestructuración financiera del aparato estatal, pero el desdoblamiento del tipo de cambio fue lo que hizo estallar a las entidades del campo. Esta medida operaba como una especie de impuesto a las exportaciones. El Plan produjo un choque de posiciones dentro del Grupo de los Ocho: lo apoyó el comercio y la industria vinculados al mercado interno. Se opusieron las entidades agropecuarias, que exigían un tipo de cambio unificado, por estar vinculadas al mercado externo. El plan de Sourrouille contaba con apoyo del Banco Mundial, el FMI y de los Estados Uni-

dos. Los acreedores externos iban por más. Se avecinaba el canje de deuda estimulado por los EE.UU., junto con la priorización de las economías de mercado en toda Latinoamérica. Sobre el ruido intemperante de la economía continuaba la presión militar. El dos de diciembre de 1988 un tercer alzamiento sacudió a Alfonsín. Esta vez lo lideró el coronel Mohamed Alí Seineldín, que sublevó a la Escuela de Infantería de Campo de Mayo.

La rebelión fue reprimida y el 5 de diciembre Seineldín fue detenido. No había lugar para otro golpe de Estado. Esta sería la primera gran constatación de la democracia renacida. Pero también revelaría la imposibilidad de transitar con celeridad por el camino de juzgar los crímenes del pasado. A comienzos de 1989, Alfonsín sabía que la situación era de jaque a su gobierno. La economía marchaba hacia una inflación descontrolada, con el país en emergencia energética. El 23 de enero el Movimiento Todos por la Patria (MTP) asaltó el Regimiento 3 de Infantería de La Tablada. Su líder era Enrique Gorriarán Merlo, quien había pertenecido al PRT-ERP y era uno de los guerrilleros que Alfonsín había ordenado juzgar. El MTP consideraba que estaba evitando un nuevo alzamiento carapintada, apoyado por el peronismo. Fueron violentamente reprimidos, en enfrentamientos que dejaron un saldo de 30 muertos, 44 heridos y numerosos detenidos. El asalto al cuartel no hizo más que reavivar las reivindicaciones de los carapintadas: impedir su juzgamiento. Alfonsín ordenó crear el Consejo de Seguridad Nacional: temía que el pasado irrumpiera de nuevo en una coyuntura delicada para su gobierno. Porque 1989 se iniciaba con sangre y con una crisis financiera imparable. En febrero, Sourrouille decidió dejar de sostener el tipo de cambio y el dólar se disparó y con él los precios. Menem, candidato del peronismo para las elecciones presidenciales de mayo ya que había derrocado meses antes a Cafiero en la interna justicialista, agitó aún más las aguas vaticinando confiscaciones moratorias improbables pero que echaban leña al fuego político. El gobierno no pudo contener la inflación y en marzo Sourrouille renunció. En su lugar, Alfonsín nombró a Juan Carlos Pugliese que fracasó y se complicó con una impiadosa interna radical apañada por un candidato, como el gobernador de Córdoba, Eduardo Angeloz que veía esfumarse las posibilidades de su triunfo presidencial.

En medio de la crisis, Alfonsín convocó a elecciones para el 14 de mayo de 1989. La fórmula Carlos Menem- Eduardo Duhalde triunfó sobre la fórmula radical Angeloz-Juan Manuel Casella. La UCR y el PJ habían acordado que la entrega del mando se efectuara el 10 de diciembre, cuando Alfonsín finalizara su mandato. Pero la crisis política se acentuaba y se comenzaba a barajar la posibilidad de una entrega anticipada. El 18 de mayo se reunieron Alfonsín y Menem en Olivos. El 27 de mayo asumió como ministro de Economía el diputado Jesús Rodríguez. La economía era un caballo desbocado: la inflación llegó al 4.923,3%. La cadena de precios y abastecimiento se rompió. Entre el 26 y 30 de mayo hubo saqueos a supermercados, represión y muertes. El primer gobierno democrático de la posdictadura estaba fatalmente herido. El 30 de mayo Alfonsín renunció ante el Senado. Creía que debía anteponer a su orgullo la necesidad de preservar la democracia. El 8 de julio de 1989 entregó el bastón y la banda presidencial a Menem. Fue la primera vez en todo el siglo XX que un presidente electo le entregó el poder no electo por otro partido. Alfonsín había jurado que dejar el gobierno no implicaba dejar la política: "Resigno mi investidura presidencial, pero no declino mi responsabilidad ni abandono la lucha, que desde ahora continuará hasta tanto Dios me dé fuerza para ello".

### **Los 90: pactar desde el llano**

La sensación de la sociedad de haber llegado al borde de un abismo facilitó medidas de excepción tanto para reformar el Estado cataléptico posdictatorial -ya que el período de Alfonsín apenas se había asomado a las emergencias económicas de la coyuntura- como para liquidarlo. Menem tenía el camino despejado para ambas cosas. Alfonsín renunció a la jefatura de la UCR en octubre de 1991 y

lo reemplazó el senador misionero Mario Losada, hombre de su confianza. Pero estuvo lejos de abandonar la política. En 1992, creó la Fundación Argentina para la Libertad de Información (FUALI), desde donde publicó "Alfonsín responde" y "Democracia y consenso".

En 1993, Alfonsín decidió volver a disputar la interna partidaria a pesar de la fuerte oposición de dirigentes del balbinismo como Fernando de la Rúa. El 13 de noviembre de 1993 obtuvo la presidencia de la UCR. En esta condición es que, al día siguiente, se reunió con Menem en la quinta de Olivos, con el objetivo de llevar adelante una serie de reformas en el sistema político. A pesar de las fuertes discusiones en el seno del radicalismo, el 13 de diciembre Alfonsín y Menem firmaron el "Pacto de Olivos" y se selló el acuerdo para la reforma constitucional.

Para Alfonsín, se trataba de la modernización y flexibilización del sistema presidencialista. Para Menem, importaba esa flexibilización que incluía la posibilidad de reelección presidencial con acortamiento de mandato a cuatro años. Ambos firmaron el núcleo de coincidencias básicas que preveía la elección, la creación de la figura del Jefe de Gabinete, el tercer senador, la constitucionalidad de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU) y otros temas de debate abierto como formas de democracia directa, la relación entre la nación y las provincias, el financiamiento de los partidos políticos y una reforma electoral. El 10 de abril de 1994 se votaron los integrantes para la Asamblea Constituyente y el radicalismo obtuvo sólo el 19% de los votos. Esta merma en el caudal electoral se repitió en las elecciones legislativas del 94 y las presidenciales del 95 y significó un duro revés para la posición de Alfonsín dentro de la UCR. Alfonsín integró la Convención Constituyente que sesionó en Santa Fe entre mayo y agosto del 94, cuando fue sancionada la Constitución reformada en 43 artículos. Un año después, en setiembre de 1995, renunció a la conducción de la UCR. Lo sucedió Rodolfo Terragno, pero se mantuvo como secretario de Relaciones Internacionales.

En esos años de hegemonía menemista, surgió una centroizquierda liderada por Carlos "Chacho" Álvarez, el Frente Grande, que sumaba votos y seducía al electorado radical. En 1995, el Frepaso (Frente Grande más PAIS, la Agrupación liderada por José Octavio Bordón) le disputó el gobierno a Menem, pero el riojano fue reelecto. La ruptura con Bordón facilitó el acuerdo de Chacho con Alfonsín: el 3 de agosto de 1997 constituyeron la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación (ATJE). Alfonsín participó en su diseño. Fue su coordinador general y director de su Instituto Programático (IPA). La Alianza ganó las legislativas de octubre del 97. En agosto de 1998 Alfonsín junto a los demás referentes de la Alianza, como Graciela Fernández Meijide, Fernando de la Rúa y Chacho Álvarez, presentaron la Carta a los Argentinos, lo que sería su base programática en vistas a las elecciones de 1999.

Alfonsín creía que debía impulsarse una cultura "aliancista" con marcas socialdemócratas. Pero el aladellaruista rechazó la propuesta sistematizada por Caputo. En febrero de 1999, Alfonsín renunció a su cargo en el IPA y a luchar por la jefatura partidaria. A los pocos meses tuvo un accidente automovilístico en Río Negro. Se rompió nueve costillas y sufrió varias lesiones graves. Gran parte del arco político lo apoyó en su rápida recuperación, entre ellos Menem, que lo visitó en el hospital. Este gesto de cordialidad no tapaba la profunda adversión que Alfonsín sentía por los intentos de Menem de pelear por la "re-reelección". Le advirtió que de seguir en esa postura, la Alianza llamaría a la desobediencia civil porque intentarlo era promover un "golpe institucional". Lo tomaba casi como un asunto personal. Menem debió retroceder públicamente no sólo por esa batalla de Alfonsín sino porque ni a sociedad ni el PJ, expresado por Duhalde, tolerarían una re-reelección: desde 1995 la Convertibilidad daba señales de agotamiento, el incremento de la desocupación al 21% récord, el aumento de la deuda externa y las denuncias de corrupción perforaron el carisma menemista. El 24 de octubre de 1999, la fórmula De la Rúa-Alvarez le ganó las elecciones a la del PJ integrada por Duhalde- Ramón

"Palito" Ortega. Alfonsín ya estaba recuperado de su accidente y fue designado vicepresidente de la Internacional Socialista. Volvió a presidir la UCR en diciembre de ese año. Pero la relación con De la Rúa fue cada vez más distante. La Alianza se sumió en una crisis profunda luego de denuncias de corrupción, por la famosa "banelco" en el Senado y que determinó la renuncia a la vicepresidencia de Chacho Álvarez.

La situación era cada vez más crítica. Alfonsín creía que se debía salir del cepo de la Convertibilidad ordenadamente. Sólo una vez se atrevió a formularlo al gobierno dellarruista pero el establishment financiero aún no estaba preparado para un escape que permitiera poner a salvo sus encajes y depósitos en el extranjero. El último ministro de Economía de De la Rúa, Domingo Cavallo, llegaría para eso con el "corralito". Un mes antes del estallido del 19 y 20 de diciembre del 2001, que terminó trágicamente con el gobierno de De la Rúa, Alfonsín había dejado la presidencia de la UCR, y se había alejado de todo cargo partidario, aunque había sido electo senador por Buenos Aires. Pero el país vivía una crisis de proporciones bíblicas. Y a de fines del 2001 y principios del 2002, volvió a ser el referente del radicalismo y fue el articulador de los acuerdos con Eduardo Duhalde, ya electo presidente por la Asamblea Legislativa, para dictar las medidas tendientes a salir del pantano, entre ellas, la Ley de Emergencia Económica. Fue, además, quien sostuvo alineado al radicalismo para apoyar esa difícil transición que incluyó la salida de la Convertibilidad, la declaración del default y meses y meses de inestabilidad política y crisis económica y social. Alfonsín avaló la llegada de Roberto Lavagna a la jefatura de Economía.

Durante los años de gobierno de Néstor Kirchner, Alfonsín escribió sus memorias políticas. Viajó a distintos foros internacionales y fue reconocido nacional y mundialmente como un hombre íntegro, como un demócrata de convicciones sólidas. Entre 1984 y 1999 fue ungido Doctor Honoris Causa por catorce universidades, entre ellas la Universidad de Tucumán, lugar donde recibió la tremenda noticia, el 6 de setiembre de 2004, de la muerte accidental de su nieta Amparo Alfonsín, de apenas 15 años, ocurrida en su colegio. Los reconocimientos continuaron: recibió nueve medallas de honor y condecoraciones por los gobiernos de Venezuela, Colombia, España, Perú, Alemania, Japón, Brasil, Italia y Chile. Fue premiado por el Consejo de Europa; la Internacional Liberal; la Fundación Príncipe de Asturias por la Cooperación Iberoamericana. Es miembro de nueve organizaciones como el Centro Carter de Atlanta; el Diálogo Interamericano, el Club de Madrid, la Comisión Sudamericana de Paz y la Internacional Socialista. Del gobierno de Kirchner, Alfonsín apoyó sus medidas económicas destinadas a salir de la crisis. Pero criticó sus métodos de conducción política "hegemónicos". En 2008, fue sometido a una operación en los Estados Unidos. Sus pulmones estaban enfermos. La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires lo nombró ciudadano lustre. En agosto de 2008, la presidenta Cristina Kirchner lo visitó en su casa, donde estaba convaleciente. Alfonsín la recibió con un beso en la mano. Charlaron de libros y filosofía.

Y la invitó a brindar con champán. Semanas más tarde, lo visitó la líder de la Coalición Cívica, Elisa Carrió y luego el vicepresidente Julio Cobos. El 1° de octubre de 2008, en una ceremonia emotiva y de profundo impacto político, la presidenta Cristina Kirchner lo recibió junto con el gobierno en pleno y miembros del radicalismo, socialismo y otros partidos, en la Casa Rosada donde se le rindió homenaje y se descubrió su busto en el Salón de los presidentes. Alfonsín leyó allí lo que se considera su testamento político. Se fundió en un abrazo emocionado con la presidenta y recibió de ella los honores de líder fundador de la democracia moderna y más perdurable de la historia argentina. En la campaña de 1983, Alfonsín había dicho: "Con la democracia se come, se educa, se cura". Más allá del tiempo que se tarde, Alfonsín convocó a esa utopía. Fue su fatalidad y su privilegio, como la de los hombres imprescindibles en la Historia.

## 1927-2009

### Los sueños de Alfonsín<sup>66</sup>

Por Rodolfo Terragno<sup>67</sup>

*En la década del 80, la Argentina desarrolló su último gran proyecto nacional.*

Quiso la paz con Chile y la consiguió. Hizo los planos del Mercosur y colocó la piedra fundamental. Con eso solo, consolidó la paz y la unión del Cono Sur. No obstante, él se propuso algo más ambicioso: la Comunidad Económica Latinoamericana, cuya escala permitiría un vertiginoso desarrollo científico y la modernización generalizada de los modos de producción. O se hacía eso o –presagiaba Raúl Alfonsín– la Argentina y América Latina serían incapaces de superar "la brecha tecnológica". Las economías de la región deberían resignarse, en ese caso, a la "inmodificable realidad" de sobrevivir en el subdesarrollo. Sabía que, para convertir a la Argentina en pieza principal de semejante proyecto, hacía falta, de fronteras adentro, una revolución. Revolución pacífica, que no podía lograrse sin convergencia democrática" y continuidad. "La construcción de un país moderno y desarrollado, que se incorpore digna y creativamente al sistema económico internacional a través de la región, no será obra de un gobierno ni de un partido", sentenció en 1985. Por eso, se ilusionó con una reforma constitucional que alumbrara la Segunda República, e imaginó que ésta se asentara en el sistema parlamentario. Aspiraba a forzar así el pluralismo, "que implica aceptar la diversidad, conciliar criterios y evitar que todo empiece de nuevo cada vez que se produce una elección presidencial".

En esa Segunda República, el federalismo ya no podía ser una ficción. Alfonsín concibió el traslado de la capital para separar el poder político del poder económico, favoreciendo así la desconcentración. Él creyó, como pocos, en el futuro de la Patagonia, y postuló que la Argentina avanzara hacia "la civilización del frío". Todo tenía que hacerse bajo el liderazgo del Estado, pero éste necesitaba, para eso, capitalizarse y multiplicar su productividad. Fue con tal fin que su gobierno convocó al capital privado: la idea era que actuara como socio estratégico (no como dueño) de las empresas estatales. En el vocabulario alfonsinista, liderazgo no significaba coacción ni monopolio.

"Nada de lo que proponemos", repetía él, "podría ser impuesto desde el Estado". Era indispensable que "los distintos sectores de la sociedad" participaran de aquella revolución pacífica. Los invitó, a todos sin excepción. Lo hizo invocando la "ética de la solidaridad", que a su juicio no se limitaba a "la justa distribución de las ventajas": exigía, también, "equidad en el reparto de los sacrificios". Sacrificios que en la época eran, por fuerza, muchos. El Primer Mundo vivía una recesión tan fuerte como la de ahora, y la inflación internacional (hoy desconocida) batía récords. Latinoamérica, agobiada por la "crisis de la deuda" y la depreciación de los commodities, atravesaba su "década perdida". Alfonsín resistió el tsunami económico, como resistió las huelgas crónicas y los conatos de golpe militar. En todo caso, a 20 años de concluida su gestión, hoy no se trata de evaluar cada uno de sus actos. Hay algo más valioso, que trasciende los aciertos y los errores del período 1983-1989.

Aquel Presidente, a quien el exterior admiró por el Juicio a las Juntas -un hecho sin precedentes en la historia mundial- también deberá ser recordado, entre nosotros, como el autor del último gran proyecto nacional que tuvo la Argentina. El último, hasta que de alguna cantera de creatividad surja el material necesario para que, recuperando el tiempo perdido, construyamos la Argentina moderna, previsible y solidaria que Alfonsín soñó y nos propuso soñar.

---

<sup>66</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>67</sup>Escritor, periodista, abogado y político argentino.

## "Raúl Alfonsín, estadista de las Américas"<sup>68</sup>

Por José Sarney <sup>69</sup>

El proceso histórico de integración no habría sido posible sin Alfonsín. Fue su visión continental, su firmeza en las convicciones y su grandeza política lo que puso fin a todas las hipotecas del Plata que la historia nos legara a nuestras generaciones. En nuestro primer encuentro, en Iguazú, después de decirle que podríamos cambiar el destino del Cono Sur, el concordó inmediatamente. Mencioné la falta de fundamento de las querellas entre nuestros países. Por ejemplo, estábamos junto a Itaipú, pero él no podría visitarla por causa de las repercusiones internas en Argentina sobre la construcción de la gigantesca hidroeléctrica. Su reacción fue ir a la hidroeléctrica. Nos sacamos una foto en el hermoso vertedero y, con ese gesto, se daba por terminada la discusión sobre "la bomba de agua".

Alfonsín es un hombre de Estado de estatura mundial. El problema nuclear entre nuestros países era grave. Nuestros militares se preocupaban con quién llegaría primero a la bomba atómica. El Presidente me llevó a Pilcaniyeu, a la planta nuclear argentina. No sólo fui yo, sino todo nuestro equipo de científicos. La caja negra quedaba abierta; el secreto terminado. Lo retribuí invitándole a inaugurar la planta de Aramar, en Brasil, donde habíamos desarrollado el proceso de enriquecimiento de uranio. Y abrimos todas las informaciones a los científicos argentinos. Queríamos, de este modo, terminar con la barrera nuclear que comprometía nuestras relaciones. No fue preciso que recurriéramos a las Naciones Unidas o a la Agencia Internacional de Energía Atómica. Fue un ejemplo único en el mundo de una solución personal para un problema tan profundo, basada en otras dos fotografías: una en Pilcaniyeu, otra en Aramar. En ellas estaba Alfonsín: el estadista de carácter ejemplar, el patriota y el luchador por la democracia.

Gobernamos en la misma época y tuve la felicidad de transformar esa sociedad en una amistad profunda y duradera, uno de los orgullos de mi vida.

Hombre intransigente con sus principios, Alfonsín nunca desistió de sus padrones éticos. Su actuación en la reconstrucción democrática del continente hizo de él un patrimonio no sólo de Argentina sino también de América. Gobernó en tiempos turbulentos, de deuda externa impagable, de inflación galopante, que asolaba su país como también el mío y el mundo. Era la transición democrática, una época en que las reivindicaciones superan a las posibilidades. Con sus virtudes, firmeza y autoridad moral, consolidó las instituciones y se convirtió en ejemplo de político honrado y de ideas de vanguardia.

Juntamente con Julio Sanguinetti, luchamos para restaurar la democracia en toda América del Sur, y así sucedió. Creamos la cláusula democrática ya en los primeros Tratados y sólo admitimos como socios en el proyecto de integración a países con plenas libertades públicas. Desgraciadamente, el ideal de un mercado común igual al europeo fue frenado en 1990 a favor de una simple unión aduanera. Teníamos hasta entonces el sueño de integrarnos por sectores. Pero la idea generosa de la integración es irreversible: las dificultades serán vencidas y surgirá una América del Sur unida e integrada política, física, económica y culturalmente. Dicen los chinos que "cuando fueras a beber agua en un pozo, busca saber quién abrió el pozo". El día que concluyamos el proceso de integración, Raúl Alfonsín será conmemorado por su papel fundamental en la aproximación de las naciones del continente. Se debe testimoniar que él fue gran argentino, ciudadano de todos nuestros países.

---

<sup>68</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>69</sup>Ex Presidente de la República de Brasil.

## "Alfonsín fue un gran demócrata"<sup>70</sup>

Por Ricardo Lagos<sup>71</sup>

Raúl Alfonsín tiene su impronta como un gran demócrata que interpretó a todos en momentos difíciles en América Latina. El retorno de la democracia en la Argentina, con Alfonsín a la cabeza, fue el inicio de un conjunto de transiciones en América Latina. Y él planteó la necesidad que las democracias actuaran unidas para profundizar la democracia en nuestra región. Mantendré siempre con Raúl Alfonsín una deuda especial de gratitud. En septiembre de 1986, cuando se atentó contra la vida del general Pinochet, un grupo significativo de chilenos y chilenas fuimos detenidos. Estuve en la cárcel durante tres semanas. Allí había un colega que escuchaba la radio toda la noche; eran los tiempos de la onda corta.

Literalmente, dormía con la radio pegada al oído. Una noche, alrededor de las tres y media de la mañana, me despertó diciéndome: "El presidente Alfonsín habló pidiendo por tu libertad". En efecto, en un acto público al interior del país él se había referido a mi prisión y abogado por mi libertad. Me costó quedarme dormido. Había conocido a Alfonsín en las ceremonias de su toma de posesión en diciembre de 1983 y ahí estaba él, levantando su voz para exigir respeto a los Derechos Humanos.

Sé lo difícil que es hablar de otro país y más cuando hay miles de kilómetros de frontera común. Entiendo lo que son las responsabilidades de Estado y estoy seguro que el presidente Alfonsín tiene que haber meditado profundamente antes de levantar su voz por alguien que estaba detenido injustamente, porque esto podría significar una dificultad en las relaciones entre ambos países. Más allá de la anécdota, esto revela que el demócrata que para exigir respeto a los Derechos Humanos no hay fronteras; que todo gobernante debe anteponer la defensa del ser humano. Muchos años después, cuando le conté que "me había dejado con insomnio", el presidente Alfonsín me miró y me dijo con toda naturalidad: "Es que había que decirlo". Ese es el hombre que hizo posible la transición, que después entregó el mando y quien siguió participando en la política argentina para lograr acuerdos y consensos.

Por eso se ha ganado el respeto de tantos, dentro y fuera de las fronteras argentinas. Por eso su palabra fue escuchada con atención. Y hoy, a más de 25 años de recuperada la democracia, la figura de Alfonsín quedará como la del hombre justo para encabezar ese movimiento, al que también adherimos los que admiramos al pueblo argentino. Pasados estos veinte y cinco años nos damos cuenta de lo importante que es cuidar cotidianamente la democracia. Entenderla como un ejercicio en virtud del cual modos, gobierno y oposición, pueden intentar lo mejor para nuestros países. Y que a través de la democracia es como se procesan las diferencias. Por eso hay que cuidar día a día el proceso democrático. Porque la democracia es un proceso que la ciudadanía debe desarrollar y en el que hombres como Alfonsín son necesarios para que ese cultivo sea fructífero. Así, cuando se hable o mencione la democracia recuperada, Alfonsín debe estar tranquilo por la culminación de una tarea a la cual fue llamado por el pueblo argentino en 1983.

## "Fue un símbolo del espíritu de reconquista de la libertad"<sup>72</sup>

Por Julio María Sanguinetti<sup>73</sup>

---

<sup>70</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>71</sup>Ex Presidente de la República de Chile

<sup>72</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>73</sup>Ex Presidente de la República de Uruguay.

En los años 80 vivimos una oleada de restauración democrática que en nuestra región incluyó a la Argentina, Uruguay y Brasil, en ese orden cronológico, y en la cual Raúl Alfonsín emergió como una figura muy potente, muy poderosa, muy expresiva. Toda su actuación anterior -sobre todo en la defensa de los derechos humanos en la época de la dictadura- y su fervorosa militancia democrática, le elevaron a la presidencia, por lo que representó, en ese sentido, un símbolo de aquel espíritu de la reconquista de la libertad.

Alfonsín generó una gran corriente integracionista. Por citar dos ejemplos, buscó resolver la situación con Chile, y se preocupó en terminar con el viejo clima de recelo que existía con Brasil. Felizmente encontró un buen socio en José Sarney, y pudieron superar aquella vieja situación. Es más, hasta visitaron recíprocamente las instalaciones de energía nuclear y de armamento militar, como símbolo de esa expresión de confianza. A partir de ahí construimos progresivamente un tejido de alianzas entre Argentina, Brasil y Uruguay, que luego se extendió a Paraguay cuando se produjo la caída de Stroessner. En todo ese proceso la figura de Alfonsín, por su limpieza democrática y su vigor político, que un elemento decisivo.

Alfonsín fue una figura muy confiable, no era un político de dobleces, no fue un presidente de actitudes especulativas. Todo lo contrario: fue siempre muy frontal y sincero, lo que resultó decisivo para la construcción de un proceso que comenzó con acuerdos bilaterales para más tarde llegar a la configuración del Mercosur, en los gobiernos que nos sucedieron. Tengo los mejores recuerdos de él, además de haberme sentido como uno de sus amigos. Tuve además la oportunidad de hablar largo y tendido, porque generosamente me venía a buscar cada vez que teníamos reuniones internacionales o regionales y como Argentina disponía de un avión que nosotros no teníamos, él muchas veces me llevó y muchas veces me trajo, lo cual motivó más de una referencia humorística el hecho de que yo pareciera como "haciendo dedo".

Eso nos permitió largas charlas en las cuales compartimos ideas, discutimos muchos temas, cosas históricas de nuestros países... de esa forma fuimos generando una amistad muy profunda. En esas tantas charlas también hablamos algunas veces de fútbol, y de nuestros equipos (Peñarol e Independiente), ambos de gran estirpe copera, que justamente en nuestras presidencias obtuvieron sus últimas Libertadores (independiente en el 84 y Peñarol en el 87). A él le interesaba el fútbol, ¡Pero yo era mucho más apasionado que él! Raúl tuvo dos "torturas" durante los años de mandato. Una fue la situación militar y la otra la inflación. La primera porque le dio muchos disgustos, tuvo que vivir muchas situaciones complejas, de sublevaciones, de episodios sangrientos. Y la inflación, que estaba instalada en la región, le perturbó enormemente y le generó una situación de desestabilización. De todas maneras entiendo que enfrentó estos temas con mucho espíritu patriótico, rebelándose más de una vez contra lo que sentía que eran incomprendimientos desde distintos ámbitos.

## **"Abrió un ciclo de libertad"<sup>74</sup>**

**Por James Carter<sup>75</sup>**

El presidente Raúl Alfonsín fue uno de los líderes más importante de la recuperación de la democracia en América Latina. Luego de los años oscuros de la dictadura militar en la Argentina, que coinci-

---

<sup>74</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>75</sup>Ex Presidente de los Estados Unidos.

dieron c con mi presidencia en los Estados Unidos, la presencia del presidente Alfonsín en la Argentina abrió un nuevo ciclo de libertad en la región por su fuerte compromiso con los derechos humanos. Yo intenté poner como un tema fundamental en la agenda internacional el respeto y la promoción de los derechos humanos, como una manera de quebrar el dilema de la guerra Fría y cambiar el eje de la lucha de poder por el respeto a valores fundamentales. Alfonsín fue quien tomó esa bandera con mayor convicción hace más de 25 años.

Cuando él decidió juzgar a los comandantes de la dictadura a través de la justicia ordinaria, logró dar un salto del caos de la arbitrariedad a la senda del estado de derecho y la institucionalidad. El pudo hacerlo porque siempre fue un hombre íntegro, de valor y de fuertes convicciones. Al terminar su mandato, invité al ex presidente Alfonsín a sumarse conmigo y otros jefes de Estado de las Américas libremente electos, a usar juntos nuestra voz para promover la paz y la democracia en el hemisferio.

Alfonsín fue uno de los líderes de nuestra misión internacional de observación durante el histórico proceso electoral de Nicaragua en 1990 así como en varias oportunidades en Venezuela. Fue un placer para mí haber tenido la oportunidad de trabajar con él. Él ha mantenido un firme compromiso con sus ideales de justicia social a lo largo de su vida, y yo estoy muy orgulloso de haber sido su amigo personal.

## **Un espacio en la memoria popular en el que Alfonsín ya es imbatible<sup>76</sup>** **Por Julio Blanck<sup>77</sup>**

Alfonsín es lo que fue. Pero también lo que otros no fueron ni son, sobre todo en los tiempos que le sucedieron, tiempos de exasperación y de rapiña. Eso ayuda a explicar algo de la caudalosa unanimidad de elogios y reconocimientos, que le llovieron en estas horas amargas. Se los dispensaron casi siempre con sinceridad y convicción, aunque no fue difícil detectar a quienes lo hicieron con una dosis apreciable de cinismo y oportunismo.

Alfonsín también fue, y se ha dicho ya de manera abundante, un ejemplo de decencia personal, de honestidad intelectual, de convicción democrática sostenida y ejercida más allá de la conveniencia personal o partidaria. Por eso lo admiran los políticos, a quienes demasiadas veces suelen guiarlos sus apetitos, más que la ideología y los principios que quizás supieron tener antes de asomarse a la tentación y los beneficios del poder.

Ayer, en el cementerio de la Recoleta, Graciela Fernández Meijide abordó la figura de Alfonsín desde dos conceptos: coraje y visión. Y habló de honradez. Un rato antes, en su magnífico y emotivo discurso en el Senado, el radical Ernesto Sanz dijo que no había que buscar el legado de Alfonsín en sus libros y discursos, sino en su conducta.

Fueron trazos muy precisos, que definen el perfil de Alfonsín. Pero para abordar la dimensión popular del caudillo radical, aún más allá del estricto razonamiento político, habrá que remitirse también a las palabras dichas en el sepelio por Enrique Nosiglia, cuando mencionó la esperanza.

Fue esperanza lo que Alfonsín construyó y encarnó para una sociedad que buscaba salir de los estragos de una dictadura terrorista, con una economía aniquilada y una historia política anterior de en-

---

<sup>76</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>77</sup>Periodista.

frentamientos, división y violencia, cuya mejor oferta era repetirse a sí misma.

Esa esperanza, que al tiempo de andar se demostró imperfecta, insuficiente y al fin fugaz, fue lo que movilizó hace veinticinco años y algo más a multitudes, y en especial a los jóvenes, que creyeron que otro país, otra forma de convivencia, otra cultura con paz, justicia y libertad eran posibles.

En estos días de su muerte, en la efusión popular, en la multitud sin edades que pasó por la capilla ardiente del Congreso, en el fervor político resurgido y en el respeto generalizado hacia Alfonsín, se demostró que esa llama esperanzada, que hizo arder con fuerza vital a una sociedad que por un rato creyó en sí misma, quizás siga iluminando y calentando algún rincón del alma colectiva.

Por ese lugar en el corazón que muchos se niegan a resignar, y que en estos días trepó hasta las lágrimas, Alfonsín es un fenómeno que va más allá de la política entendida sólo como actividad de los políticos. Lo es, más allá de que él mismo haya sido el resultado químicamente puro del más articulado y rancio aparato partidario de la Argentina. Y es ese fenómeno a pesar de sus humanos errores, de sus audacias incompletas, de lo que pudo hacer y no hizo, de lo que le salió mal, de lo que no supo o no quiso hacer.

Antonio Cafiero, su buen amigo peronista, habló de los sueños de Alfonsín en su cálido y generoso discurso de despedida. De sueños también está hecha la argamasa con la que se edificó, para siempre, la relación entre Alfonsín y un amplio sector, definido más por lo social que por lo político.

En esa dimensión emotiva, que ya es parte del recuerdo, Alfonsín será imbatible. Como ya lo era en algunos hechos incontrastables de su vida pública: la austeridad, la tolerancia, el haber pasado por el poder sin enriquecerse.

Lo demás será discusión, construcción humana, lucha política. Y ya no dependerá de Alfonsín. Que no fue un revolucionario ni un traidor, sino apenas un demócrata convencido y militante.

## **Obama destacó el compromiso del ex presidente con la democracia<sup>78</sup>**

**Por Guido Braslavsky<sup>79</sup>**

La muerte de Raúl Alfonsín no pasó desapercibida para la diplomacia estadounidense y en Londres, el presidente de EE.UU., Barack Obama, hizo llegar a la presidenta Cristina Kirchner sus "condolencias". "Deseo expresar mis condolencias personales y las del pueblo de los Estados Unidos, por la muerte del ex Presidente Raúl Alfonsín", dice la breve carta, de tres párrafos. "El ex presidente Alfonsín fue una figura fecunda en la consolidación de la democracia en América latina. Nos sumamos a aquellos a través de las Américas en la expresión de nuestro respeto y la estima por su integridad personal y su compromiso con los principios democráticos y los derechos humanos". "Nuestros pensamientos y oraciones están con usted y el pueblo de Argentina", se despide.

La presidencia de Alfonsín coincidió con la del republicano Ronald Reagan (1981-1989), que definió a la Unión Soviética como "el imperio del mal" y llevó adelante una política intervencionista y anticomunista en América Central en los estertores de la Guerra Fría.

El gobierno de Alfonsín mantuvo relaciones amistosas con Washington pero marcó sus diferencias con la

---

<sup>78</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09

<sup>79</sup>Periodista.

política guerrera de Reagan en Centroamérica y en materia de deuda externa. En un célebre discurso en la Casa Blanca en 1985, Alfonsín se atrevió a "reprender" a Reagan al abordar la situación de endeudamiento de la región, aún habiendo perdido la batalla por formar "un club de deudores" latinoamericanos.

La política exterior alfonsinista respecto de EE.UU. aún es materia de debate académico. Autores como Carlos Escudé no dudan en calificar de "confrontativo" el manejo de temas como política nuclear, Malvinas (la firma de acuerdos pesqueros con la Unión Soviética y Bulgaria), Centroamérica, deuda externa o el apoyo al desarrollo del misil Cóndor II. Otros, como Roberto Rusell, señalaron el poco margen de maniobra de Alfonsín por la oposición interna que lo calificaba de "entreguista"; pese a los conflictos se construyó una relación "madura" con Washington. Otros señalan que en la relación con Reagan hubo necesidades mutuas: Alfonsín precisaba apoyo en el FMI y el Banco Mundial y para garantizar la estabilidad democrática. Para EE.UU., concentrado en su lucha contra el "imperio" soviético y las guerras de baja intensidad en América central, la Argentina no era una amenaza.

## **Homenaje a Alfonsín en las escuelas bonaerenses<sup>80</sup>** **Por Rodolfo Lara**

*Se hizo ayer, y buscó destacar al ex Presidente como base de la democracia.*

Todo crece desde el pie, como citaba Alfredo Zitarrosa. Esta vez, la alusión corresponde al acto de aprendizaje sobre valores republicanos que ayer tuvieron los chicos de la Escuela Normal N° 1 de Chascomús, la misma donde estudió Raúl Alfonsín, transformado en referencia histórica después de su muerte.

El Director General de Escuelas de la provincia, Mario Oporto -autor de la iniciativa de que todas las colegios hicieran ayer una recordación al ex Presidente- hizo algo más que referenciar a Alfonsín. Lo instaló en un lugar inasible para el común de los políticos: el bronce. "Fue un acto emotivo, donde se explicó a los alumnos que siempre es bueno humanizar a los próceres, pero esta vez había que hacer lo contrario, porque ese señor tan humano que ellos conocieron en esta ciudad también podía ser prócer", dijo luego.

"Con la muerte de Raúl Alfonsín -señaló en la escuela el funcionario- nació un prócer de la democracia argentina con la dimensión de aquellos que ustedes, alumnos, estudian en sus libros de texto y será recordado como padre refundador de la democracia".

Alfonsín murió un 2 de abril. A los homenajes previstos de la reivindicación por Malvinas, se incorporaron, también ayer, en todos los niveles y modalidades de enseñanza, la evocación y reflexión de su trayectoria política. A la entrada de cada turno, al momento de izar la bandera o del saludo inicial de cada escuela se recordó su figura.

El documento utilizado en las escuelas para esa tarea, detalló que "fue el primer Presidente constitucional de la Argentina democrática recuperada (1983-1989)". "Su presidencia hizo justicia a la memoria violenta del terrorismo de Estado, instalando el juicio a los integrantes de las últimas juntas militares", menciona la DGE. El texto también recordó el "'Nunca Más', que inauguró un nuevo ciclo de la cultura democrática dejando atrás, para siempre, al Estado violento y genocida".

---

<sup>80</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

Oporto aprovechó la didáctica incorporada en sus años de profesor de historia para mencionar que "así como en el siglo XX la escuela construyó la nacionalidad y la libertad, hoy tiene que ser un lugar de formación cívica". En la Recoleta, donde sepultaron al líder radical, hablaron de sus sueños. Y este era uno de ellos: el Congreso Pedagógico (1986) para incorporar enseñanza e incluir los rezagos sociales casi condenados a la marginalidad. "Si bien es difícil, hay que hacerlo y es el trabajo de los docentes con toda la comunidad", dijo Oporto. El homenaje a Alfonsín se repitió en todos los establecimientos educativos de la Provincia. En la Escuela de Educación Media N° 12 de Gonnet, en la Plata, participó la Directora Provincial de Educación, Claudia Bracchi.

## **Manifestaciones por la democracia y la convivencia<sup>81</sup>**

La impresionante reacción ciudadana por la muerte de Raúl Alfonsín debe entenderse como una reivindicación de los valores que encarnó el ex presidente y como un reclamo por nuevas formas de hacer política.

Alfonsín era un político, como el mismo reconocía, reunía pocos votos, y líder de un partido reducido y fragmentado. Aun así, su muerte concitó extendidas expresiones de reconocimiento, tanto por su dimensión humana, como por sus convicciones políticas, centradas en la valorización de la democracia, el diálogo y la búsqueda de consensos.

En forma casi unánime, numerosos actores políticos y sociales de la más diversa procedencia y ciudadanos que se expresaron en cartas a diarios o en medios audiovisuales, ponderaron la actitud dialoguista y negociadora del ex presidente. Miles de personas lo acompañaron dando vivas a la democracia.

Se trata de un fenómeno tan inesperado como saludable porque implica la exaltación de valores y criterios de deberían imperar en forma permanente en la vida democrática y no ser motivo de nostalgia o anhelo.

En las sociedades existen diferentes intereses, ideologías, religiones y aspiraciones de vida. En los sistemas políticos totalitarios esas diferencias se ignoran y eventualmente se reprimen. Los sistemas políticos democráticos toman en cuenta las diferencias y tienen la función de procesarlas tratando de compatibilizar la convivencia de lo diverso con un funcionamiento eficiente de las instituciones sociales.

Cumplir con esos objetivos requiere un buen desempeño de las instituciones que canalizan la representación política y un proceso de negociación permanente. Cuando alguno de los participantes en este juego, tiene la suficiente audacia y fuerza como para manipular esas instituciones o para imponerse sobre los demás, la democracia se desvirtúa y se generan malestares y tensiones que derivan, más tarde o más temprano.

De aquí surge, en primer lugar, el valor de la negociación y la búsqueda de acuerdos para tramitar de la forma más armónica posible la convivencia de los intereses contrapuestos.

El gobierno de Néstor Kirchner operó, en numerosas ocasiones, manipulando instituciones y tratando de imponer sus propios puntos de vista y sus propios intereses sobre el resto de los actores, apo-

---

<sup>81</sup>Diario Clarín (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

yándose en su capital político, en la ausencia de una oposición articulada y en los buenos resultados de su gestión económica. En algunos casos lo logró y en otros provocó malestares y resentimientos, aún entre sus propias filas.

El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner creó la expectativa de un cambio de modo, pero especialmente a partir del enfrentamiento con el agro, demostró que se mantenía en la misma ruta. En este caso, el nivel de conflicto y de tensión resultó sustancialmente mayor y creó un clima de división degradante de la calidad democrática.

En ambos casos, los gobernantes mantuvieron una actitud crítica y en algunos casos agresiva con los medios de difusión, encargados, precisamente de proporcionar informaciones que la ciudadanía necesita para monitorear el ejercicio del poder de sus representantes, y de canalizar el pensamiento no oficial.

Una buena parte de la oposición, por su parte, aceptó el juego de confrontación propuesto, contribuyendo a alimentar el desentendimiento y el conflicto.

La falta de una oposición consistente y seria es un problema en cualquier sistema democrático porque aumenta el poder relativo de gobiernos y funcionarios en las relaciones políticas y sociales y porque impide la conformación de ámbitos de diálogo constructivo.

En estos días la ciudadanía demostró que aspira a otro escenario, el cual debe ser construido por Gobierno y oposición.

**Tras la muerte de Raúl Alfonsín, actores políticos y sociales y grandes grupos de ciudadanos, manifestaron su valoración de la democracia y la convivencia. El Gobierno fomenta una confrontación que es validada por parte de la oposición. La ciudadanía aspira a otro escenario.**

## **El adiós a Raúl Alfonsín<sup>82</sup>**

**Por Enrique Valiente Noailles**

Nunca es igual el tamaño de un hombre vivo que el de un hombre muerto. Con su balance cruel e instantáneo, la muerte reduce a cenizas a algunos y agiganta a otros. El sobrecogedor adiós que recibió Alfonsín muestra la entrañable y latente significación que tenía su figura para el país. Esa significación ha salido del todo a la luz recién ahora, aunque ya se vieran indicios de ella cuando sufrió el accidente automovilístico hace diez años, cosa que produjo una inmensa conmoción. El afecto, el reconocimiento y la emoción de la gente en estos días le han dado ya a Alfonsín un lugar definitivo en la historia. Con su partida la gente lloró por él, por el país, y un poco por sí misma, porque su muerte nos retrotrajo al año 1983, a nuestra ilusión primigenia, a la primera esperanza que brotaba luego de una época de demencia y oscuridad. Si emociona esa esperanza que encarnó Alfonsín, es porque hoy no ha desaparecido. Y si siempre tuvo Alfonsín problemas con la gestión de la realidad, queda claro ahora que nunca dejó de ser un símbolo de nuestra ilusión.

Fue un político para ser querido y no votado, como alguna vez él mismo se quejó. Al no votarlo, tal vez la gente le estaba reservando un sitio, protegiéndolo de ella misma. Porque conocemos nuestras

---

<sup>82</sup>Diario La Nación (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

pasiones políticas, pendulares y canibales, en que el amor revierte súbitamente en lo contrario el día menos pensado. Al hombre que tuvo que entregar la presidencia anticipadamente, hoy el pueblo le ha restituido esa presidencia, aunque en otro plano, en el del liderazgo moral, porque con él la gente llora la muerte de la honestidad en la política. El agigantamiento de la figura de Alfonsín tiene otro efecto, y es que pone en escala a lo demás. Así, de golpe, el resto de nuestra política se ha empequeñecido. Pequeña esta realidad de hoy frente a lo soñado por todos en el inicio de la democracia, pequeños los ideales de hoy frente a los de ayer, pequeños los motivos de las peleas de hoy frente a las luchas libradas ayer.

Queda la sensación ambigua del inmenso progreso que hemos hecho desde el '83, en el que temíamos las revueltas militares, o en el que temíamos un conflicto con Chile, junto a la sensación paralela de que en algunos aspectos hemos quedado estancados o hemos involucionado. Perdura, por ejemplo, la captura de las instituciones del Estado por parte de una corrupción estructural, hilo conductor que une a la dictadura con la democracia. La democracia es un proyecto todavía inconcluso en la Argentina. Pero Alfonsín no encarnó sólo la democracia concebida como una ruptura. No encarnó sólo los valores reactivos de lo que se pretende dejar atrás, y que afortunadamente se ha dejado para siempre. No representó sólo la condición necesaria de la democracia, el voto popular y el alejamiento de la dictadura, sino que trazó una visión de sus condiciones suficientes y de sus metas. En este sentido, Alfonsín no simbolizó sólo el inicio de la democracia, sino también su fin. Y no fue sólo el padre de la democracia reciente, sino también su hijo, su primer presidente. En ese doble carácter la democracia lo llora.

## ¿Mañana se acordarán?<sup>83</sup>

Por Nelson Castro<sup>84</sup>

*El Dr. Raúl Alfonsín ya descansa en paz. El impacto político de la imponente manifestación que se acercó a darle el último adiós y que acompañó sus restos hasta el Panteón de los Caídos en la Revolución del Parque de 1890, en Recoleta, ha sacudido tanto a la dirigencia política como así también a gran parte de la sociedad.*

El Dr. Raúl Alfonsín ya descansa en paz. El impacto político de la imponente manifestación que se acercó a darle el último adiós y que acompañó sus restos hasta el Panteón de los Caídos en la Revolución del Parque de 1890, en Recoleta, ha sacudido tanto a la dirigencia política como así también a gran parte de la sociedad. No es original decir que ha habido un mensaje claro dado por esa muchedumbre que, sorpresivamente para muchos, generó uno de los episodios de civismo más relevantes y constructivos de este tiempo. El mensaje fue simple y directo: no a la intolerancia, sí al respeto al que piensa diferente; no a las antinomias, sí a la pluralidad; no a las peleas personales, sí al debate, con pasión, de las ideas.

Claro que tras esto se imponen varias preguntas:

¿El mensaje será comprendido?

¿La comprensión, si existe, cuánto durará?

¿La semana que viene, se acordarán los dirigentes del legado de Alfonsín del que todos han hablado?

---

<sup>83</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

<sup>84</sup>Periodista.

Fue un muy buen gesto de la Presidenta el abrir su alocución por la cadena nacional desde Londres, destinada a memorar la gesta de Malvinas, con su recuerdo de homenaje a la figura del ex presidente muerto. A Néstor Kirchner se lo vio emocionado cuando se acercó al féretro durante el velatorio.

“Néstor estaba realmente conmovido y lo mismo me consta de la Presidenta. A muchos en el Gobierno nos sorprendió la cantidad de gente que hizo la cola para despedirse de Alfonsín y la que se desplazó hasta el cementerio”, confesaba un hombre que estuvo acompañando al Dr. Kirchner en el Congreso.

¿Modificará el matrimonio presidencial su actitud de intolerancia hacia quienes piensan distinto dentro y fuera del Gobierno?

La muerte de Alfonsín logró dos cosas casi imposibles después del 17 de julio del año pasado: una fue que la Presidenta le atendiera el teléfono a Julio Cobos y dialogara con él. Las fuentes coinciden en señalar que fue una conversación breve y con una actitud glacial de parte de la Dra. Fernández de Kirchner, quien no logró entender el significado institucional del gesto del vicepresidente. Cobos podría haberse ahorrado el llamado ya que, estando a cargo del Poder Ejecutivo, tenía toda la potestad para disponer la ejecución de los procedimientos legales y administrativos de uso y costumbre en estos casos. Sin embargo, actuó con tino y no dudó en darle el protagonismo de preeminencia correspondiente a la jefa de Estado.

Fue una buena actitud de valoración de la investidura presidencial. Cobos, incluso, se ofreció a hacer gestiones ante la familia del Dr. Alfonsín a fin de postergar el funeral y, de esa manera, hacer posible la concurrencia de la Dra. Fernández de Kirchner.

El otro imposible que “generó” la muerte del ex presidente fue el encuentro entre Néstor Kirchner y Julio Cobos, quienes se abrazaron y hasta compartieron algunas palabras. ¿Comprenderán los Kirchner que, cuando dialogan con los que piensan diferente y hasta pueden ser sus adversarios, nada pierden y, por el contrario, mucho es lo que ganan?

El mensaje de la ciudadanía también fue dirigido a la oposición en la que tampoco faltan las muestras de intolerancia. Verlos caminar juntos a Cobos con otros dirigentes del radicalismo que hasta ayer lo repudiaban era una ilusión que Alfonsín no pudo ver en vida.

La vuelta de Cobos al radicalismo se da por descontada. ¿Cómo manejará esto el vicepresidente? ¿Pasará facturas? ¿Se sentirá, ahora, el dueño de la pelota? ¿Cómo abordará su particular situación institucional en el marco de la campaña electoral?

Será ésta la primera vez en la historia argentina en que el presidente pertenece a un partido y el vicepresidente está formalmente en la oposición.

¿Qué pasará con Elisa Carrió, quien siempre confesó su profundo afecto por el ex presidente del que, sin embargo, se distanció en forma irreconciliable después del tsunami político de fines de 2001?

¿Qué pasará con Margarita Stolbizer y su también complicada relación con el alfonsinismo de rancia estirpe en la provincia de Buenos Aires representado por Federico Storani, Leopoldo Moreau? ¿Cuánto pesará y cuál será el rol, de aquí en adelante, de Ricardo Alfonsín, el único de los descendientes del ex presidente que se dedicó a la política y a quien un integrante del Regimiento de Granaderos a Caballo le entregó el bastón de mando que usó su padre?

¿Qué sucederá dentro del justicialismo disidente, atravesado también por peleas de nombres y figuraciones?

¿Qué pasará con la ciudadanía, cuyo protagonismo fue clave para generar el fenómeno político que hoy está en el análisis de todos?

Y aquí vale la pena detenerse un momento.

La participación ciudadana, lamentablemente, ha venido declinando desde aquella alborada augural que, para la democracia argentina, marcó la elección del 30 de octubre de 1983.

En aquel momento, cuyo recuerdo agiganta ahora la nostalgia, hubo una magia que atravesó a la sociedad sin

exclusión de ninguna bandería partidaria. Fue el despertar de una pesadilla. Esa magia generó una idea irreal por la que muchos creyeron que con la sola pronunciación de la palabra democracia los problemas quedarían solucionados automáticamente. Esa ilusión terminó, como no podía ser de otra manera, en desilusión. La consecuencia de ello fue una paulatina indiferencia que ganó cada vez a más y más sectores de la sociedad.

Las ambiciones y falta de decencia de muchos malos dirigentes transmitieron la idea, erróneamente generalizada, de que todo en política es mugre y corrupción. Y es cierto que hay mucha mugre y corrupción, como así también hay muchos dirigentes honestos cuyos actos no alcanzan para borrar el daño producido por aquellos otros. La indiferencia de buena parte de la sociedad es producto de ese daño. Es decir que a lo malo se le ha agregado un mal aún mayor ya que, sin la participación ciudadana, será imposible crear las condiciones para vencer a estos males.

El “no te metás” siempre tiene efectos nefastos, generando desde dictaduras hasta las condiciones óptimas para que cuanto corrupto ande por ahí pueda hacer de las suyas sin ningún inconveniente. En general, cuando se dejan lugares vacíos, ellos son ocupados no por los mejores sino por los peores. En nuestra democracia, buena parte de la ciudadanía, con su indiferencia, ha venido dejando lugares vacíos. Y esto no es una frase hecha sino una realidad.

Tomemos dos ejemplos simples: cuando los ciudadanos se niegan a asumir su responsabilidad al ser convocados a ejercer la presidencia de una mesa en una elección, están dejando lugar para que aquellos que quieren implementar una maniobra de fraude lo hagan sin problema; cuando un ciudadano no ejerce su derecho a votar, está dejando que otros decidan por él.

El testamento de Alfonsín también incluye la necesidad de revalorizar a los partidos políticos. Este es otro aspecto crucial para el futuro institucional del país.

La crisis de 2001 arrasó con las estructuras partidarias, de las que la sociedad se manifestó hastiada. Ello quedó plasmado en el famoso “que se vayan todos”.

Es cierto que los partidos políticos tienen defectos que deben ser señalados y reprochados.

La solución a esto no es la destrucción de los partidos sino la corrección de sus defectos. No existe gobernabilidad democrática si no hay partidos fuertes. Por lo tanto, tampoco es factible la gobernabilidad democrática si hay una atomización de los partidos. Este es uno de los males que aqueja hoy a la Argentina. Una alianza, una coalición o un frente, agrupaciones muchas veces eventuales, pueden ganar una elección. De ahí a poder gobernar existe una brecha enorme. La historia de nuestro país abunda en ejemplos al respecto. En las grandes democracias del mundo, los partidos son la columna vertebral de su andamiaje político institucional. En los Estados Unidos, los dos grandes partidos –el Demócrata y el Republicano– se ven atravesados por batallas internas durísimas para seleccionar a sus candidatos; pero una vez que esto ha terminado, a través de decenas de votaciones, nadie osa romper la estructura. Aquí nada de esto ocurre. La crisis partidaria ha liquidado prácticamente el mecanismo de las internas. Salvo en la UCR, lo demás va por acuerdos de cúpulas que dejan a la ciudadanía al margen de todo. Esto debe ser revertido. En ello, la responsabilidad dirigencial es mayúscula y la participación ciudadana, esencial.

En la presidencia de Alfonsín hubo muchos hechos contrastantes. En el haber están el juicio a las juntas militares, la solución pacífica del dramático diferendo limítrofe con Chile por las islas del canal de Beagle, el plan de alfabetización premiado por la UNESCO, el gesto de haberle ofrecido la presidencia de la Suprema Corte de Justicia a su opositor, el Dr. Italo Luder, actitud que tuvo un solo antecedente en nuestra historia durante la presidencia de Bartolomé Mitre.

En el debe están las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, el desastroso final del plan primavera y la hiperinflación, que significaron la ruina de muchos. Y en el medio, ideas de factibilidad casi utópicas, como el traslado de la capital a Viedma, o hechos como el de su destemplado discurso desde el púlpito para refutar al vicario castrense.

Es claro entonces que la figura de Alfonsín ha emergido escindida de su gestión, cuyos errores, finalmente, reconoció.

Tal vez esto se explique por la comprensión que, en los últimos tiempos, una parte significativa de la ciudadanía viene haciendo de la importancia de las instituciones, algo que fue un objetivo primordial en la vida política del difunto ex presidente. Sin instituciones sanas y fuertes no hay República. Ese es legado del Dr. Alfonsín para “nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar suelo argentino”.

## **Alfon-cinismo<sup>85</sup>**

**Por Edi Zunino**

*Fue muy fuerte ver a Osvaldo Mércuri, veterano subcaudillo peronista de Lomas de Zamora, lagrimeando junto al féretro de Raúl Alfonsín. Fue más fuerte aún la exagerada demostración de chiquitaje político de Néstor Kirchner, apareciendo en escena junto a Celso Jaque, cuyo mayor aporte circunstancial es ser el contrapeso mendocino de Julio Cobos, comodísimo en su papel de “único ganador” del velatorio.*

Fue muy fuerte ver a Osvaldo Mércuri, veterano subcaudillo peronista de Lomas de Zamora, lagrimeando junto al féretro de Raúl Alfonsín.

Fue más fuerte aún la exagerada demostración de chiquitaje político de Néstor Kirchner, apareciendo en escena junto a Celso Jaque, cuyo mayor aporte circunstancial es ser el contrapeso mendocino de Julio Cobos, comodísimo en su papel de “único ganador” del velatorio. Tan fuerte como ver a Don Néstor comparándose con Don Raúl, y quejándose de que a él no le perdonan ser tan cabrón como el líder fallecido. Pasó desapercibido lo fuerte que fue el discurso del presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Fellner, único justicialista en la nómina de oradores para la despedida oficial. Dijo el jujeño Fellner (atiendan bien):

“A los correligionarios del Doctor Alfonsín les pido que no abandonen nunca las banderas de la militancia comprometida, la honestidad intelectual y la decencia republicana. A los compañeros peronistas, les pido que redoblemos esfuerzos para lograr la concreción de la Argentina grande con que tanto soñamos”.

Parece que la honestidad y la decencia quedan para los radicales, mientras que a los peronistas les cabe la capacidad de concretar sin hacer explícitos aquellos atributos. Fue fuerte ver a tantos políticos flojos de Veraz emocionándose ante ese ex presidente que no murió en la miseria pero jamás enriquecido por la función pública.

Es fuerte ver el ascenso político de Ricardo Alfonsín, el hijo fisonómicamente más parecido a su papá, ganando la interna radical (o de lo que queda de la Unión Cívica Radical) a fuerza de pompas fúnebres. En las elecciones a gobernador bonaerense de 2007, salió cuarto detrás de Daniel Scioli (53%), Margarita Stolbizer (16,5%), Francisco De Narváez (10,2%). Pero ahora, Alfonsín.

Fue fuerte leer y escuchar a tantos medios y periodistas acongojados y pasando por alto que cuando Alfonsín andaba sobre sus piernas y gritaba desde los palcos, lo trataban poco menos que de inútil, monstruo o presidente olvidable.

---

<sup>85</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

El viejo alfonsinismo (denostado por los peronistas y desestructurado por los propios radicales tras el fracaso rimbombante de la Alianza y la implosión de la UCR durante el “que se vayan todos”) parece haber mutado en algo que suena parecido pero nada tiene que ver: el alfon-cinismo.

La diferencia entre el cinismo y la hipocresía es que los cínicos no ocultan lo que son, mientras que los hipócritas evidencian lo contrario a lo que son. El cínico es un exhibicionista de su desprejuicio. El hipócrita, un trucho.

Hubo una corriente filosófica en la Grecia del siglo V a. C. conocida como la de los cínicos. Se atribuye su fundación a Antístenes y su nombre, a un gimnasio ateniense donde la habría fundado: el Cinosagro. Los cínicos promovían “vivir conforme a la naturaleza” y así andaban por la vida, sin laburar, vestidos a lo sumo con harapos, comiendo de la basura como perros, haciendo sus necesidades por los rincones de la ciudad y explicándoles a quienes los quisieran oír (que llegaron a ser bastantes) que el secreto de la felicidad radicaba en vivir con lo puesto. A veces, eran tan violentos como animales. Provenían de las mejores familias. Las más educadas. Las más ricas.

Hubo una famosa pareja de cínicos. La conformaban Crates de Tebas y la bella y noble Hiparquia, quien aceptó sumársele pese a que él le advirtió que vivirían como perros, incluso copulando en cualquier esquina, a la vista de todos. También se les sumó Metrocles, el hermano de Hiparquia. El pibe estuvo a punto de suicidarse porque (muchachito de alcurnia al fin) no soportaba las flatulencias que le provocaba ingerir lo que otros tiraban. Dicen que Crates lo convenció de seguir viviendo tras un atracón de garbanzos en mal estado que le generaron un verdadero festival de gases que el filósofo se tiró en público. Dicen que su furioso llamado a “no tener vergüenza de nada” salvó a Metrocles.

En aquellas desvergüenzas está uno de los orígenes de la palabra cínico. Claro que el concepto actual de cinismo no alcanza a semejantes extremos. Salvo que lo tomemos como metáfora de nosotros mismos. Algunas veces por convicción doctrinaria, la mayoría de las veces por debilidad política y siempre con vehemencia, Raúl Alfonsín abogó por los consensos en busca de la unidad nacional. Digámoslo: fracasó.

La Argentina sigue rota, aunque remendada. Empobrecida, aunque la epidemia de dengue nos muestra que podría ser peor. Triste, aunque no precisamente por el adiós de un hombre de 82 años. El problema del estremecedor velorio de Alfonsín es que parece haber sido el síntoma de demasiadas cosas, todas ellas anotadas en la columna del debe.

El mejor homenaje al “padre de la democracia” sería más democracia. Una recreación plural del alfonsinismo hacia adelante. Con “s”, no con “c”. Porque el alfon-cinismo no es otra cosa que más-de-lo-mismo a paso de velorio.

## **Raúl: una memoria<sup>86</sup>**

**Por Pepe Eliashev<sup>87</sup>**

*Yo no sé si seré un iluso, me dice. Sus ojos, atravesados por una pátina acuosa apenas perceptible, me sostienen fijamente la mirada. ¿Por qué iluso? me le atrevo, y levanto la voz, quizá porque la de él suena ya un poco apagada, aunque todavía vigorosa.*

---

<sup>86</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

<sup>87</sup>Periodista.

Yo no sé si seré un iluso, me dice. Sus ojos, atravesados por una pátina acuo-sa apenas perceptible, me sostienen fijamente la mirada. ¿Por qué iluso? me le atrevo, y levanto la voz, quizá porque la de él suena un poco apagada, aunque todavía vigorosa.

Me dice que ignora ser, con respecto a ciertos deseos, "un hombre especial". De vuelta, le digo: ¿pero por qué? Porque yo no le deseo que le vaya mal al Gobierno, porque si le va mal al Gobierno, le va mal al país, replica y me deja mudo.

A él, en cambio, sí le desearon, y mucho, que le fuera mal, pero incluso en la derrota aparente, en el repliegue, al margen de la escena protagonizada por victoriosos arrogantes, él sabía que luego del dolor, sería escuchado. Y lo que se vio esta semana, lo que yo mismo pude verificar en los rostros de esos millares de desconsolados compatriotas huérfanos e inconsolables, fue redescubrir que la historia y las vidas tienen secretos y sorpresas insondables, puertas que se abren imprevistamente y llevan a senderos imprevisibles.

Como en 1983, de nuevo pareció que ahora sucedía lo que nadie había previsto y que este país ya no sería igual, luego del océano de lágrimas con que fue despedido y amado Raúl Alfonsín este abril de 2009. En ese último reportaje, que se vuelve a publicar hoy en este mismo diario, que me lo pidió cuando ya sabíamos que el ex presidente no se recuperaría de su enfermedad, Alfonsín hizo algo que me conmovió, más todavía de lo habitual. Le pidió a Margarita Ronco que yo pasara a su dormitorio y la entrevista me la dio desde su cama.

Le confié que, abajo, en la puerta, me esperaba el fotógrafo de PERFIL, pero que, la verdad, haríamos como a él le pareciera y me dijo, no, por favor, fotos hoy no. Claro, respondí, naturalmente. Me acerqué más a él, con mi silla muy pegada a la cama, advertí el importante rosario que pendía del cabezal de la cama, encendí mi grabador y comenzamos a conversar. Fue la última vez. Hace pocos días le hice llegar mi nuevo libro y tuvo el enorme gesto de agradecerme de inmediato, de su puño y letra, cuando le quedaban menos de dos semanas de vida. El mensaje me lo sé de memoria y me llegó por mail. Estaba fechado el miércoles 18 de marzo a las 13.45: "Querido Pepe: Muchas gracias por su libro. Está en mi segunda mesa de noche, la otra con los elementos necesarios a mi circunstancia. En cuanto tenga más ánimo, prometo que será el primero que lea. Y gracias en particular por la dedicatoria. Un abrazo muy grande, Raúl".

"Mi circunstancia", así llamaba él, con ironía, finura y entereza, a su larga agonía, a la que encaraba con esa espontánea tozudez que fue su marca propia.

Una vez subrayadas las gigantescas diferencias de escala entre el estadista mundial y el cronista que firma esto, me gusta decir que estuvimos juntos desde y en la indigencia. Nunca me ofreció nada. Nunca le pedí nada. Jamás entré a la Quinta de Olivos, ni con él, ni con nadie.

Lo conocí personalmente, cuando la agria intemperie argentina lo había convertido en un paria, en aquellos meses duros e inclementes que van de mediados de 1989 a fines de 1990, cuando Menem iniciaba su larga década. Por eso, su bonhomía generosa, su predisposición para respetar mis mercuriales críticas de los años ochenta, me regocijaban especialmente.

Me acompañó en las presentaciones de mis libros, en el casamiento de uno de mis hijos, o llamándose, como cuando arreció el huracán de la venganza oficial. Era dueño de un vozarrón inconfundible y a la vez entrañable. Imposible no sentirse cobijado y ennoblecido al lado suyo. Desde esos hoy remotos días de hace veinte años, hasta esta semana de muerte y gloria póstuma, me impresiona y alucina advertir ese encuentro misterioso y único, esa combinación fenomenal. Apasionado y enfático, Alfonsín nunca dejó de ser expresión profunda del ánimo componedor.

Cuando compartía con él mis acritudes ante la soberbia revanchista del kirchnerismo, de alguna ma-

nera se las ingeniaba para llevarme por senderos de razonamiento más amplio y menos virulento. Desde luego, le daba mucha bronca que voces que él quería fuesen silenciadas, pero no les daría el gusto de enojarse a los autoritarios, que no le permitieron entrar el 28 de junio de 2006 a la Casa Rosada de Kirchner para homenajear a Illia, a 40 años de su derrocamiento. Me consternaba cuando él no ocultaba sus profundas angustias. Un día antes de que Fernando de la Rúa nombrara ministro a Cavallo, Alfonsín vino a mi programa en Radio Nacional. Estaba desolado. Pero me lo dijo al oído, cuando se iba del estudio, luego de la entrevista. Es cierto, él cultivaba la discreción y las maneras contenidas. Todo en él lo llevaba a proteger sus opiniones y movimientos por temor a hacer daño. También es posible que haya sido, quizá sin proponérselo, una de esas personalidades singulares que encaran causas en solitario y recién después las explican. Es posible que estas maneras contradigan el evangelio democrático, pero quienes desde la izquierda le recriminaron esos rasgos, los admiraron en condottieri y comandantes guerrilleros que nunca consultaron nada con nadie para tomar decisiones centrales. Pude alguna vez decirle que, por razones generacionales, yo no padecía como una carga obsesionante el temor de ser llamado gorila, porque no me consideraba radical. Yo pasé brevemente por ahí en los setenta, doctor, en la Jotapé, le explicaba, no me convenza de algo en lo que no siento culpa. Y, sin pausas, arremetía con mi mirada más dura y dolida por los abusos y los desplantes de ese peronismo que él conocía y había sufrido, pero en el que privilegiaba lo social, para aventar los fantasmas de la desunión nacional. Ante dirigentes políticos nacionales manifiestamente iletrados, toscos y hasta de pésima dicción, en él me deleitaba su pasión por los libros, su respeto sacro a la cultura, su propia y conmovedora humildad cuando se quemaba las pestañas preparando sus cursos, leyendo a los clásicos, dando clases de Derecho Político. Eso me fascinaba sin límites: este hombre les rendía culto a las ideas y se manejaba con una modestia demasiado brutal como para ser artificial.

Hay intrincados vericuetos en los meandros zigzagueantes de la historia de las naciones. Eduardo Fellner en el Congreso y Antonio Cafiero en la Recoleta se asumieron, en delicadas notas de despedida, como dos peronistas arrasados de admiración por el espectáculo popular del homenaje espontáneo a Alfonsín.

Un tipo complicado este Alfonsín: el cáncer le sacó tarjeta roja. El se fue, o hizo que se iba. Guiñaba un ojo al retirarse, como quien sabe que no está muerto quien pelea. Por culpa de él, quise mucho más a la Argentina esa tarde fulera, cuando lo dejamos a Raúl en la Recoleta.

## Milagro en Argentina: el muerto habló<sup>88</sup>

Por Esteban Peicovich<sup>89</sup>

*Para el escritor, Raúl Alfonsín cumplió su último servicio republicano en el mismo país tribal que le impidió gobernar.*

Milagro en la Argentina. Murió Alfonsín y en acto más que mágico la población comenzó a oír su voz. El muerto habló. Y se lo escuchó con tanta unción como al menos una vez. Aquel 1983 en el que sus manos empalmadas fueron el icono triunfal de otra resurrección. La de todos. Este segundo milagro

---

<sup>88</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>89</sup>Poeta y periodista.

prueba que el fervoroso líder acabó más político que nunca. Y que como el Cid, venció después de muerto. Cumplió así su último servicio republicano al mismo país tribal que le impidió gobernar.

El toquecito de la Parca unido al julepe genético que subyace en los pliegues del ser nacional, hicieron posible sucediera el asombroso acontecimiento de que RA (desde el otro mundo) le hablara otra vez la Argentina. Sin cabrearse ni pontificar, como solía. Con solo descansar mudo (y enorme) en éfetro que más que cajón de regreso fue palco desde donde renovó su mensaje. Les zamarreó la memoria. Les removió la conciencia. Les avivó la antigua emoción.

Bastó se lo expusiera mortal al alcance de ojos y de manos para que descubrieran el tamaño de finado colectivo que perdían. Alfonsín volvía a ser Alfonsín. La orfandad (otra vez) rasgaba las placas de mica de la historia argentina. Salvo en Chascomús, poco se oía su nombre ya en retiro. Pero hubo milagro. Ni en tribus africanas pasa esto de que uno de sus ancianos notables provoque tamaña conmoción por morir. Aquí sí, porque usos y costumbres instalaron triste moda.

La del vive y jódete, y llegado el muérete, lagrimitas de culpa, profusos obituarios salidos de vaina y el repentino cagazo ante el hecho de quedarse sin guía. Fatal síndrome local. Señorío de la muerte. Vida en vasallaje ("Que vachaché"). Así somos. De vuelo bajo y evitar toda metáfora. Cuánto más crudo mejor. Algo más de 24 horas duró este insólito recupero del sentido común argentino. Tanto, que hasta Kirchner abrazó a Cobos. (sic) Acabado el ritual, meeting marketinero (de los conocidos de siempre) urdió la infamia de aprovechar el milagro y la inercia filial de que alguien se llamara Ricardo Alfonsín. ¿Qué recibió un mandato? Eso no lo creen ni los carmelitas descalzos.

Ni los ex correligionarios (que pocos genuinos quedan) pues, como se sabe, en el país hasta los radicales son peronistas. Estas mutaciones no son raras. Tampoco el milagro de Alfonsín resurrecto. Desde siempre, la historia argentina ensambla en la fabulación monstruosa de Shakespeare. Quien la recorra verá que fue desarrollándose de modo caníbal. Desde su Mayo matriz hasta hoy, creció a golpes de ciego, «rempujando no más...».

Tanta grosería social nos llevó a producir barbaries en serie y odiosos extremos. Morenistas y saavedristas, unitarios y federales, crudos y cocidos (sic), gorilas y descamisados, y así hasta la hecatombe del genocidio. Si en lo privado somos Hamlet, en lo público nos place más ser Macbeth. Desde hace un tiempo el más insólito de ellos aboga con desaforado discurso por la ideología de «el sonido y la furia», que como se sabe, es el ambiente desde el cual un idiota nos cuenta la vida como pesadilla.

Pero allá él. Que como sociedad hayamos pasado de «la sumisión vertical» a «la duda perpetua», del «ordénese y cúmplase» al ruego de...» supone una esperanza. Y el milagro de la resurrección de Alfonsín también. Es la sombra del padre la que ve Hamlet animándolo a meterse en la trama, buscar justicia, actuar. Quizás no hubo ni velorio ni entierro de Alfonsín, sino esa Sombra. Y que la vimos todos. Vaya milagro.

## Inolvidablemente<sup>90</sup>

Por Magdalena Ruiz Guiñazú<sup>91</sup>

*La periodista escribe sobre el fallecido ex presidente Raúl Alfonsín, "el hombre que abrió las puertas de la libertad y nos devolvió el Estado de Derecho".*

---

<sup>90</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>91</sup>Periodista.

Y el país se conmovió. Más allá de lo que puede esperarse de la muerte de un hombre público, la desaparición de Raúl Alfonsín vino a desnudar un fenómeno que, probablemente, sus contemporáneos no esperábamos. Y me explico: en un mundo como el político, generalmente considerado a través del escepticismo, aparecieron los jóvenes.

### **De distintas generaciones**

Los que explicaban: "Yo lo estudié en Historia" y, también, en boca de otros, la confesión (que escuchamos con profunda atención) de no haber nacido aún en aquel tiempo pero, igualmente, querer ofrecer un último saludo a Alfonsín.

¿Por qué, entonces? ¿Por qué las esperas interminables ante el Congreso? ¿Por qué caminar bajo la lluvia en un entierro? ¿Por qué honrar hasta las lágrimas a un "animal político" perteneciente a una clase que, en Argentina, no goza de mayor estima?

Las respuestas terminan sintetizando un pensamiento tan crítico como reconfortante. Ante los restos de un hombre que lleva sobre el pecho una banda presidencial de colores ligeramente desvaídos por 25 años de tiempo, lo que se está honrando con la espera de una larga fila, una mano que saluda, un beso que se envía a lo lejos, muchas lágrimas y amor, es ni más ni menos que aquello que llamamos "un hombre honesto".

### **Una persona de principios.**

Un buscador de diálogo sin descartar los enojos y un valiente que sabía, por ejemplo, del riesgo que corría al defender presos políticos durante la dictadura.

Sin duda, el hombre que abrió las puertas de la libertad y nos devolvió el Estado de Derecho.

Un hombre que cometió errores y al que le tocó gobernar con infinitas dificultades. Militares al acecho, sindicalistas dispuestos a destruirlo, una economía en peligro de constante colapso.

Decíamos que se está honrando a un hombre honesto y valiente que muere en su casa, con su modesto patrimonio al resguardo de cualquier sospecha, un entorno transparente y una vida atormentada por el ideal de construir un país que parece condenado a temblores y vaivenes. Y esto es probablemente la mejor lección de Historia para las nuevas generaciones y un bálsamo para los que a veces pensamos que nuestros valores han dejado de ser reconocidos.

### **Le debemos muchas cosas a Alfonsín.**

Una noche inolvidable. La del 30 de octubre de 1983, cuando volvimos a las urnas que un perverso había supuesto "bien guardadas".

También esto es Historia.

Las calles se poblaron de gente. La radio y la televisión empezaron a lanzar sus números. Para los jóvenes, claro, resulta pintoresco que se escrutaran mesa a mesa los resultados pero lo cierto es que el aire se pobló de anuncios: cinco mesas de Córdoba, diez de Buenos Aires, una de Tierra del Fuego...

Una noche inolvidable, insisto. En el viejo estudio de Radio Continental José Ignacio López, Ricardo Oliver y yo misma bebíamos los números que iban cayendo en las planillas. Nos secundaban dos chicos muy jóvenes: Edgardo Alfano y Eduardo Aliverti, y también, a medida que crecían los rumores, comenzaron a llegar colegas y amigos que no podían esperar tranquilos en sus casas el monótono conteo que los fiscales controlaban férreamente.

Mucho se había temido no llegar a ese 30 de octubre. Por lo menos a mí me llenaba de zozobra la sospecha de que fuerzas en la sombra pudieran intentar una última maniobra desesperada. Cuando el organismo se acostumbra a respirar dificultosamente, resulta casi un imposible aceptar que, de allí en más, el aire entrará libremente en nuestros pulmones.

También en el búnker de Alfonsín, instalado en Boulogne, en la quinta cedida generosamente por Alfredo Odorisio, el aire nuevo repiqueteaba incesantemente en los teléfonos.

Según testigos presenciales, quien no perdió la calma fue el propio Alfonsín. A media tarde decidió dormir una buena siesta, cosa que hubiera resultado imposible para cualquiera en esas circunstancias. Sin embargo, el futuro presidente no se dejó vencer por una ansiedad lógica y fue necesario advertirle, golpeándole discretamente la puerta, que le convenía despertarse pues estaba ganando las elecciones.

Mientras tanto, en el estudio central de Continental, José Ignacio López (que luego se convertiría en su leal y admirable vocero) consultaba encuestas y reclamaba nuevos números.

Finalmente, a las dos de la madrugada, logramos comunicarnos con el búnker de Boulogne y la voz gruesa y profunda de Alfonsín rompió la calma expectante con un "sí, parece que estamos ganando...". Lo demás es Historia. Alfonsín llegaba al poder absolutamente decidido a investigar los crímenes atroces cometidos por la dictadura y llevar a juicio a sus directos responsables. Había una férrea decisión de no aceptar la autoamnistía con la que soñaban los militares. Uno de sus primeros actos de gobierno fue, entonces, constituir la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas presidida por Ernesto Sabato con la misión de elaborar el informe que se elevaría luego a la Justicia y que llevó un nombre significativo: Nunca más.

Aquellas dos palabras no eran solamente una profunda decisión. Provenían de la inscripción que, en múltiples idiomas, podemos leer, aún hoy, en la piedra de un monumento en el que se apoya una enorme corona de espinas en el campo de concentración de Dachau, en las afueras de Munich, y que hoy es un museo en el que podemos detallar las zonas más oscuras del alma humana.

Todos los que integramos la Conadep no olvidaremos nunca lo que significa abrir la puerta del abismo. Cuando mencionábamos recién la oscuridad del alma nos referíamos también a un descenso a los infiernos.

Alfonsín ya lo había experimentado cuando, junto con otros políticos, religiosos y padres de desaparecidos, fundó la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, un organismo que estuvo presente, activa y valientemente, en la resistencia junto a las Madres y familiares de las víctimas de aquellos años de plomo.

Lo recuerdo perfectamente encabezando marchas y firmando manifiestos en momentos, insistimos, en que estas actitudes implicaban un alto riesgo.

Y Alfonsín, también, insistió férreamente en el accionar de la Justicia. Quizás hoy no se habla suficientemente de lo que significó jurídicamente, en el mundo, el juicio a las juntas.

En los Tribunales de Roma, cuando se presentaron los casos de desaparecidos de origen italiano, en la inmensa sala de la cárcel de Rebibbia (en la que también se juzgó a los miembros de las Brigadas Rojas), el fiscal Caporale recordó que así como el juicio de Núremberg había tenido un Tribunal compuesto por los ejércitos aliados que habían ganado la Segunda Guerra Mundial y el Tribunal que, en Grecia, juzgó a los coroneles trató delitos que infringían el Código Militar, el juicio a los comandantes de las juntas en Argentina tuvo jueces, fiscales y testigos argentinos, y juzgó delitos de lesa humanidad.

Este hecho de particular importancia ha sido omitido frecuentemente en los últimos años por los que pretenden atribuirse todas las iniciativas y acciones de defensa de los derechos humanos señalando, como lo hizo el ex presidente Kirchner que se avergonzó en la ESMA de que "en los años de la democracia no se hubiera hecho nada por los derechos humanos".

Creo que, frente a la muerte de Raúl Alfonsín, es importante recordar que tuvo el coraje de llevar adelante ese juicio (único desde luego en América latina) y, aun cuando fuimos muchos los que no aceptamos las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, es importante recordar que, también, Alfonsín fue un hombre jaqueado por las circunstancias y que, años después, volvió a insistir en que su único objetivo fue preservar la paz y la estabilidad de la democracia que él sentía amenazadas.

## Afuera estadista, en casa “papá grande”<sup>92</sup>

Por Martín Artigas

*Raúl Ricardo Alfonsín construyó su cuadro político desde “su pago chico”, su Chascomús natal. Fue concejal, diputado provincial y luego nacional, para finalmente convertirse en presidente de la Nación. Pero, detrás de su éxito político, siempre estuvo su familia: una esposa que lo acompañó durante casi sesenta años y seis hijos. “Tengo una deuda con ellos”, solía decir el líder radical a sus allegados. Por eso, en sus últimos años se dedicó a disfrutar de su veintena de nietos y bisnietos. Ellos le correspondieron suplantando el tradicional “abu” o “nono” por el de “papá grande”.*

Una verdadera paradoja: fue la muerte la que aportó detalles poco conocidos de esa vida familiar que Raúl Ricardo Alfonsín tanto se esforzó por mantener por fuera del plano público. Así, muchos pudieron deducir que además del político honesto y con convicciones, que sus pares destacaron una y otra vez ante las cámaras, el ex presidente argentino fue, también, un hombre de familia.

Las pistas las dieron las imágenes de sus nietos y bisnietos besando y acariciando con ternura las manos del patriarca caído, que se multiplicaron durante la extensa jornada en el Salón Azul del Congreso de la Nación. Y es que, según cuentan quienes lo conocieron desde joven, el líder radical quiso compensar a través de ellos la deuda que sentía tener con sus seis hijos, los que “padecieron” la transición del abogado de pueblo bonaerense al hombre que condujo los destinos de una Nación golpeada por siete años de dictadura militar.

Casa grande. Fue el mayor de los seis hijos de Raúl Serafín Alfonsín y Ana María Foulkes, un matrimonio que vivía de la actividad comercial en Chascomús, una pequeña localidad ubicada a 120 kilómetros de Buenos Aires. De ellos aprendió, claramente, el concepto de familia tradicional que aplicó cuando decidió casarse con su “paisana” María Lorenza Barrenechea, en 1949. Ambos tenían 22 años y él estaba a punto de recibirse de abogado en la Universidad de Buenos Aires. Pero “la gran Ciudad” no estaba aún en los planes de ninguno de los dos. Por eso, luego de obtener su título en 1950, Alfonsín improvisó un estudio jurídico al lado de su casa en el pueblo. Por entonces, su primogénito, Raúl Felipe Alfonsín ya había nacido, y el flamante matrimonio se preparaba para recibir a su segunda hija, Ana María.

Un año más tarde, en 1951, llegaría Ricardo Luis, el único que seguiría, en su adultez, los pasos de su padre como dirigente en el radicalismo. La familia se completó con Marcela (nacida en 1953), María Inés (en 1954) y Javier Ignacio (en 1956), repitiendo el modelo de familia de ocho integrantes en la que él se había criado.

Jorge Francisco Nimo fue testigo de esos primeros años de Alfonsín al frente de una familia numerosa. “Lo conocí en 1957. Yo recién terminaba el secundario y él necesitaba alguien para su estudio jurídico que escribiera a máquina, que fuera de confianza, y terminé forjando una amistad de años con Raúl”, contó en diálogo con PERFIL. “El estaba a punto de ser electo como diputado nacional por el radicalismo, pero procuraba que su familia lo viviera con normalidad”.

Sin embargo, a medida que su carrera política le iba demandando cada vez más tiempo, las preocupaciones hogareñas empezaron a ganar terreno. “A veces sentía que descuidaba un poco a los suyos. Me acuerdo que me decía: ‘Tengo una deuda con mis hijos, sobre todo con el más chico’. Pero lo cierto es que él hacía tanto como podía por ellos, y se preocupaba especialmente porque no les faltara nada”, aseguró Nimo.

**Legado.** Dicen que, una vez retirados y libres de preocupaciones, los hombres suelen forjar con sus nietos una relación mucho más cercana y cariñosa que la que pudieron generar con sus hijos en su momento.

---

<sup>92</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

Al parecer, el caso de Alfonsín podría ser un perfecto ejemplo de ello. Tanto que sus nietos y sus bisnietos decidieron no recurrir a los tradicionales “nono” y “abu” para referirse a su persona, y prefirieron utilizar el mucho más filial término: “papá grande”, el mismo que él había inaugurado con sus abuelos. Por eso cuentan que la trágica muerte de su nieta Amparo –hija de Ricardo Luis Alfonsín y Cecilia Plorutti, ocurrida en septiembre de 2004– fue un golpe durísimo que el patriarca nunca llegó a asimilar del todo. Aunque, como buen animal político, él prefirió seguir adelante y dejar el dolor para la intimidad. Esa intimidad que tanto resguardaba y cuyo respeto siempre inculcó en sus descendientes.

Esos principios de austeridad y discreción, sin embargo, no se tradujeron de ningún modo en apatía política. Así, mientras algunos de sus hijos son militantes de la Unión Cívica Radical –con Ricardo Luis a la cabeza, aspirante a la gobernación bonaerense en 2007–, muchos de sus nietos siguen la tradición y se declaran seguidores de la agrupación estudiantil Franja Morada desde sus democráticos espacios virtuales en Facebook.

Sigue

Su hijo Ricardo, el heredero político

Su parecido físico y su estilo para declamar le aseguraron a Ricardo Luis Alfonsín un lugar de privilegio dentro de la alicaída UCR post Alianza. Por eso, en 2007, aspiró a la gobernación de la provincia de Buenos Aires; los resultados no fueron los mejores: quedó en el cuarto puesto, con el 5,06 por ciento de los votos. Pero por la muerte de su padre, su figura se perfila ahora como la del “sucesor natural”. Maestro y abogado de profesión, el tercer hijo del ex presidente tiene 57 años, está casado con Cecilia Plorutti y tiene tres hijos: Lucía, Marcos y Ricardo. Amparo, su hija más chica, falleció el 7 de septiembre de 2004, luego de que el vidrio de una puerta del colegio porteño Jesús María se rompiera delante de ella y le produjera un mortal corte en la arteria femoral. “Son cosas que nunca se superan, pero con las que uno aprende a convivir”, asumió recientemente. El ingreso a la política fue en 1993, cuando se convirtió en convencional nacional del partido. Y, en 1999, fue electo diputado por la provincia de Buenos Aires. La explicación para ese interés tardío la encontró en el apellido: “En los 80 no participé por eso, pero ya lo superé. No es un peso ser un Alfonsín, sino un orgullo”.

Conmovidos por la movilización popular que la muerte de Raúl Alfonsín produjo, Margarita Stolbizer no descartó que el “hijo bendecido” sea la primera opción en la lista de candidatos a diputados nacionales de la UCR en las próximas elecciones.

## **“Don Raúl era un fuera de serie; me trataba como a un amigo”<sup>93</sup>**

**Por Franco Ruiz<sup>94</sup>**

*Es desde hace 37 años el portero del mítico edificio de Av. Santa Fe al 1600, donde vivía Alfonsín, y eran íntimos amigos, al punto de matear juntos. A tal punto llegó esa amistad que el ex presidente Alfonsín, junto a su mujer, María Lorenza Barrenechea, asistió a un asado en la casa del portero en Ituzaingó.*

Amigos. Una foto íntima. El día que Alfonsín cumplió 77 años y lo festejó en su casa.

Corría el 10 de diciembre de 1983. Faltaban horas para que Ricardo Raúl Alfonsín asumiera la presi-

---

<sup>93</sup>Diario Perfil (Buenos Aires, Argentina); 04/04/09.

<sup>94</sup>Periodista.

dencia de la Nación. Ya llevaba consigo la banda y el bastón presidencial y, a su lado, un edecán ultimaba todos los detalles. Pero algo imprevisto finalmente ocurrió. Alfonsín se dirigió a su casa, situada en avenida Santa Fe al 1600. Allí esperaba encontrarse con su familia. Pero la casa estaba vacía. Sus familiares estaban festejando el triunfo electoral en el Obelisco porteño.

Al único que encontró Alfonsín, en esa calurosa mañana de diciembre, fue al portero del edificio. "Me abrazó muy fuerte, y el edecán, que estaba con él, nos sacó una foto", contó Martín Rojas, de 63 años, portero del edificio donde vivió Alfonsín hasta el momento de su muerte, el martes último, a las 20.30. "¿Podés creer vos, que yo sea presidente?", bromeó Alfonsín con Rojas el 10 de diciembre de 1983. "Doctor, yo no tenía ninguna duda de que usted iba a ganar la elección", retrucó Rojas, que trabaja desde hace 37 años como portero en el edificio donde vivía Alfonsín –y donde aún vive la familia del ex presidente radical.

Según contó Rojas a PERFIL, Alfonsín era un hombre "campechano", "humilde", y con mucha energía. "Cuando se cortaba la luz en el edificio, Raúl subía los pisos por la escalera, ya enfermo inclusive", contó el portero. "No había quien pudiese frenarlo", soltó.

Hubo, sin embargo, un tiempo en que al ex presidente y caudillo radical se lo notó alicaído. "Cuando lo obligaron a dejar la presidencia, ahí se vino abajo, y andaba deprimido, pero después repuntó", contó Rojas.

"Era uno más". Para Rojas, Alfonsín era un ser único, "respetuoso", "amable con todos" y, sobre todo, "de no hacer distinciones" con la gente.

Tanto es así que Rojas contó que en los últimos meses pasaron por la casa del ex presidente distintas personalidades del mundo de la política, como el vicepresidente de la Nación, Julio Cobos; la líder de la Coalición Cívica, Elisa Carrió; Ricardo López Murphy; el titular de la UCR, Gerardo Morales, y diplomáticos y políticos de todo el mundo. "Alfonsín me los presentaba a todos, y me presentaba como su amigo", contó Rojas.

Alfonsín padecía un cáncer de pulmón con metástasis ósea. Su cuadro se complicó el domingo, a raíz de una "neumonía bronco-aspirativa", que obligó a que un equipo médico siguiera de cerca su salud. Ayer, alrededor de las 17.30, una ambulancia retiró del edificio los tubos de oxígeno que necesitaba el líder radical para respirar.

"Martín, no sé si salgo de esta", le confesó Alfonsín a Rojas, unos días antes de su fallecimiento.

## Una expresión de los valores que faltan<sup>95</sup>

Por Susana Viau<sup>96</sup>

A Raúl Alfonsín la vida le dio la oportunidad de expresar a los argentinos dos veces. La primera sucedió en diciembre de 1983, cuando una nación empobrecida, salpicada por una lluvia de sangre y vejada ante el mundo por la aventura de Malvinas llevó a la presidencia a un político tradicional convencido de la necesidad de progreso, a un cristiano practicante que le prometía el divorcio vincular, a un abogado de clase media que había defendido presos políticos, a un ex cadete del Liceo Militar que denunciaba las salvajadas de sus antiguos camaradas y se había opuesto a la Guerra del

---

<sup>95</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina), sección opinión; 02/04/09.

<sup>96</sup>Periodista.

Atlántico Sur. Alfonsín se ofrecía como la salida de aquella noche oscura que había hundido en la abyección a unos y en el sufrimiento a otros. Entonces, buena parte de la ciudadanía advirtió que la existencia de la CONADEP podía redimirla de haber sido “derecha y humana”; que la opción del Grupo Contadora la rehabilitaba del alineamiento servil –y para colmo inútil– con Washington; que esa democracia extraña, de la que nadie sabía decir si había venido, si había llegado o si había aparecido por casualidad, un buen día, se legitimaba ex post facto con el juicio a las juntas militares. La campaña electoral había estado impregnada por esa tensión: los que sabían que el patoteo sindical había estado en el corazón de la discordia se toparon con un paro lanzado por la UTA para boicotear el acto de la UCR en Ferrocarril Oeste: quienes buscaban arrancar de cuajo la simiente de la Triple A se dieron de bruces con la quema de un cajón y un eslogan, acuñado por Guardia de Hierro: “Somos la rabia”. A esa frase desdichada el abogado de Chascomús le opuso otra de efecto balsámico: “Somos la vida”.

El último acto radical, el de cierre, fue por pedido de Alfonsín en la 9 de Julio.

“¿Y si no llenamos?”, le plantearon.

“Si no lleno la 9 de Julio no puedo ser presidente”, contestó. Llenó, habló del “imperialismo que hoy puso su mano en (la isla de) Granada” y concluyó, según su costumbre, con el Prámbulo de la Constitución.

Es verdad que el mismo gobierno del juicio a las juntas iba a imponer las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final; es verdad que el proceso de movilización se amesetaba; es verdad que se resignó al fracaso de la ley sindical; es verdad que hubo una Semana Santa y un Felices Pascuas. Pero Raúl Alfonsín era hijo de las revoluciones del siglo XVIII, no de las revoluciones del siglo XX. El lunes, la noticia de su muerte propició a su gente la segunda oportunidad. Entre el llanto y el respeto, una multitud incalculable homenajeó en él dos virtudes: la honestidad y la tolerancia. Parece poco para convocar a tantos. A menos que lo que esto señale sea una aspiración, y al pesar se sume una enorme dosis de hartazgo, un malestar que no suelen registrar las agendas políticas. Parafraseando el manifiesto de la Reforma de 1918, quizá los dolores que quedan sean expresión de los valores que faltan. Una expresión de los valores que faltan

## **Muerte de un pariente<sup>97</sup>**

**Por Reynaldo Sietecase<sup>98</sup>**

Es como si se nos hubiese muerto un pariente. Un tipo con el que nos alegramos y nos enojamos. Un tipo al que le creímos. Un tipo al que puteamos. Un tipo al que respetamos. Testarudo y apasionado. Un tipo honesto. No voté por Raúl Alfonsín. En 1983, nosotros queríamos más. Militábamos en la universidad y debutábamos en las urnas. El candidato radical nos parecía demasiado moderado. Arcaico en sus maneras de convocar a la población recitando el preámbulo de la Constitución. Nuestro candidato era Oscar Alende (“Alende no se vende”, ¿te acordás?). El Bisonte no sólo hablaba de derechos humanos, proponía reforma agraria y fustigaba a los monopolios. Pero, sorpresas te da la vida, el fun-

---

<sup>97</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina), sección Opinión; 02/04/09.

<sup>98</sup>Periodista.

dador del Partido Intransigente terminó con los años apoyando a Carlos Menem. Como miles de argentinos que no lo habían votado, igual me alegré con su triunfo. Algo de todo eso nos pertenecía. Además, Alfonsín prometía juicio y castigo. Y cumplió: los comandantes fueron juzgados. En eso superó nuestras expectativas de máxima. El mejor Alfonsín puede sintetizarse en una idea: "Nunca más". También se cruzó con la Sociedad Rural y con la Iglesia católica. En esos casos, su carácter de mierda era una fiesta. Después volví a enojarme en la Semana Santa del 87, cuando dijo que la casa estaba en orden y no lo estaba. Y vinieron las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Yo ya me había hecho periodista, pero con Alfonsín era difícil mantener la objetividad. Le recriminamos esos gestos "de debilidad" cada vez que pudimos. El defendió sus decisiones más polémicas en nombre de la paz social y la estabilidad democrática. Llegó a impulsar dos ideas luminosas: la integración latinoamericana y el traslado de la Capital Federal. De hecho, el Mercosur es la única política de Estado que la Argentina mantiene desde hace veinte años. Siempre mantuvo sus convicciones y aceptaba los costos políticos de sus actos. Aunque no le gustaban las críticas, entendía el diálogo como necesidad democrática, no como una concesión.

Pactó con Carlos Menem y sumó más cuestionamientos. Luego impulsó la Alianza. El resto es historia conocida. Vio la explosión de la UCR y apoyó los intentos actuales de reconstrucción Aprendió. Dijo en la Casa de Gobierno cuando instalaron un busto con su imagen: "Sigan ideas, no sigan a hombres; ése fue, es y siempre será mi mensaje a los jóvenes. Los hombres pasan o fracasan". Los hombres pasan o fracasan. Lo escuchaban Néstor y Cristina Kirchner. Pasar, no triunfar, debería ser la máxima aspiración para un demócrata. Pasar, para recién después buscar algún lugar en la memoria popular. Se murió un pariente al que será difícil olvidar.

Deja un legado valioso. Se puede ocupar cargos sin enriquecerse. Se puede llegar a la función pública para servir y no para servirse. Se puede ser presidente para acertar y también para equivocarse. Hacer política vale la pena.

Muerte de un pariente

## **La reacción popular es un claro mensaje político<sup>99</sup>**

**Por Luis Alberto Romero<sup>100</sup>**

Surge en mí un dilema al tener que referirme a Alfonsín, porque podría hacerlo desde la simpatía que le tengo y le tuve, pero lo haré desde el lugar del historiador. La reacción popular es un claro mensaje político. Un mensaje que articula una variedad muy grande de formas e intereses sociales. Un mensaje, que deriva de la forma de pensar que tenía Alfonsín: la democracia –republicana y deliberativa– es el mejor modo, el más sano, de resolver los conflictos sociales. Quizá sea muy pronto para poder entender todo lo que generó en la gente y en el mismo mundo de la política la muerte de quien fue –vale decirlo– el padre de la democracia. Todos sabemos que cuando alguien muere sea un familiar o una persona política y pública se generan momentos de una emotividad muy intensa. Pero, como dije, es pronto porque habrá que ver si además de emociones intensas son emociones que perduran en el tiempo. Hecha esta aclaración es preciso afirmar que la reac-

---

<sup>99</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina), sección Opinión; 03/04/09.

<sup>100</sup>Periodista.

ción fue sorpresiva y que puede ser leída como una valoración más justa sobre la figura de Alfonsín. Una valoración que llegó a su punto justo luego de haber tendió en la opinión pública muchos distintos momentos: algunos de altas y otros de bajas. Es muy difícil diferenciar si la reacción popular está relacionada al gobierno de Alfonsín en sí mismo o a lo que vino después. A mí entender, tiene que ver con las ilusiones propias de la democracia. Ilusiones que generó el gobierno de Alfonsín y otras que se siguen generando. Ilusiones, además, que han devenido en insatisfacciones. Alfonsín hizo mucho, y dejó mucho por hacer. Eso hace que haya insatisfacción con el pasado, pero también con el presente. En cuanto al legado, no es automático. Existe una incitación a volver al trabajo tan dificultoso que implica la construcción de las instituciones democráticas. Aunque esta vez, quizás, sin hablar de la panacea que se habló en aquella época y con horizontes más cercanos. \* Historiador La reacción popular es un claro mensaje político.

## **Flor de espónsor, la muerte<sup>101</sup>**

**Por Américo Schwartzman<sup>102</sup>**

“No hay cosa como la muerte para mejorar la gente” escribió Borges en una de sus letras “Para las seis cuerdas”. Tenía razón. Y en este caso, no sólo ha mejorado al ilustre muerto. La muerte de Alfonsín ha mejorado a mucha de la gente que lo combatió denodadamente, que recién ahora parece haber comprendido la estatura de este dirigente político, ser humano al fin con sus flaquezas y grandezas. Cada uno tendrá su balance de esta figura de la política nacional, que entendió qué quería la sociedad y la ilusionó como nadie con su “tercer movimiento histórico”, y cerró su participación en la vida institucional desilusionándola hasta el caracú. Eso sí: nadie podrá insinuar siquiera que haya sido deshonesto o calculador. Hasta sus últimos minutos hizo política convencido de lo que hacía. Y muchos que fueron pestíferos con su accionar lo califican en estas horas como “padre de la democracia”. Oh, la muerte, esa gran embellecedora. Algunos de los despiadados peronistas que lo calificaban con malicia como “alfoncinismo” en los 80, que le hicieron 14 paros o que lo acusaban de “vendepatria” y sutilezas por el estilo, fueron después los máximos alcahuetes del menemismo. Radicales de pura cepa que lo corrían por izquierda terminaron siendo claves para que un conservador anodino como De la Rúa fuera su sucesor. De la derecha no vale la pena hablar. Si Kirchner le parece “zurdo”, Alfonsín era la encarnación del marxismo, su “patota cultural” era una pesadilla, con su canciller Dante Caputo que quería mezclar a la europea Reina del Plata con “la negrada” del planeta, con ese Tercer Mundo sudoroso y oscuro. Lo afirmó Horacio Buscaglia, poeta montevideano, respecto de su amigo Eduardo Mateo: “No hay mejor espónsor que la muerte”. Quizá todo esto ha hecho entender a algunos cuánto pudieron haber contribuido a la consolidación de esta democracia medio renga, medio boba, que todavía busca su camino, 26 años después, y que acaba de perder a su primer presidente. Flor de espónsor, la muerte

---

<sup>101</sup>Diario Crítica de la Argentina (Buenos Aires, Argentina), sección Opinión; 03/04/09.

<sup>102</sup>Periodista.

## Aquel Alfonsín<sup>103</sup>

Por Eugenio Paillet<sup>104</sup>

-Y, Doc?

¡Trece nueve! El doctor Liceaga, el médico personal de Raúl Alfonsín, cumplía el ritual de cada mediodía frente a la Sala de Periodistas de la Casa Rosada: informarle a los acreditados la presión arterial del presidente. Un ritual que se había convertido en costumbre, pero que todos esperábamos como si fuese la primicia de cada día. Por detrás de Liceaga pasaba Ramón Gómez, el valet de Alfonsín, con el traje habano colgado de una percha. Iba a la sastrería a darle una pasada de plancha para sacarle las arrugas de la mañana, y acondicionarlo para las audiencias de la tarde. A esa hora, enfundado en su pijama celeste, Alfonsín se recostaba una horita en un diminuto dormitorio que le habían acondicionado al lado del despacho. El sueño seguramente lo ayudaba, según él mismo después confesaría, a olvidar el paupérrimo y frugal almuerzo al que lo sometía una dieta rigurosa para bajar de peso. "Es que soy un gallego cabrón", se definió a sí mismo una vez que le preguntamos por algunos raptos de furia apenas contenida con sus colaboradores cuando las cosas no se hacían como había pedido. Sus colaboradores decían que en realidad lo sacaba de quicio el jamón crudo con queso descremado, acompañado por un insoportable vaso de agua, que le imponían cada día como almuerzo. Años después, en rigor a mediados de 2007, lo veríamos desquitarse durante una cena a la que había convidado a aquellos periodistas con los que compartió sus casi seis años de mandato, por gestión de "Nacho" López, su vocero de entonces. Comió bife "doble caballo", con papas fritas y huevos. "¿Pero doctor, no es que usted tiene que cuidarse?". "Pero m'hijo, por favor, ya me cuide bastante", se atajó. Se negó ofendido a que los cronistas nos hiciéramos cargo de la cuenta. "Yo invité y yo pago", ordenó. Pero no pudo: el mozo le trajo de vuelta el dinero y la boleta. "La casa invita", lo agasajó.

Aquel Alfonsín austero y respetuoso hasta la médula de la burocracia y de los dineros del Estado protagonizó una anécdota que lo pinta. Liceaga le recomendó que se construyera un sauna en Olivos, para ayudar a la dieta. Alfonsín le encargó a su secretario general que iniciará el trámite administrativo para conseguir la plata, pese a que contaba con fondos reservados sin rendición más que holgados. Cuando se fue del gobierno, todavía no había conseguido la última de las firmas que hacían falta para librarle el cheque.

Aquel Alfonsín era el que a sabiendas de que su amigo Julio María Sanguinetti carecía de avión para trasladarse a las varias cumbres que anualmente se realizaban en el exterior, se ofrecía gustoso a parar en el aeropuerto de Carrasco para recogerlo, y después traerlo de vuelta, aunque funcionarios y periodistas que acompañábamos en esas giras protestásemos por la escala en Montevideo. "Nacho" López tuvo que batallar duro para convencerlo de que era necesario hacer una escala en Papetee, después de un torturante viaje a la República Popular China, que de ida insumió 52 horas de vuelo sólo con escalas técnicas para reaprovisionar, por su rechazo a las eventuales críticas de los diarios a un supuesto despilfarro de plata. Aceptó de mala gana, aunque después, como buen bonachón que era en el fondo, hasta se permitió un chapuzón en el mar para que los fotógrafos pudiesen retratarlo en traje de baño.

El vetusto Boeing 707 que era el Tango 01 de entonces, comprado de segunda mano por Isabel Perón a Richard Nixon, tenía en la parte delantera, al lado de la cabina de los pilotos, una cucheta mínima, cubierta con una cortina color gris. Era "el dormitorio" presidencial. Alfonsín siempre se las ingeniaba

---

<sup>103</sup>Diarario "La Nueva Provincia" (Bahía Blanca, Pcia. Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>104</sup>Periodista.

para galantear y cederle el privilegio a alguna de las damas que viajaban en el avión. El se quedaba en su sillón símil primera clase, leyendo o escribiendo.

Su despacho, y el de José Ignacio López, en la medida de los tiempos propios de la gestión, siempre estuvieron abiertos para los periodistas acreditados. En uno de esos últimos encuentros, cuando la decisión de traspasarle cinco meses antes el poder a Carlos Menem se cernía sin remedio sobre su humanidad, apretó varias veces la botonera que tenía sobre el escritorio para llamar al office y pedir café o té. "¡Cómo será que ya ni los mozos me atienden!", soltó, resignado, entre risas generales.

La última vez que lo vimos, hace unos meses, fue en su departamento de la Avenida Santa Fe. Fue durante un reportaje para "La Nueva Provincia". "¿Y doctor, cómo va la presión?", preguntamos a modo de saludo y para romper el hielo. "Ah, ¿se acuerda? Y, siempre trece - nueve.", devolvió junto al apretón de manos.

Eugenio Paillet/"La Nueva Provincia"

## La consagración a la política<sup>105</sup>

Por Mario Wainfeld<sup>106</sup>

*Raúl Alfonsín, el militante tenaz, el político apasionado, el primer presidente tras la dictadura. El recuerdo de un hombre respetado y discutido que dejó su marca en la etapa democrática que se iniciaba en el '83.*

Fue jefe de una tenaz minoría progresista dentro del radicalismo durante años. Tuvo digna conducta contra la dictadura y rayó alta su presencia en la APDH. Fue congruente con ese pasado cuando llegó a la Casa Rosada. Ganó la mayoría en la UCR y la presidencia en campañas inolvidables, bañado en multitudes. Recuperó el verbo político, se colocó a la vanguardia en la lucha por los derechos humanos, poniendo en el banquillo a las cúpulas militares. Se hizo centro de la política durante un buen trienio, sus adversarios debieron replicarlo para hacerse competitivos. Dos récords se lleva: le cupo ser el primero que batió al peronismo en elecciones presidenciales libres y más tarde el primer mandatario democrático que entregó la banda a un dirigente de otro partido. Acaso como nadie llenó la Plaza dos veces con muchedumbres multipartidarias, en ambas ocasiones las defraudó. Exaltó la democracia con palabras inolvidables, también consagró las "Felices Pascuas". Cedió ante los carapintadas, firmó las leyes de la impunidad. Coqueteó con la hegemonía, concertó el Pacto de Olivos y la Alianza. Prometió un sistema durable y eficiente, terminó envuelto en la hiperinflación y la anomia. Amaneció peleando contra las corporaciones, más adelante transó con ellas, sin mayor fortuna. La gestión del Estado no fue su fuerte, un síndrome radical: para peor le cayeron tiempos difíciles. Llevó a su partido, la novia de sus ojos, más alto que nunca y acompañó la mayor caída de su historia.

La mera enumeración previa, que se tratará de ampliar y hacer más cartesiana en las líneas que siguen, habla de un personaje de primer rango, en las maduras y en las verdes. No sería serio, ni justo ni interesante pretender describirlo en cuatro palabras o en un título.

---

<sup>105</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>106</sup>Columnista del Diario Página/12.

De la primavera al Plan Austral: La campaña del '83 y su desembarco en el gobierno resultaron sus horas más gloriosas. Sintonizó las ansias de una sociedad herida, encerrada y privada de libertades básicas. Orador formidable y fogoso, enunció las menciones necesarias: la exaltación de la vida, la promesa "con la democracia se come, se educa, se cura", el reproche a todo tipo de autoritarismo. La ilusión se palpaba en las calles: afiliaciones masivas, concentraciones de decenas o cientos de miles de argentinos esperanzados. Construyó su triunfo interpelando a una mayoría social amplia, ganó hasta en la provincia de Buenos Aires, fue plebiscitado.

Conservó el impulso triunfal hasta fines del '85, redondeando. Se quiso comer la cancha, plasmar y conducir un tercer movimiento histórico, superador del justicialismo y del radicalismo. "Por cien años más", coreaban sus partidarios. La reforma constitucional, el traslado de la Capital a Viedma eran parte de esos sueños fundacionales que se fueron diluyendo cuando encontraron resistencia, fuera y dentro de su coalición inicial.

En el primer tramo, dispuso la investigación de la Conadep y el Juicio a las Juntas. Su propósito inicial –que los tribunales militares juzgaran a los represores– fue desbaratado por la solidaridad entre los uniformados. Todavía duraba la buena estrella: ese error de diagnóstico ayudó a que la Cámara Federal tramitara esa causa ejemplar, un hito imborrable.

En su arrebató inicial quiso reformar el régimen sindical, mediante la llamada ley Mucci. Le fue un búmeran, perdió apenas la votación en el Senado y consiguió la reconstitución del peronismo cerrado en defensa de la CGT. Una digresión breve: es tentador buscar un paralelo con lo sucedido décadas después con las retenciones móviles.

A medida que rodaba la gestión de gobierno se fue percibiendo la insuficiencia (si no la pobreza) de su diagnóstico sobre la coyuntura y sus eventuales soluciones. No bastaba el ímpetu democrático para relanzar la economía y abrir las ventanas de las fábricas. El peso de la deuda externa, el ancla del déficit, los cambios estructurales fueron subestimados en campaña y en los pininos de su mandato. Tampoco había noción del fin de un ciclo económico, que (simplificando mucho) corrió entre 1945 y el Rodrigazo de 1975. La pesadilla de la dictadura acaso camufló el final de un modelo que no se podía regenerar, en promedio estimado por radicales, peronistas y desarrollistas. Esa perspectiva angostada no era exclusiva de Alfonsín, de lejos el primus inter pares: era una carencia común de la clase política, frizada largo tiempo, lanzada al ruedo de sopetón por la catástrofe de Malvinas.

Su primer elenco de gobierno fue tropezando con un universo que no entendía del todo. Alfonsín, igualmente, mantenía el centro del ring. Confrontaba con las corporaciones, discutía de cuerpo presente con los que lo rebatían: se encaramó a un púlpito para regañar a un cura, lo refutó a Ronald Reagan en el corazón del imperio. Con el índice en ristre, ceñudo e implacable, reivindicaba ser la izquierda posible. Había que ver lo que decía el establishment sobre él, en aquel olvidado entonces. La economía se le pialaba, la inflación galopaba. El peronismo renovador se hacía cargo de su innovación republicana, era su victoria pero le restaba originalidad. Saúl Ubaldini empezaba a ocupar las calles. Hubo un cambio de elenco, los compañeros de siempre relevados por técnicos más jóvenes y sintonizados con la época. La narrativa fundacional y ambiciosa, la utopía progresista, fue derivando a un relato "modernizador". La gobernabilidad, entendida como la limitación de las demandas sociales, ganó terreno. Comenzó a definirse a los reclamos como eventuales desestabilizadores: la democracia se podía poner en riesgo si abundaban los reclamos acerca de cómo se comía, educaba o curaba. Cual un disyuntor que podía saltar si se agregaba mucho voltaje.

Dos años antes de la cita más evocada, en abril de 1985, Alfonsín llamó a una movilización para alertar contra un posible golpe. Fue esa una de las Plazas más colmadas y multicolores de la que se tiene memoria. Un arco político asombroso por lo vasto lo bancó. Nada comentó él del golpe, anunció (y

pidió anuencia para) la "economía de guerra", la defraudación fue grande pero todavía no rompió el hechizo. No fue un golpe de knock out, pero sí una premonición.

El consabido plan de estabilización, el Austral, contó con apoyo sensible de la población y obró los clásicos efectos inmediatos de esos programas. Se frenó en seco la inflación, lo que pareció dar sentido a la nueva moneda. La UCR revalidó en las elecciones parlamentarias de ese año, un canto de cisne inadvertido.

En caída: Su prospecto de democracia fincaba en la civilidad y los partidos, las corporaciones eran su bestia negra. Contra la Iglesia Católica, mantuvo la lid bastante tiempo: le torcieron el brazo en el Congreso Pedagógico, por mayor organización y militancia. Pero primó sobre el oscurantismo católico cuando promovió y logró la sanción de la Ley de Divorcio, un paso enorme en la secularización y modernización de la sociedad civil.

En su fatal '87, viró su relación con las corporaciones económicas: no había podido vencerlas, las sumó a su gobierno. Los "capitanes de la industria" lograron puestos dominantes, la cúpula rancia de la CGT se quedó con el Ministerio de Trabajo. Fue un retroceso a pura pérdida: melló su capital simbólico sin compensación pragmática alguna.

En ese devenir, llegó Semana Santa. Otra vez congregó una asistencia masiva, fiel, con decenas de miles de espontáneos, de todo pelaje. Tenía a toda la sociedad y al peronismo remozado a su vera, cedió ante las demandas de los militares amotinados. Una doble duda será perenne. La más obvia, es si estaba forzado a rendirse: su entorno y él mismo siempre porfiaron que sí, que evitaron un mal mayor, que salvaron al sistema democrático. No fue ésa la lectura preponderante, ni la de este diario. Otro interrogante, quizá más táctico pero enorme, es por qué eligió, amén de retroceder, engañar a la multitud que lo vitoreaba y le ponía el cuerpo. Cuatro años atrás estaba un paso por delante del conjunto de la sociedad, el punto óptimo para un líder popular. En las Felices Pascuas, decepcionó.

Jamás se le perdonó el "doble discurso". La sociedad era, todavía, exigente, menos vencida que en el futuro inminente. Carlos Menem podría, más adelante, confesar que había roto el contrato electoral y ser reelegido.

El discurrir de la economía no lo ayudaba, el peronismo renovador le dio una paliza en las elecciones de 1987. Los años siguientes fueron tremendos, en caída libre. El gobierno se fue amoldando, sin logros palpables, a los dictados de los organismos internacionales de crédito. El contexto internacional no ayudaba, los precios de las materias primas rozaban el piso.

El gobierno perdió identidad, acechado por la malaria, la inflación y la pérdida general de rumbo. Eduardo Angeloz, un competidor interno que no le gustaba ni medio, fue el candidato. Se adelantaron los comicios para ver si se mejoraba el score, Carlos Menem ganó por goleada. Entre la anomia, los saqueos y la hiperinflación fue forzoso adelantar la entrega del mando y dejarle las manos libres para dictar las arrasadoras leyes de Reforma del Estado y de Emergencia económica. No es cuestión de quitarle responsabilidad a ese presidente y a la sociedad que lo acompañó pero el declive del alfonsinismo les hizo el campo orégano.

Un lugar en el mundo: La política exterior sigue siendo uno de sus buenos legados, en la línea de la autonomía defendida por los gobiernos nacional-populares. Argentina fue eje de una firme presencia regional en la normalización democrática de Nicaragua. Alfonsín cortó de un tajo las veleidades belicistas de militares y dirigentes argentinos dirimiendo los conflictos territoriales con Chile. Sometió a consulta popular no vinculante el tratado por el canal de Beagle, goleó a los falaces nacionalistas o dinosaurios que le hicieron frente.

Puso el cimiento del Mercosur, un proyecto inacabado y formidable, típico del último cuarto de siglo, un giro a favor de la unidad de la región.

Compañeros y correligionarios: Creyó llevarse puesto al peronismo, cuya capacidad de reconversión y adaptación le fue torciendo la mano. Desistió de su afán hegemónico e innovador y se acomodó al rol de consocio del bipartidismo. Una de las tareas comunes era ocluir el surgimiento de terceras fuerzas, aun al precio de consentir lados oscuros del enemigovio. La provincia de Buenos Aires fue el territorio dilecto de esa transacción compleja, complaciente, llena de canjes lícitos o no tanto, justificada en nombre de la gobernabilidad y de defender la organización partidaria.

Eduardo Duhalde fue el dirigente con el que tuvo más afinidades, en esa provincia y en su difuso pensamiento económico (llamémoslo) desarrollista-productivista. Lo apoyó en su gobierno provisional, al que sumó dos ministros radicales, bien plegados a la corporación militar y a la judicial que regentearon.

Con Carlos Menem cerró el círculo de socio menor del bipartidismo, al suscribir el llamado Pacto de Olivos. Otra vez eligió conceder en un trance complejo. Ese acuerdo es, a ojos del cronista, injustamente criticado por su origen secreto. Las negociaciones políticas suelen iniciarse así, nada hay de escandaloso en ello. En este caso, el producido se sometió al voto popular y la Constituyente. Fue legal y legítimo, el cuestionamiento válido es a su fondo: habilitó la concentración del poder menemista, a cambio de quedar como la oposición de su majestad.

Néstor Kirchner le llamó la atención de entrada, pero siempre le incomodó que no le prodigara deferencia. Si bien se mira, hay mucho más del primer Alfonsín en el primer Kirchner de lo que se suele aceptar en trincheras distintas, hubiera venido bien un reconocimiento del otro. Un punto alto de la injusticia fue cuando el ex presidente omitió mencionarlo en marzo de 2004, en el acto de la recuperación de la ESMA. Su punto de vista está contado con más detalle por el propio Alfonsín, en el reportaje que se publica en esta misma edición.

Luego, acompañó la candidatura de Roberto Lavagna por la UCR: evitar la consunción radical que vio de cerca en 2003 fue su última obsesión. Un peronista a la cabeza de los boinas blancas, el fin de una tradición. Alfonsín ya había consentido un ensayo general, mucho más gravoso para la Argentina, sobrevolado en el párrafo que viene.

La Alianza: El Frepaso le sacaba ventaja al herido radicalismo, pero tal vez ninguno se bastaba para remover al menemismo en 1999. Carlos "Chacho" Álvarez quiso acortar camino, lo eligió para sugerirle la formación de una coalición política. Alfonsín se prendó más de la idea que su mayor beneficiario inmediato, Fernando de la Rúa. Atisbó en la Alianza una tabla de salvación y, zorro viejo al fin, acaso intuyó la victoria en la interna abierta. Era otra ofrenda en el altar de su partido: él detestaba a De la Rúa a quien siempre clasificó como un pelmazo de derecha, con sagacidad premonitoria.

Atravesó el mandato de De la Rúa con patente incomodidad. Tenía aliados apreciados en el primer gabinete: Federico Storani, José Luis Machinea, el propio Álvarez. Pero lo desazonaba la tonalidad del gobierno, su política claudicante y recesiva. Su influencia era módica y cada vez que hablaba "los mercados" le ladraban y lo acusaban de aumentar el riesgo país, hacer bajar el Merval y exacerbar la inflación. Ninguna de esas variables precisaba su ayuda, pero el rencor del poder económico le calzaba los puntos. Fue apenas ayer, no se rememora ya.

Ante el escándalo de las coimas senatoriales, calló en ejercicio de la solidaridad corporativa. Con los nuevos gabinetes terminó su poca empatía y optó por ser orgánico antes que sincero, un tributo a la flaqueante gobernabilidad que no es sensato censurar.

Adiós: Le cupo ser protagonista y (por un entrañable rato) líder de una etapa aún inconclusa e insatisfactoria. Un referente de primer nivel, en logros, errores, recuperación de derechos y regresiones. Jamás dejó de ser un militante, un hombre consagrado full time a la pasión política, el mejor (con gran margen) entre sus correligionarios. Y no escapó a las carencias de su partido y de su época. Advenían las primaveras democráticas y transcurría, en materia económico social, "la década perdida". Esas dos

referencias ulteriores acaso circunscriban su responsabilidad en los fracasos y su participación en los éxitos, sin anularlos: el tono de época tiene su peso, que en el momento no se termina de pulsar.

¿Cómo se redondea el juicio sobre una figura central? ¿Por las grandes metas que se propuso? ¿Por sus acciones más gloriosas? ¿Por sus peores errores y defecciones? La discusión política suele elegir alguna de esas opciones, lógicas en el fragor pero incompletas.

Digamos que el apabullante relato de su trayectoria se abre a cien interpretaciones o alineamientos, también proporcionales a su entidad.

El cronista votó contra Alfonsín en el '83, se desayunó bastante pronto de que su victoria era lo mejor que pudo pasarle a la Argentina y lo escribió hace casi 25 años. Lo apoyó en las urnas en la consulta popular sobre el Beagle y le hizo el aguante en la Plaza cuando "la economía de guerra" y las "Felices Pascuas", padeció el imaginable desencanto ulterior, que lo marcó para siempre. Escribe esta columna con tristeza, sentimiento subjetivo de pérdida y respeto aunque sin renegar de las discrepancias.

El ex presidente se afilió al radicalismo a los 18 años y militó hasta dar el último suspiro. Fue un militante inculdicable, amén de un dirigente de primer nivel, un presidente ungido por clamor popular, un batallador en el llano o en la cima. La vocación política signó su existencia. Atravesó con entereza su enfermedad y murió en la casa donde siempre vivió. Por si es menester subrayarlo: todas estas referencias son elogios en la escala de valores del cronista. Los políticos democráticos de raza, aun aquellos con los que se disiente o se embronca, le caen mejor que la nueva cosecha de deportistas (fogueados en deportes individuales), empresarios ricos, hijos de empresarios ricos o gentes de la farándula que surfean en la antipolítica en pos de votos, a veces con buena fortuna.

Voló muy alto, sufrió reveses crueles. En los últimos tiempos, cuando flaqueaba su salud, recibió reconocimientos un poco tardíos pero merecidos de sus adversarios políticos. El canibalismo de la lucha política argentina es proverbial, él se ganó una tregua y algo habrá hecho para lograrla.

El cronista no cree en generalidades tales como "el juicio de la historia". La historia no es un área de consensos, desangelada: es un terreno de disputa, tanto como la política. Y luchadores-emblema como Raúl Alfonsín, como el Cid, como Perón siguen luchando después de muertos. Su legado, su mensaje serán recuperados por otros, con coherencia o sin ella, para bien o para mal. A diferencia del Cid no será ganador en una sola, última batalla: revistará en combates y aun derrotas ulteriores a su partida, tal el sino de los políticos vocacionales e incansables que la siguen peleando cuando sus cuerpos dijeron "basta".

## **La trayectoria y el legado<sup>107</sup>**

*La reflexión de políticos e intelectuales sobre Alfonsín*

### **Memoria imborrable**

**Por Antonio Cafiero<sup>108</sup>**

Por más que este desenlace era esperado, me ha causado una profunda emoción. He vivido momentos históricos al lado de Alfonsín. Conocí a un hombre excepcional para la política. Fue un hombre muy franco, muy consecuente con su forma de pensar. Fue un adversario tolerante que ha dejado una memoria imborrable por su devoción democrática y por su respeto al adversario. Fue un defensor de las

---

<sup>107</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>108</sup>Ex gobernador bonaerense, dirigente del PJ.

libertades públicas. En los '80, cuando lo conocí, me di cuenta de que era una persona excepcional. Incluso fuimos rivales pero siempre he reconocido en él su espíritu tolerante y democrático. No sólo pensaba en su partido, sino en términos del país para todos. Hemos disentido muchas veces, pero las veces en las que coincidíamos fueron muchas más de lo que la gente sabe. En el siglo XX hubo dos grandes presidentes democráticos: uno fue Juan Perón y el otro Raúl Alfonsín.

## **Respeto y amistad**

**Por Graciela Fernández Meijide<sup>109</sup>**

La primera vez que ingresé en un organismo de derechos humanos, desesperada por buscar noticias de mi hijo Pablo, fue en la APDH, y Raúl Alfonsín estaba ahí, en una época en que esa actitud no era capitalizable para ningún político. Siguió ahí en la defensa de los derechos humanos pese a que algunos de los que formaban la Multipartidaria especulaban con una convergencia cívico-militar. Alfonsín fue uno de los pocos políticos en entender que la guerra de Malvinas era una locura y que no se debía apelar más a las instituciones militares para solucionar problemas políticos. Ya en la coyuntura electoral planteó que no habría autoamnistía para los militares y eso fue decisivo en el respaldo que alcanzó en las urnas, mucho más que la quema del cajón de Herminio Iglesias. Entendió que lo primero es la vida y por eso prendió la consigna de la Juventud Radical: "Somos la paz, somos la vida". Con él se acabó la impunidad de los militares, aun con su postura de establecer tres niveles de responsabilidades. Desde los organismos de derechos humanos queríamos una comisión bicameral en el Congreso para lograr una condena moral y él logró una condena judicial, que no es del todo valorada en la sociedad, pero que no tiene antecedentes en el mundo. Alfonsín fue uno de los pocos políticos que no usaron el poder para beneficio personal. Enfrenté sus posturas muchas veces, pero siempre en un marco mutuo de mucho respeto. Por eso puedo decir que fue mi amigo.

## **Un hecho único**

**Por Fortunato Mallimaci<sup>110</sup>**

No deja de impactar la muerte de Alfonsín, el primer presidente posdictadura. Durante su mandato se juzgó a los comandantes de la más feroz represión que sufrió nuestro país, un hecho único en América latina, que abrió la posibilidad de continuar los juicios a los responsables del terrorismo de Estado. Por eso, Alfonsín fue denigrado y odiado por los sectores de poder de la Argentina. No olvidemos que se hablaba de la "sinagoga radical". Pero también fue el presidente de las "Felices Pascuas", de las leyes de punto final y de obediencia debida y del Pacto de Olivos. En definitiva, Alfonsín fue un líder político que siempre reivindicó la militancia y la práctica político-partidaria, como una forma de construir y profundizar la democracia.

## **Tiempo democrático**

**Por Edgardo Mocca<sup>111</sup>**

Nunca encontré una manera mejor de definir qué es lo que creo que significa ser un político que la figura de Raúl Alfonsín. No faltó quien le reprochara no apartarse de la política tras dejar la presidencia. Un pedido imposible: la política era para él un modo de entender y vivir la vida. Fue un agonista y al

---

<sup>109</sup>Ex dirigente del Frepaso, ex ministra de Desarrollo Social.

<sup>110</sup>Sociólogo, director del Centro de Estudios Franco Argentinos (UBA).

<sup>111</sup>Politólogo.

mismo tiempo un hombre de diálogo. Un estudioso apasionado y un hombre de acción. La democracia era para él convicción y responsabilidad. Hasta sus errores estuvieron atravesados por la estatura de lo trágico: negoció con los militares sublevados contra la Constitución y cedió la aprobación de leyes de amnistía insanablemente injustas porque prefirió los costos de la impopularidad a lo que entendía era una amenaza para la democracia hacia el futuro; pactó con Menem porque consideró preferible un mal acuerdo antes que habilitar el atropello antidemocrático que se insinuaba. Nadie puede negar que el juicio a los terroristas de Estado nuevamente abierto por la democracia argentina contra la amenaza del olvido y la impunidad es la herencia de aquel juicio histórico contra los jefes de la dictadura que impulsara como primer presidente de la recuperación democrática. Fue un patriota lúcido. Rechazó el convite autocelebratorio de la dictadura, cuando la aventura militar en Malvinas y, a la vez, no dejó nunca de denunciar la prepotencia imperial, aun en el propio rostro de uno de sus representantes emblemáticos, Ronald Reagan. Amó al radicalismo, más de lo que muchos de sus críticos consideraron razonable. Era inevitable la crítica a su pasión militante en tiempos en los que se predica la política descafeinada y la volatilidad de pertenencias e identidades. Alfonsín no estaba, como hoy se predica desde el moralismo antipolítico, más allá de la izquierda y la derecha: fue un hombre de izquierda socialdemócrata y alentó la inclusión de su partido en la agrupación internacional de esa inspiración. No lo ganó nunca la tara del sectarismo, entendía las razones de los demás y defendía las propias con la garra propia del político de convicción. Su nombre es la síntesis central de estos 25 años de democracia. Fue, entre los líderes, uno de los primeros en reconocer a la democracia como el suelo común en el que puede crecer la patria. Su triunfo electoral de 1983 inició una nueva era en el desarrollo político de Argentina. Aun en años duros y en situaciones caóticas, los argentinos no renunciamos a seguir viviendo definitivamente en un Estado de Derecho. Como sabía y predicaba Alfonsín, la democracia se alimenta de las diferencias y de las tensiones; es lo opuesto del pensamiento único, de la petulancia tecnocrática y de las apelaciones morales abstractas. Este tiempo democrático, nuestro tiempo democrático argentino, sigue siendo el tiempo de Alfonsín.

## **La ética de las convicciones**

**Por Ricardo Sidicaro<sup>112</sup>**

De trato campechano pero de la talla de gigantes, Raúl Alfonsín entró en la historia mucho antes que ayer. Tuvo la sensibilidad de captar la importancia del hecho carismático que significó el retorno a la democracia y encontró el modo justo de expresar el anhelo de la ciudadanía. Nada de la herencia institucional, económica y social dejada por la dictadura favorecía un retorno digno a la vida constitucional y todo pudo haber sido como en las transiciones anteriores y como las que iban a conocer otros países de la región. Alfonsín asumió la ética de las convicciones y nos devolvió la autoestima republicana con el Juicio a las Juntas. Aquel gran protagonismo inicial estaba destinado, como inevitablemente ocurre en la dinámica de las democracias, a quedar atrapado en las relaciones de fuerza y los dilemas de la ética de las responsabilidades. La convicción de que todo fue mejor que si otro hubiese ejercido la primera magistratura en aquellos años somos numerosos los que la mantenemos. Casi nadie se había percatado en 1983 de que la Argentina casi no tenía Estado y que esa carencia desgastaría a cualquiera que estuviera a su cabeza. La conciencia cívica y la perseverancia democrática de don Raúl, sin buscarlo, tuvieron el gran mérito de hacer creer que había un Estado. Fue esa especie de espejismo lo que estimuló a los críticos de su gestión que pedían más rigor gubernamental frente a los

---

<sup>112</sup>Sociólogo, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

enemigos del pluralismo o a los depredadores de la economía. El fin de su gobierno y la vuelta al llano, como era lógico, deterioraron su imagen. En los tiempos actuales, Alfonsín gozó del reconocido respeto de la mayoría de la ciudadanía. Cuando falleció Hipólito Yrigoyen, el diario La Prensa, con pluma infame, escribió: "Ayer murió un comisario de Balvanera que fue dos veces presidente de la Nación", pero multitudes lo lloraron en las calles. Difícilmente alguien escriba hoy sobre Alfonsín con la bajeza de La Prensa de 1933, pero es seguro que somos muchos los que lo lloraremos y lo recordaremos.

## **La tradición republicana**

**Por Ricardo Forster<sup>113</sup>**

Estamos despidiendo a uno de los políticos claves de las últimas décadas del siglo XX, un hombre decisivo en la transición democrática. Fue un político de una generación que pensaba a la política muy vinculada con sus orígenes, con sus herencias intelectuales, con sus adscripciones partidarias; no era uno de estos políticos actuales advenedizos, que se forman de la noche a la mañana. Marcó dos o tres hitos en la historia argentina. Los más importantes fueron el Juicio a las Juntas y el acuerdo de paz con Chile por el Beagle, que fue decisivo para la transición democrática. Alfonsín fue un orador extraordinario. Personalmente, para mí fue una felicidad el momento de su triunfo, en el '83. A muchos de los que veníamos de la noche de la dictadura, más allá de que él fuera radical (y yo no lo era), su triunfo nos pareció un hecho auspicioso. Cometió errores; su momento de inflexión fue Semana Santa, de ahí en más renunció a profundizar una línea democrática popular. Pero más allá de eso, y ya habrá tiempo de analizar sus equívocos, todos hoy hablan bien de Alfonsín, pero en los años de su presidencia las corporaciones económicas lo destrozaron. Y ciertas clases medias que lo lloran, despidiendo al gran demócrata, en aquellos años fueron rabiosamente antialfonsinistas y decían que con la Junta Coordinadora retornaba el comunismo a la Argentina. A Alfonsín se le hizo un golpe económico. Su caída estuvo vinculada con la hiperinflación de las corporaciones y también con la desestabilización de los sectores opositores, como el PJ. Alfonsín fue un hombre honesto en una clase política a la que no le sobran los honestos, un republicano en el mejor de los sentidos de la tradición republicana, no en el sentido que algunos le quieren dar hoy al republicanismo.

## **Una casa de luto<sup>114</sup>**

**Por Horacio Cecchi<sup>115</sup>**

A las diez menos veinte de la noche, el operativo policial de urgencia cortaba la avenida Santa Fe a la altura de Callao. Algunas discusiones, algunos que no entendían si se trataba de un piquete, y en ese caso de qué signo era, que si de los piqueteros morochos de tanto camppear o de los tostados de tanto campo. Ni unos ni otros. A esa hora, la noticia era todavía reciente y Santa Fe, a esa altura, podía darse el lujo de suponer que se embotellaba su tránsito por algún problema cotidiano. Pero en minutos, la noticia reciente ya había corrido de boca en boca, de plasma en plasma, de sms en sms, y todos sabían que Santa Fe, a la altura de

---

<sup>113</sup>Filósofo.

<sup>114</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 01/04/09.

<sup>115</sup>Columnista del Diario Página/12.

Callao, en adelante hasta Montevideo, estaba cortada. Había muerto "el padre de la democracia".

Santa Fe 1678. Encima de la galería Bond Street. La gente que empieza a agolparse en la puerta y en medio de la avenida mira hacia arriba. "¿En qué piso es?", pregunta una chica con los ojos colorados de rimmel y de restregarlos. "Ni idea, creo que el séptimo", le responde un chico que no tiene los ojos ni de rimmel ni de restregarlos. Serán quinientas personas, no más. Al principio, porque después se nota que la gente va llegando, de a poco, pero va llegando.

Hay aire raro en el lugar. "Está confirmado", dice un hombre, de saco oscuro y camisa blanca abierta al cuello. Una mujer lo abraza y llora, desconsolada. El hombre aguanta o hace que aguanta. Hace la gran Bogart con la frase "los hombres no lloran". Sobre la vereda, sentado en el piso, otro hombre, de unos 70 años, lo desmiente en un llanto desatado. Nadie se atreve a preguntarle nada. Hasta los periodistas se quedan y lo miran impávidos, incapaces de ejercer su intromisión. Como si ese llanto naciese de un profundo desconsuelo íntimo por un gran vacío que es de todos.

Muchos llevan velas. Un grupito deja las suyas sobre el asfalto. Los fotógrafos ven su oportunidad de tomar desde todos los ángulos. Un ramo de rosas cae junto a las velas. Los aplausos se desatan de pronto. Masivos, especialmente cerca de la entrada del edificio y, como un abanico o una mecha de pólvora, se expanden rápidamente hacia atrás, hacia la vereda de enfrente.

**-¿Por qué aplaude, quién está?** -pregunta el cronista a una mujer que está a medio camino, a mitad del asfalto y tratando de otear hacia la entrada del edificio, tapada por espaldas y más espaldas.

-Es Cobos -responde eufórica la mujer y cambia el clima, cambia la percepción del cronista, que empieza a ver, a imaginar aquí y allá, dueños de 4x4, las nuevas bases del campo, piqueteros-de-ruta-sin-riesgo-de-proceso.

-No, no es, es parecido -dice una amiga de la primera pero no deja de aplaudir porque "se aplaude porque es Alfonsín", explica.

A un costado está Sara o Laura, o no se entiende cómo se llama quizá porque la intimida el periodismo, quizá porque la emoción no la deja articular muchas palabras. Tendrá unos 50 años. Viste de jogging rojo y remera blanca. No hace falta preguntarle a qué partido pertenece. De la mano tiene dos perritos de esos falderos, del estilo de los de la diva de la pena de muerte, a lo mejor un poquito más regordetes, pero con su corte lanudo y blanco.

**-¿Son radicales?** -intentó una gracia el cronista.

-De la primera hora. Aki y Flash -dice y Aki y Flash miran al cronista como si quisieran explicar por qué esta noche se los ve tan compungidos.

Otro aplauso que rompe. Tampoco es Cobos. Pasa Felipe Solá. Aplauden algunos, muchos menos. La gente está en otra cosa. Del lado de Montevideo, un grupo de jóvenes (se notaba que de ese lado se estaban juntando más jóvenes que otra cosa) levanta pancartas con el rostro de Alfonsín, y levanta su cántico alusivo hacia el séptimo piso.

-¿Habla inglés? -pregunta un evidente extranjero a este cronista.

**-More or less.**

-What happened? -pregunta mientras hay gente que llora y se abraza, muchos que aplauden y otros que cantan casi al nivel del grito. Es obvio, está desconcertado.

El cronista evitará al lector la secuencia de su relato en anglosajón, que de todos modos fue comprendido por el extranjero, Frank Schipper, que no era inglés sino holandés y que estaba de viaje de exportaciones por Buenos Aires. Cuando entendió que había muerto Alfonsín, preguntó si era el presidente posterior a "the Junta" (así lo dijo, así transcribo), preguntó si era el presidente del juicio a "the Junta". Sabía de la Argentina información mezclada: por la princesa Max, por Alfonsín y por la final del '78. También él se mostró consternado.

## **RA<sup>116</sup>**

**Por J. M. Pasquini Durán<sup>117</sup>**

Durante el sexenio inconcluso del doctor Raúl Alfonsín, el Congreso dedicó muchos meses a tratar dos docenas de proyectos para reemplazar la Ley de Radiodifusión, pero no llegó a ninguna conclusión. Fue otra de las metas vacantes del gobierno que “no supo, no quiso, no pudo”, esas tres resignaciones que al final reemplazaron en el discurso a las promesas iniciales: “Con la democracia se come, se cura, se educa”. Para ser equilibrados en la evaluación de aquel período, hay que decir que coincidió con la crisis de la deuda externa, pero a diferencia del presente no había Unión Sudamericana, sino cien años de soledad para cada país que era examinado por Washington.

En verdad, la trayectoria parabólica de aquel gobierno que refundó la democracia (1983/89) no es una exclusividad, pero fue uno de sus signos distintivos. Del coraje que impulsó el juicio a la Juntas a las agachadas de las leyes de olvido, de la confrontación con la burocracia sindical peronista a invitarlos a apropiarse del Ministerio de Trabajo, de la visión límpida de una democracia para cien años al “pacto de Olivos” con Carlos Menem –resultado de una negociación entre traficantes de influencias–.

Cada uno, por supuesto, tiene derecho a recordarlo en el período y en la posición que le acomode mejor y todos son Alfonsín. ¿El defensor de los derechos humanos o el de “Felices Pascuas para todos”? Tanto uno como el otro forman al líder político, al jefe partidario, al gobernante de la “real politik”. Así es posible encomiarlo por sus ejemplos de austeridad republicana, en la mejor tradición yrigoyenista, pero esa misma convicción ¿no entraba en contradicción con los acuerdos sobre y debajo de la mesa con los caciques peronistas de la corrupción?

Como sucede con frecuencia en el país, estas horas de vigilia y velorio ponen por arriba de todo los elogios y los entusiasmos, ausentes en aquel dramático verano 2001/02, cuando rostros muy parecidos a los que en las últimas horas se asoman compungidos a las pantallas recorrían desafortunados la avenida Santa Fe “para que se vayan todos”. También la sociedad, sobre todo algunas franjas de la clase media, tiene vaivenes y contradicciones. En algún pico de esas ondas parabólicas, RA las representó como si las hubiera parido.

## **Alfonsín, Empleado del Mes<sup>118</sup>**

**Por José Natanson<sup>119</sup>**

Como el Empleado del Mes de McDonald’s, el Personaje de los Medios sonríe desde su foto congelada. A menudo es una personalidad internacional (Gandhi, el más mencionado por las reinas de la belleza), puede ser un artista (digamos Mercedes Sosa) y a veces hasta un escritor politizado (típicamente Ernesto Sabato). Entre todos sus records, Raúl Alfonsín se lleva también el de ser el primer político argentino de primer nivel convertido, por magia catódica, en un Personaje de los Medios.

---

<sup>116</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 02/04/09.

<sup>117</sup>Columnista del Diario Página/12.

<sup>118</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>119</sup>Columnista del Diario Página/12.

El Personaje de los Medios es esférico: ni una sola arista amenazante, ni un solo ángulo escondedor ni un doblez oculta segundas intenciones. Y si el Personaje de los Medios no es infalible como el Papa, sus desvíos se atribuyen a equivocaciones siempre bienintencionadas. Vive en un mundo desprovisto de conflictos, donde las buenas soluciones se encuentran en base al diálogo y el consenso, un mundo sin poder ni intereses.

Alfonsín, el Personaje de los Medios, hizo cosas extraordinarias sin pelearse nunca con nadie. Fue silbado en la Sociedad Rural porque previamente había consensuado su política agropecuaria; sufrió 13 paros generales porque había logrado concertar con el peronismo su modelo económico; le dijo "llorón" a Saúl Ubaldini porque lo quería, y tuvo que soportar una corrida financiera porque los banqueros creían en la democracia. La Iglesia aceptó de buen grado la Ley de Divorcio, el peronismo no le tumbó la Ley Mucci por un voto y hubo tres levantamientos carapintadas porque no destrató a los militares (en esta particular versión de Alfonsín, se ha llegado a decir que juzgó a los militares pero dialogando siempre con ellos).

Y para que esta breve columna no se convierta en un panegírico, digamos también que Alfonsín no impulsó las leyes de obediencia debida y punto final para salvar a su gobierno sino para salvar a la democracia, no cedió en sus convicciones cuando invitó a un representante de la vieja corporación sindical a formar parte de su gabinete y no habilitó la reelección de Menem para reposicionarse internamente ni para sellar el bipartidismo mediante módicas concesiones (el tercer senador por la minoría), sino para evitar una Constitución aún peor que la que finalmente se sancionó. Alfonsín era tan querido que no tuvo que resignarse a que Fernando de la Rúa (al que, por supuesto, siempre admiró) fuera el candidato presidencial de la Alianza, y el amor popular era tal que no perdió con Eduardo Duhalde la elección de senadores del 2001.

La apropiación de las figuras históricas es una operación política clásica y hasta legítima para dotar de cierta densidad a las ideas del presente. Desde un Néstor Kirchner que quiere conectar con la memoria del primer peronismo a un Hugo Chávez que resignifica a Bolívar en clave izquierdista (ha llegado a decir que El Libertador no fue comunista porque no le dieron los tiempos). No hay que escandalizarse ante los intentos de apropiación de la figura de Alfonsín que recorren los sets de televisión, pero asombra la liviandad con la que incluso sus protagonistas recuerdan momentos que fueron muy duros y conflictivos. Cada uno tiene el Alfonsín que quiere y sólo el tiempo dirá qué Alfonsín se merece.

## **Entre los matices de la historia<sup>120</sup> Democracia, paternidad y muerte**

**Por Eduardo de la Serna<sup>121</sup>**

Frente a la muerte, parece que todos los grises se diluyen y todo pasa a ser blanco o negro. Y reclamar derechos humanos por delinquentes asesinados es perverso, o cuestionar cosas de muertos honorables es casi criminal.

---

<sup>120</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>121</sup>Movimiento Carlos Mugica de sacerdotes en la opción por los pobres.

Murió Alfonsín, y se empiezan a escuchar todo tipo de elogios: de los sensatos, los verdaderos, los exagerados y los falsos de toda falsedad. El que más se escucha es el de "padre de la democracia". Y no se escuchan comentarios críticos, casi como si hacerlo fuera un atentado a la misma democracia. Y personalmente quisiera decir algo.

No lo voté a Alfonsín, y me angustié cuando ganó. Toda mi vida creí y sigo creyendo que los radicales hablan bien, son honestos, pero no sirven para gobernar. Y no es lo mismo ser honesto que ser ejecutivo. Esto no me transforma en abanderado del "roban, pero hacen", aunque ese dicho algo indica.

Pero debo decir que "padre de la democracia" me parece excesivo ¡y falso! La democracia fue engendrada por una larga lista de cosas: desde errores abominables de la dictadura (desde lo económico a la guerra de Malvinas), el genocidio, que traspasó las fronteras, la lucha externa e interna por los derechos humanos e incluso las luchas sindicales, políticas y sociales (la huelga del 30 de marzo de 1982, la multipartidaria, "las urnas están bien guardadas", etc.). Todo esto podría resumirse en decir "la gente", "el pueblo" o como se prefiera, ellos son los padres de la democracia.

Sin duda alguna, Alfonsín fue un artífice importantísimo en la recuperación de la democracia, pero en un primer momento la multipartidaria –conformada por el PJ (Bittel), UCR (Alfonsín, Contín), PDC (Auyero, Cerro), PI (Alende) y el MID (Frigerio, Frondizi) y la CGT Brasil (Ubaldini)– tuvo una activísima participación en dicha recuperación. Cuando ya la democracia era inminente, Alfonsín rompió la multipartidaria, porque parecía que servía a su proyecto político, como lo fue también la denuncia nunca comprobada del pacto militar-sindical. Muchos afirmarán hoy que fue lo mejor que nos podía pasar, ya que Luder no garantizaba la vigencia de los derechos humanos (había hablado de la imposibilidad de derogar la auto-amnistía militar). Es probable, aunque nunca podríamos saberlo sin entrar en política-ficción. Simbólicamente, su decisión de asumir el 10 de diciembre, día de los derechos humanos, fue impecable. E índice de lo que vendría. El juicio a las juntas militares fue un paso importante, aunque muchos creemos que no se quería pasar de allí (¿por qué el general Harguindeguy no entró en ese juicio?, ¿deudas de ex compañeros de liceo militar?). Las leyes de obediencia debida y punto final parecen demostrarlo.

El enfrentamiento a un mismo tiempo a los militares, a los poderes económicos, a los sindicatos, la Iglesia, los organismos de crédito parece una insensatez política. Los resultados parecen demostrarlo: un sindicalista terminó ministro de Trabajo, el Plan Austral y el Plan Primavera, la "tablita", los créditos del FMI, las leyes de impunidad... El poder se fue licuando a cada momento, lo que no impedía que surgieran cosas importantes: la paz con Chile y el nacimiento del Mercosur fueron emblemas de esto. Pero también lo fue la hiperinflación, lamentablemente. Y el abandono anticipado del poder.

Es cierto que después vino el menemismo, y la Alianza. Esto merecería también un análisis. La corrupción encarnada y la ineficacia e inacción personificadas fueron emblemas, pero fueron también muchos votos de apoyo (igual a ¿democracia?). Pero también de "aprender a los golpes".

En tiempos duhaldistas, Alfonsín fue senador. Y podemos recordar que fue él el fotografiado cuando ante el nombramiento de un juez decía "cajonear", y fue él quien se burló de nuestra inteligencia "explicando" que "cajonear quiere decir investigar, activar...". También fue el del Pacto de Olivos, es decir, el que cedió ante el menemismo que avanzaba impunemente contra la Constitución nacional. ¿Que en el "Pacto" logró cosas interesantes como el Consejo de la Magistratura y la incorporación de los tratados internacionales a la Constitución? No hay dudas. Y también logró el tercer senador para que el radicalismo –en vías de extinción– no desapareciera.

Se afirma que fue un demócrata. ¡Creo que es indudable que lo fue! Que fue honesto, ¡no lo dudo! Una persona de convicciones... Personalmente estoy de acuerdo con eso. Pero no me basta: eso no lo transforma, para mi gusto, en un ejemplo, o un prócer. Ver muchos infrapolíticos junto al féretro en estas horas me revuelve las "tripas políticas" (como recordar los festejos del menemismo cuando venció a Kirchner en la primera vuelta, y ver a los indeseables en el hotel Presidente).

Parece que la muerte nos transforma a todos en ángeles o demonios, y este momento tan duro parece que “ensucia” la muerte de personas como Alfonsín si se dicen palabras críticas a su persona. Murió una persona honesta, un político de raza (con sus virtudes y defectos políticos), un símbolo de la democracia. Pero no acepto que me digan que era “el padre de la democracia”, porque no lo era, no lo reconozco como “mi padre”, y quiero una democracia mucho mejor que la que él nos dejó: una democracia con la que de verdad “se coma, se eduque y se trabaje”.

## A la izquierda de la sociedad<sup>122</sup>

Por Sergio Bufano<sup>123</sup>

En los primeros años de la recién recuperada democracia, el destacado intelectual José Aricó decía a Página/12: “Alfonsín está a la izquierda de la sociedad”. Era una afirmación temeraria porque ya en esa época todos los partidos de izquierda mostraban su furia contra el gobierno elegido en 1983. ¿Era cierta esa frase? Si echamos una mirada hacia atrás, podemos afirmar que Aricó no estaba tan desacertado. Comencemos por los datos y luego veamos los supuestos. El 40 por ciento de la sociedad había votado al doctor Italo Luder, a sabiendas de que el Partido Justicialista, a través de su dirigente, había aceptado la amnistía general dictada por la dictadura para protegerse a sí misma, vale decir, a todos los genocidas. Salvo que supongamos que los votantes peronistas son cándidos o distraídos, el hecho irrefutable es que ese 40 por ciento votó por la amnistía.

Y vamos a los supuestos: del 52 por ciento que votó por Raúl Alfonsín, ¿cuántos estaban verdaderamente dispuestos a que se juzgara a los responsables de la matanza? Nunca lo sabremos, pero bien podemos suponerlo. Hasta ese momento, los organismos de derechos humanos habían estado solos en su lucha; las Madres de Plaza de Mayo habían desfilado desafiando a la dictadura sin la compañía de la sociedad, que las miraba indiferente y en algunos casos hasta se mofaba de ellas.

Los obreros, proletarios, o como se quiera llamar a los trabajadores del país, no sólo eran ajenos a la lucha de los organismos y de las Madres, sino que ni siquiera participaron de sus movilizaciones. La dirigencia obrera congregada en una de las dos CGT de aquellos años había expulsado a empujones a las Madres al grito de “ni yanquis ni marxistas, peronistas”.

No vamos a hablar de las otras entidades de la sociedad civil, porque no se nos ocurriría pedir peras al olmo. Solamente una mención de bocas cerradas: Sociedad Rural, Unión Industrial, Iglesia Católica, Carbap, Coninagro, CGT.

Nadie, salvo las Madres, los organismos y minoritarios grupos de izquierda parecían estar dispuestos a llevar a los criminales al banquillo de los acusados. No hubo, salvo en la fantasía de nostálgicos que construyen pasados gloriosos, movilizaciones verdaderamente importantes para exigir el castigo.

Y, aunque sea doloroso recordarlo, hubo mucha más gente viviendo al dictador Videla en Plaza de Mayo cuando Argentina ganó en 1978 el Mundial de Fútbol que en aquella emocionante marcha de las Madres en diciembre de 1983. Y sigamos con el dolor: una multitud fue la que acompañó al dictador Galtieri el 2 de abril, con la aventura de Malvinas.

---

<sup>122</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 03/04/09.

<sup>123</sup>Escritor y periodista.

Y todavía más recuerdos humillantes: los familiares estaban solos cuando la Comisión de Derechos Humanos de la OEA vino a la Argentina para investigar las desapariciones. El “pueblo”, término que se presta para todo, seguía entusiasmado a un locutor de fútbol que gritaba “los argentinos somos derechos y humanos”. “Alfonsín está a la izquierda de la sociedad”, decía Aricó, y creo que tenía mucha razón. Porque, aunque las fotografías disimulen, no era una multitud la que acompañó en la Plaza a los miembros de la Conadep cuando entregaron al presidente de la Nación el informe final donde se narraba el desgarrador relato de siete años de tiranía.

Es cierto que la historia contrafáctica carece de sentido. Pero bien podemos preguntarnos: si Raúl Alfonsín llamaba a una consulta popular para decidir si se juzgaba a los militares, ¿cuál hubiera sido el resultado? Uruguay, Brasil, Chile, Paraguay, todos los países de América latina trataron de tapar, fuera mediante consultas o dejando pasar el tiempo, la historia sangrienta a la que habían sido sometidos. No había antecedentes ni en Latinoamérica ni en el mundo.

En Italia, luego de la caída de Mussolini, fue Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista, el que promovió en 1948 la amnistía a los criminales fascistas. En España, cuando murió Franco, Adolfo Suárez impulsó la amnistía general con la aprobación de la mayoría de los partidos políticos.

En todos los casos se decidió “mirar hacia delante” y ocultar bajo la alfombra los trapos manchados de sangre. ¿Por qué? La explicación es sencilla: porque había miedo.

En los años '80, los hoy octogenarios represores tenían mando de tropa, tenían armas, tenían cuarteles bien abroquelados y tenían a un líder llamado Aldo Rico. No era sencillo juzgarlos y meterlos presos.

Eso, entre otras cosas, reivindicó del doctor Raúl Alfonsín: con una sociedad atemorizada –y en muchos casos sospechosa– se atrevió a avanzar con la Conadep y con el Juicio a las Juntas. No está nada mal para la historia argentina, acostumbrada a amnistías y olvidos que dejaron impunes a los criminales.

## **Alfonsín y el chiquitaje nacional<sup>124</sup>**

**Por Mempo Giardinelli<sup>125</sup>**

Uno ha preferido esperar algunos días para despedir y honrar al ilustre presidente fallecido. El doctor Raúl Alfonsín es parte de nuestras historias personales –como de millones de argentinos y argentinas que fuimos sus contemporáneos– y al menos a la distancia el silencio también ha sido homenaje luctuoso.

Somos muchos, muchísimos, los que desde los más diversos rincones del país hemos acompañado, estos días, tanto a la familia de quien fuera ineludible demócrata y honorable Presidente de la República, como a sus correligionarios e incluso a los miles, millones de compatriotas anónimos que sintieron –sentimos todos– un auténtico dolor por la pérdida de este gladiador de la Democracia.

Pero el haber dejado pasar unos días –además de por respeto y distancia, por vocación de no engrosar un coro– casual e inesperadamente hizo ver, también y una vez más, el comportamiento chiquito de gran parte de nuestras dirigencias y ni se diga del pésimo periodismo televisivo que padecemos. Lo que debieron ser jornadas de recogimiento y homenaje a un gran compatriota –y ciudadano ejemplar– acabó siendo un torneo de obviedades con propósitos sectarios.

---

<sup>124</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>125</sup>Escritor y periodista. Columnista del Diario Página/12.

Estos días vimos, escuchamos y leímos a muchos, y muchas, diciendo que “a pesar” o “más allá” de los errores de Alfonsín, y de “las diferencias” que tuvieron con él –que a nadie le importan, digámoslo– ahora lo más importante “fue ver a tanta gente despidiéndolo...” A lo que seguían remanidas preguntas a paneles predispuestos de respondedores que sugerían que, “en realidad”, el adiós a Alfonsín era un acto de oposición republicana.

Tan estúpido todo como la actitud de los que ya empiezan a utilizar al dengue para la próxima campaña electoral. Más de 25 años de gobiernos democráticos de todos los colores, con ningún partido, ideología o medio periodístico capaz de resistir acusaciones por la pésima prevención de enfermedades en el Chaco, parece que no les enseñaron nada.

Por eso pensar, creer y decir –como se vio, escuchó y leyó estos días– que hubo tanta gente en las calles aledañas al Congreso de la Nación porque “la gente quería expresar su disgusto” con el gobierno actual; o que “la gente se volcó a las calles para hacer de la despedida a Alfonsín un acto de protesta”, es tan idiota como cretino.

Idiota porque delata desprecio hacia los sentimientos profundos de un pueblo que simplemente, y maravillosamente, expresó su genuino dolor por sobre banderías y especulaciones. Cretino porque a la hora de su muerte el doctor Alfonsín no merecía esas bajezas.

De su mano firme y convencida los argentinos inauguramos los nuevos caminos de la Democracia. Por encima de intereses partidarios, despojado de egoísmos personales y gobernado siempre por su amor a la Patria, Alfonsín nos deja un ejemplo de civilidad y conducta que los habitantes de este país tendremos que honrar siempre. Como se honra a San Martín y a Sarmiento, a Yrigoyen y a Perón.

El presidente Alfonsín gobernó con honradez y convicciones. Como otro gran radical, Arturo Umberto Illia, su vida toda fue un ejemplo de respeto y defensa de los principios de la libertad y el estado de derecho. Alfonsín defendió los intereses de la nación por sobre cualquier posible beneficio personal. Y lo hizo con sabiduría, olfato, diálogo, pasión política y sentido de grandeza y de construcción del relato de la Historia. Ese es su legado. Toda relativización de sus méritos, toda interpretación sectaria y todo pretendido uso político es canalla.

Por eso el respeto a su recuerdo sólo exige renovar el compromiso democrático –el nuestro, el de cada uno– y rechazar las segundas intenciones de estos enanos de la política y del periodismo.

El doctor Alfonsín nos compromete a seguir trabajando por un país mejor: con educación y trabajo, con decencia y perseverancia, con respeto al derecho ajeno y siempre en libertad, con sana independencia y espíritu solidario.

Que descanse en paz y que lo recuerde y venere así la República Argentina toda.

## **La lucha por Alfonsín<sup>126</sup>**

**Por Andrés Malamud<sup>127</sup>**

¿Un tribuno de la república o un hombre del pueblo? La muerte de Raúl Alfonsín despertó en la intelectualidad porteña una disputa para adueñarse de su memoria. Anticipando la revalorización popular

---

<sup>126</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>127</sup>Universidad de Lisboa.

de su figura, aristócratas y neoperonistas se lanzaron al ágora mediática para reivindicarlo como propio. Pero él no perteneció a ninguno de esos bandos.

La lucha política argentina se estructuró durante décadas alrededor de un eje que enfrentaba a Sarmiento e Yrigoyen con Rosas y Perón. Los primeros promovieron la soberanía popular a través de la educación y las instituciones, los segundos mediante la movilización y la conducción personalizada. Alfonsín nunca escondió su pertenencia al primer campo. Respetaba la representatividad popular del otro, pero se reconocía en la socialdemocracia europea y el pensamiento occidental liberal antes que en el particularismo nacionalista. Tampoco perteneció, por supuesto, al sector marginal pero poderoso de la oligarquía. Luchó toda su vida contra el autoritarismo mesiánico epitomizado por Firmenich y Videla. Se alineaba con el campo popular, y por lo tanto contra los aristócratas de la violencia; pero lo hacía desde una concepción universalista, y por eso nunca fue peronista. A los violentos los consideraba enemigos y los combatía con la ley; a los peronistas, adversarios, y los combatía con el voto y la palabra. Negociaba con todos, porque ésa era su concepción de la democracia: la negociación, por oposición a la eliminación. Gozó de las tres cualidades que Weber exigía en un político: pasión, responsabilidad y medida. Pasión para entregarse a una causa, responsabilidad para hacerse cargo de las decisiones y de sus consecuencias, medida para no perder perspectiva. Le faltó suerte y le sobraron enemigos, que hoy parecen no haber existido. Carecía de experiencia ejecutiva cuando asumió la presidencia, lo que empañó su legado administrativo pero no el político. Consolidó una democracia defectuosa, pero Argentina ya no toleraba dictaduras perfectas. Sus derrotas lo acercan al héroe trágico pero no le quitan brillo a su memoria. Después de todo, elecciones populares también jubilaron a fundadores de estados como David Ben Gurion y héroes de guerra como Winston Churchill. Sus triunfos valen más. Hugo Chávez y Evo Morales representan, como representó Perón, intereses legítimos de sectores postergados. Pero no es el de ellos el modelo de país por el que Alfonsín se batió. Estadistas como Olof Palme y Felipe González lo encarnaron mejor. ¿Extranjerizante? El lo veía como un modelo universal que había que adaptar a la Argentina. ¿Ambicioso? Sin ambición no hubiera habido octubre del '83, juicio a las juntas ni democracia a prueba de radicales y peronistas. ¿Imposible? Desistir es un verbo que él nunca conjugó.

Alfonsín no encarnó al estereotipo argentino: eso lo hizo mejor Menem. En la visión de Oliver Stone, no sería Nixon sino Kennedy: reflejaba mejor las aspiraciones de su pueblo que su realidad. Todavía hoy, quizá para siempre, Alfonsín representa a la Argentina que no consigue volver a ser, que quizá nunca más lo sea. Por eso nos conmueve tanto.

## **Oratoria y sepelio<sup>128</sup>**

**Por Horacio González<sup>129</sup>**

Extraña es la muerte. Como decía Macedonio Fernández, no puede ser pensada, nada sabemos de ella porque ella misma, en acto, no provee experiencia alguna para el que la sufre. La muerte deja en libertad al presente y a la vida en general. Pero es una libertad tan amplia como condicionada, que el muerto no puede torcer aun con sus últimas disposiciones. La muerte de Alfonsín provocó los profundos simbolis-

---

<sup>128</sup>Diario Página/12 (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>129</sup>Sociólogo, director de la Biblioteca Nacional.

mos de los cuales el muerto nada sabe, pero es posible imaginar que los deseaba. La muerte deja suelta la imaginación del muerto, sin referencia. Entonces, puede superar a lo que hubiera sido su voluntad. En el Congreso, el discurso de Sarney, ex presidente de Brasil, fue inflado, con la pompa de quien también es miembro de la Academia Brasileira de Letras, famosa por el cultivo de elaboradas exaltaciones. Sarney también había despedido a Tancredo Neves, presidente electo brasileño que no llegó a asumir. En aquel sepelio, hubo varios muertos entre los asistentes, por los apretujones. Sarney propuso que eran los “ángeles populares” que partían en compañía del insigne fallecido. El orador había encarnado la suave transición entre los regímenes militares y los gobiernos democráticos en Brasil. A ambos perteneció. Lo que dijo ante el féretro de Alfonsín fue quizá lo más interesante de lo escuchado en el Congreso. Debajo del boato contrito, había una consideración sobre la política energética encarada como una dificultad a superar entre ambos países. Sigue siendo un problema entre Brasil y Argentina que apenas ha evolucionado en su tratamiento pero no en su capacidad de sobresalto. Al margen de las luchas electorales argentinas, Sarney pudo mencionar así un elemento de verdad, una cuestión histórica controvertida.

Cobos fue más problemático, pero se notó menos, pues posee un estilo suave y resignado para decir las cosas más desmedidas. Su reflexión profunda es imperceptible pero súbitamente percibimos que captura lo esencial. Se trata de un monograma existencial que denomina “el destino”. Tiene razón. Es su propio estar-ahí. Una condición sólo justificada por los imprevistos encadenamientos de los hechos. A cargo de la presidencia ese día, con el gobierno nacional como gran ausente, recordó indirectamente su voto famoso y explícitamente la paz con Chile, que atribuyó al Papa. Este episodio lo encontraba como conscripto movilizado en la cordillera. Hijo de las formas más oníricas del azar –que de alguna manera es lo contrario a la muerte–, Cobos enlaza su vida con la historia a la manera de un sueño infantil. Con menudos ingredientes, sin moverse, obtiene mucho. El Estado se congela para él en un único momento glorioso. Es la ceremonia desnuda de su mera presencia entendida como extravagante intervención de la providencia en el seno de los reglamentos institucionales. Momento angélico que con las menciones papales intenta sujetar. Es su biblia escueta, con momentáneos granaderos y blasones.

Alfonsín, se sabe, era un laico. Cierta vez subió a un púlpito para responderle al propio púlpito. El obispo que en las escalinatas del Congreso pronunció el Agnus Dei por los difuntos fue prudente. Detalle interesante, señaló algo así como un “laicismo trascendente” en Alfonsín. El ex presidente muerto pertenecía al credo krausista, lo que no solía manifestar muy explícitamente, pero se expresaba en la convicción de que hay cierto misticismo profano en la vida política. El panteón de los muertos en la revolución de 1890 que ahora lo acoge en el cementerio de la Recoleta –allí también están Alem e Yrigoyen– parece apropiado. Pero en el tenor de ciertos discursos, ofrecía el bastante visible espectáculo de una historia cíclica, de un incómodo ritornello. El discurso de Leopoldo Moreau lo acentuó más que el de otros, pero no fue a la zaga del que en el Congreso pronunciaron, *figuratio electionis*, los senadores Morales y Sanz. Lo cierto es que Raúl Alfonsín se había referido muchas veces a aquella lejana revolución de 1890, justificada por lo que se señalaba del gobierno de Juárez Celman en cuanto a incompetencia y corrupción, y que parecía haber perdido el apoyo de su cuñado, el general Roca.

Los combates cruentos en Plaza Lavalle en aquel año, las dubitaciones del general Campos, el mitrismo presente en la fundación de la Unión Cívica, la sombría disconformidad de Alem con el curso de las acciones, la forja cívico-militar de la sedición, el perdurable origen partisano de la boina blanca, muy a menudo fueron parte de la reflexión de Alfonsín en los primeros tiempos de su gobierno. Quería medir aquellos hechos revolucionarios que veía como una legítima manifestación de la lucha fusil en mano –fundada en motivos republicanos, democráticos, constitucionales–, con las insurgencias armadas de los años ’70. Estas, a las que muy notoriamente había criticado, quedaban muy desfa-

vorecidas frente a las huestes que se situaban en la prehistoria del partido radical.

Hoy, a la luz de una actualidad absolutamente presente en el texto interno de la despedida a Alfonsín, digamos que los cívico-militares del noventa que intentaron derrocar al torpe presidente de la época, tanto serían los progenitores de un recordable espíritu yrigoyeniano como también de las estructura persistente de las asonadas que a la postre –afirmémoslo ahora– tendrían evidentes parecidos con las que Alfonsín condenaba tan justamente, ya bajo la forma de los decididos golpes de Estado contemporáneos. Entonces, para ser justos, que nadie se ofenda, los antecedentes de esos golpes habría que buscarlos antes de la aciaga fecha de 1930.

Volviendo a los discursos en la Recoleta, frente al Panteón del 90, el ex presidente uruguayo Sanguinetti, que tiene todo derecho a contar su interpretación de la historia argentina, debería por eso mismo haber sido más cuidadoso, ecuánime y profundo en sus valoraciones. Periodizar adecuadamente la historia argentina con el concepto de golpe de Estado es una opción que debería ser renovada en los días que corren con otras reflexiones de mayor alcance y hondura. Quizás el presente argentino no las permite, aunque frente al estimable muerto no era necesario hacer notar el inmediatez que nos atravesaba a todos ni una mirada abstracta de la historia.

David Viñas, cuando joven adolescente, presencié el cortejo de Yrigoyen por la avenida Callao, cubierta por una gran muchedumbre acongojada. El cajón –nos cuenta– iba de un lado a otro de la calle bailando por encima de las cabezas de la gente, como suspendido en bocanadas de angustia colectiva. Más de cuarenta años después, en el mismo Congreso nacional, Ricardo Balbín habría de hacer su recordado discurso frente al ataúd de Perón. Poseído por la severidad de ese gran momento, el líder radical enhebra figuras retóricas poderosamente efectivas y no lo llama nunca por su nombre a Perón. Le dice el muerto, como en un cuento de Borges. En cambio nombra a Yrigoyen, en un espectral gesto de rever la historia bajo una lógica recurrente. Reconciliado ya con un Perón –el muerto– del que quería decir que aún había que hacerle decir una y otra vez que debía volver de las brumas del golpe de 1930 como un joven capitán arrepentido.

La historia ha vuelto en estos días, y la vigorosa figura de Raúl Alfonsín –el muerto– merece ser interrogada por los hombres del presente. Es lo que intentó la oratoria que escuchamos por televisión. Como siempre, frente al drástico hecho de la muerte, los hombres buscan con desesperación las palabras propicias que huyan de las rutinas del género fúnebre. Si no lo logran, las pobres hilachas del presente reclaman sus oscuros derechos.

## **Sobre las posteridades<sup>130</sup>**

### **Memorias subjetivas y fragmentadas**

**Por Norma Giarracca<sup>131</sup>**

Los homenajes al ex presidente Raúl Alfonsín pusieron de manifiesto lo que los sociólogos que trabajamos con entrevistas a los actores sociales conocemos bien: la memoria del pasado, por más reciente que sea, es subjetiva y fragmentada. Todavía más si, como dice José Natanson en *Página/12*

---

<sup>130</sup>Diario *Página/12* (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>131</sup>Profesora de Sociología Rural e investigadora en el Instituto Gino Germani (UBA).

del 3 de abril, esa memoria está condicionada por situaciones parciales que los medios de comunicación se empeñan en mostrar durante horas y horas. Así, el primer gobierno democrático de 1983 se convirtió en “lo mejor del siglo” y Alfonsín en un estadista que “le quedaba demasiado grande al país”.

Como el mismo Natanson u Osvaldo Bayer (también en Página/12, el 2 de abril) mostraron muy bien, se pueden recordar otros aspectos del primer gobierno de la democracia que, en todo caso, podrían completar el recorte que hicieron los medios con la ayuda de los miembros del partido radical. Me sorprendí cuando volví a ver en la pantalla de televisión –presentados bajo el manto impoluto de Alfonsín– a quienes decidían vida y obra de la Universidad de Buenos Aires, vía llamadas telefónicas de aquel rector que ocupó 16 años ese cargo y consideró que la universidad era de su partido. Sentí una ofensa a mi propia memoria cuando, de la mano del muerto, todos los radicales se convertían en “gente honesta que entraban y salían del gobierno con lo puesto”. ¿Es necesario recordar que el modelo neoliberal que comenzó a implementarse con la dictadura y siguió con el gobierno de Alfonsín tiene como elementos inherentes tanto la concentración y polarización social como la corrupción? Por supuesto, a medida que el modelo se fue perfeccionando en el país con el gobierno “menemista”, todo esto aumentó exponencialmente. Pero, en democracia, todo comenzó con el gobierno de Alfonsín y podría no haber sido así.

No obstante estas críticas, existen dos espacios de gestión del gobierno de Alfonsín que deseo rescatar, la gestión científica y la política agraria. El primer caso fue, a mi juicio, una política consciente y premeditada por el presidente. Eligió personalmente a un hombre para esa secretaría que portaba todos los legados de la mejor tradición científica del país, Manuel Sadovsky. Fueron él y los equipos que lo rodearon quienes intentaron sanear la corrupción que había dejado la dictadura. Asimismo, el Conicet incorporó no sólo a los prescindidos de 1976, sino a todos aquellos que demostraron haber renunciado por miedos o exilios. La concepción de la relación entre ciencia, tecnología y economía de gran parte del equipo Sadovsky distaba mucho de esa otra basada en relaciones de convenios con las grandes corporaciones económicas que luego se convertiría en “política de Estado” en el área de ciencia y de las universidades (con peronistas y radicales universitarios).

En relación con el sector agrario, no fue una política consciente ni premeditada sino que las transformaciones del neoliberalismo entraban con mucha lentitud al sector. Sin embargo, hubo algunos funcionarios radicales o socialistas que defendieron el papel del Estado en la agricultura (el caso de Jorge Elustondo) o promovieron políticas en otras áreas que favorecían a los pequeños y medianos productores del sector.

Es importante recordar que Alfonsín no fue silbado por la Sociedad Rural Argentina porque previamente había consensuado con ella: lo fue porque, desde el comienzo de su gestión, las corporaciones agrarias (lo que un semanario de la época denominó “la patota ganadera”) clamaban por una liberalización de la economía que conseguirían de la mano de la dupla Menem-Cavallo. No es mi memoria la que marca este pequeño error, sino mi conocimiento basado en los trabajos de investigación en el área de los estudios agrarios y rurales que llevé a cabo en esos años. En el período radical se trató de no aplicar una política neoliberal a ultranza en el sector agrario. No obstante, la situación se complicó mucho por los bajos precios internacionales de los cereales, la inflación que carcomía el mercado interno y la suerte de los chacareros pampeanos y pequeños productores de las regiones extrapampeanas estaba echada. Luego, Carlos Menem, Domingo Cavallo y Felipe Solá introducirían sin contemplaciones ni dudas el neoliberalismo en formato de “agronegocio”, y se expandiría lo que hoy tanto nos preocupa. En síntesis, tanto los científicos sociales como los hombres/mujeres serios

de los medios de prensa (con todos sus archivos a disposición) debemos hacer el esfuerzo por ayudar a recordar a las poblaciones nuestro pasado reciente, con blancos, negros y todos los tonos de grises posibles. Cuando la memoria se "subjetiviza" demasiado, están los archivos periodísticos y los trabajos de investigación.

## Comienzo y final del Liberalismo Populista<sup>132</sup>

Por Ernesto Semán<sup>133</sup>

Decir que Raúl Alfonsín es "sinónimo de la restauración democrática" hace poco homenaje a la proeza de su proyecto y escamotea una mirada sobre los límites de su gobierno. La apuesta que en 1983 le dio a quien parecía un abogado promedio de la política bonaerense el lugar de un estadista central en América latina fue mucho más ambiciosa que ganar una elección. Muy pocos tenían en ese entonces la intuición de que consolidar las instituciones sólo sería posible tratando de reconciliar las tradiciones liberales y populistas de la política argentina, un esfuerzo único en el que Alfonsín gastó todas sus energías, que marcó la década del '80 como algo mucho más rico y tenso que la "década perdida" que se describió después, y que hoy parece aplastado bajo diversas formas de honrar a quien recién ahora no tiene chances de responder.

Frente a la obviedad de reconocer que el juicio a las juntas militares fue un punto de inflexión histórico que pocos imaginaban posible, cabe preguntarse hoy qué es lo que ese juicio dejaba atrás. Para Alfonsín, la dictadura era "apenas" el fondo inmediato y trágico detrás del cual se alineaba una infinita lista de fracasos. Como Perón con la Década Infame cuarenta años antes, el líder radical se montó sobre ese drama reciente para construir un corte con la historia nacional y encarar un nuevo comienzo. En su caso, la suerte de "liberalismo populista" que intentó en el '83 fue el proyecto político más novedoso de la Argentina de entonces, fruto de la intuición del ex presidente de que la clave para consolidar la democracia pasaba por reconciliar tradiciones políticas que desde 1912 se habían mostrado por completo incompatibles: un liberalismo que se definía como excluyente y un populismo que había garantizado la inclusión social en oposición a éste.

En el '43, consciente del quiebre que había significado la Década Infame, Perón construyó su movimiento no sólo barriendo con las tradiciones populares precedentes, sino denunciando la idea de ciudadanía liberal como un mecanismo de opresión y asociando su ascenso a una ciudadanía social que garantizaba una mayor igualdad en la que se cifraba la libertad efectiva. En el '83, el quiebre estaba marcado por el terrorismo de Estado, y la reivindicación de la ciudadanía adquiría entonces una fuerza más poderosa. De su intuición y convicción cívica, junto con el acto más pragmático de preguntarse cómo ganarle una elección al peronismo en la Argentina, Alfonsín emergió con una idea de ciudadanía social en la que no eran los sindicatos sino las instituciones del Estado liberal las que garantizarían la justicia social que hasta entonces el populismo debía buscar contra éstas. El slogan de campaña "con la democracia se come, se cura y se educa" fue la mejor combinación imaginable de ambas tradiciones, y está en la base del enorme arrastre que tuvo el alfonsinismo: no tanto por ofrecer mejoras en

---

<sup>132</sup>Diario Página 12 (Buenos Aires, Argentina); 05/04/09.

<sup>133</sup>Escritor y periodista.

la calidad de vida, algo en lo que el peronismo podría tener mucho más prédica, sino en articular esas demandas como un proyecto emancipador.

Y si por cierto la consigna no expresa los resultados de aquel gobierno, sí representa los conflictos de la época, y hoy la machacosa referencia a la capacidad de diálogo del ex presidente oscurece las bases confrontativas y el contenido económico y social sobre las que lo imaginó. De una lectura de cualquier diario de la época surge lo evidente: junto a la restauración de los derechos humanos, los controles de precios y las políticas sociales fueron las políticas públicas con las que el alfonsinismo se armó para dirimir la dicotomía entre el pueblo argentino y sus enemigos, con la figura paternal del presidente al frente de un Estado que debía garantizar el éxito del primero.

Para incorporar en clave liberal la amenaza herética del pueblo contra sus enemigos, Alfonsín desplazaba el conflicto y el consenso hacia terrenos imaginarios, en donde el acuerdo no matara al poder populista, y en donde la demanda populista irreductible no cerrara todas las puertas al acuerdo. En sus concesiones y peleas más memorables, siempre inventaba un "más allá" en el que pudiera justificarse un horizonte de consenso. Podía conciliar con Rico, pero sólo separándolo de un presunto "verdadero" enemigo militar al que seguía combatiendo, inventando que, en realidad, se trataba de un ex combatiente que no buscaba limitar la autoridad del pueblo. O podía confrontar con el sector agropecuario con las fuerzas que le quedaban, pero sólo a condición de pintarlo como falsos ruralistas, dejando la puerta abierta a que los "verdaderos" fueran siempre conciliables. El "no creo que sean productores agropecuarios" del '88 creaba de forma implícita el "héroe de Malvinas" del año anterior: la convivencia simultánea del irreconciliable enemigo del pueblo con alguna forma, real o imaginaria, de contraparte con la que el acuerdo fuera posible. En sostener esa tensión, Alfonsín invirtió buena parte de su capital político, y el poderoso esquema que impuso comenzó a reconfigurar la política argentina. Le garantizó a la UCR una vida que antes y después todos daban por acabada y, más importante aún, le proveyó a la renovación peronista del libreto básico para reescribir su propia tradición.

A Alfonsín no le faltó fuerza, ni capacidad de confrontación, ni imaginación para hacer de esa lucha un modelo sustentable. Alfonsín falló en un elemento clave sobre el que se monta el atractivo populista y que Perón sí logró tener de su lado, y es que la entrega de resultados efectivos y tangibles se haga parte de su cultura política. Como bien señala Sidicaro, los límites de ese poder creativo estaban en que la Argentina ya no tenía Estado y que el desgaste de quien lo encabezara estaría en relación directa al tamaño de la apuesta. Y Alfonsín había apostado en grande, pero su proyecto se hundió en la brecha abierta entre la apuesta y sus posibilidades.

Que Enrique Nosiglia encabezara las ceremonias de esta semana quizá sobreexponen los límites de aquel proyecto. Nosiglia fue un funcionario político de los '80 que integró el liderazgo de la Junta Coordinadora Nacional. Sobre ella se montó la idea del "Tercer Movimiento Histórico," la expresión más acabada del liberalismo populista que Alfonsín llegó a imaginar. Basta revisar los diarios de la época para ver el horror que provocaba en aquellos en quienes debía provocarlo. En la Coordinadora convivían jóvenes dirigentes que aportaban sus dosis (módicas o abundantes) de las cualidades que se apreciaban en aquel entonces: saberes técnicos, destreza en las instituciones ejecutivas y legislativas, preocupación por el armado de estructuras territoriales y, sobre todo, la vocación por la argumentación pública y la construcción de voluntad política. Nosiglia carecía de todas esas virtudes, y su carisma se construía "en oposición" a ellas, como el hombre capaz de enmendar en la oscuridad de los salones ocultos aquello que la política pública no lograba resolver. Era quien venía a decirles a los hombres de la política y a los hombres de Estado que la política y el Estado estaban en retirada. No es que antes no hubiera habido operadores políticos, sino que el atractivo que generaba su figura en los '80 expresaba en verdad los límites del proyecto para el que servía, y anticipaba el espacio público de-

gradado de la década siguiente.

Pero la foto de esos límites está lejos de ser una historia completa. En un país de desigualdades crecientes que al Estado le quedaban cada vez más grandes, la mayor contribución del alfonsinismo fue asegurar que la normativa democrática quedara legítimamente atada a la cuestión social, aun si en tratar de asegurar ese vínculo se cerraban las puertas de su propio éxito.

En parte, lo limitado de aquella transformación se ve en las versiones más patéticas de las tradiciones liberales y populistas que reemergen hoy en la política. La formulación más completa de las distintas versiones del liberalismo argentino y sus enormes limitaciones puede leerse en los lamentos progresistas por la violencia piquetera, volcados desde las páginas del diario que mayor continuidad evoca con la violencia del terrorismo de Estado. Y el funcionario Jaime, diciendo que el 28 de junio próximo se elige "entre un modelo de inclusión social o un modelo de la oligarquía", muestra el oxímoron de un populismo que no confronta. En verdad, las formas con las que tanto el Gobierno como Carrió o Cobos asumen los viejos ropajes populistas y republicanos desatiende por completo las dinámicas sociales y las políticas públicas sobre las que en verdad se paran. Lo irreal de sus proclamas es, en verdad, el lado menos dañino. Lo peor es lo real de las mismas, la renuncia a poner la creatividad al servicio de inventar nuevas tradiciones políticas que movilicen fuerzas de cambio, como Perón o Alfonsín lo hicieron en su momento con suerte diversa. La decisión de perpetuar los alineamientos establecidos es un acto regresivo en sí mismo, aun (o mucho más) si se hace en nombre del progresismo, porque reproduce un statu quo que ya está más que maduro para pasar a retiro, y condena a la sociedad a elegir entre distintas versiones de la muerte política. Disfrazados del rescate de viejas tradiciones, los llamados a luchar contra la oligarquía o a salvar la república son un reflejo conservador como pocos, negarse la posibilidad de parir algo nuevo, y en ese mismo acto, negárselo al país. Una de las renuncias que Alfonsín, literalmente a cualquier costo, se negó a hacer.

# **MEDIOS GRÁFICOS DEL INTERIOR**

**JUICIOS MÁS BALANCEADOS**

CÁTEDRA LIBRE

DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN



## **“Fue el restaurador de la democracia”<sup>134</sup>**

Por Juan Pablo Sánchez Noli<sup>135</sup>

*Cerisola destacó el accionar del radical durante los primeros años de la década del 80 y el juicio a las juntas militares.*

La emoción invadió el patio del rectorado, motivada por el homenaje que la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) brindó al ex presidente Raúl Alfonsín. El acto, presidido por el rector de la institución, Juan Alberto Cerisola, se realizó en el patio central del Rectorado, en memoria de quien recibiera el título de Doctor Honoris Causa de la alta casa de estudios.

Estuvieron presentes, además, la vicerrectora, María Luisa Rossi de Hernández, decanos y vicedecanos de las distintas facultades, integrantes del Honorable Consejo Superior, docentes, estudiantes y funcionarios de la UNT. Una de las figuras destacadas fue el ex rector Rodolfo Martín Campero, que condujo los destinos de la UNT durante el gobierno de Alfonsín. Durante su gestión, la administración nacional concedió la licencia de transmisión para la radio Universidad.

Luego del ingreso de las banderas de ceremonia, portadas por abanderados y por escoltas de las unidades académicas de la UNT y de los colegios secundarios dependientes de esta institución, se entonaron las estrofas del Himno nacional.

### **“Padre nuestro”**

La calidad humana del primer presidente democrático luego del Proceso, en 1983, afloró, en diversas formas, en los discursos que se escucharon en el Rectorado. El consejero superior Agustín Ferrari tomó estrofas del Padre Nuestro y del Preámbulo de la Constitución nacional para homenajear a Alfonsín. “Padre nuestro que estás en el cielo, aún nos falta construir la Patria que soñaste. Debemos constituir la unión nacional, afianzar la Justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad; no sólo para nosotros, sino para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que deseen habitar este santo suelo argentino”, dijo, a modo de recuerdo de los discursos que Alfonsín cerró con el texto que da inicio a la Carta Magna.

Ferrari se refirió al ex mandatario como si aún gobernara el país. “Señor presidente, hoy es su último acto político, ha ingresado en la inmortalidad, que es la negación de la muerte porque usted, señor presidente, siempre estará entre nosotros”, aseveró.

### **Símbolo**

A su turno, el rector también destacó la trayectoria militante del radical, sobre todo en lo que respecta a su política de derechos humanos. “Durante su Presidencia, la Argentina fue uno de los países que juzgó a sus tiranos, y eso nos enaltece y nos entrega un nuevo valor moral. Fue un símbolo de la recuperación democrática, de la lucha por la libertad, de la defensa de los derechos humanos; uno de los líderes de la historia argentina. Pudo quebrar el círculo perverso de las violaciones de la Constitución nacional”, señaló. En ese sentido, y según Cerisola, Alfonsín “fue el restaurador de la democracia”. Los aplausos estallaron, y no cesaron durante varios minutos. La concurrencia adhería, de este modo, a los conceptos lanzados por los oradores de la ceremonia.

---

<sup>134</sup>Diario La Gaceta (Tucumán, Argentina); 02/04/09.

<sup>135</sup>Fotógrafo del Diario La Gaceta (Tucumán, Argentina).

## El último escrito<sup>136</sup>

A modo de homenaje a Alfonsín, el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (Cippec), puso a disposición de los medios el artículo exclusivo escrito por el ex presidente -en diciembre de 2008-y que fue publicado en la "Agenda pública a 25 años de democracia". En ese análisis, Alfonsín dejó algunos de sus pensamientos:

"El 10 de diciembre de 1983, en mi primer mensaje ante el Congreso como Presidente convoqué a todos los argentinos a una tarea común para constituir la unión nacional. En un país como la Argentina, donde se sucedieron las dictaduras por más de medio siglo, que venía de sufrir violaciones masivas a los derechos humanos por obra de la acción del Estado, el pensamiento autoritario y la anomia colectiva habían echado raíces muy profundas. Se trataba entonces de reforzar la valoración social sobre la importancia de los derechos humanos, del respeto al Estado de Derecho, de la tolerancia ideológica".

"La política implica diferencias, existencia de adversarios políticos, esto es totalmente cierto. Pero la política no es solamente conflicto, también es construcción. Y la democracia necesita más especialistas en el arte de la asociación política".

"Los partidos políticos son excelentes mediadores entre la sociedad, los intereses sectoriales y el Estado y desde esa perspectiva hemos señalado que lo que más nos preocupa es el debilitamiento de los partidos políticos y la dificultad para construir un sistema de partidos moderno que permita sostener consensos básicos".

"No será posible resistir la cantidad de presiones que estamos sufriendo y sufriremos, si no hay una generalizada voluntad nacional al servicio de lo que debieran ser las más importantes políticas de Estado expresada en la existencia de partidos políticos claros y distintos, renovados y fuertes, representativos de las corrientes de opinión que se expresan en nuestra sociedad".

"El proceso de democratización en Latinoamérica iniciado hace ya más de dos décadas ha sido muy beneficioso porque liberó a los pueblos de tiranías intolerantes y arbitrarias. No podemos dejar de reconocer que la libertad conquistada fue uno de los grandes logros obtenidos a fines del siglo pasado. Hemos progresado y es importante reconocerlo".

"Hoy, es duro decirlo, la libertad es un beneficio del que disfrutamos los que no tenemos hambre, los que podemos enviar a nuestros hijos a las escuelas y universidades, los que podemos dormir en una casa sin temor al frío".

"Siempre repito que la democracia sólo puede construirse con hombres democráticos, y que es absurdo formar ciudadanos democráticos cuando están sumidos en la desesperación. No podemos contentarnos con haber obtenido el derecho al libre sufragio y el respeto a la libertad de expresión".

"Tenemos una democracia real, tangible, pero coja e incompleta y, por lo tanto, insatisfactoria: es una democracia que no ha cumplido aun con algunos de sus principios fundamentales, que no ha construido aun un piso sólido que albergue e incluya a los desamparados y excluidos".

## Constructor de la democracia y argentino de bien<sup>137</sup>

*Raúl Alfonsín fue un demócrata pleno. Defendió sus convicciones y sus ideales y le sumó una honestidad política y personal indiscutible, que lo llevaron a convertirse en uno de los últimos dirigen-*

---

<sup>136</sup>Diario La Gaceta (Tucumán, Argentina), 02/04/09.

<sup>137</sup>Diario Los Andes (Mendoza, Argentina), 02/04/09.

*tes que marcaron la historia en la recuperada democracia en la Argentina. Un ejemplo que deberían seguir muchos de los actuales dirigentes políticos del país.*

Las muestras de pesar que se sucedieron inmediatamente después de conocida su muerte; las velas que improvisadamente la gente encendió frente al departamento en que residía el ex presidente y las expresiones de pesar que partieron desde todo el abanico político del país, son una muestra clara del sentimiento que los argentinos expresaron al conocer la noticia del fallecimiento de Raúl Alfonsín.

Como dirigente político, Alfonsín tuvo una rara virtud: su figura creció con el correr del tiempo, a pesar de que se vio obligado a abandonar el poder antes de finalizar su mandato, como consecuencia de una hiperinflación que debilitó su gobierno. Pero quedaron grabadas la defensa de sus convicciones y de sus ideales, a lo que sumó una honestidad política encomiable.

La vida en democracia aparece hoy como una situación normal para los chicos y jóvenes que no superan los 40 años de edad. Pero se trata de un hecho que no era antes una constante en la vida política del país, el que había sufrido una permanente alternancia cívico-militar.

La recuperación definitiva de la democracia no se debió exclusivamente a Alfonsín, pero no caben dudas de que fue el ex presidente quien mejor supo interpretar ese anhelo popular. Con limitaciones y errores, pero actuando sin revanchismos y sin dejarse llevar por presiones de uno y otro sectores, logró consolidar el sistema, y hoy, a más de 25 años, el pueblo se lo reconoce, aún aquellos que no coincidieron con sus políticas.

A Alfonsín le tocó vivir momentos complicados durante su período de mandato. Asumió la primera magistratura por elección popular heredando un conflicto con Chile que no llegó a las armas por la intervención del Vaticano y una derrota en la Guerra de Malvinas que dejó profundas heridas en el corazón de los argentinos. Pero, fiel a sus convicciones democráticas, no fundó su campaña en discursos de revancha ni en promesas imposibles sino que lo centró en la defensa de las instituciones. Se atrevió además, desde el primer día de su asunción, a hablar claramente sobre el futuro papel de las Fuerzas Armadas como institución subordinada al poder civil y en particular al comandante en jefe en su carácter de Presidente de la Nación, a la vez que rechazó la autoamnistía propuesta por las juntas militares, reconociendo las distintas responsabilidades entre los actuantes en las gestiones de facto. Fue durante su gobierno cuando se estableció definitivamente la paz con Chile. En el plano gremial, propuso -sin lograrlo- eliminar el monopolio en la representación de los trabajadores, lo mismo que ahora la Corte Suprema de Justicia de la Nación estableció como doctrina. El juzgamiento a las juntas militares fue un evento jurídico ejemplar porque se actuó sin partidismos, sin tomar posiciones ni presionar a los magistrados, y sin intentar utilizar las luchas del pasado en beneficio de algunos de los sectores del presente.

Lo suyo fue, pura y exclusivamente, hacer justicia, sin politizar la situación. Una actitud que utilizó también ante los derechos humanos, con decisiones mucho menos sesgadas que la de gobiernos posteriores que muchas veces intentaron apropiarse de esas parcelas del pasado, tanto por derecha como por izquierda. Al asumir la primera magistratura intentó gobernar con mano firme, sin rencores ni diferencias. Pero su afán por cumplir con las promesas electorales le generó inconvenientes.

Su presidencia estuvo plagada de problemas, como las constantes disputas laborales, surgidas de su intención de modificar la estructura sindical, lo que lo llevó a enfrentar 13 paros generales y un descontento militar que tuvo su pico máximo en el levantamiento carapintada de Semana Santa.

Con todo lo bueno y lo menos bueno, fue el líder que la Argentina necesitaba hace 25 años para reconstruir sus estructuras éticas, como muy bien lo señala el escritor y diplomático Bartolomé De Vedia. Esas virtudes, el sano ejercicio de la política y la defensa a ultranza de sus convicciones fueron valo-

radas cuando hace meses se le brindó un homenaje con el descubrimiento de un busto suyo en el Salón de los Presidentes de la Casa Rosada.

Un reconocimiento en vida a quien fuera el primer presidente de una democracia que habrá tenido sus fallas pero no en la institucionalización permanente del sistema. Alfonsín representó a esa gestación y trabajó para consolidarla.

Y en un hecho no menos destacable, no pesan sobre él acusaciones de enriquecimiento personal o de corrupción, como ocurrió y sigue ocurriendo con la mayoría de sus sucesores

## **El mito democrático<sup>138</sup>**

**Por Carlos Salvador La Rosa**

*Como si el tiempo se hubiera detenido en un instante feliz (en medio de la tristeza del adiós), por estas horas los argentinos conmemoramos la República Democrática que soñó Alfonsín, viviéndola y compartiéndola -gestual y simbólicamente- como quizá no ocurría desde que se gestó en 1983.*

Esta nota no busca referirse tanto a la figura de Raúl Alfonsín como a los acontecimientos extraordinarios que vienen ocurriendo en el país de los argentinos durante las pocas horas que han transcurrido desde su fallecimiento.

No buscamos hablar, entonces, ni del hombre de carne y hueso con su manifiesta suma de humanas virtudes y errores, seguramente cercanas en porcentajes. Ni tampoco de una figura de bronce construida a través de la sustracción de lo imperfecto, en pos de una ejemplaridad escolarizada. Porque ni de una ni otra actitud se alimenta por estas horas el pueblo que le ofrece su conmovedor último adiós al hombre mayor de la democracia.

Lo que hoy se verifica en las mentes y las almas de los argentinos es la construcción acelerada del mito de los tiempos que corren. Del ideal democrático de una democracia nada ideal pero que es más nuestra, quizá, que todas las formas políticas anteriores de la patria.

Porque esta vez los protagonistas principales no son los héroes que nos liberaron de la dominación extranjera, ni los que constituyeron la república y sus élites dirigenciales. Tampoco las masas populares en busca de su sitio dentro de la república excluyente.

Esta vez, de lo que se trata es de la reflexión masiva, colectiva, multitudinaria acerca del autogobierno popular. De estos 25 años continuados en los cuales perdieron vigencia los héroes y los monstruos, los bárbaros y los civilizados, los alineados por mitades en bandos irreconciliables, etc, etc.

Pero a los cuales todavía no hemos sustituido por figuras más humanas.

Con la muerte de Alfonsín nos damos cuenta de manera plena -como una foto que recién ahora se observa en su justo foco- que los únicos responsables de todo lo que nos pasó en estas casi tres décadas fuimos solamente nosotros mismos, aunque todavía sigamos con las envejecidas cantinelas de echar la culpa de todo lo malo a los de afuera o a los de arriba.

Porque cuando un pueblo asume la decisión de elegir su destino -y lo puede realizar- el único responsable de su destino es él mismo.

---

<sup>138</sup>Diario Los Andes, Mendoza, Argentina, 02/04/09.

En ese sentido, Alfonsín no es el padre de la democracia sino su expresión más acabada, que no tiene nada que ver con su expresión más perfecta. Él es la democracia real que supimos construir muy, pero muy imperfectamente. Pero también es quien mejor mantuvo, en sus convicciones, la democracia ideal que aún nos debemos.

San Martín, Rosas, Alberdi, Sarmiento, Roca, Yrigoyen o Perón fueron líderes que nos gobernaron. Alfonsín fue el que abrió las puertas para que nos autogobernáramos de una vez y para siempre. Y para eso su jugada genial fue la de conquistar el favor popular recitando un librito que en 1853 dio inicio a la República ilustrada, pero leído con el espíritu del siglo XX, el de la Democracia de masas.

Su gran éxito fue sintetizar la República y la Democracia como nunca se logró en toda la historia argentina, aunque todavía sigamos intentando separarlas, cada vez con menos probabilidades de lograrlo. Porque los autócratas de la democracia tropezarán una y otra vez con esa gran herencia que vislumbró mejor que nadie don Raúl: que el pueblo es quien gobierna, pero lo hace según las leyes y la Constitución. Así de simple, tan "simple" que costó casi dos siglos conseguirlo, o mejor dicho, empezar a conseguirlo.

En síntesis, cuando recordamos a los grandes próceres de la historia, recordamos lo que ellos hicieron con nuestra patria. Pero al recordar a Raúl Alfonsín nos acordamos de lo que nosotros -todos nosotros- hicimos con nuestra patria. Y entonces nos hacemos más humildes porque vemos todo lo que nos falta hacer y todo lo mal que hicimos. Pero lo hicimos nosotros, tanto como Alfonsín.

También, claro, esa misma humildad que nos permite ver lo malo, nos hace comprender lo bueno que -embebidos en nuestras luchas cotidianas- normalizamos tanto que hasta ayer creíamos mero producto de la naturaleza o la casualidad.

En estas horas, como nunca, los argentinos están reflexionando sobre sí mismos. Alfonsín nos recuerda los sueños cumplidos e incumplidos de los '80, las claudicaciones de los '90 y las indefiniciones del nuevo siglo, cuando aún no sabemos si recluirnos en el pasado o abrirnos al futuro, porque tenemos miedo a ambas actitudes y entonces -al no saber hacia dónde ir- vivimos todos enojados con todos. Por eso, con su muerte nos ofrece -aunque sea por un rato- la ilusión de que podemos abrazarnos todos, que la vida sería mejor así. Y que hoy eso es posible -con sólo quererlo- como no lo fue nunca antes.

Alfonsín comenzó a prefigurarse como mito de esta democracia imperfecta un día de junio de 1999, cuando sufrió un accidente automovilístico y todos temimos por su vida. Venía del Pacto de Olivos con Menem y estaba gestando la Alianza que resultaría enteramente fallida.

No obstante, ese día aprendimos a quererlo -o nos dimos cuenta de que lo queríamos sin saberlo- más allá de su actuación política de las coyunturas. Quizá ese enamoramiento imprevisto fue el primer paso para aprender -algún día- a querernos más entre nosotros mismos, a pesar de las diferencias de ideas e intereses que -en democracia- jamás deben ser irreconciliables.

Por lo tanto, de las infinitas frases que en estas horas se han pronunciado referidas a la muerte del ilustre político, quizá la más significativa de todas fue la que dijo el ex-presidente Néstor Kirchner: "Muchas veces he sido muy injusto con él; pasa que los argentinos somos impiadosos entre nosotros mismos". En una sola expresión, uno de los políticos más impiadosos del presente nos ofrece una autocrítica personal y un mea culpa colectivo. Lo cual no es poco, aunque luego volvamos a las andadas de siempre.

Es que, a partir de hoy, la democracia -el autogobierno de los argentinos- ya posee su primer mito. Y a él siempre podremos volver, en él siempre deberemos inspirarnos cuando nos sintamos confundidos o desfallecientes en la permanente tarea de gestación de la patria.

Porque desde ahora -y por decisión popular expresada en las calles y en los sentimientos-. Alfonsín somos todos nosotros.

## La gran materia pendiente<sup>139</sup>

Por Fernando Micca<sup>140</sup>

*La intolerancia, la imposición, la pelea y el desapego a la ley se han enseñoreado en la sociedad de los argentinos. Esto provoca una degradación de la calidad institucional.*

La muerte del ex presidente Raúl Alfonsín promueve la reflexión sobre la realidad de la Argentina a 25 años de la recuperación de la democracia. ¿Cuánto se avanzó o retrocedió en lo económico y social? ¿Qué nivel de excelencia tiene el funcionamiento institucional, luego de un cuarto de siglo de ejercicio democrático, incluidas seis elecciones presidenciales?

Si lo económico y social tiene los vaivenes propios del andar de un país que aún busca su camino, lo institucional no debería estar sometido a tantas tensiones.

En la alborada de 1983, absolutamente todos los dirigentes –no sólo los políticos– entendían que la democracia mejoraría año a año, con cada elección y cada gobierno. Se apostaba por una evolución natural del andar institucional. Pero ello no ocurrió. Basta cotejar situaciones medianamente similares o comparables.

En la década de 1980, tal vez por el entusiasmo propio del momento, se propiciaron el diálogo, los consensos, los acuerdos. De hecho, el Gobierno alfonsinista gestionó desde el primer día con el Senado en contra, lo cual no le impidió administrar y ganar la elección intermedia de 1985. Y desde 1987 lo hizo en minoría en las dos cámaras.

La crisis final de su gobierno tuvo el sello de un fallido plan económico, ayudado por el empuje de sectores económicos. Pero las instituciones, aun en el marco de fuertes luchas sindicales y políticas, se consolidaron con el tiempo.

Esa consolidación fue clave en 1989 para concretar con cierta normalidad el cambio de gobierno en medio de la hiperinflación y la incertidumbre.

Y si bien el pacto de Olivos fue un acuerdo secreto entre el entonces presidente Carlos Menem y Alfonsín, la reforma constitucional de 1994 se convirtió en una asamblea amplia y participativa que alumbró un nuevo texto constitucional. Aunque lejos de la perfección, todavía se apostaba por el debate y se sostenía cierta vocación por los consensos.

**La pelea permanente.** Años después, el panorama apunta a lo contrario. La Argentina de hoy tiene el sesgo de la confrontación, la falta de diálogo, la imposición. El gobierno del matrimonio Kirchner es el mayor destinatario de las críticas, porque es al oficialismo al que le corresponde crear un escenario de entendimiento. Pero sería un simplismo endilgar tanta tensión a la sola voluntad de los gobernantes de turno.

En la Argentina de hoy, grupos sociales y representaciones sectoriales desplazaron con su acción a las estructuras políticas e institucionales.

Si décadas atrás llamó la atención que la lucha sindical contra el Gobierno radical llevara a 13 paros nacionales azuzados por intereses partidarios, ¿cómo calificar lo que sucede ahora? Algunos ejemplos son contundentes: pocos años atrás, para pasar de la Capital Federal al conurbano bonaerense había que pedirle permiso a los piqueteros. Desde hace más de dos años, en Gualleaguaychú permanece cortado un puente internacional, en una flagrante violación de derechos ciudadanos. Y el año pasado las entidades agropecuarias realizaron cientos de cortes de rutas simultáneos durante más de dos meses

---

<sup>139</sup>Diario La Voz del Interior (Córdoba, Argentina), 02/04/09.

<sup>140</sup>Periodista del Diario La Voz del Interior (Córdoba, Argentina).

en contra del aumento a las retenciones, en lo que constituyó la medida más virulenta contra un gobierno desde la vuelta a la democracia.

La intolerancia, la imposición, la pelea y el desapego a la ley se han enseñoreado en la sociedad de los argentinos. Esto provoca, de manera inevitable, una degradación de la calidad institucional y de la previsibilidad como sociedad que parece no tener fin. La dirigencia política y el Gobierno del momento no son los únicos responsables.

**Los partidos.** La crisis de los partidos políticos es una de las evidencias del retroceso. Con defectos, el tradicional bipartidismo proponía un sistema político viable. Hoy, el radicalismo sufre una diáspora con riesgo de disolución y el peronismo, si bien se recrea siempre como alternativa de poder, está cada vez más quebrado.

En 2002, el entonces presidente Eduardo Duhalde impulsó la nueva legislación de los partidos, que mandaba a realizar internas abiertas y simultáneas, en un intento por recuperar la credibilidad en el sistema y alentar la participación. Pero, salvo excepciones, ya no hay internas y quien queda fuera de las listas de su partido apela al primer "sello" que consigue para presentarse a las elecciones.

Como contracara de esto, vale recordar la interna del justicialismo en 1988, entre Carlos Menem y Antonio Cafiero, por la candidatura presidencial para el año siguiente. Desde La Quiaca a Ushuaia, el PJ votó en una interna masiva y ejemplar; el ganador venció luego en las generales y presidió el país por 10 años y medio. Tal vez éste sea el ejemplo más contundente, pero no es el único de un funcionamiento correcto del sistema de partidos, que tuvimos hasta hace pocos años.

Hoy eso no existe. La democracia de partidos fue sustituida por una democracia renga de candidatos y televisión. Sólo desde una fuerte degradación del sistema puede entenderse el éxito inicial de la llamada Concertación Plural, que no fue otra cosa que la cooptación de gobernadores del partido adversario a través de la chequera presidencial.

Sólo desde ese retroceso se explica que en el peronismo se multipliquen las listas opositoras al Gobierno desde su propio partido, sin elecciones ni debate interno.

Es cierto que tanta disolución no sería posible sin los fracasos políticos, económicos y sociales del sistema. Pero en lugar de corregir el rumbo, la marcha es hacia atrás. Y podrían citarse más ejemplos del retroceso. Sin calidad institucional, sin reglas políticas claras y sin un sistema de partidos consolidado, a los avances económicos y sociales que pudieran darse siempre les faltará un soporte fundamental para sostener el andamiaje. En diciembre pasado se cumplieron 25 años del retorno a la democracia y tras las emociones de la recordación, nada cambió. El tema vuelve a primer plano con los homenajes a Alfonsín. ¿Y después?

## **Del dolor compartido a la historia<sup>141</sup>**

**Por Sergio Suppo<sup>142</sup>**

*Las emociones nunca son gratuitas. Y mucho menos ésta que recorre las calles de la Argentina en las horas que siguen a la muerte de Raúl Alfonsín.*

---

<sup>141</sup>Diario El diario del pueblo (<http://www.eldiariodelpueblo.com.ar>), Córdoba, Argentina, 01/04/09.

<sup>142</sup>Periodista de El diario del pueblo (Córdoba, Argentina).

El consternado adiós al padre de la refundación de la democracia puede interpretarse de muchas maneras. Pero el recuerdo de su decencia, como contraste de tanto político enriquecido a su paso por el poder, tal vez explique mejor que nada el dolor que atraviesa la sociedad.

Esa honradez, en primer lugar, y su férreo y militante compromiso con sus ideas sobre la libertad, la democracia, la justicia social y los derechos humanos dejan hoy una huella retratada en este pesar colectivo.

Cuando llegó a la cumbre de su carrera, el día que las urnas lo consagraron presidente en una elección sin proscripciones, los sociólogos dijeron que su imagen de padre bueno pero enérgico lo había empujado hasta el lugar desde donde refundaría el ciclo democrático más extenso que recuerde la Argentina. Un país esperanzado lo llevó al poder en aquella lejana y entrañable primavera de 1983. Fue el mismo país que no tardó en desencantarse y en recriminarle sus errores.

En los últimos años, lejos del poder, de sus aciertos y de sus fracasos, aquel padre se convirtió en un abuelo sentencioso, en apariencia alejado de la política temporal. Sólo en apariencia, porque si para algo vivió Alfonsín fue para la militancia en y por su partido, en y por la democracia.

El afecto con el que hoy lo despiden los ciudadanos –condición que los argentinos le deben agradecer en gran parte– acelerará su ascenso a los altares de lo mejor de nuestra historia. Por decente, por empeñoso y por devolvernos la libertad. Descanse en paz, padre de la democracia.

## **En nombre de la vida<sup>143</sup>**

**Por Carlos Torrenco<sup>144</sup>**

Raúl Alfonsín fue un digno hijo de la política.

La política que lucha por la libertad, "por la estima de la vida", escribió alguien a quien Raúl Alfonsín admiró y conoció: Willy Brandt.

Porque Alfonsín hizo de la defensa de la vida el más esencial, el más innegociable de los principios que lo llevaron a la política. Un ir a la política desde muy joven, cuando con 19 años ganó su primera interna y se quedó con el Comité de su pueblo, Chascomús.

Entrega total a favor de la vida. Como ese ir el 25 de marzo del '76, el día en que a la sangre que ya corría se sumaba más y más sangre, a un tribunal de San Nicolás a presentar 57 recursos de habeas corpus a favor de otros tantos argentinos. Entre ellos, Roberto Santucho, líder del ERP. Hombre que mucho tenía que ver con la sangría en curso y con el que el ex presidente se reunió a mediados de febrero. Encuentro tenso, clandestino. Amanecía el golpe.

-Si pueden hacer algo, apúrense -le había dicho horas antes el general Albano Harguindeguy a su entonces amigo Raúl Alfonsín.

-Mire, Santucho, hay que buscar un punto en común entre todos. ¿No podemos ir adonde vamos? Si no lo logramos, lo que viene será terrible -le dijo Alfonsín tras estrecharle la mano.

-Sí, doctor, viene el golpe. Lo vamos a resistir y el pueblo nos seguirá y se rebelará. Luchará -le respondió aquel día Santucho.

---

<sup>143</sup>Diario Río Negro (Río Negro, Argentina); 01/04/09.

<sup>144</sup>Periodista del Diario Río Negro.

Muy poco quedaba por hablar. Desde la percepción de por dónde debe ir la política, dos mundos opuestos. A las 20 de anoche, María Percatz, una misionera que vive desde hace 30 años en Colegiales, estaba sentada en la vereda de la avenida Santa Fe, frente al domicilio de Alfonsín. Junto a ella, su marido. -Yo no lo voté, pero... ¿sabe lo que siempre me gustó de él? ¡Que hablaba de la vida! -dice María. Ros-tro bajo, emoción.

En la vereda de Kevingston, un grupo de adolescentes de la JR porteña se estrena en política. Res-ponden al hijo de "Coti" Nosiglia. Los lidera una piba de no mucho más de 22 años.

De una bolsa de consorcio, surgen fotos de Raúl Alfonsín.

-¿Vamos chicos? vamos a pegarlas, entregarlas. Fue de todos, chicos -dice la piba.

Desde aquel 10 de diciembre del '83 mucho ha cambiado la forma de relacionarse con la política. En Callao y Santa Fe, a las 21, la Federal comienza a regular el tráfico. Dos mujeres, con hijos y nietos, se sentaron frente a lo que otrora fuera el Petit Café, aquel espacio de los pantalones bombilla.

Tienen sus laptops sobre maceteros. Buscan lo que dicen los diarios del mundo, de esa Europa que tanto apoyó a Raúl Alfonsín. La gente se arremolina.

-¡Miren lo que dice este diario ("El Mundo")! "Murió Alfonsín, el hombre del Nuremberg argentino"?

En la puerta de la librería "El Ateneo", un grupo de turistas japoneses no entiende nada de lo que va sucediendo avenida Santa Fe abajo.

No importa.

Importa que los que entienden lo saben: anoche murió un hombre que, aquí, fue de todos.

Y lo fue por esa cosa valiente que es defender la vida.

No es poco en un país tan marcado por la sangre.

## **Un estadista, un humanista<sup>145</sup>**

**Por Arnaldo Paganetti<sup>146</sup>**

Un animal político. Un demócrata. Un humanista. Un radical de ley que supo conmover a la sociedad y llevó al banquillo de los acusados a los comandantes de la feroz dictadura militar. Un chinchudo. Un buen hombre. Todo eso y más fue el ex presidente Raúl Alfonsín, quien ayer dejó el mundo de los vivos y entró en la eternidad.

Quien esto escribe siguió la ascendente carrera desde que, como líder de Renovación y Cambio, este "gauchito de Chascomús" le peleaba la interna al presidente de la UCR y orientador de la Línea Nacional, Ricardo Balbín.

En 1983 movilizó multitudes -un millón de personas en un acto en el Obelisco- y derrotó en las urnas al peronismo, clausurando un ciclo negro y militarizado de la historia nacional.

Hincha de Independiente y adherente a la Internacional Socialista, este periodista lo vio conmoverse en noviembre de 1989 por la demolición del muro de Berlín y la Perestroika que inauguraba una nueva era. Como un hábil jugador de truco alertó sobre indicios "autoritarios y fascistas" enquistados en una comunidad argentina golpeada por los desencuentros intestinos. Fue un crítico implacable del neoliberalismo y del "casino financiero".

---

<sup>145</sup>Diario Río Negro (Río Negro, Argentina); 01/04/09.

<sup>146</sup>Periodista del Diario Río Negro.

En noviembre de 1997, con ropaje de candidato a diputado nacional, cuando ya se insinuaban los conflictos sociales y los cortes de ruta le dijo a "Río Negro" que no se podía "volver a la violencia ni a la represión". Opositor implacable de las privatizaciones de la década del '90 ("Jamás hubiera privatizado YPF", se encrespaba), también objetó al Fondo Monetario Internacional.

Sobre la Obediencia Debida, luego derogada, le manifestó a este diario: "No me gustó firmar esa ley, pero hay una ética de los valores encontrados: tenía que resolver si defendía los derechos humanos para atrás o para adelante. Llegué hasta el borde del precipicio y a veces pienso que fui demasiado lejos. Si hubiera condenado nada más que a las juntas militares, el país hubiese estado satisfecho igual. Y fui más allá y estuvimos a punto de perder la democracia".

En el 2004 le propuso una "oposición constructiva" al presidente peronista Néstor Kirchner. Bregó por una etapa de armonía: "Si no abrimos el diálogo económico y social, vamos al desastre", alertó.

En abril del 2006 no ocultó su desilusión con las formas destempladas de Kirchner. Señaló que lo distinguía en reuniones protocolares, pero le reprochó la baja calidad institucional y la falta de respeto a la división de poderes.

Se disgustó con el nacimiento del radicalismo K, pero pragmático al fin admitió que los gobernadores necesitan fondos para las obras públicas de sus provincias y municipios.

Cada vez que pudo puso distancia de la derecha y de los denominados "frentes republicanos". "Este gobierno -definió ante este diario-, aunque tenga una pretensión hegemónica, no es una dictadura ni es fascista".

En los últimos tiempos marcó diferencias de rumbo tanto con Ricardo López Murphy como con Elisa Carrió, dos que se fueron de la UCR. En las elecciones del 2007 apostó por Roberto Lavagna y profetizó que si ganaba Cristina Fernández iban a producirse fuertes tensiones. Al vicepresidente Julio Cobos le auguró un destino como el de Hortensio Quijano, recordando al radical que se fue con Juan Domingo Perón en 1946. Sin embargo, tras el voto no positivo sobre las retenciones a la soja, promovió su retorno para unificar el radicalismo.

-¿Asistimos al fin del radicalismo? -Lo toreó este periodista.

-No, no -saltó de su sillón y respondió la estocada con una clase magistral-. Si fuera verdad eso, habría que inventar un partido igual a la UCR, con los mismos valores y principios de respeto a la República, con división de poderes, libertad de prensa, diálogo con la oposición y respeto a las minorías. Se fue Alfonsín y son muchos los que, aun en la desorientación y el egoísmo general, recogerán su bandera para luchar hasta el fin por un país mejor.

## **El recuerdo de Hesayne, a 23 años de aquel abrazo<sup>147</sup>**

Fue un abrazo histórico de dos hombres unidos por las convicciones. El yeso en una pierna lo obligaba a descender lentamente los escalones del Centro Cultural de Viedma, repleto de gente que no se cansaba de aplaudirlo. Dos pasos y saludaba para uno y otro costado. Fue en 1986. Hacía poco que el entonces presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, había anunciado el traslado de la Capital Federal a esta zona y volvía para presidir un acto por el Día Mundial del Turismo.

---

<sup>147</sup>Diario Río Negro (Río Negro, Argentina); 02/04/09.

Llamó la atención que al llegar al último peldaño y saludar hacia el sector central volvió a subir las escaleras dirigiéndose hacia una de las primeras filas. El encuentro entre los dos hombres fue ovacionado. Alfonsín había advertido entre el público la presencia del obispo de Viedma, Esteban Haysayne. Un efusivo abrazo y unas palabras al oído fueron todo. Había agradecido la presencia y consultó el horario de la misa del día siguiente, a la que puntualmente asistió el presidente de la Nación, acompañado por un puñado de funcionarios nacionales y provinciales.

Desde Azul, provincia de Buenos Aires, donde reside hace varios años, el obispo emérito de Viedma recordó con emoción y detalle aquella memorable anécdota, definiendo a Alfonsín como "un gran amigo más allá del partidismo político. Lo sigo apreciando como una persona noble, coherente, con valores de la democracia y de la defensa de toda la gama de los derechos humanos no solamente reducida a una ideología".

"He hablado largamente con él y por eso que lo he apreciado muchísimo y lamento que no lo hayamos considerado más. Eso es lo que a veces nos pasa: después que son historia comenzamos a apreciar a las personas. En este momento estoy orando por él y con mucha esperanza de que el Señor ya le haya premiado la tarea que ha hecho en la Argentina de devolvernos la democracia", dijo con un tono pausado uno de los pocos obispos que luchó contra las detenciones ilegales y desapariciones durante la dictadura militar.

## **Lo vamos a extrañar<sup>148</sup>**

**Por Rogelio Alaniz<sup>149</sup>**

Lo vamos a extrañar. Claro que lo vamos a extrañar. Vamos a extrañar su voz, sus gestos, su estampa de político guapo, su coraje moral. Vamos a extrañar sus palabras, su andar cansino, esos trajes oscuros o grises, la inevitable chalina radical cubriendo sus hombros. Vamos a extrañar su formidable energía, su austeridad, su lucidez republicana.

Vamos a extrañar aquellos asados radicales, cuando hablaba a los postres y un puntual silencio acompañaba sus palabras. Cuando los muchachos se enardecían entonando consignas que evocaban su nombre y las mujeres y los hombres mayores lagrimeaban cuando les hablaba de las viejas épicas radicales con la voz de quien sabe muy bien de lo que está hablando. Vamos a extrañar esos actos públicos, en el pueblo o en la ciudad, en el campo o en algún barrio, parado en una tarima o hablando desde un palco, esa manera de mover las manos al momento de decir una frase precisa, ese tono de voz, a veces enronquecida, siempre conmovedora.

Vamos a extrañar al político de raza. Al hombre que trajinaba caminos polvorientos con su prédica laica, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad. Vamos a extrañar al político culto, al lector infatigable, al caudillo civil, al radical a tiempo completo que amaba a su partido y le hizo recuperar sus mejores momentos históricos, aunque tal vez fue el responsable de sus horas más dolorosas. El amor tiene esos contrastes y esos desgarramientos. Pero también esas lealtades.

Aprendimos a quererlo y por eso lo lloramos. Aprendimos a quererlo por sus virtudes, por sus convicciones. Incluso, a pesar de sus errores. Alfonsín tenía esas cosas. Se podía discrepar con él, pero

---

<sup>148</sup>Diario El Litoral (Santa Fe, Argentina); 01/04/09.

<sup>149</sup>Periodista del Diario El Litoral.

era muy difícil enojarse. Si se permite la palabra, uno siempre lo perdonaba. Él era así. Convinciente hasta en sus equivocaciones. Más allá de los errores había en él una convicción moral, una pasión puesta en cada uno de sus actos que transformaba a sus errores en una debilidad -en el peor de los casos-, en una consecuencia no querida por alguien que siempre actuaba con la transparencia moral de los hombres de bien.

Una generación de argentinos lo llora. Allí están sus correligionarios, los hombres y las mujeres que lucharon a su lado. También sus empecinados rivales internos que nunca dejaron de respetarlo. Caudillos, punteros, dirigentes letrados no pueden disimular las lagrimas que asoman en sus ojos. Todos ellos saben que con Alfonsín se va un hombre, pero también una época, un tiempo histórico, los sueños y esperanzas de una generación a la que le tocó vivir tiempos difíciles, horas de prueba, y que encontró en Alfonsín la voz y el temple que supo expresar con palabras y gestos que ya son historia.

Una extraña y sorprendente unanimidad provoca su muerte. Amigos y adversarios se unen en la despedida del hombre que con sus actos ennoblecía a la política, la transformó en un oficio decente, en una noble pasión conjugada con el verbo de los ideales, las convicciones y la responsabilidad.

Una extraña y sorprendente unanimidad democrática convoca hoy a los argentinos. Ninguna despedida es inocente. Mucho menos una despedida política. El muerto se va pero sus valores quedan. Quedan sus ideas, los símbolos que le dieron sentido a su vida. Queda la memoria, pero también la afirmación de esa memoria.

Quienes marcharán por las calles de Buenos Aires para acompañar a don Raúl a su última morada saben que están realizando una doble ceremonia: la del adiós y la del testimonio, la de la nostalgia y la afirmación, la nostalgia por una Argentina democrática cada vez más devaluada y la afirmación por una Argentina que sepa estar al altura de los ideales prometidos en 1983. Lloramos al demócrata que se fue porque en el fondo lloramos a la democracia que falta.

La muerte siempre sorprende. Es trágica porque es previsible. La muerte de un gran hombre -y Alfonsín lo era- es posible reconocerla porque transforma lo previsible en asombro. Él fue la previsibilidad y el asombro; el testimonio y el honor. Tenía encanto, seducción y temple. Seducía sin ser demagogo; despertaba respeto sin ser autoritario; las mujeres lo amaban; los hombres lo admiraban.

Fue un político a tiempo completo. Y un radical apasionado y sincero. Hablaba con el lenguaje de las convicciones y sabía llegar al corazón y a la inteligencia de los hombres. Fue el único dirigente en los últimos treinta años con capacidad para movilizar los sentimientos más sanos y más nobles de los argentinos. Escucharlo hablar en la campaña electoral de 1983 fue un raro privilegio y una distinguida felicidad. Un amigo empresario que nunca lo votó y siempre fue muy estricto para criticarlo, me reconoció en estos días que cuando viajaba por el mundo se jactaba de decir que Alfonsín era el presidente de los argentinos.

Mi amigo no se equivocaba. Alfonsín fue el gran presidente de la democracia argentina. Un hombre que en su momento nos hizo sentir orgullosos de nuestra condición de argentinos. Un hombre que se equivocó más de una vez, pero que en lo fundamental, en lo que importa, siempre estuvo en lo cierto. Un hombre que se supo ganar el respeto de amigos y adversarios. Y que, por sobre todas las cosas, dispuso de talento, de un inusual talento político, para ganarse el corazón de los argentinos

## Un político con mayúsculas<sup>150</sup>

Por Pablo Andrés Crioli<sup>151</sup>

Raúl Alfonsín inició a los 18 años su militancia política en la Unión Cívica Radical, partido al que le dedicó su vida. Hoy intentamos rendirle homenaje a un titán de la democracia. Al hombre que con sólo 23 años y su título de abogado inició el largo camino de luchar sin descanso por la libertad y la igualdad. Al político con mayúsculas que fue capaz de prometerle cien años de democracia al pueblo argentino. Alfonsín recorrió un camino en el que plantó su primer mojón en 1954, cuando obtuvo un escaño en el Concejo de su pueblo. El próximo paso fue en 1958, cuando ocupó una banca en la Cámara de Diputados bonaerense. Cuando en 1966 cae Illia, durante noventa días sufrió una fuerte depresión que lo mantuvo inactivo.

El 24 de marzo de 1976 se produjo el golpe más terrible que haya sufrido la Argentina, encabezado por Jorge Rafael Videla. Este disparate que sufrimos durante siete años desembocó en todo tipo de penurias. Alfonsín entonces denunciaba secuestros, desapariciones y militaba en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Fue también de los pocos que se opusieron a la guerra de Malvinas cuando ya el país estaba en manos de Leopoldo F. Galtieri. Ya constituido en el principal referente de la UCR, fallecido Balbín y con un gobierno militar sin retorno, se pone en marcha el proceso que nos permitiría arribar a las elecciones de 1983.

Al regresar de una gira Alfonsín anunciaba que se "investigarán los excesos de la Junta Militar". La Multipartidaria logró que se estableciera la fecha del 30 de octubre para los comicios. Alfonsín aplastó en la interna a Fernando de la Rúa e inició su campaña. En uno de los últimos intentos de la dictadura se decretó la ley de amnistía. Alfonsín sostuvo que sería anulada mientras que el candidato justicialista Italo Luder afirmaba la imposibilidad de revisarla por tratarse de un derecho adquirido que había extinguido la acción penal. La diferencia entre uno y otro permitió un notable crecimiento de la figura de Alfonsín.

Quiero referirme a algunas experiencias personales inolvidables que marcaron mi vida. El 7 de octubre de 1983 decidimos junto al correligionario Ángel D'Ambrosio viajar a la ciudad de Santa Fe para asistir al acto que se hacía en un palco levantado en la esquina ubicada frente a la cancha del Club Unión. Esa noche fue gloriosa. Alfonsín habló una hora y cuarenta minutos y desarrolló una pieza oratoria magnífica. Tuvimos oportunidad de observarlo y quedar maravillados por su carisma, el manejo de sus manos, los silencios y las frases punzantes y reflexivas que enloquecían a la multitud. Pero además, finalizado el acto y gracias a una gestión de Aníbal Reinaldo, por entonces candidato a gobernador, tuvimos el privilegio de participar de la cena que se realizó en un hotel céntrico. Se lo veía extenuado y al día siguiente lo esperaba un acto en Misiones. Sin embargo fue el último en retirarse.

Volvimos de Santa Fe eufóricos y convencidos de que ganar las elecciones era posible. Con los días el clima favorable en el país se iba extendiendo. Aquello que había comenzado un año antes con el famoso discurso en el estadio de Ferrocarril Oeste estalló primero en el Obelisco y luego en el Monumento a la Bandera, donde un "río" interminable de gente acudió con banderas de todos los colores a ese acto inolvidable para la ciudad. Aquel 28 de octubre no habló una hora cuarenta; su disfonía era evidente y su cansancio ostensible. Nuevamente tuvimos oportunidad de estar en el palco y muy cerca de él. Se sentó en un tablón, se aflojó la corbata y mirándolo con ojos mansos y pícaros le dijo a Víctor Martínez, su compañero de fórmula: "Mirá cordobés: los genoveses te mataron con el acto que hicieron". En Rosario no

---

<sup>150</sup>Diario La Capital (Rosario, Santa Fe, Argentina), 01/04/09.

<sup>151</sup>Ex Presidente del Concejo Municipal de Rosario.

hubo cena, Alfonsín se fue rápidamente a Buenos Aires pero gran parte de la ciudad se mantuvo en las calles bulliciosa y festiva porque se venía la democracia que prometía Alfonsín, que hacía vibrar con su rezo laico recitando el Preámbulo de la Constitución. Llegó el 30 y se consagró presidente.

Alfonsín fue durante toda su vida un gran lector. Entre sus filósofos preferidos siempre estuvo Erich Fromm. Quiero citar dos frases de él a propósito de las banderas que siempre levantó el ex presidente: la libertad y la igualdad. Con respecto a estas el alemán tiene dicho que la libertad es la capacidad de obedecer la voz de la razón y del conocimiento. En cuanto a la igualdad, escribió que se produce cuando al descubrirse uno mismo por completo, se reconoce igual a otros y se identifica con ellos. Creo que ambas definiciones son una síntesis de lo que significó para los argentinos este hombre que hoy despedimos apesadumbrados porque sin dudas que la democracia, las instituciones, la República, el pueblo compuesto por hombres y mujeres que fueron los protagonistas de muchas luchas en el país, lo recordarán por siempre.

El Alfonsín que desde el gobierno luchó en forma incansable contra los grupos de poder más concentrados, que juzgó a las Juntas, que quiso democratizar el sindicalismo, que quiso modificar un sistema de salud que hoy sigue siendo inequitativo e injusto, que discutió con Reagan ante los ojos de todo el mundo, que chocó con una parte de la Iglesia hasta tomar un micrófono en el altar, que nombró un ministro de Educación agnóstico, que estableció las bases para el Mercosur, que cerró el conflicto que pudo terminar en guerra con los hermanos chilenos, que soportó las embestidas de los Rico, Seineldín y Gorriarán Merlo, que no tenía las cosechas actuales y pese a ello enfrentó los insultos y agravios de aquella Sociedad Rural, que padeció la intolerancia de quienes esmerilaron su poder con trece paros a pesar de que en la peor época la desocupación real era del 7 por ciento y que hasta poco tiempo antes de morir recorrió las calles del país con la frente alta, y que por supuesto también cometió muchos errores que estoy convencido hoy quedan minimizados por el coraje y el valor que aportó a la lucha por un futuro mejor para nuestros compatriotas. Por eso es que creo que la muerte lo proclamó inolvidable. Gracias, Raúl.

## **Un hombre valiente<sup>152</sup>**

**Por Mónica Gutiérrez<sup>153</sup>**

Cuenta Margarita Ronco que Alfonsín, aprovechando sus últimos hilos de vida, le pedía en estos días que le leyera los diarios. Y que ella se acercaba y le susurraba títulos y contenidos. Cuenta que todo esto ocurrió hasta que el ex presidente se fue acurrucando en el entresueño en el que se apagó su vida. Es que Alfonsín era así: un tipo absolutamente comprometido con el tiempo que le tocó vivir. Parecía, y era, un hombre campechano y bonachón, pero disponía a su vez de una energía arrolladora que administraba con el dominio de los que ocupan por naturaleza el lugar de los que mandan.

Margarita va a extrañar mucho a ese hombre del que habla con infinita ternura, nosotros seguramente también. No es común, en los tempestuosos tiempos que corren, ver a hombres que logran pasar por el poder resguardándose cálidos y sencillos.

---

<sup>152</sup>Diario UNO de Santa Fe, 02/04/09.

<sup>153</sup>Fue Secretaria de Raúl R. Alfonsín.

Tuve el privilegio de cubrir varios de los viajes presidenciales de Raúl Alfonsín y atesoro infinitos recuerdos. Me viene la imagen de Marga corriendo a la comitiva presidencial por las calles de Roma con aguja e hilo en mano, obsesionada por un botón flojo en la camisa presidencial. Costaba meter a este hombre imponente dentro de un traje elegante cuando tenía la cabeza afiebrada por otras cuestiones, siempre más trascendentes e inquietantes que el buen lucir.

Era por naturaleza desaliñado pero disponía de la sublime elegancia de los que registran con precisión a los otros. Nunca dejaba de saludarnos, a todos, a cada uno: en Roma, en Madrid, en Filipinas o en Canberra, todos los días, estuviéramos donde estuviéramos. Alfonsín registraba su entorno con una naturalidad sorprendente: miraba a la gente, tocaba y se dejaba tocar. Era encantadoramente cariñoso pero cuando algo lo enojaba levantaba el tono. Solía dejarse llevar por calenturas y arrebatos con quien se le cuadrara, pero regresaba de sus destemplanzas con una justificación atendible o un pudoroso pedido de perdón.

Me banqué sin temblar varios de sus enojos en medio de una nota de asalto, de un reportaje. Sabía, como tantos otros, que no lo animaba nunca el encono, el rencor o la desconfianza cuando se destemplaba. Lo conocíamos sincero a más no poder, convencido de sus ideas, "políticamente incorrecto", como lo definió Kirchner, si por esto entendemos decir y expresar siempre y sólo lo que se siente y piensa.

Dueño y señor de sus convicciones, Alfonsín fue un hombre valiente. Desafió los límites de su tiempo político. Buscó, tomando riesgo, la verdad y la justicia. Sólo lo detuvo el límite infranqueable para su conciencia: el de exponer la vida de los otros. Para él todos éramos únicos e irrepetibles. Enérgico y temperamental, apasionado y consecuente. Siempre se daba el tiempo para reacomodar sus impulsos y retomar la templanza. Los fuertes impulsos de su temperamento lo sostenían pero no lo perturbaban a la hora de decidir.

¿Cabe la palabra amor cuando se habla de política? ¿Suena inocente preguntarse cómo hizo este hombre que llegó a lo más alto del poder para retener este enorme caudal de capital amoroso, cuando su tiempo estuvo atravesado de tantos estremecimientos, cuando sobrellevó revueltas militares, asonadas rebeldes, hiperinflación, saqueos y fracasos parlamentarios? ¿Recuerda la gente la precipitada entrega del poder en un país incendiado?

"Tenemos que querernos más entre nosotros", dijo en uno de sus últimos discursos. Se fue siendo querido como pocos y nos habilitó con su partida un espacio de reflexión y recogimiento, un regreso estremecido por la emoción a un mundo de valores que, en este momento destemplado y brutal, bien vale recuperar, y que él seguirá representando como ningún otro hombre político de este vertiginoso tiempo que nos toca vivir.



## Dos Décadas de Democracia en América Latina

Un histórico encuentro tuvo lugar el 12 de diciembre de 2003 en el Salón de Actos de esta Facultad. Los ex presidentes **Raúl Alfonsín** (Argentina), Patricio Aylwin (Chile), Julio María Sanguinetti (Uruguay) y José Sarney (Brasil) se reunieron a fin de disertar sobre la experiencia de la transición democrática en sus respectivos países. El doctor **Raúl Alfonsín** abordó, desde una perspectiva académica, el tema de las exigencias y deudas que todavía tiene la democracia, es decir: la pobreza y la educación. En este sentido, recordó que América del Sur no es el continente más pobre pero sí ocupa el primer lugar en la brecha social. Asimismo juzgó que el estado debe ser independiente de los poderosos y de las potencias más fuertes que puedan influir en nuestras decisiones, y explicó que no puede enfrentarse en debida forma este tema sin definir la profundidad del fundamento filosófico que respalde las medidas a adoptar. Así, con citas de Federico Engels y Antonio Gramsci y críticas tanto al politólogo conservador Samuel Huntington como al ensayista de izquierda John Holloway, se adentró en una clasificación de tres tipos de Estados a fin de obtener "el Estado que queremos". En primer lugar, se encuentra el "Estado Justo" de Platón, donde los artesanos dependían de las ordenes de sus jefes y donde todo cambio importaba una degradación de generaciones. En segundo, el "Estado Realista" de Maquiavelo, que subordina la moral a la razón del estado y cuyas versiones actuales pueden verse cuando se apela a ciertas estructuras de propaganda con el propósito de convencer al pueblo de tomar medidas olvidándose de su libertad. Finalmente, el tercer tipo es el querido, el Estado Legítimo, el que hace coincidir la libertad con la coacción, defiende tanto la autonomía de la persona como también la autoridad y se basa en el mé-



### LOS EX PRESIDENTES JULIO MARÍA SANGUINETTI, RAÚL R. ALFONSÍN, JOSÉ SARNEY Y PATRICIO AYLWIN

todo del consenso y del diálogo. Un estado legítimo de libertad más igualdad. Sin embargo -advertió- para llegar a él hay que luchar por la vigencia del derecho internacional, en la actualidad quebrado por razones hegemónicas, y de los derechos de segunda generación, que hacen a la justicia social y a la dignidad del hombre. Al respecto destacó que, en el presente, los presidentes Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner retoman a la idea que tuvo con José Sarney y a la que de inmediato se sumó Julio Sanguinetti de darle la importancia que se merece al MERCOSUR, puesto que sólo desde la integración podrá combatirse las presiones para entrar al ALCA. Finalmente, concluyó que la filosofía que debe guiar al país es la del Estado Legítimo, que parte de la base de la libertad más igualdad, y que teniendo a ésta como sustento debe encontrarse un consenso respecto de cuales son las desigualdades que el pueblo está dispuesto a soportar con convivencia, aunque siempre manteniendo un límite mínimo: el de la igualdad de oportunidades.

## Seminario en homenaje a Carlos Santiago Nino

El 29 de agosto de 2003 se cumplieron 10 años del fallecimiento de una de las grandes figuras de nuestro Derecho, el Profesor doctor Carlos Santiago Nino, y la comunidad académica de la que formaba parte junto con sus discípulos y compañeros, se reunió en nuestra Facultad para rendirle homenaje.

En el acto de apertura, el doctor **Raúl Alfonsín** se refirió a la figura de Nino destacando su gran personalidad y la amistad que compartía con quien fue, a su criterio, el más inteligente de sus asesores.

## Jornada en conmemoración de los 10 años de la Reforma Constitucional de 1994

---



### GERMÁN J. BIDART CAMPOS, RAÚL ALFONSÍN, HORACIO ROSATTI Y ATILIO A. ALTERINI

Los días 26 y 27 de agosto de 2004 tuvieron lugar en la Facultad las Jornadas de Derecho Público en Conmemoración de los 10 años de la última reforma constitucional.

El doctor **Raúl Alfonsín** recordó que ya cuando Antonio Cafiero era presidente del justicialismo se había llegado a un acuerdo para reformar la Cons-

titución en base al Consejo para la Consolidación de la Democracia, pero “al llegar Menem no pudo hacerse hasta que se presentó la posibilidad de reelección”. Justificó el Pacto de Olivos diciendo que el plebiscito que propuso el oficialismo iba a ganar ampliamente. Se confesó partidario de un sistema parlamentario y de una presidencia de 5 o 6 años sin reelección. A pesar de las críticas, sostuvo que la Constitución reformada limita mucho al presidente. Destacó también la creación de la Auditoría General, el Defensor del Pueblo y el Consejo de la Magistratura como limitación de las facultades de la administración. Expresó: “yo insistí mucho con que el voto sea obligatorio de modo que el Estado deba garantizar la participación de todos, porque de lo contrario sólo votan los que pueden”. Afirmó que se trató de una reforma progresista digna de ser defendida ante las presiones que, según predijo, se aproximan. Pidió finalmente que los intelectuales ayuden a los políticos a reglamentar la Constitución.

## Reflexiones a 20 años del Juicio a las Juntas

---

En ocasión del vigésimo aniversario del Juicio a las Juntas Militares, el 21 de abril de 2005 se realizó en el Aula Magna el homenaje “**Reflexiones a 20 años del Juicio a las Juntas**”. Este acto, organizado por la Secretaría de Asuntos Estudiantiles del Centro de Estudiantes y auspiciado por la Federación Universitaria Argentina (FUA), reunió a diversas personalidades que intervinieron en el éxito del juzgamiento como el doctor Eduardo Rabossi (CONADEP); los ex-Camaristas, doctores Jorge Torlasco, León Arslanian, Guillermo Ledesma, Jorge Valerga Aráoz y Ricardo Gil Lavedra; y el ex-Presidente de la Nación, doctor **Raúl Alfonsín**. Para cerrar el acto habló el doctor **Raúl Alfonsín**, que sostuvo que es indispensable comprender que quienes participaron tanto en la CONADEP como en el Juicio, honraron a la Nación Argentina con su esfuerzo y sus conocimientos. En ese sentido homenajeó a Carlos Nino por haber ayudado a esclarecer en ese momento las dificultades normativas y el enfrentamiento de leyes.

Asimismo, reivindicó el cumplimiento de sus promesas electorales, y en el caso de la obediencia debida dijo que será la historia la que juzgue la importancia que tuvo para garantizar la continuidad de la democracia. Lo que es importante para Alfonsín es mantener la lucha activa en la defensa de los derechos humanos no sólo aquí sino en todo el mundo. “Son contados los casos de las sociedades que se animaron a perseguir estos crímenes y es por eso que debemos estar orgullosos”, sentenció para terminar.

## Presentación de la obra *“Fundamentos de la República Democrática. Curso de Teoría del Estado”* del doctor Raúl Alfonsín

Suele decirse que la democracia es un sistema político perfectible, cuya evolución depende, casi irremediabilmente, del aprendizaje de experiencias históricas pasadas y de alcanzar cierto grado de madurez. Sin embargo, al menos en nuestro país, es escasa -por no decir nula- la importancia que se le otorga a la formación de dirigentes y a la transmisión educativa de la experiencia en la gestión pública. Es por eso, principalmente, que el acercamiento a nuestra Facultad del ex Presidente de la Nación, doctor **Raúl Alfonsín**, debe ser destacado y debería ser imitado por otras personalidades que en algún momento sirvieron al país y cuyo testimonio podría resultar de utilidad para los futuros dirigentes o estudiosos de la política.

El doctor Alfonsín es egresado de nuestra Casa de estudios, es Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Buenos Aires y le ha tocado conducir el país en horas trascendentes. Fue precisamente durante su mandato que el ex Presidente mantuvo una estrecha relación con nuestra Facultad y sus docentes, de modo que no es de sorprender que ahora haya decidido regresar a las aulas para compartir sus reflexiones sobre su labor política.

El 14 de marzo de 2007 se presentó en el Salón Rojo el libro *“Fundamentos de la República Democrática. Curso de Teoría del Estado”* del doctor Raúl Alfonsín, quien aclaró ante todo que la obra está dedicada a la memoria de Carlos Nino y Eduardo Rabossi, ilustres profesores de nuestra Facultad, con quienes el ex Presidente mantuvo largas conversaciones de filosofía, incluso durante su gobierno, y de quienes -dijo- ha aprendido mucho. “Éste es un libro sobre gobernabilidad porque yo estoy convencido de que en la democracia es importante lo procedimental, lo que yo llamo la república”, indicó, tomando como referente a su vez a



RAÚL ALFONSÍN



RUBÉN HALLÚ, RAÚL ALFONSÍN Y CARLOS ROSENKRANTZ

John Rawls, para quien la democracia “es libertad más búsqueda de igualdad”. Asimismo, sostuvo que su concepción de la relación entre la sociedad y el Estado no se basa en la lucha sino en la interdependencia de ambos. “Creo que el enemigo de la democracia es el intolerante, el hombre que no admite para nada la discusión: la república democrática es el consenso y para lograr el consenso se necesita el diálogo”, concluyó el ex mandatario, agradeciendo a todos quienes lo han apoyado en esta iniciativa.

Curso sobre **“Teoría del Estado”**. Profesor: Doctor Raúl Alfonsín. Departamento de Posgrado de la Facultad de Derecho, del 1º de marzo al 4 de mayo de 2005. El curso tuvo una duración de treinta horas y fue dictado personalmente por el Dr. Alfonsín frente a un auditorio de Posgrado.



---

# **PRENSA INTERNACIONAL**

**JUICIOS MÁS BALANCEADOS**  
CÁTEDRA LIBRE  
DEMOCRACIA Y ESTADO DE DERECHO DR. RAÚL ALFONSÍN



## Alfonsín y una historia de anteojos<sup>155</sup>

Por Fernando Del Corro<sup>156</sup>

Nunca fui radical ni tuve que ver con el gobierno del ahora fallecido ex presidente Raúl Ricardo Alfonsín. Cuestioné durante su mandato su política económica severamente y lo sigo haciendo con mis alumnos en la universidad. El mismo día en que se anunció el "Plan Austral", en junio de 1985, escribí una extensa nota en la agencia "Noticias Argentinas" señalando las razones por las que consideraba que eso iba a terminar en un fracaso. Un par de días después la reprodujo el diario "Tiempo Argentino" donde ocupó una página entera. Mis pronósticos, lamentablemente, se cumplieron por las causas allí expuestas. Eso no interrumpió nuestras buenas relaciones personales aunque sí con muchos de sus funcionarios de los que se exceptuó un caballero como Adolfo Canitrot, el viceministro de Economía, con quién solía tomar café todas las tardes en el Palacio de Hacienda y me adelantaba todas las novedades.

Pasó algún tiempo y el "Plan Austral" ya hacía agua. Alfonsín cruzó la calle que separa la Casa de Gobierno del Palacio de Hacienda y fue a respaldar a su ministro de Economía, Juan Vital Sourrouille. Todo un simbolismo inédito. El entonces presidente subió por el ascensor privado del ministro y salió en el quinto piso donde estaba la oficina de Sourrouille. Apenas el ascensorista abrió la puerta y apareció hizo una recorrida visual. Los esperaban los funcionarios del Ministerio de Economía y una buena cantidad de periodistas; yo uno de ellos.

Insólitamente Alfonsín se dirigió hacia mí, me abrazó y me preguntó por sus anteojos. Luego tomó mis manos entre las suyas y me preguntó por "la patrona" (mi ex esposa). Luego, ante la perplejidad general, fue hacia Sourrouille. Al día siguiente los diarios sacaron recuadritos con la anécdota. En el diario "La Razón", donde también trabajaba por entonces, y en el que mi línea no era bien vista, se olvidaron de cuestionarme.

También al día siguiente reunión convocó a una breve charla a un grupo de periodistas que cubríamos la información ministerial. Sourrouille, que a veces me hacía comentarios sobre historia económica, esa vez se dirigió a mí para hacerme la chanza de que era un ladrón de anteojos. En privado le había preguntado a Alfonsín que era eso de los anteojos y éste le había dicho que yo me había quedado con unos anteojos suyos, y era verdad.

Siendo opositor dentro del radicalismo a Ricardo Balbín, que tenía buenas relaciones con el poder militar, me veía a menudo con Alfonsín. En una ocasión hasta fui intermediario para que firmase un documento sobre derechos humanos cuando los promotores del mismo no podían dar con él, ni tampoco Antonio César Morere, un periodista que trabajaba en "Crónica" y en la agencia "NA" y que también colaboraba en difundir ese tipo de informaciones al amparo de ese gran periodista que dirigía la agencia, Horacio Tato.

Un día Alfonsín viajó a Europa y llevó una lista de amigos periodistas para que le hiciesen entrevistas en el Viejo Mundo. Con uno de ellos, en Alemania, se olvidó un par de anteojos. El que se quedó con ellos me los hizo llegar a través de otro periodista, Alfredo Becerra. Le avisé a Alfonsín y un mediodía me pasó a buscar por NA y nos fuimos a almorzar a mi casa de entonces, en Caballito, en el ómnibus 132. Le di los anteojos y almorzamos. Cuando se fue los lentes, tipo lapicero, quedaron sobre la mesa.

---

<sup>155</sup>De la redacción de **MERCOSUR Noticias** ([www.mercosurnoticias.com](http://www.mercosurnoticias.com)).

<sup>156</sup>Periodista, historiador graduado la Universidad de Buenos Aires (UBA), docente en la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la UBA y subdirector de la carrera de "Periodismo económico" y colaborador de la Cátedra libre sobre "Deuda Pública Externa" de la Facultad de Derecho de la UBA.

Era un hecho que me tenía que quedar con ellos.

Varias veces quedé en llevárselos, pero pasó el tiempo y no lo hice. El fue electo presidente y entonces decidí que los anteojos se quedaran entre mis recuerdos y así fue. En esas condiciones es que lo comenté en el Palacio de Hacienda como me hizo acordar hoy otro periodista, Alfredo Gojman, testigo del hecho, que me hizo una entrevista radial.

Alfonsín dejó de ser presidente y yo pasé a estar al frente de un diario en la Provincia del Chaco. Corría 1991 y él hizo una visita partidaria. Cenamos juntos en Resistencia en el acto con sus correligionarios. Nos tocó la misma mesa y hablamos de los anteojos. Le dije que no tenía un elemento probatorio de que eran suyos. En una tarje de las invitaciones al acto escribió su certificación y la firmó. Ahora ya el museo personal tenía más solidez. Años después, los anteojos y la certificación se fueron con "la patrona".

## **Raúl Alfonsín y la democracia en Argentina<sup>157</sup>**

**Por Pedro Camacho<sup>158</sup>**

A la desaparición física de Raúl Alfonsín, ex Presidente de Argentina entre los años 1983 y 1989 y fundador del Partido Unión Cívica Radical, sus consecuencias y repercusiones tanto en Argentina como en América Latina, al menos es mi impresión, no se le ha dado en Venezuela la importancia que merece ni se ha analizado a fondo su verdadera significación política. Mi intención con este escrito es atraer el interés de los estudiosos en materia política para que se aboquen a examinar la vida de este hombre que consagró su alma y su acción en instaurar de una vez por toda la democracia auténtica, sin cortapisas, en el país sureño.

Mi reciente permanencia en Buenos Aires por razones personales, coincidió con tres acontecimientos de carácter político que me llamaron la atención. El 24 de Marzo "Día de la Memoria por la verdad y la justicia en conmemoración de las víctimas de la dictadura", fecha decretada como asueto nacional por el gobierno de Néstor Kirchner; el 31 de ese mismo mes, se produce la muerte del ex Presidente Raúl Alfonsín y el 2 de Abril se recuerda el inicio de la trágica Guerra de Las Malvinas.

La primera vez que visité a Argentina fue en Marzo de 1977. Ejercía funciones diplomáticas en la Misión de Venezuela ante Naciones Unidas y el gobierno me acreditó como miembro de la delegación venezolana para asistir a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Agua, en la ciudad de Mar del Plata. En esa ocasión se presentó la no muy grata circunstancia de conocer al General Jorge Rafael Videla, Presidente y hombre fuerte de la Nación. Debo confesar que lo asocié con aquel personaje de la literatura española tildado como el "hombre de la triste figura", por su desafortunada fisonomía y casi endeble anatomía. Al regresar en Agosto de 1978 para participar en una reunión, pero esta vez en Buenos Aires, sobre cooperación económica entre países en desarrollo, volví a ver al personaje.

21 años después tuve la suerte de hacer lo que antes no había hecho. Caminar Buenos Aires. Me deslumbré ante la solariega urbe bonaerense, con sus "barrios", fundados en el siglo XIX y su toque europeo en toda la extensión de la ciudad que le da un estilo muy señorial. En 30 días escudriñé la

---

<sup>157</sup><http://www.analitica.com>, 11/05/09.

<sup>158</sup>Ex Embajador de Venezuela.

ciudad, sus cordiales cafés, sus amplias avenidas, sus innumerables teatros, enormes algunos, minúsculos otros; sus habitantes, gratos y cultivados, pero sobre todo, resalta la atmósfera de sosiego, respeto y seguridad, que permite a la gente transitar por las calles y avenidas como Florida o Corrientes hasta altas horas de la madrugada.

Fue una triste coincidencia que paseando el 31 de Marzo por la exuberante avenida Santa Fe, pasara frente al edificio de la residencia del Dr. Raúl Alfonsín donde se encontraba agonizante por una grave dolencia que lo aquejaba hacia ya unos años. Personas y medios de comunicación se agolpaban en el sitio y la circulación tanto peatonal como vehicular se hizo más pesada. Unas horas más tarde me enteré que había fallecido en su lecho a las 8:30 de la noche a tan solo una hora de haber estado allí. Nunca lo conocí personalmente aunque sí debo señalar que cuando asumí el cargo de Director de Cooperación Internacional en la Cancillería venezolana durante los años 1985 y 1989, la vinculación entre los dos países era intensa y fructífera. Me vi en la necesidad entonces de empaparme sobre los pormenores de ese país y siempre tuve la curiosidad de saber un poco más acerca del presidente Alfonsín por lo que trataba de seguir sus pasos en reuniones internacionales y en algunas de sus declaraciones y actuaciones.

Quienes lo conocieron dicen que fue un hombre honesto a carta cabal, hogareña, bonachona, carismática, austera, transparente, elocuente y convincente. Una persona de dialogo. Incapaz de descalificar al adversario aunque a su juicio no tuviera la razón. Consagrado a la política "con su verbo encendido de un orador de trincheras, con el talante de un humanista, de un socialista, de un idealista moderno que creyó en el papel del hombre y en la fuerza de la razón para cambiar el curso de la historia argentina", como lo afirmó la analista política María Seoane, en un medio impreso.

Utilizaba la "técnica de la manito", que consistía, según la periodista María Laura Avignolo, en una mirada a los ojos y una palmadita en la mano de la persona para así iniciar una fase de seducción que ni el más acérrimo adversario político podía resistir. Incluso con sus compañeros del partido radical a quienes incitaba a discutir y a quienes les oía sus posiciones como excelente escuchador que era, cuando su mano la colocaba encima de la de su interlocutor, aunado a su locuacidad persuasiva y su picardía característica, derrumbaba el muro de contención levantado por el contrario.

Agotaba cualquier instancia para lograr su objetivo pero siempre sobre la base del respeto. Reconoció que cometió muchos errores quizás en la búsqueda de un consenso muchas veces difícil de lograr pero, sin duda alguna, con aplomo y perseverancia. Muchos aciertos alcanzó, porque tenía el don de la persuasión. Nadie le hizo cambiar su sueño: hacer de Argentina una República. Su desenvolvimiento como gobernante democrático fue intachable.

En los 10 años anteriores a su gobierno, período dictatorial, cruento, sangriento, los militares se intercambiaron el poder sin reparo alguno dejando un país catalogado por él mismo de "default", un caos económico y una fractura social con un saldo de 40.000 muertos y desaparecidos. Durante ese espacio trágico de tiempo, Alfonsín se dedicó a ejercer su profesión de abogado en un pequeño bufete. Sin embargo, la palabra "democracia" brotaba de sus labios en cualquier ambiente donde se hallaba poniendo a riesgo hasta su propia vida. No obstante, con valentía, Alfonsín supo cumplir su promesa de campaña: envió ante los tribunales de justicia a los principales jefes mediante una "ruptura no pactada" contra los Generales, y enrumbo al país hacia la instauración definitiva del sistema democrático y del estado de derecho, hecho insólito, ni siquiera comparado con el juicio de Núremberg, tal como lo sentenció un diputado radical durante su entierro.

Algunos analistas han calificado a Alfonsín como el padre de la democracia, otros como el Estadista, el adalid de la libertad. Lo cierto es que echó las bases del MERCOSUR y rompió así el hielo con Brasil, firmó el Acuerdo de Paz y Amistad con Chile y solucionó de esa manera el conflicto de Beagle que

pudo haber conducido a una guerra entre las dos naciones en 1978; participó activamente en la labor del Grupo Contadora Ampliado o Grupo de los Ocho y posteriormente, Grupo de Río, conjuntamente con Brasil, Uruguay y Perú, el cual, en boca de su enérgico Canciller Dante Caputo, previó en Centroamérica "la reinstalación del conflicto este-oeste en nuestra región"; implantó el divorcio en contra de la actitud de la Iglesia católica e impuso la patria potestad compartida.

Una de las situaciones más comprometedoras por las que atravesó Alfonsín fue aquella inolvidable Semana Santa de 1987 cuando se produjo la sublevación de los "Carapintadas" bajo el mando del Teniente Coronel Rico. Al respecto, recojo un relato que leí en Buenos Aires. Cuenta un comentarista político, cuyo nombre se me escapa, que Alfonsín en aquella desgraciada oportunidad no contaba con ejército. Los militares activos lo llamaban por teléfono adhiriéndose a su causa pero simplemente eran apoyos verbales. La cuerda se tensó y la conclusión a la que llegó fue que desde el punto de vista militar no estaba en condiciones de enfrentar la rebelión. Ante ese estado de cosas y en aras de evitar que se resquebrajara la República, él mismo conversó y negoció con los alzados y la República se salvó. El cuestionamiento de la actitud de Alfonsín por parte de grupos políticos fue agrio y severo, incluso, sin conocimiento de la verdadera razón por la cual Alfonsín realizó una negociación con el Jefe de la rebelión.

Este hombre que ganó las elecciones posteriores a la Dictadura en Octubre de 1983 al derrotar al candidato del Partido Justicialista, se separó del cargo como Presidente de la República, seis meses antes de terminar su mandato. Esta decisión, duramente criticada en su momento, la tomó en consulta con Carlos Menem, elegido Presidente, a causa del inmenso caos económico que azotaba la Nación. Pese a que no se supo con exactitud el contenido del llamado "Pacto de Olivos" entre el Presidente-saliente y el Presidente-electo, daría la impresión que Alfonsín habría pensado que en los meses restantes de su administración no estaría en condiciones de superar la crisis, y en consecuencia, era preferible para la República que Menem aprovechara el inicio de sus funciones para tomar medidas difíciles, impopulares, y aliviar de esa forma la carga socio-económica que se le venía encima. Esta actitud de Alfonsín fue malinterpretada por algunos y puesta en tela de juicio por otros. No obstante, no se puede dejar de reconocer que la inestabilidad política preñada de varios alzamientos militares e intentos de magnicidio acaecidos durante su mandato, obstaculizó, en gran medida, el buen desenvolvimiento de su gobierno.

De nuevo vi al ex dictador Videla pero esta vez por la televisión y preso. Aquella figura de poco grosor, aquel ex presidente de la Junta Militar que había derrocado a Estela Martínez de Perón "Isabelita", el 24 de Marzo de 1976, se encontraba entre las rejas cumpliendo condena desde Agosto de 1984. Alfonsín, en un acto sin precedente en la historia argentina, ordenó su detención mediante un decreto, el cual, entre otras cosas, subrayaba que durante el gobierno del ex dictador "miles de personas fueron privadas ilegalmente de su libertad, torturadas y muertas". Es oportuno recordar que el 15 de Diciembre de 1983, a pocos días de haber asumido el poder, Raúl Alfonsín creó la "Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas" con el solo objetivo de investigar las violaciones a los derechos humanos durante los años en los cuales el General Videla y los otros miembros de la Junta hicieron uso a su antojo y de manera indiscriminada del poder en Argentina. El informe presentado por la Comisión titulado "Nunca Más" puso al descubierto las innumerables atrocidades cometidas durante los regímenes militares en aquel ignominioso período. También cayeron en prisión, entre otros, los ex gobernantes Generales Roberto Eduardo Viola y Leopoldo Galtieri quien fue juzgado y condenado por crímenes, negligencia y otros delitos cometidos durante la desafortunada y trágica guerra de Las Malvinas.

Mucha razón tenía Dante Caputo, su Canciller, cuando el 5 de Abril pasado, en un artículo de un diario argentino, muy acertadamente afirmó que "su legado fue la audacia, la decisión de luchar" por la

libertad y por lograr la democracia en su país, cuyo establecimiento definitivo sirvió como efecto demostración para otras naciones latinoamericanas que aun se encontraban bajo regímenes totalitarios. Por su ataúd pasaron personas de todos los estratos sociales. Una inmensa masa de coterráneos se aglomeró en las afueras de su apartamento y luego en el Congreso donde el cuerpo de Alfonsín yacía para darle el postrer adiós. Políticos de diferentes tendencias se hicieron presentes, entre ellos, los ex mandatarios Carlos Menem, Eduardo Duhalde, Fernando de la Rúa y Néstor Kirchner quien, en un emotivo e improvisado discurso, expresó palabras de elogio por su conducta impecable. El Presidente de Uruguay, Tavarè Vásquez y los ex gobernantes de Brasil, Fernando Henrique Cardozo y José Sarney así como el ex mandatario de Uruguay, Julio María Sanguinetti se despidieron frente al féretro ubicado en el Senado. El gobierno decretó 3 días de duelo. La Presidente de Argentina atendía la Cumbre del Grupo de los 20 en Londres y por lo tanto estuvo ausente durante el sepelio. No obstante, al pisar tierra argentina manifestó personalmente las condolencias a la familia de Alfonsín, a quien por cierto, hacía menos de un año, le había rendido tributo en vida al develar su busto en La Casa Rosada.

La explicación de este hecho social que excedió los límites previstos y conmovió al país entero, se fundamenta, independientemente de sus éxitos o desaciertos económicos, en los principios morales y éticos de este hombre que guiaron toda su carrera política. Parafraseando a un parlamentario, enriqueció la política, no se enriqueció de ella. Su conducta, el respeto a las instituciones, su honestidad a toda prueba, su forma de vida tan austera, le granjearon el cariño de todos los argentinos pese a que durante su vida pública muchos de ellos no supieron reconocer los avatares que tuvo que transitar para entregarle a sus compatriotas una Nación encauzada hacia la democracia y, a la vez, deslastrada de toda contaminación corrupta. En otras palabras, practicó valores que el mundo de hoy echa de menos y reclama, "valores fundamentales que parecen lugares comunes pero sin embargo no son tan comunes", en palabras de su hermano Ricardo.

Días antes de mi regreso a Caracas, ya se comentaba lo que algunos han denominado como el "Efecto Alfonsín" que no es otra cosa que las repercusiones de naturaleza política de su mensaje. Su clamor por la unidad nacional y por la reconciliación en el seno de su Partido Radical frente a movimientos divisionistas y luchas domésticas, podrían cambiar la orientación política del país en un futuro no muy lejano.

## **El héroe que hizo lo que pudo<sup>159</sup>**

*El diario español El País publicó un editorial sobre el ex presidente argentino Raúl Alfonsín, bajo el título de "El héroe que hizo lo que pudo". Resulta interesante el análisis del cotidiano español al referenciar al ex mandatario. Este editorial fue reproducido también por el diario La Nación y Agensur.*

Que una sociedad le dé las gracias a un político es un acto casi extravagante, por lo desacostumbrado. No debería ser así porque, si nos libramos de los prejuicios relacionados con la política, deberíamos reconocer que, como dice Hanna Arendt, las pocas y raras ocasiones en las que se ha logrado cambiar algo, ha sido precisamente cuando hombres y mujeres plurales se han asociado para actuar políticamente.

---

<sup>159</sup>Diario El País (España), sección Opinión; 14/12/08.

Hay políticos que se merecen el agradecimiento de sus conciudadanos y que no son los héroes que les llevaron a la guerra o les exigieron esfuerzos insufribles, sino los del tipo que le gustaban a Romain Roland, héroes que hacen todo lo que pueden.

Los argentinos empiezan ahora a darse cuenta de la importancia que tuvo la presidencia de Raúl Alfonsín, cuando, hace 25 años, se hizo cargo de un país que salía arrasado y desmoralizado de ocho años de feroz dictadura militar. En unas circunstancias extremadamente difíciles, Alfonsín hizo todo lo que pudo para defender el sistema democrático y devolver a los ciudadanos su dignidad colectiva.

A Alfonsín se le ha reprochado que dejara al país sumido en una violenta crisis económica y que aprobara las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que permitieron salir indemnes a muchos militares que habían asesinado, violado y torturado.

Pero fue Alfonsín quien sentó en el banquillo a los ex comandantes que integraron las Juntas Militares, y lo hizo cuando todavía estaba incólume la estructura castrense que había sostenido la dictadura. Fue él, y no Menem ni Kirchner, quien envió a la cárcel, con condenas a perpetuidad, a Videla, Masera y Agostí. Alfonsín recibió un país cuya industria había desaparecido y todos los planes de estabilización que intentó fueron boicoteados por muchos de quienes ahora le alaban. La misma CGT que nunca organizó una huelga general durante los ocho años de infamia militar, lanzó nada menos que ocho al presidente democrático.

Saludemos pues el desacostumbrado ejercicio de agradecimiento a un político honesto, una cualidad que nadie ha negado nunca a Alfonsín y que, desafortunadamente, ha estado tan poco presente en alguno de sus sucesores.

## **Alfonsín<sup>160</sup>**

**Por Ricardo Reilly Salaverri<sup>161</sup>**

Para quienes miramos la vida política con sentido atento no escapa del sentimiento la muerte del Dr. Raúl Alfonsín. Quien fuese caudillo de la Unión Cívica Radical y Presidente de nuestra hermana República Argentina.

Al tiempo de escribir estas líneas, necesariamente arbitrarias por su brevedad, tenemos en la memoria imágenes frescas de los honores que se brindan al tribuno en el Congreso argentino, transmitidas por los canales de televisión y -cosa que no nos es extraña, por haber vivido situaciones similares- de la cola ciudadana emocionada que se alistaba a rendirle austero y anónimo homenaje. Fue el personaje hombre abanderado de la causa republicana, que en el servicio del bien común, conoció de tremendos desafíos y de éxitos y fracasos.

La Unión Cívica Radical ha sido históricamente uno de los pilares del sentimiento democrático del país vecino. En sus filas entre lo más notorio militaron Leandro Alem, Hipólito Irigoyen, Torcuato de Alvear, Ricardo Balbín y el fallecido Dr. Raúl Alfonsín.

Desde una óptica nacional, siempre deseamos lo mejor para la Argentina. Difícilmente en nuestras raíces migratorias, falte un antecedente humano que primero llegó a Buenos Aires y luego cruzó el Río de la Plata, y también es habitual que tengamos familiares próximos por la misma razón allende el estuario.

---

<sup>160</sup>Diario El País (España).

<sup>161</sup>Columnista del Diario El País.

Con brocha gruesa Alfonsín se recorta en la imagen como un hombre que se propuso afirmar las instituciones libres en una nación en la que resaltan las dificultades para consolidar el Estado de Derecho, y en la que las rupturas institucionales han sido una constante.

Con secuelas muchas veces terribles.

Alfonsín fue una persona que en tiempos de campaña proselitista recorrió intensa y extendidamente a su patria. Hasta que, en 1983 el voto ciudadano le ungió como primer mandatario de la República. No era tiempo fácil. Argentina salía de una larga dictadura que dejó trágica e indeleble huella en la Historia de la nación, por las violaciones de los derechos humanos y que -en la cúspide del disparate- venía de la derrota militar que le infligiese Inglaterra cuando la invasión de las Islas Malvinas.

En la intención de sustentar la institucionalidad, debió sobrellevar entre otras cosas, sublevaciones militares que pusieron en jaque a su gobierno, y hacia el final del mandato, una situación económica y financiera incontrolable llevó a que el Presidente tuviese que renunciar antes de tiempo a su mandato, entregando el gobierno al Dr. Carlos Saúl Menem, quien le sucedería en el cargo por decisión de las urnas.

Lejos del poder Alfonsín continuó siendo una referencia permanente al contemplar la situación cívica del pueblo hermano. Escogiendo dos palabras que son de las que más menciones hemos atendido actualmente en los medios de comunicación le aludiremos como "demócrata y decente".

En tiempos de confusión en América latina, cuando las tiranías plebiscitarias, habitualmente corruptas, se abren cancha en nombre del populismo, el rescate de los valores fundamentales de la organización social, que en Occidente nos llegan desde las profundidades de los tiempos, al amparo de nuestra tradición judeo-cristiana-greco-latina-romana, impone una reverencia ante un fallecido ilustre, que no cejó nunca en la lucha por la democracia, y el respeto de los derechos fundamentales del ser humano.

Paz en su tumba y el beso oriental en la frente al gladiador caído.



**Facultad de Derecho**

Universidad de Buenos Aires

Av. Figueroa Alcorta 2263

C1425CKB

Tel.: 4809-5600

Web: [www.derecho.uba.ar](http://www.derecho.uba.ar)

